

Ramón J. Sender

**LAS TRES
SORORES**



«Las tres hermanas» puede considerarse la última versión modificada de «Siete domingos rojos» en la que Sender, además de cambiar el título, ha introducido una segunda trama, ha remodelado el nombre de algunos de los personajes y ha variado asimismo el desenlace final. Sin embargo, a pesar de estos cambios y de los más de cuarenta años transcurridos entre ambas publicaciones, en «Las tres hermanas» Sender sigue manteniéndose fiel a los criterios de la novela social y, en particular, a las tesis del nuevo romanticismo.

El presente ficticio en el que se desarrolla la acción principal de la novela transcurre en la España de 1931. Lucas Samar, el protagonista, es un joven intelectual que llega a Madrid durante la Segunda República, se une al grupo anarquista Espartaco —al igual que haría Sender— y combina sus actividades revolucionarias con sus estudios de cuarto curso de Filosofía y Letras. Como tarea académica, a Samar se le pide que investigue un manuscrito redactado por un visitador de Felipe II, donde se describe el caso de tres monjas aragonesas (Ana, Clara y Pilar) que, al negarse a mantener relaciones sexuales con un clérigo y tres hidalgos, fueron asesinadas a manos de su propia congregación. La curiosidad que despierta en Samar el minucioso informe de Gómez Laín —conocido como el legajo de Simancas— se ve acrecentado por el hecho fortuito de que Las Tres Hermanas es también el nombre que reciben tres picos pirenaicos situados en el valle del Bielsa, lugar de nacimiento del protagonista.

Ramón J. Sender



Las Tres Sorores





Ramón J. Sender

Las Tres Sorores

ePub r1.0

Titivillus 18.12.2018

Título original: *Las Tres Sorores*
Ramón J. Sender, 1974
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



Índice de contenido

- I. Espartaco y el legajo de las bernardas
- II. Legítimas orgías de los amigos de Samar
- III. Dos bajas en el grupo Espartaco
- IV. La niña no se ha quedado tan sola en el mundo
- V. Los ángeles del exterminio y el estado de guerra
- VI. Elvira, Star y el ataúd de agua
- VII. Fantasías de Villacampa y regreso a las arenas del jardín
- VIII. La virgen de las tres patas y Emilia al borde de España
- IX. La batalla de los ángeles envenenados
- X. La muerte de Pascual y el *otrosí* de las bernardas
- XI. El tapiz y algunos otros misterios
- XII. Las peligrosas mascaretas del tapiz
- XIII. La muñequita y el muñecón
- XIV. Aventura final
- Sobre el autor
- Notas

Espartaco y el legajo de las bernardas

Lucas Samar creía que en lo individual sólo había dos maneras de ser feliz: el millonario o el mendigo. Bueno, el dinero no lo era todo. A esa circunstancia había que añadir otras de carácter social: para ser feliz el millonario debía ser anarquista y el mendigo, santo. Difíciles extremos que se daban sólo muy de tarde en tarde, sobre todo el primero. Del segundo había ejemplos en la historia.

Pero si había alguna felicidad era esa: la de los extremos. Eso creía, entonces, Samar.

Le había tocado vivir en un tiempo en que la sociedad era conducida por una clase media bastante conformista: ni mendigos santos ni millonarios anarquistas. Pero era una clase media poco imaginativa y muy apegada a lo rutinario.

Entretanto las famosas masas se dejaban polarizar por una especie de reóforos malignos: Berlín, Moscú, Roma...

Samar, estudiante de Filosofía y Letras no creía en nada de esto. Procedía de una aldea altoaragonesa del valle de Bielsa en plenos Pirineos y era segundón de una casa de ocho pares de mulas con jornaleros permanentes. Eso era casi ser rico, en aquellas tierras.

Había leído bastante y llegado a la conclusión de que tenía derecho como cada cual a tratar de ser feliz y creía que su felicidad se basaba en la libertad, en la idea de Dios, en la poesía y en el sexo. Una forma de anarquía un poco peculiar, pero así era todo en él. La cosa no era tan simple como parecía, sin embargo. Su dios no tenía iglesia, aunque en su casa pirenaica se recibía cada día «El Siglo Futuro» (título que siempre le había parecido humorístico), su libertad era parte de su sentido religioso, su poesía carecía de antecedentes escritos y era sólo la que él cultivaba en el secreto de su silencio, allí donde ese silencio se fundía con el silencio de Dios.

En cuanto al sexo había un problema —el ya sabido entre los españoles—. El sexo era un vicio y el amor una virtud. Y había que optar por el uno o por el otro con frecuencia.

A veces era fatigante y a veces aburrido. A veces también, todo hay que decirlo, orgiástico.

No llegaba a ser un problema serio, para Samar. El único realmente grave era el de la mezcla de su silencio inefable con el silencio, también inefable, de Dios. Sin renunciar a su anarquía. Allí se recluía con frecuencia una especie de Samar secreto.

Por lo demás la monarquía absoluta y poco después la república eran cosas a discutir. Detrás de ellas había corrientes opuestas: los supervivientes de la

Inquisición, el caudillo de Berlín (con un solo testículo), el de Moscú que asesinaba a su mujer y cuyo cuñado se pegaba un tiro en el retrete de la casa imperial donde ese caudillo caucásico vivía. Aquel tipo francamente paranoico era una mezcla de Iván el Terrible, Aníbal, Gengis Khan y Torquemada. Pero en el fondo ignorante y cobarde.

Sólo quedaban los anarquistas, es decir, el extremo opuesto, pero así había sido siempre en la historia desde los tiempos más remotos. Desde mucho antes de Espartaco.

En la humanidad y en materia de orden social había sólo dos tendencias que se sucedían con un ritmo pendular: la anarquía o la teocracia ejercida despóticamente. Eran dos fuerzas en cierto modo interdependientes, como todo en el mundo. Como el frío y el calor, como el bien y el mal, como la salud y la enfermedad.

La monarquía absoluta conducía tarde o temprano a la anarquía y ésta, en plano más o menos cercano, a la teocracia despótica.

Desde los primeros tiempos que registra la historia documentalmente había sido así. Espartaco era la anarquía y Pompeyo la dictadura, aunque ésta no llegó a su extremo sino poco después, con Julio César. Más tarde vino el cristianismo y cuando todas las monarquías se refugiaban bajo las alas de Roma todavía había en la ciudad eterna la herejía (tendencia anárquica) y la Inquisición (tendencia dogmática). Los herejes se divertían con su manera natural de ser y actuar y los inquisidores envidiosos los quemaban, si podían.

Modernamente se trataba de lo mismo: la anarquía o el fascismo pardo o negro. O rojo. Este último era el del Khan caucásico y era el más odioso porque se las daba de honesto.

Lucas Samar, que había ido a Madrid en tiempos de una monarquía dictatorial y teocrática, no precisamente a hacer política ni revolución, sino a estudiar una modesta carrera, se vio rodeado de amistades y enemistades en las cuales tuvo que optar por una de esas dos tendencias. Y no sólo simpatizó fácilmente con los anarquistas, sino que ingresó en un grupo que se llamaba secretamente *Espartaco*. Algo había que hacer cuando no se podía vivir a solas con las dos dimensiones inefables (los dos silencios interiores) de los que hablaba antes.

Por eso no dejaba de estudiar y en su trabajo escolar sentía una inclinación natural hacia la historia.

A veces se sentía melancólico entre las calles grises y barrocas del Madrid de los tiempos galdosianos, tan vivo en su barrio, y entonces se acordaba del valle de Bielsa por tres picos pirenaicos en los cuales había nieves perpetuas y glaciares caminadores. Esos picos tenían un nombre que recordaba el castellano primitivo que se formó en Aragón antes que en Castilla. Se llamaba Las Tres Sorores.

Desde niño estuvo intrigado por Las Tres Sorores que veía desde la ventana al otro lado de una límpida laguna que sin duda había sido en tiempos de la orografía antediluviana el cráter de un volcán. Aquellos picos blancos desde la base en invierno

y en verano coronados de capelinas de nieve tenían algo femenino. Y al atardecer las capelinas se hacían color de rosa cuando el sol llegaba oblicuamente.

No es necesario explicar que *Sorores* quiere decir hermanas, porque eso todo el mundo lo sabe, aunque no haya estudiado latín. Y vírgenes (esto lo imaginaba Samar), de otra forma sus capelinas no darían aquella impresión de inmaculada pureza.

Recibía Samar muy poco dinero de su casa. Su madre era ya una viejecita desmemoriada y su hermano, el mayorazgo, un poco tacaño. Pero se ayudaba Samar con colaboraciones literarias en los periódicos. Eran ayudas precarias, pero las costumbres de Samar eran bastante ascéticas y aunque la prensa donde colaboraba era burguesa nunca escribió sino lo que francamente creía. Por eso tuvo alguna dificultad, como se puede suponer. Siempre ha sido peligrosa la verdad. Pero tenía también alguna ventaja. Una completa sinceridad le daba un tono original o lo que escribía y eso siempre es estimado por los del oficio.

No era Samar lo que se dice un hombre jovial ni simpático en el sentido ordinario del término. Tenía tendencias taciturnas y para encontrar su simpatía era necesario tratarlo muy de cerca y llegar a despertar su confianza. Porque una de las constantes del pensamiento de Samar era que el hombre es por naturaleza incómodo y con frecuencia, y por libre determinación, francamente malvado. Es decir, que si el sexo y la tendencia polémica nos inclinaban al asesinato dos o tres veces cada día y no matábamos a nadie, la sangre se nos agriaba un poco.

Sin embargo, tenía fe en las clases populares, desposeídas, inteligentes y activas, sobre todo en ese hombre del pueblo que carece de perspectivas de mejoramiento económico y social y que cuando actúa lo hace impersonalmente y conducido por una teoría. El hombre, que ha renunciado sin cinismo y sin amargura (y sin cobardía). Y sin darse cuenta de su renuncia, porque a pesar de todo dice lo que piensa y lo sostiene.

El hombre estoico, decidido, tranquilo y bravo era su amigo natural. Y no faltaban, por fortuna, en la atmósfera que lo rodeaba. Eran nobles. Eran —él decía— verdaderos aristócratas. A veces sin un céntimo en el bolsillo, pero ¿cuándo le ha interesado eso a un aristócrata?

Igual que los otros españoles tenía, como dije, una idea de esquizofrénico. Es decir, de hombre de personalidad escindida y no era una idea, sino un sentimiento atávico.

El sexo tenía más poder que el amor, en su caso y por entonces. Habían de pasar muchos años hasta identificarlos. Por el momento iba a la cama con alguna hembra que ocasionalmente se ponía a su alcance y soñaba con un amor imposible.

En cuanto a sus tareas de estudiante, antes de ir a Madrid había visitado algunos archivos históricos y en el de Simancas encontró documentos curiosos que tenían o parecían tener relación con Las Tres Sorores. Eran papeles de tiempos de Felipe II, es decir, no muy antiguos. El castellano era el mismo de ahora, es decir, con una

diferencia que lo hacía más sabroso. Era un castellano de entendimiento como el de los escritores anteriores al culteranismo (Cervantes era el único gran autor de la época que usaba todavía ese estilo de *entendimiento* y no de *intelecto*).

El estilo de aquel legajo de Simancas era todavía el que prevalecía en el siglo XVI, el de Santa Teresa y el de los cronistas de Indias, tan sustancioso y espontáneo.

Así y todo, para los aragoneses de Aínsa y Gistaín resultaba demasiado moderno. A Samar le gustaba el castellano que se hablaba todavía en el valle que presidían Las Sorores. Un castellano del siglo XII.

Se referían aquellos documentos a unos sucesos muy extraños ocurridos en un convento de monjas bernardas (variedad femenina de la orden del Cister) que Lucas había creído localizar en las ruinas de un monasterio románico (ya abandonado) en el valle donde había nacido.

Aquel documento, que tardaba en desentrañar porque estaba escrito en letra procesal enrevesada, se refería a un hecho asombroso. A medida que lo leía Lucas confirmaba una vez más su doctrina, según la cual esas dos tendencias hacia la anarquía o hacia el poder absoluto se producían en todas partes, de tejas abajo, incluso dentro de las instituciones más sólidamente articuladas: dentro del Cister. Antes se habían dado dentro de los templarios. Y aquellas monjitas bernardas de muslos marmóreos y tibios tenían el mismo problema de Samar: su sexo y su dimensión inefable. Su sexo inmediato y su dios lejano.

Bueno, si se quería retroceder en la historia un poco más se podía llegar a la misma conclusión observando (si esto fuera posible documentalmente) al *homo pekinensis*. Es decir, al hombre de hace quinientos mil años. Sólo que en ellos la inclinación al sexo y a la comida debían dominar todas las demás tendencias, y la dimensión metafísica no había nacido aún y tal vez existía, larvada, en el miedo a la oscuridad de las noches sin luna o a la luminosidad lunar.

No era Lucas Samar hombre de pasiones, sino más bien de reflexión y serenidad. Sin perder esa serenidad podía ir, sin embargo, tan lejos como cualquier anarquista conspirativo y activo. Parecía comprenderlo y aceptarlo todo en cuanto a la condición humana menos dos cosas que le repelían: la codicia y rapacidad «de clase» y el narcisismo en materia de psicología y carácter. Esto último entre los hombres, se entiende. El narcisismo de la mujer joven y hermosa podía ser encantador. Si tenía proyecciones talámicas, es decir, si llegaba al dulce lecho.

Vivía en Madrid en un piso muy pequeño y sombrío de la calle de León, en una casa de baja clase media, pero con su portería y todo. La portera era reumática y se pasaba el día lamentándose. Tenía una nietecita de cinco años que le subía el correo a Samar, y éste algunos días la acariciaba agradecido y paternal. Un día le dijo:

—¿Te gusta que te hagan regalos?

—Sí. Mucho.

—Yo quiero comprarte algo. ¿Qué es lo que más te gusta?

Dijo la niña, después de pensarlo un poco:

—Un mono que tiene la bragueta en la boca.

Samar se quedó de una pieza:

—¿Dónde está ese mono?

—En la tienda de al lado. Si quieres yo te llevaré a verlo.

Aquella misma tarde, cuando Samar salía de casa, la niña lo llevó de la mano. En la tienda (en el escaparate) había un pequeño mono de trapo, con la boca cerrada por una cremallera metálica. Pero al lado había otro con la cremallera abierta y dentro de la boca se veían bombones de colores.

La niña llamaba *bragueta* a la cremallera porque su abuela decía a un hermanito de ella, a veces: «Ven a que te abroche la bragueta». Y le cerraba la abertura del pantalón, que era de cremallera también.

Vivía Samar cerca de la calle del Prado y del Ateneo, a donde iba a veces aunque no era socio y en cuya biblioteca encontraba materiales para su tarea. También encontraba excéntricos de todas clases, sobre todo en materia de literatura. Los jóvenes poetas, como siempre, eran fanáticos de una religión de *mismedad* en la que se veneraban a sí mismos y trataban de hacer prosélitos.

De momento la tarea importante para Samar era descifrar aquel legajo de Simancas que consistía nada menos en una relación detallada y minuciosamente expuesta por un visitador del rey llamado Gómez Laín, del círculo de amistades incondicionales y más o menos secretas de Antonio Pérez, que había ido al convento de monjitas bernardas a aclarar una denuncia escandalosa. El documento le parecía a Samar un ejemplo más de la extraña ley natural, dentro de la cual la vida entera era polarizada en dos direcciones opuestas: la anarquía del natural desear y la ley del poder omnímodo con sus estructuras morales justificatorias. Siempre sofísticas, claro. Cada cual arrimaba el ascua a la sardina de su desatada sensualidad o de su dogma.

La dificultad de armonizarlos era lo que hacía generalmente al hombre agresivo, sanguinario, destructor y francamente irresponsable. Como en los tiempos y en la edad de Samar esa armonía era imposible, se dejaba llevar por su libre naturaleza y, como he dicho, había entrado a formar parte de un grupo que se llamaba nada menos que Espartaco. Había allí de todo, como el universo antes de adquirir ese universo, a través de los hombres, conciencia de sí mismo y alguna clase de noción del tiempo y del espacio.

Los miembros del grupo eran siete (número mágico) y procedían de los orígenes sociales más diversos. Sólo había otro estudiante universitario en el grupo, que se llamaba Pascual y estudiaba química en la facultad de Ciencias. Era todavía más taciturno que Samar (lo que ya es decir) y de una honestidad cuyas consecuencias podían alcanzar niveles incalculables. (Así sucedió más tarde.) Era de una pureza de costumbres que para sí habrían querido algunos santos con fama de grandes ascetas. Samar le dijo un día: «Tú serías un santo si fueras capaz de pecar alguna vez».

Claro es que la policía pensaba sobre él de otra manera.

Ese Pascual a quien Samar trataba cordialmente, pero sin especial afición (era demasiado fanático y no tardó en ser víctima de su propio fanatismo), reía pocas veces y Samar comprobó que no sabía reír. Si lo intentaba le costaba trabajo y llegaba a hacer sólo una mueca de significación dudosa. Sin embargo, cuando se trataba de actuar violentamente, Pascual era claro e inequívoco. Decidido, valiente y —cosa rara— razonable. Es decir, que en el fondo era un joven violentamente tranquilo y razonablemente violento. Un ángel exterminador, francamente peligroso. Su final a tiros con la policía, en la calle, fue natural. A ninguno de los del grupo le extrañó.

Lo peor es, como digo, que tenía siempre razón. Samar no tenía con él otras relaciones que las de las reuniones periódicas del grupo Espartaco en algún bar o taberna, frecuentemente en un lugar de apariencia vulgarmente aburguesada que se llamaba La Mezquita y que estaba en la esquina de Sagasta y la plaza de Santa Bárbara. Había allí un camarero alemán que sabía muy poco español y que les servía sin entender gran cosa de lo que hablaban. Esto último era importante para el grupo.

Las horas de las reuniones solían ser cuando no había casi nadie en el local. Y se instalaban en una mesa lejos del mostrador. Al camarero alemán vino a verlo una parienta de Alemania, que sólo había aprendido dos palabras españolas: *coño* y *usted*. Eran las que oía —según dijo el camarero— en todas partes a todo el mundo.

Los otros miembros del grupo eran un empleado de almacén de comestibles al por mayor llamado Villacampa, cuyos padres eran de una aldea próxima a la de Samar, también aragonés y primo de Escartín, famoso anarquista que fue a la cárcel en tiempos de la dictadura de Primo de Rivera y habiendo sido puesto en libertad al venir la república fue convirtiéndose, poco a poco, en un héroe. La monarquía lo condenó a muerte y luego lo indultó, pero pasó años enteros en la cárcel, en una celda sin luz y de aquel tiempo le había quedado una palidez de convaleciente, que no se le iba a pesar del tiempo.

Había también en el grupo un obrero sin trabajo que hacía chapuzas ocasionales (así decía él) llamado Torres y que había sido expulsado del sindicato socialista (socialdemócrata), y un pequeño burgués rubio y poco musculado, nervioso y enamorado, llamado Lemus, que trabajaba en una oficina del Estado. Parecía ser el único débil de carácter y, por lo tanto, no discrepaba nunca de lo que el grupo decidía. Finalmente, había dos obreros de la construcción con nombres anarquistas: Progreso y Germinal. Eso quería decir que sus padres habían sido ácratas, también.

Todos eran muy diferentes de carácter y de aspecto físico, pero llegaban fácilmente a un acuerdo en materia de organización y de acción. Los dos obreros albañiles, tal vez a causa de sus nombres, eran llamados por ellos y nunca por sus apellidos. Era prestigioso llamarse Germinal o Progreso.

Todos los del grupo eran solteros menos Progreso y Germinal, que tenían compañera e hijos. En ninguno de ellos se podía hallar la menor sombra de romanticismo, como por ejemplo en los nihilistas rusos de Turguenev. Aquéllos eran realmente otros tiempos harto lejanos y que ya pasaron.

Samar había tratado de encajar en la pequeña burguesía, es decir, en la clase media intelectual, pero le era imposible. No se encontraba a gusto con ninguno de los que conoció en el Ateneo o en los cafés y menos en la universidad, aunque entre los estudiantes los había rebeldes y dispuestos a la protesta. Pero como venían de familias pudientes, sus protestas eran sólo políticas, es decir, superficiales. Se limitaban a desear el cambio de un ministro de instrucción o a insultar al rector. Pensaba Samar: «Es que yo soy de origen campesino montañés, y no civilizado, como ellos». Era una explicación como otra cualquiera y con ella no trataba Samar de prestigiarse.

Quiso hacer adictos en la universidad, pero pronto comprendió que ninguno de aquellos chicos podría tolerar en las reuniones del grupo Espartaco la familiaridad con dos albañiles y otros dos obreros del sindicato de Oficios varios, es decir, sin oficio definido, uno de los cuales decía «diferencia» en lugar de *diferencia*. En aquel tiempo los chicos de familias aburguesadas cultivaban las distancias.

Así pues, Samar se sentía bastante solitario, pero no le importaba porque tenían reuniones de grupo cada semana y, entretanto, su soledad le permitía trabajar más y mejor en el legajo de Simancas. Además, como se puede suponer, tenía novia y sus amores eran ligeramente incongruentes porque ella era hija de un coronel en activo que además tenía en su despacho una fotografía del rey, dedicada. Como la familia de la novia era aragonesa, y conocía a la de Samar, éste había ido algunas veces a ver al coronel (que ignoraba los amores de su hija) y llegado incluso a simpatizar con él. Era un hombre orientado —polarizado— también sin saberlo, y a pesar de todo, hacia el desorden de los apetitos naturales. Aunque monárquico a machamartillo. Y buena persona. Las relaciones de Samar con aquel hombre eran posibles por esa clase de confusión de los tiempos semif feudales, viva aún entre las gentes del campo.

Ya dije que Lucas vivía en la calle León, calle gris y sin carácter, de tiendas modestas, estancos, tabernas, sastrerías, muy siglo XIX, a lo Galdós. Y allí, en aquella casa cuya dirección no daba a nadie sino a los de su grupo, Samar trabajaba casi a oscuras (con luz eléctrica a las tres de la tarde) descifrando el informe que Gómez Laín había hecho por encargo de Felipe II, su rey y señor. Gómez Laín, a quien consideraba Samar en el siglo XVI como hombre de espejuelos azulinos sobre una larga nariz, mejillas sumidas y pluma de ganso en la oreja, hacía sutiles consideraciones antes de entrar en materia: «Este informe se abstiene de formar juicios y de definir los hechos, pero se compone de todo género de menudencias exactas en el tiempo y en el lugar, en las personas y en los sucesos y ocurrencias, pues no es razón que omita la pluma lo conveniente al servicio de Dios y de Vuestra Majestad y siempre es mejor en estos negocios preferir lo útil a lo acomodado».

Cosas como esas decía antes de entrar en materia. Y el visitador de Su Majestad no creía haberlo dicho todo en cuanto a su manera de proceder como tal visitador y sobre todo en su manera de escribir el informe, porque añadía: «Las cominerías en lo detallado son como las cejas y pestañas y otros extremos del cuerpo, que con ellos se

adorna y completa y sin ellos se afea y disminuye y la verdad queda manca. Puede vivir el cuerpo y la verdad sin ellos, pero estará más hermoso y más completo con ellos. Y así espero que Vuestra Majestad no los tenga por superfluos, ya que para la decadencia y la autoridad y aun para la última naturaleza de los sucesos viene a ser necesario».

Esta manera era sin duda del gusto del monarca. Samar gozaba descifrando todo aquello y fue poco a poco trasladándolo a términos de modernidad o más bien de universalidad, puesto que ésta se rige, según nuestro pobre entender, en todo el mundo animal (con raciocinio o sin él), por el orden de las pasiones naturales.

Y el legajo estaba lleno de referencias a aquel orden de pasiones de la voluntad y el ánimo. Y sobre todo y muy principalmente de las debilidades de la carne y de la fortaleza del espíritu.

Porque en definitiva todo lo que pasó en el convento de las monjas bernardas fue que la mayoría de ellas —no todas— se entregaban generosamente y orgiásticamente al placer carnal con tres misteriosos hidalgos y un clérigo promiscuador. A Samar le interesaba aquello no por el escándalo, ya que para él la libertad de los instintos no era escandalosa, sino porque venía a confirmar su teoría de la polarización en la que se basaba su inclinación a la anarquía. (La anarquía gozosa o el dogma ejecutivo con la hoguera o el patíbulo.)

En realidad aquella inclinación, según Samar, era la primera y la más natural en todas las cosas del mundo orgánico. El ser monjas bernardas o capuchinas o clarisas era circunstancia menor. Ya es sabido que una débil semilla vegetal rodeada de un ovillo de alambres de hierro los rompe para abrirse paso hacia la luz y seguir el proceso de germinación, si se le mantiene en humedad. Pero no todo fue plausible con las monjas bernardas ni siquiera desde el punto de vista del anarquista Samar. Y por eso había ido allí el visitador del rey con su pluma de ganso y sus gafas azulinas. Es decir, espejuelos. Así se decía entonces: espejuelos.

El estilo, aunque tenía resabios judiciales, no llegaba a ser enfadoso. Colocaba de vez en cuando el visitador un *otrosí* que cambiaba el orden de la relación. Los *otrosíes* de las bernardas eran muy diferentes de lo que habrían sido los de una relación sobre las actividades delictivas del grupo Espartaco, por ejemplo. Y los tiempos no eran, sin embargo, muy diferentes, porque cuando el grupo se fundó había también en España monarquía absoluta.

Aunque después vino la república y los días a los que esta narración se refiere eran los de la bandera tricolor, que por cierto no le satisfacía a Samar. ¿Por qué cambiar la bandera que encontró uno ya flameando al viento el día que uno nació? Se decía esto pensando en la amable burguesía y clase media, porque la bandera de Samar era roja y negra.

En el fondo, aquel grupo de monjas bernardas en su monasterio aragonés, al pie de Las Tres Sorores, era ni más ni menos un grupo que ahora llamarían *sociopático* además de *sociopatético*. El grupo Espartaco resultaría sólo sociopatético para los

que gustan de atar las moscas por el rabo en los institutos de psiquiatría. Hay diferencia.

No vale la pena explicarla, porque el lector lo deducirá por sí mismo, pero no hemos hablado del grupo Espartaco como tal unidad o célula y organismo social y no sólo vale la pena hacerlo, sino que es necesario e indispensable.

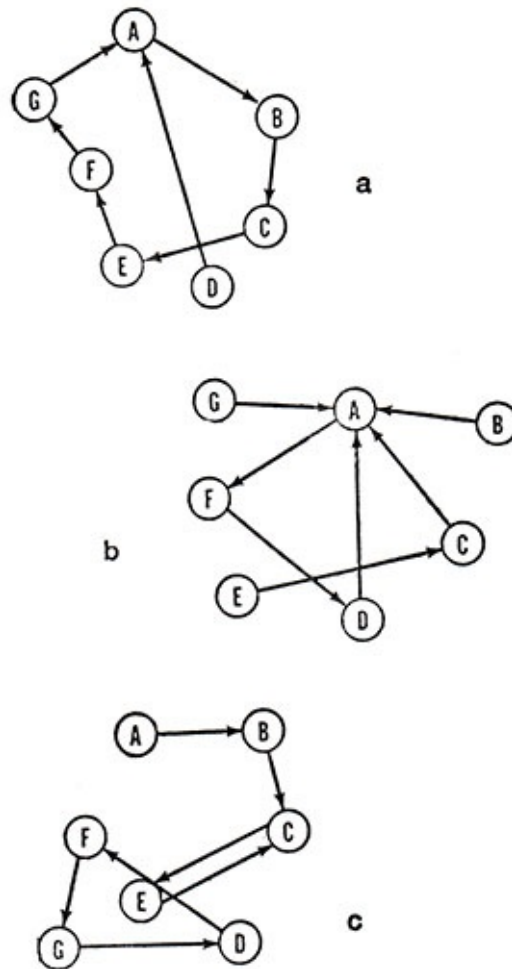
En este tiempo que vivimos, las cosas todas se someten a esquemas permanentes pensando en un futuro próximo en el que los computadores van a hacerse cargo de la mayor parte de nuestros problemas. Hay incluso una pseudociencia, llamada sociometría, que tiene su interés si la aplicamos a una experiencia tan concreta como el grupo Espartaco.

En serio.

La sociometría es un procedimiento para descubrir las relaciones de reciprocidad entre las personas que por una razón u otra viven más o menos agrupadas. Atracciones, repulsiones, indiferencias. Hay incluso sociogramas de los que yo voy a poner un ejemplo aquí para ayudar a entender el grupo Espartaco.

Naturalmente, no es a través de un gráfico como vamos a llegar al fondo de los movimientos determinantes de una persona o un grupo de personas. Pero ayuda, por lo menos en lo exterior y aparente.

Como todas las cosas se definen por comparación pongamos, por ejemplo, tres grupos: *a*, *b* y *c*. De la siguiente manera, según el doctor Goldenson:



Los individuos (siete, en nuestro caso) son señalados por pequeños círculos. Y las flechas indican las preferencias de un individuo por otro. Esos sociogramas revelan, por ejemplo, cuando un grupo está bien integrado y compacto (grupo *a*), pero carece de cabeza, es decir, de jefe. No es raro entre anarquistas, ya que anarcos quiere decir, en griego precisamente, eso: *sin jefe*.

El segundo tiene un jefe o líder.

El tercero está sin integrar, con tipos aislados o discrepantes, aunque por eso no deja de ser un grupo que se reúne tal vez por necesidades profesionales o de disciplina exterior, como en el ejército.

El caso del grupo Espartaco era el primero, como se puede suponer, y había jefes ocasionales, según las tareas. Cualquiera de ellos podía serlo de acuerdo con la misión que el grupo se trazaba y proponía. El primer grupo era, por decirlo así, el más natural. Y sigue siéndolo en todas las sociedades.

En los otros dos se da, frecuentemente, el tipo sociopatológico o sociópata. Se dan en ellos perturbaciones producidas, principalmente, por la falta de sentido de la responsabilidad en el que manda o de adaptación a los patrones éticos establecidos

espontáneamente de antemano por el grupo como causa para la tendencia natural a la integración.

Los individuos de los grupos *b* y *c* no es que sean enemigos entre sí, necesariamente, sino que están inadaptados al medio cultural que prevalece en la sociedad que los rodea. Las reacciones sociopáticas que se dan en los grupos *b* y *c* pueden señalar la posibilidad de desórdenes interiores de importancia en sus individuos con tendencia a la neurosis o a la psicosis. Es decir, que no son formas de asociación saludablemente naturales.

Digo todo esto para tratar de hacer más claro el carácter del grupo Espartaco, según las normas de nuestro tiempo. Naturalmente, Espartaco y los espartaquistas en los tiempos precristianos (cuando se sublevaron contra Craso y Pompeyo) eran esclavos que buscaban su redención y liberación y todos juntos o individualmente representaban una tendencia saludable y justificada por el sentido moral y por la necesidad natural. Tal vez de esa necesidad insatisfecha y vencida por las minorías de los sociópatas y de la tremenda represión que sucedió a la derrota —millares de hombres que siguieron a Espartaco fueron crucificados a los lados de los caminos y agonizaban semanas enteras mientras los buitres y otras aves carniceras iban devorando al vecino ya muerto— vino tal vez, dos generaciones más tarde, la reflexión y la inspiración religiosa del cristianismo.

En la Edad Media los grandes inquisidores, como por ejemplo Torquemada, trataban de reducir la sociedad a un inmenso y único grupo según el esquema *b*, bajo su cabeza y autoridad. Torquemada y sus esbirros eran también los sociópatas a los cuales se rendía por desgracia la inmensa mayoría con las virtudes inherentes en la libertad. Pensaba Torquemada: «Yo soy el orden divino». Y sin duda lo creía. Los otros, la anarquía diabólica. En el plano del pragmatismo Torquemada tenía razón. Todo el mundo es anarquista por naturaleza hasta que deja de serlo, aplastado o desviado por el terror. Esa es la razón por la cual en clásica doctrina no sólo política sino biológica el despotismo conduce a la anarquía y la anarquía conduce al despotismo. La esfera clásica. La esfera de los caminos infinitos. Torquemada, flaco, seco, viejo, ascético y cruel miraba a un lado y otro y prometía la salvación eterna a los hombres que llevarán leña gratuitamente a la hoguera.

Las monjitas bernardas del monasterio a donde envió Felipe II a su visitador podían ser un ejemplo del esquema *c*. Las monjitas bernardas, entre las cuales las había rubias, trigueñas, más oscuras de piel, con ojos garzos o azules e incluso una de ellas verdes, eran seres naturales que se rebelaban contra la tiranía del dogma y en cierto modo contra las estructuras de Torquemada, que eran un pálido reflejo de las crueldades de la Inquisición francesa. Las monjitas, igual que los secuaces de Espartaco, mataron. Pero mataron al parecer por *desviaciones satánicas* del dogma. Y también perdieron la batalla. Sobre su crucifixión al lado de los caminos o su absolución, Samar nos informará a medida que vaya escrutando en el informe de Gómez Laín.

Pero a Samar estas cosas le parecían entretenimientos para llenar a veces paréntesis de fatiga física o mental, juegos con su propio sentido de los valores. Porque Samar lo tenía y muy arraigado, aunque no podría explicarlo si se le preguntaba así, de pronto. Lo más curioso en Samar era que creía comprender y comprendía muy bien a los otros seis compañeros de su grupo, pero no estaba seguro de poder entenderse a sí mismo, es decir, de explicarse a sí mismo su propia conducta de un modo satisfactorio.

En ese «no poder entenderse» había alguna humildad según su propio sentir, pero por otro lado no faltaba una cierta tendencia arrogante y aun megalomaniaca: había la idea de su propio infinito. Todos vemos dónde comienza y termina el cuerpo de los otros, pero nadie puede verse su propio final (de los ojos para arriba). Ciertamente que existen los espejos, pero es necesario, para que *funcionen*, que uno crea en lo que está viendo en ellos. Yo nunca he creído en lo que veía en mi espejo y probablemente a Samar y a otras muchas personas les sucede lo mismo. Para Samar el espejo estaba simplemente en la mirada femenina que lo reflejaba. En ella se veía meritorio y deleznable. Y eso era todo.

Ahora bien, el esquema que tan bien se puede aplicar al grupo de Samar y a los anarquistas no forma parte, realmente, de la sociopatología, porque ninguno de los siete eran personas enfermas y ni siquiera inadaptadas ni discrepantes. La inmensa mayoría de los hombres son como ellos, reaccionaban lo mismo que ellos, y habrían actuado de la misma manera si se hubiera presentado la ocasión y *se hubieran atrevido*. Los enfermos, los psicópatas, eran, según Samar, una minoría muy reducida que tenía la sartén por el mango y que impedía a los demás ser como eran.

Espartaco mismo en su tiempo —en el reinado de Pompeyo o más bien en el consulado de Craso y Pompeyo—, no era un discrepante. Los discrepantes eran la minoría que los esclavizaba. Y Pompeyo y los suyos, capaces de crucificar en los caminos a más de seis mil espartaquistas después de la derrota, esos eran los sociópatas, los enfermos, como es fácil de entender. Estas reflexiones y otras parecidas se hacía Samar los días de lluvia en los cristales, mientras iba copiando el informe secreto de Gómez Laín sobre las monjitas bernardas.

En realidad los siete miembros de su grupo eran siete jefes según las oportunidades. En el terreno intelectual (interpretación de abstracciones y planteamiento de síntesis) Samar era un jefe potencial y lo sabían los otros seis, sobre todo Villacampa, que era aragonés, paisano de Samar. En el heroísmo ciego (con sus peligros implícitos) el jefe era Pascual y nadie habría dudado un momento en seguirlo, porque sabían que tenía razón y el heroísmo estaba justificado en sí mismo.

En materia de gestión y de organización Progreso era el mejor, pero lo mismo que Germinal era frecuentemente arrestado por la policía, ya que los dos estaban fichados y su actuación se hacía ostensible, quisiéranlo o no. Lo inusual y desacostumbrado de sus nombres era ya un indicio seguro.

La organización de socorros —Solidaridad Sindical— ayudaba a sus familias mientras duraba la prisión, que era en casi todos los casos de carácter gubernativo y no penitenciario. Menos en el caso de Escartín y algún otro. Escartín, como dije, había sido condenado a muerte porque apareció complicado en el robo de un banco —con tiros y sangre— para aportar fondos precisamente a esa organización de socorros. Era Escartín una especie de don Quijote alto, flaco, un poco más joven que el caballero de la Mancha y sin barba ni bigote. Gran teorizador, si había quien lo escuchara, y, puesto en el caso de don Quijote, no habría hecho ni dicho otra cosa que lo que hizo el caballero de la Mancha con la cuerda de presos en la aventura de los galeotes.

La selección entre aquellos jóvenes solía hacerse por las condiciones que el individuo reunía para la acción. Se entiende la acción directa de carácter agresivo, que es natural en los tiempos en que no se puede actuar por los cauces de la persuasión. Esa era la razón por la cual el secretario nacional de la organización sindical se alcanzara o se otorgara *por cojones*, para decirlo pronto y bien, pero con esas glándulas bien secundadas por la inteligencia.

Era Villacampa un chico bastante joven, empleado de comercio en el ramo más vulgar y más indispensable: comestibles. Trabajaba en un almacén de mayoristas que era propiedad de su tío. Su único mérito —confesaba él mismo con cierta ingenua honestidad— era ser primo de Escartín, a quien admiraba y a quien trataría de imitar cuando se presentara la ocasión. Era Villacampa el más joven del grupo y aunque Samar se burlaba amistosamente de él, no tenía nada de tonto. Lo que no logró nunca Villacampa fue aprender a hablar en público. Una vez que quiso hacerlo comenzó diciendo: «Lo que pasa aquí, compañeros, es la peor cosa que puede pasar. Y lo peor que puede pasar es que no pasa nada». No era un mal comienzo, pero luego no supo qué añadir, coaccionado por las risas de algunos compañeros y se sentó.

Sin embargo, Villacampa era alguien y lo demostró más de una vez. La manera de ver el mundo para Villacampa era visual, es decir, la de un director de cine, es decir —aunque parezca redundante—, una cuestión de retina y de luz y de diafragmas. Ver el mundo de una manera visual no es una redundancia estúpida, sino especialmente expresiva. Como «tantearlo de una manera táctil», que era lo que les pasaba a otros u oírlo de una manera auditiva. Porque hay personas incongruentes que sin darse cuenta cultivan eso que en literatura se llama sinestesia, es decir, que «huelen» un color o «ven» un sonido. Y eso, no. Los colores son para verlos (aunque en la gran pintura clásica, en Velázquez, por ejemplo, haya calidades táctiles) y los sonidos para oírlos, aunque en la gran música haya dimensiones a veces inefablemente literarias, es decir, poéticas.

Pero eso de lo inefable es otra cosa y cabe en todo.

En el grupo de Samar se veía *visualmente*, como hacía Villacampa. A veces pensaba Samar que sólo podía tolerar a Villacampa cuando recordaba aquellas tres circunstancias: primo de Escartín el caballero anarquista del valle de La Pineta cerca

de Bielsa y de su lago esplendido, que en invierno estaba helado; ahijado, por decirlo así, de *Las Tres Sorores*, y veedor (como decían en tiempos de Felipe II, llamado el Prudente) *visual*. Eso es: *veedor visual*.

Gran visualizador, Villacampa. Si no fuera un hortera —aunque mayorista— habría sido un buen pintor o, como dije antes, un magnífico director de cine.

Pero Samar volvía a sus legajos.

Las visiones de Samar delante de aquellos papeles eran retrospectivas y poco coloristas. ¿Qué colores puede haber en un convento de monjas bernardas dentro de un monasterio románico de bajos techos y ábsides ascéticos y sin adornos? Gris —de los muros—, negro, de los hábitos y las sombras de la capilla en la que siempre era de noche y el blanco almidonado de las tocas. Es verdad que esa combinación de colores (blanco, negro y gris) es una de las más nobles y solemnes. Negro, blanco y gris bien combinados, eran los colores del Nuevo Testamento, con excepción del Evangelio de San Juan, que tiene colores y volutas y espirales graciosos y terribles.

Pero las monjitas bernardas no leían los Evangelios casi nunca, y menos el de San Juan, que les daba miedo por aquello del Apocalipsis. Sólo estaba autorizada a leerlos la madre superiora.

Cumplían las monjas con las ordenaciones y reglas y no faltaban a ninguna de ellas, a no ser que... bueno, la naturaleza tiene sus leyes secretas, y como Gómez Laín decía: «El camino de la vida interior es áspero y desapacible: *Arta est via, quae ducit ad vitam* (Mat. VII, vers. 14)». No está muy claro el estilo de Gómez Laín —se decía Samar—, pero tiene el mismo tono gris-blanco-negro del conjunto del monasterio al que fue de *veedor* o visitador vidente. Si hubiera tenido la vista de Villacampa habría visto otras muchas cosas, Gómez Laín.

Por ejemplo, habría visto un rico tapiz en vivos colores que había en la sala capitular. Un tapiz que ocupaba todo el lienzo de un amplio muro de sillería. Los colores eran vivos y representaba una escena de los orígenes de la cristiandad tal como la entendían en tiempos del Renacimiento. Y estaban nada menos que Santa Úrsula y las once mil vírgenes. No todas, claro. Once mil vírgenes suponiendo que las hubiera en el mundo (en algún siglo pasado) no cabrían en ningún tapiz o repostero por grande que fuera. Pero Santa Úrsula en el centro y todas las de la primera fila estaban representadas en tamaño natural, es decir, de cuerpo entero, y sus vestiduras y sus rostros tenían colores bastante vivos.

A veces demasiado vivos.

El visitador del rey había recorrido el convento (con permiso especial de la archidiócesis para no violar las reglas de clausura) y visto cada celda y cada aposento. Naturalmente donde más tiempo había estado haciendo indagaciones, preguntando y tomando notas, era en la sala capitular donde aquel enorme tapiz se exhibía. Había en el tapiz novedades extrañas. De las figuras que aparecían en primer término sólo tenían el rostro que les correspondía algunas de ellas. Otras parecían decapitadas y recompuestas, otras, aun, con un rostro cuya posición no correspondía a la del cuerpo.

Había sucedido algo en aquel tapiz o repostero (tapiz, más bien), algo inusual que tardó mucho en descubrir Gómez Laín, pero que al fin descubrió y fue una parte no trivial de sus observaciones. Aunque lo que se dice ver el tapiz en todas sus dimensiones no lo había visto. Si hubiera sido Villacampa el que miraba, los colores habrían tomado vibraciones y direcciones más expresivas. Realmente Villacampa veía en la pintura y en las cosas de la vida ordinaria dimensiones de línea y color más complejas que los demás. Lástima que no tomara en serio esas aptitudes naturales y las aprovechara.

«Ese chalao de Samar...», solía decir a veces, resentido porque creía que se burlaba de él. Samar le respondía aconsejándole que dejara su empleo de almacenista de víveres y aprendiera a pintar o que pintara sin aprender, como aconsejaba Picasso.

Delante de las once mil vírgenes presididas por Úrsula —tetuda y pelirroja— habría visto Villacampa muchas cosas que no habría podido explicarse porque no era muy experto en palabras, aquel chico. Repito que Samar lo tomaba en serio —aparte de sus capacidades visuales— primero por ser primo de Escartín, luego por ser su paisano del valle de Las Tres Sorores y finalmente (o tal vez esta tercera era la primera motivación) porque sabía que Villacampa tenía valor físico, lo que es siempre admirable en un hombre.

Todo lo demás resultaba, en cuanto a defectos, *peccata minuta*.

En la tercera virgen del tapiz de las bernardas había una especie de morisqueta interrumpida y sin completar. Con el morrito de la virgen torcido. Y no era una cosa natural puesta allí por el artista o el tejedor, sino un accidente. Aquella cabeza de virgen (del tamaño de una persona natural) había sido cortada con una tijerita de bordar, muy cuidadosamente, es decir, que la tercera virgen había sido decapitada. ¿Con qué motivos? Esa era una de las cosas que había averiguado más tarde Gómez Laín.

Había sido cortado aquel rostro en la tela del tapiz y más tarde reacomodado, es decir, recosido. Aunque se suponía que lo habían recosido las monjas que tienen fama de ser buenas bordadoras, la sutura no había sido perfecta y una arruga del tejido producía aquella mueca interrumpida en los labios, lo que los escritores de 1916 llamaban «un rictus». En aquellos tiempos era triste el rictus, pero allí no era de melancolía, sino más bien de burla por algo secreto que había sido hecho contra las reglas de la orden de San Bernardo y que había salido bien, sin duda. Gómez Laín lo explicó más tarde.

Con las palabras le pasaba a Samar lo mismo que a Villacampa con los colores. «Yo oigo y veo —anotaba Samar— en esas figuras de las que habla Gómez Laín, cosas minuciosamente contradictorias, lo mismo que Villacampa las vería si estuviera delante de los colores del tapiz. Yo oigo decir a la virgen primera: “He venido aquí desde un monasterio extranjero, francés, de Provenza, y tú tienes necesidad de un acto plausible para el código de enmienda de las clausuras”. Todavía, después de un espacio en silencio, decía cosas más raras. “No se trata de disturbancia ni de

putrefacción ni putificación, sino de una ley amoriscadora para que los chantres la olisqueen como se olisquea la muertecita secreta”.» Estas cosas anotaba Samar. Y seguía.

«Algo así me decía la primera virgen (y no en sueños, sino realmente y sobre las sombras de las tres de la tarde en mi pobre estudio de la calle de León). La segunda también resultaba elocuentemente ilógica: “¿Para qué tanta letanía si de lo que se trata es de ir a conquistar la iglesia ortodoxa rusa? Es sólo un problema matemático: Madrid, Valladolid, Toledo, Berna y el Polo Norte con un buen ataque de ciática para cualquiera de Las Tres Sorores. Lo demás, olores fecales o mortuorios, que es igual.” Otra virgen del fondo parecía gritar en las sombras de mi cuarto: “Decapitadas, decapitolizadas, descaputillizadas todas, desde la primera a la trescientas y desde la tercera a la una. Para que aprendan. Teníamos que escoger y hemos escogido pecar para ser redimidas por la penitencia y así Dios tenga que usar su misericordia y nos asista.”»

Y parecían añadir: «Que es Su deber».

Así las oía Samar. Pero los colores de Villacampa Samar los consideraba más expresivos. «La virgen quinta —anotaba Samar— tenía los ojos claros. Pero los ojos azules (como los verdes de la virgen de al lado), irradiaban satanismo menor. Es decir, diablería sin cuernos. (Los de los faunos apenas si se notan y si se les pone la mano en la cabeza se notan sólo a través de los pelos como dos callosidades redondas.) Porque eso son los cuernos: callosidades que se han ido formando a través de los milenios con los topetazos de los machos al disputarse la hembra. Callosidades pugnaces. La monja —digo, virgen— sexta, era francamente inmadura. Parecía impúber y si hubiera yo podido levantarle los hábitos lo habría comprobado. Impúber. O tal vez de origen morisco, porque las moras se depilan y así son eternamente impúberes. La expresión de esa sexta virgen era de un contenido reprimido o inhibido, como si dijera: *no me preguntes más, que no te lo diré.*»

Así pensaba Samar y a veces anotaba esas reflexiones.

El tapiz, con todas aquellas vírgenes, ocupaba algunas páginas del informe de Gómez Laín, quien decía en alguna parte abriendo el párrafo con un fonema jurídico:

«Otrosí, al que alegremente da, ama el Espíritu Santo. (*Hilarem enim datorem diligit Deus*; Cor. IX, vers. 7)».

Y las monjas bernardas no se daban al vicio, sino que se abandonaban a su naturaleza para implorar después por la penitencia el favor del Altísimo. Que para eso nos ha dado Dios los órganos del pecado, se decía Samar no sé si en broma o en serio. En todo caso, lo que Gómez Laín decía Samar lo copiaba con humor, aunque fielmente. Fidelísimamente. Se puede ser humorístico y fiel a los textos. Así piensan los archiveros-bibliotecarios que de vez en cuando se desvirgan de poetas. Y el buen Gómez Laín (*abyssus abyssum invocat*, según David en XLI, 8), se había dejado contagiar por las monjas bernardas a medida que las frecuentaba e iba obteniendo sus declaraciones inverecundas. Porque Samar no omitía detalle en la traducción y copia.

Aunque a veces fatigado de los textos de Simancas se levantaba, salía de casa, iba hacia la calle del Prado, dudaba entre el café del mismo nombre (donde tenía amigos camareros que le daban crédito) y el Ateneo cuya cuota de socio no pagaba nunca. Su opinión sobre el Ateneo era que sólo pagaban los que no iban: abogados, políticos, artistas establecidos y triunfadores. Ellos pagaban su recibo mensual con puntualidad y así debía ser. Los demás —se decía Samar—, es decir, los que usaban los servicios del Ateneo como él, no necesitaban pagar, porque con su asistencia justificaban la existencia de la *docta casa*. De otra manera y puesto que los que pagaban no iban nunca, el Ateneo estaría siempre vacío y acabaría por extinguirse y desaparecer.

Había un conserje ciclópeo que a veces lo miraba con recelo al pasar. En esos casos Samar se detenía y le contaba un cuento verde que le hacía reír a carcajadas. Luego le hacía la señal de la masonería (era un masón, el conserje, al parecer de importancia). Samar no lo era, pero lo simulaba con él y con eso bastaba. A veces pensaba Samar (que no era amigo de bufonerías) que habría sido más cómodo pagar las quince pesetas que costaba entonces ser socios. Pero lo irregular (en materia de dinero) le gustaba. En la vida de los hombres jóvenes que estudian en Madrid no cae mal un poco de picardía. Y ésa era la única —y bien modesta— de Samar. Las picardías grandes ya no lo son. Son aventuras. Y las del grupo Espartaco traían a veces cola. Una cola sangrienta, con *otrosíes* también en el rollo judicial. Y sentencias como la de Escartín o peores, es decir, no conmutadas.

Cuando se hablaba Samar a sí mismo de los otrosíes de las bernardas (le gustaba la expresión) sobrentendía para sí mismo también una larga fila de boquitas verticales, algunas de veras encantadoras y merecedoras de besos. Diecinueve en la primera fila y luego centenares y millares más.

Me refiero al tapiz del que hablaba Gómez Laín.

II

Legítimas orgías de los amigos de Samar

Samar había escrito el texto de una octavilla que había que imprimir anunciando un mitin. Todas las cosas que planeaba Samar las realizaba —por decirlo así— otro miembro del grupo. Precauciones elementales.

Por eso el texto de Samar lo llevaría Villacampa a la imprenta. Y Samar fue a ver a Villacampa. Eran las diez de la mañana de un día de fiesta. Vivía el joven espartaquista en una especie de desván en lo alto de la casa de su tío. Sin ascensor, claro. Cuando las cosas se ponían mal y la policía lo buscaba solía ir algunas semanas a una pensión de estudiantes de apariencia inocente.

En el desván estaba Villacampa muy bien y allí tenía su pequeño universo. Una cama turca, algunos cuadros —estampas alegóricas— sobre la anarquía, un reloj de pesas en el muro. Había un buen orden burgués en todo aquello. Incluso algunos libros.

Y como todos los hombres de naturaleza visual Villacampa tenía alrededor en las cortinas, la colcha, los respaldos de las sillas colores abigarrados ordenados de un modo que Samar llamaba alucinatorio.

En la pared había también un calendario. Le gustaba a Villacampa sacar las hojas del taco sin esperar a que pasaran los días, sólo por leer las sentencias y los cuentos del dorso: «No hay peor cuña que la de la misma madera» y «El ocio es el padre de todos los vicios». O «Al que madruga Dios le ayuda». También dicen a veces que un perro llamado «Napoleón» fue vendido a un inglés en cincuenta mil pesetas y que la luna es un pedazo de tierra que ocupaba el hueco del océano Pacífico. Otras veces dan la historia condensada de Viriato y el asesinato de Sertorio. El calendario iba, como todos, hacia adelante. Después del lunes, el martes. Y no hablaba nunca de hechos históricos objeccionables como los de las monjas bernardas.

Al arrancar las hojas antes de hora no quería expresar Villacampa su impaciencia por vivir el mañana, sino que lo hacía simplemente porque a veces se aburría un poco en su cuarto, pero también porque desde que se hizo amigo de Samar necesitaba saber quiénes eran Sertorio y Viriato para discutir alguna vez. No le gustaba darle siempre la razón, entre otros motivos porque demasiado sabía el que la tenía. Y no es que Samar fuera presuntuoso, pero venía de otra clase social algunos peldaños más arriba y a veces Villacampa se ponía un poco en guardia al formar juicio. A pesar de su anarquismo. Al lado del calendario en la pared había una mancha de humedad que representaba una figura monstruosa. Recordaba las brujas que hay en el monumento a Goya.

—Hola, Villita —dijo Samar al entrar, y añadió viendo hervir una cafetera en un horno eléctrico y un plato con tostadas y miel—: Te das buena vida. Los horteras no os priváis de nada.

—Calla y sírvete, Samarugo, que hay para todos.

Samar no se hizo rogar y reía pensando que a veces como venganza Villacampa lo llamaba Samarugo (de Samar), que en Aragón es un insulto amistoso. El samarugo es el pez cabezón que se ve, en ocasiones, en los charcos y que más tarde se convierte en rana.

—Aquí te traigo la octavilla.

—¿El manifiesto?

Para Villacampa cualquier cosa era un manifiesto.

—Como quieras.

—El otro día te vi en la calle de Goya. Yo iba en el camión llevando género a los almacenistas y tú andabas bien acompañado.

—Yo siempre voy muy bien acompañado menos cuando voy contigo.

Recordaba Samar que iba con su novia Elvira, y una señora de esas a quienes llaman *carabinas* —damas de compañía—, como en los viejos tiempos, cuando las vírgenes no podían salir solas a la calle. Como en tiempos de las bernardas. Elvira quiere decir, en árabe, «el desierto», pero con ella la calle (la glorieta de Goya) a pesar de las brujas del monumento se convertía en un glorioso oasis. Era ella como una actriz de cine y parecía que andaba y movía los brazos con música. Samar estaba concentrado y serio. No sabía Villacampa si darse a entender o no. Podía molestarle que lo viera de aquella traza tan aburguesada. Por fin sonó el claxon y Samar y las dos mujeres se detuvieron. El camión se arrimó a la acera y el conductor bajó. Estuvieron hablando un momento sin presentaciones (Villacampa le dijo que habían cambiado la fecha de la próxima reunión) y cuando se separaban Samar le golpeó amistoso la espalda y al ladearse Villacampa para subir al camión le dio con la rodilla en la corva obligándole a doblar la pierna y a hacer una especie de media genuflexión.

—Tú, Samar, siempre el mismo. Tuve que hacer ante tu novia una inclinación casi como la que hacen las beatas en las iglesias. ¿Qué querías decir con eso? Todo lo haces con segunda intención. Tu novia anda con su carabina y tú con tu filosofía. Mirando a las avutardas y traduciendo pergaminos. Si me descuido os aplasta mi camión. Los colores de tu novia eran violeta y negro, colores de mala suerte. Los de la carabina blanco y negro, de vieja lechuza.

—Es su tía —dijo Samar como si se disculpara.

—Tú tienes una novia rica y guapa. Hija de un coronel. Y escribes en los papeles. Yo soy un hortera y tú un chupatintas. De hombre a hombre, cero. Y también está enamorada de mí la hija de Germinal García, que es uno de los militantes más antiguos de la organización. Tiene quince o dieciséis años y lleva un jersey rojo. A mí no me impresiona gran cosa, pero ya va siendo hora de que tenga novia si no tan

guapa y perfumada como la tuya, tampoco tan boba como la hija de Germinal. Ya digo que no me gusta. Si algún domingo me pongo cosmético en el pelo y la corbata roja no es por ella, aunque luego nos veamos en el Centro, sino porque hay que vestirse y peinarse bien los días de fiesta para que mi tío me tome en serio y me suba el salario. El traje y el pelo son importantes con los burgueses.

La chica de Germinal se llama Eva (de Evarista o Evangelina, nadie más que su abuela lo sabía), pero a su madre no le gustaban esos nombres del Viejo o del Nuevo Testamento y la llamaba Star, porque estuvo en Inglaterra y le gustaba además esa marca de pistolas. Era morena clara, tenía los ojos grandes y quietos, pero azules. La cara redonda y prieta. Cuando reía se le hacían dos hoyuelos en la mejilla y miraba y miraba y no decía nada. A Samar le parecía mal llamarla Star y la llamaba Stella, en latín, pero a ella no le gustaba y entonces Samar decidió llamarla sin nombre alguno: chica. Todas las mujeres son *chicas*, claro, pero Star era una chica por antonomasia y Samar quiso hacer de ella, además, una chica única. Y lo consiguió. La cosa venía de que un día la abuela de Star se enfadó y le gritó a la nieta fuera de sí:

—¿Qué te has figurado que eres? Eres una moña del bululú.

La abuela no podía tolerar la satisfacción de sí que acompañaba casi siempre a los adolescentes e insistía:

—No sabes nada, no eres nadie. Vales menos que una marioneta de los títeres de Cachiporra y si te fueran a vender a la feria no darían por ti un ochavo roñoso.

¡Qué cosas puede decir una vieja ofendida por la presencia de la juventud con su fragancia floral!

Cuando Samar oyó aquello decidió que Star parecía realmente una muñequita del bululú. Hay un autor ilustre que se llamaba Chika (con k). Y la piel de porcelana y los ojos oblicuos de Star despertaron la sugestión de Samar.

Después de saberlo a ella no le parecía mal, aunque alguna vez cuando le preguntaban por qué Samar la llamaba siempre *Chika* ella explicaba:

—Es mi nombre, pero con k. Es cosa de un artista del Japón.

Villacampa, que estaba con los nervios exuberantes del que ha dormido bien, sabía que a Samar le gustaba Chika García, hija de Germinal y hablaba *ex abundantia cordis*:

—Star es más pequeña que yo y tengo un metro setenta y dos con zapatos. Aunque ella dice que ha cumplido dieciocho años no tiene más que quince. Lo dice para que su padre le compre medias, pero es inútil. Va con las piernas desnudas y con zapatos bajos. Se pone unos calcetines bastos de su padre y los arrolla sobre el tobillo. A pesar de todo no es fea. Pero es demasiado atrasada para ser mi novia. Yo he estado a punto de que me nombren delegado de mi sindicato para la federación local y, aunque con otro cargo inferior, soy de un comité importante. Ella anda intrigando para que la hagan delegada en la fábrica de lámparas donde trabaja como empaquetadora, pero ¿quién va a proponerla si no sabe más que vender folletos en los

mítnes? Es hija de Germinal, pero eso aquí no vale como en los burgueses. Aquí hay que ser hijo de sus propios actos como yo que...

—Tú, que eres sobrino de tu tío y primo de Escartín, ¿eh?

—Bueno, eso no importa. Mi padre, al llegar un día de la iglesia, tuvo una bronca con mi madre y le dio una paliza. ¿Por qué? Bah, cosas de ellos. Yo tenía doce años. Me marché de casa. Pasé hambre y dormí a la intemperie, pero ya he dicho que nada de eso tiene importancia. Soy el compañero Leoncio Villacampa. Como tú sabes, de doctrina entiendo bastante para no dar resbalones en materia de organización. Lo demás es secundario. No leo más periódicos que los nuestros, que son los buenos. Los diarios burgueses, salvo las fotografías, están muy mal. No saben contar las cosas. ¡Hay que ver lo que dicen de nosotros! Todo, por no enterarse. En lo suyo les pasa igual, no entienden. Con las palabras se arman unos líos terribles. Columnas y columnas para no decir nada. A veces sacan una palabra nueva y todos van detrás. El otro día encontré una que no conocía: juridicidad. Es una moda que siguen todos desde que cayó la monarquía. Palabras y modas, como entre las mujeres. Yo me río cuando leo el diario del patrono, donde por cierto escribes tú. Y otros. ¡Y qué otros!

—Yo me hago responsable solamente de lo que escribo yo.

Pero estaba Villacampa en una de sus crisis de verborrea y había que dejarlo desahogarse. Además a Samar le gustaba oírlo por el acento de su tierra, que cuando se apasionaba era más acusado. Y como ya dije, el estilo visual de Villacampa le gustaba a Samar, quien a veces se lo envidiaba.

Villacampa seguía:

—Al venir la república me dijo Germinal que todo seguiría igual, pero yo no acababa de creerlo. Y aquí estamos. En los días que siguieron a la fuga del rey vi que de pronto las calles, los hombres, las cosas, tenían algo nuevo. Parecía que hubiera bodas y verbenas en todas partes. Además se decía que iba a haber Parlamento. Yo quería saber qué era aquello, porque sólo lo conocía de oídas. La última vez que lo hubo era yo muy pequeño y estaba en Bielsa. Parece que todo el escándalo de los políticos para traer la república obedecía a la supresión del Parlamento por el rey y los militares. Debía ser importante, el Parlamento. Iría a verlo por mis propios ojos, porque de lo que dicen los periódicos no se puede uno fiar. El día que se inauguró me puse la chaqueta nueva y la corbata y fui allá. ¿No me viste en la primera página de «Estampa»? Cerca de mí estaba el presidente del Gobierno, un hombre cincuentón que no parecía tonto.

Aunque resulte extraño era verdad lo que contaba Villacampa. En aquellos días había alguna confusión y una atmósfera populista que lo hacía todo posible. Villacampa entró en el Congreso, anduvo por allí, estuvo en el salón de sesiones. Todo era rojo y amarillo. Miró a ver quién mandaba en aquello y fue a uno que dicen que era presidente de la Cámara. «Le pregunté qué significaba el Parlamento y el presidente me miró como las mujeres cuando no quieren nada de uno, de abajo arriba, y me dijo por fin que aquel acto era la apertura de Cortes.»

Le habría preguntado Villacampa más cosas, pero aquel señor iba vestido todo de negro y de blanco, igual que en los escaparates de las sastrerías y parecía que si le hacía una pregunta más iba a mancharle la pechera.

Arriba, en los balconillos, había obispos y señoras. Abajo, filas de bancos y buenos manojos de bombillas. Por todas partes fotógrafos. Cuando veía Villacampa el palo del magnesio levantado iba disimuladamente y se ponía delante o al lado de algún pez gordo. Y salió con todas, según decía. Habló otra vez con el presidente y después con tres o cuatro que, según parece, eran diputados.

—Buenas personas, Samar, aunque ninguno estaba muy seguro de lo que hacía. Me miraban y tardaban en contestar. Luego habló uno como si estuvieran en familia y todos aplaudieron. Habló otro y volvieron a aplaudir, aunque se había equivocado en una palabra y tuvo que repetirla. Yo me acordaba de los dibujos animados que se ven en el cine cuando los pobres animalitos asisten al teatro y se entusiasman y aplauden. Uno era igual que el chico y otro lo mismo que la rata. Casi todos buenos mozos, pero había uno pequeñín y amarillo, que apenas se le veía. Cuando aplaudían él silbaba. Cuando todos protestaron él aplaudió. Lo miraban y se lo querían comer con los ojos. Yo me tumbaba viéndolo tan pequeño y con tan mala leche.

Era cierto, repito, lo que contaba Villacampa, porque Samar estaba en la tribuna pública y lo vio todo. Lo vio también a él. Y Villacampa continuaba, expansivo y colorista:

—Luego fui al que llamaban secretario primero y quise hablar con él, pero me miraba y tardaba en contestar. Otro que había a su lado, dijo: *Han entrado elementos extraños*. «¿Lo dice usted por mí? Porque yo no puedo ser extraño para la república.» Con otros tres estuve a punto de hacer descarrilar el tren real hacia 1927. Me pasé un año en la cárcel. Los policías del rey me han pegado fuerte y mi pistola ha metido en su casa a algún esquirolo que en huelgas organizadas por nosotros contra la monarquía no quería secundar el paro. Yo estaba allí por mi derecho y al que no le pareciera bien que se marchara. Eso le dije y lo repetí a ocho o diez diputados que me miraban de cierta manera. El joven de la cartera, que después subió a una tribuna a leer un largo escrito, no se enteraba de lo que se hablaba a su alrededor, decía a todo que sí. ¿Aquello era el Parlamento? No me lo explicaba bien. Al salir, en los pasillos me acerqué a un ujier y le pregunté si creía que todo aquello serviría para algo. Puso la cabeza de medio lado, abrió los brazos y dijo: «¡Hombre!». Parece que no tenía mucha confianza.

En la confusión de aquellos días todo esto era posible y no extrañaba a nadie.

—Cuando salí —decía Villacampa, el compañero del grupo Espartaco— me sentía algo republicano porque el aire y las luces y los gestos y todo aquello le enturbiaba a uno los ojos. Por eso le dije al cincuentón aquel del pelo cano, qué haríamos con los obispos, como si yo fuera republicano. Los había arriba en una tribuna (o por lo menos canónigos, que yo no estoy fuerte en eso) y tenía ganas de cazar a alguno vivo. El viejo del pelo blanco se escabullía sin contestar. Al salir, en la

misma escalinata exterior, nos hicieron más fotos. Ya me verías en la que publicó «Crónica» en la primera página. Luego tuve que dejar al tío aquel de pelo blanco porque subió a un coche.

—¿Qué pasó después? —le preguntó Samar sólo por hacerle seguir hablando, ya que su actitud ante la república le parecía humorística.

—Frente al Congreso había soldados de infantería puestos a lo largo de la calle, como en las procesiones. Allí estaba Joaquín, el de Loporzano. ¿No le conoces? Aburrido como una ostra, dentro de su uniforme nuevo. Es de la quinta del 30 y sirve en Saboya número 6. Me dijo que le liara un cigarrillo a escondidas y me preguntó si era amigo de los diputados y si había dejado las ideas. Yo le dije que no. Que mi intención había sido enterarme de aquello directamente. «¿Qué tal?», me preguntó después. «No creas —le dije— que está mal. Son gentes finas que hacen gestos como en el teatro. Y todos hablan de la libertad y de la dignidad humana, como nosotros.» Terminé de liar el cigarrillo, lo encendí y se lo di a chupar. Luego me lo guardaba yo para que no lo viera el sargento. Pasó un buen rato sin que habláramos. Se me ocurrió decirle que, a pesar de todo, un día tendríamos que pegarle fuego a todo aquello. Joaquín apoyó el cuerpo sobre el otro pie y dijo que sí con la cabeza. Por el cielo pasaron varios aeroplanos metiendo ruido. La gente empujaba. Un sacerdote se perdía entre unas mozas de vida alegre. Joaquín y yo nos estuvimos divirtiendo viéndolo manotear y sofocarse. Bien jodido estaba Joaquín, porque no había podido ir con su novia, una guapa chica de Carabanchel Bajo. Bien es verdad que nada tendría que envidiarle a ella Star García, la hija de Germinal, si se arreglara un poco. No es que piense por eso que la hija de ese compañero sea nada del otro jueves. Mucho tiene aún que aprender, la pobre, y no es que me guste darme importancia. Además, que me recuerda una cosa desagradable. En ese calendario, ahí, ¿no lo ves? Detrás del taco hay un dibujo en colores con una muchacha de pelo blanco que se le parece un poco. Lleva las faldas todas rizadas y los pechos se le escapan del justillo. Está sentada en un banco y por detrás ha llegado otra tía con peluca y trenza blanca y unos encajes en el cuello que la quiere besar. A mí no me gustan las mujeres con esos vicios. Lo cierto es que Star me recuerda el calendario y éste a Star, aunque nada tengan que ver las maneras ni los gustos de ella. Samar le dijo:

—Villacampa, no seas zopenco. Esa es una estampa del siglo XVIII sacada de un ballet y entonces los hombres llevaban el pelo como las mujeres, porque se ponían pelucas para disimular la calvicie. Así pues, no se trata de lo que tú piensas.

—Bueno, déjate de historias. En eso y en lo de los frailes benitos o las monjas bernardas o los Felipes cabrones sabes más que yo, ya lo sé. Hoy tenemos pleno local de comités. Voy a sacar el papel del calendario. ¿Domingo otra vez? Hola, con tinta roja. ¿A ver lo que dice en el revés? «Guzmán el Bueno arroja el puñal sobre la muralla para que el enemigo asesine a su propio hijo antes de entregar las llaves de la plaza.» Y encima con letras grandes pone: «Efemérides patrióticas». Lo mismo podrían celebrar el suceso que motivó mi salida de la casa de mis padres: «El marido

le pega a su mujer antes que permitir la más ligera transgresión de la moral familiar». ¡Qué gentes! ¿Y tú? ¿Por qué te fuiste de tu casa?

—Mira, Villita, ahí está el texto de la octavilla y déjate de monsergas.

—Familia, palos detrás de la puerta. Cuanto más le pego a mi hembra, mejor sale la sopa. Patria: asesinato de un niño por conservar la llave de un rastrillo. ¡Qué estúpido es todo esto! ¡Dan ganas de reírse o de pegarle fuego o de ambas cosas juntas! ¡Digo, la vida que nos dieron al nacer! Vamos a sacar otra hoja del calendario. Detrás del domingo 17 aparece otro domingo 18 rojo y encima la misma palabra: domingo. ¿Otro domingo? ¡Bah! Me bastaba con uno. Una vez a la semana me pongo la camisa colorada y veo a Star. Ella me mira también una vez a la semana ladeando la cabeza sin decir nada. Si sigo mirándola, sonrío tontamente y se le hacen los hoyos de las mejillas. ¡Fuera ese domingo falso! A ver. ¿Qué sigue detrás? Otro domingo. Domingo 19.

Y luego otro: domingo 20. Así siete domingos seguidos. El calendario se ha vuelto loco. El tiempo no rige. Siete domingos seguidos y los siete con los números rojos como la sangre. Si es una broma tonta del tiempo, puede pasar. A mí me gustan las bromas.

—¿Qué te pasa hoy, Leoncio? Hablas como un predicador en cuaresma. Anda a la imprenta para que impriman esto. Ya sabes que anoche lo aprobó el grupo y después el secretario de la local.

Al mismo tiempo se decía Samar: «Ahí está Villacampa borracho de palabras, de colores —visualidades— y de sentires. Feliz como si el mundo entero fuera suyo. Tendencia anárquica natural, desde luego». Era la de Samar también, en otra forma. Era la de todos menos la *minoría sociópata*. Y no hay otra opción dentro ni fuera de uno.

—Rica debe ser tu novia —dijo Leoncio.

—Más que la tuya, desde luego.

—Yo no tengo novia todavía. Atrapo lo que se me pone al alcance y no creas que lo digo por Star. Ella es una mocosa todavía. Apuesto que no ha cumplido los quince.

Y no quiere que la llamen Star. Dice que se llama *Chica*. En mi vida he oído cosa igual. ¡Todas las mujeres jóvenes son *chicas*! Ella es *chica*, con k. *Chika*. ¿Qué más tiene?

Samar le explicó lo del autor japonés, pero Villacampa encontraba aquello más cómico todavía. No había visto nunca Leoncio teatro japonés y, por tanto, ignoraba la belleza y la delicada sutileza de aquellas muñecas. En todo caso Leoncio prefería llamarla Star, como las pistolas. Como la llamaba su padre.

Estaba ojeando el texto de la octavilla y Samar le dijo:

—Son las mismas palabras de siempre en los manifiestos. Apelaciones a la libertad, al amor universal y a todas esas pamplinas. Bueno, pamplinas necesarias. Apelaciones al espíritu de comunidad y al espíritu de justicia. Al espíritu que rige el orbe.

—¿Dónde está ese espíritu? Todavía no lo he visto yo.

—Por eso lo hay, porque tú no lo has visto. Hay más cosas de las que vemos en la realidad. Por ejemplo, el calendario —y Samar señalaba los domingos rojos esparcidos por el suelo y el almanaque en el muro—. Tú hablabas del calendario. Te gusta sacar las hojas. ¿Qué es el calendario? ¿Qué es ese reloj pulsera que llevas? La medida de algo. ¿De qué?

—¿De qué ha de ser? Del tiempo.

—Bueno, pues el tiempo no podría existir si no hubiera una eternidad. ¿Tú la ves, esa eternidad?

Se quedó Villacampa dudando. Creía entender aquello, a medias. Y Samar le decía: «Eso está aceptado por todos los hombres de ciencia del mundo, desde Pitágoras hasta Einstein y ninguno de ellos hizo política. Y apelando a la eternidad (por el amor, la libertad, etc.) conseguimos ir mejorando poco a poco el tiempo. Es decir, tratamos de mejorarlo arriesgando incluso nuestras vidas. El espíritu interviene en todo eso».

No quería Samar plantear otras materias de discusión, tan fluidas para Villacampa, quien parecía incómodo y fatigado si se le obligaba a pensar.

—Mira —dijo ligeramente—. Tú siempre has tenido una vena.

—¿Una vena de qué?

—De lo que por aquí llaman chalaúra. Me voy a la imprenta. Hay un compañero que tiene la llave y aunque hoy está cerrada irán dos tipógrafos a levantar el plomo, como dicen, y luego en una minerva se imprimirá eso. ¿Quieres venir? ¿No? Haces bien. Entonces quédate aquí que no tardaré en volver.

Pero Samar prefería regresar a su casa, es decir, a sus textos del siglo XVI.

Volviendo a casa se encontró con Pascual, grave y serio. Tenía perfil ausente y noble de sordomudo. Eso decía Samar al menos.

Pascual había sido violento desde su temprana adolescencia. Golpeó a una tía suya a los catorce años, cuando ella le dijo que no se sentía bien y le pidió que se marchara y la dejara sola en casa.

Siempre se quejaba Pascual de que el día tenía sólo 24 horas y decía muy convencido que la vida estaba mal concebida, mal planeada. Torres y Lemus andaban medio hipnotizados por él. Torres le dijo un día que había pensado en el suicidio y Pascual le respondió:

—Matarte a ti mismo es una porquería. Es matar a un hombre inocente y además a un militante. Es el peor asesinato.

Lemus le fue con una sugestión más absurda y además del todo ridícula. Le dijo que producir nuevos seres humanos por la relación sexual con la mujer le parecía criminal dadas las condiciones injustas de la sociedad. Entonces Lemus había decidido que era mejor masturbarse. Pascual le dijo:

—Eso es una tendencia a la homosexualidad porque es satisfacerse sexualmente con un hombre.

Las respuestas de Pascual solían dejar a aquellos dos compañeros de Samar sin aliento. Al parecer para Pascual cada uno era sí mismo y otro.

Pascual, cuando encontró a Samar cerca de la calle del Prado, le dijo:

—En esto de la república no encontramos ninguna mejora social. Si al menos nos pintaran y limpiaran las celdas de las cárceles... Pero todo toma un aire de carnaval y de verbena y la vieja historia sigue lo mismo. Todavía existe la misma policía de antes, los mismos presidios y tribunales de antes, la misma ley de antes. A mí me citaron el otro día al juzgado del barrio por delito de lesa majestad, como si estuviera todavía el rey en la plaza de Oriente.

—¿Es posible?

—La semana pasada. Por fortuna era un policía solo y no dos. Yo saqué la genoveva y se la puse en el pecho contra el esternón, que sonaba duro y hueco. Venga ese papel, le dije, o te abraso la zanahoria que llevas en el lugar del corazón. Él fue razonable, comprendió que un delito de lesa majestad era ridículo en una república y como en estos días andan desmoralizados se marchó, sin más.

Samar no gustaba de exhibirse con ninguno del grupo Espartaco, por razones fáciles de comprender. La policía se fijaba en todo y cuatro o cinco de ellos estaban fichados. Era una norma evitar mostrarse juntos en público.

Se despidieron dándose cita en el *Paraninph*, donde al día siguiente habría un mitin. Es decir, un acto de afirmación y de agitación, una manifestación de fuerza y un tanteo —así decía Pascual tanteando el aire con la palma abierta— de las posibilidades de acción. Se trataba de ver hasta dónde las autoridades republicanas seguían siendo tolerantes (por gratitud) con la federación de grupos.

Volvió Samar, como decía, a su casa y abriendo sus mamotretos de estudiante quiso trabajar, pero no pudo. Leyó algunas líneas más del texto de Gómez Laín sin llegar a trasladarlas a sus cuadernos: «Lo que excede a todo es la eficacia de la gracia del Espíritu Santo. *Qui ubi vult spirat* (Joan, III, 8)»; y añadía que nada valía en el mundo el espíritu de autoridad, saber, ilustración, poderío, si eran desasistidos de esa gracia.

Samar se dijo, en broma, que Gómez Laín se inclinaba sin saberlo hacia el gustoso caos, también, como Villacampa y como Pascual y como el grupo entero al que pertenecían. En otro sentido, claro.

Al día siguiente se celebró el mitin convocado por la federación de grupos.

El teatro de barrio estaba en una calle amplia por donde corrían los tranvías y autobuses. Los cerveceros sacaban a la acera su espuma en vidrio tallado. Junto a la esquina que se desdoblaba en una plazuela había tres vendedores. Una vieja ofrecía pastillas de jabón sobre una pequeña tabla colgada del pecho. El teatro estaba un poco más arriba, con la primera planta confundida entre los árboles.

En la construcción de aquel teatro trabajó solamente personal ácrata. «Ese crucero del primer piso —decía un obrero de la construcción— lleva una viga del 32 que aguanta ocho mil hombres sin enterarse.» Una buena viga hija de los Altos Hornos de

Vizcaya templada bajo los martinetes, educada en las manipulaciones de los compañeros de la metalurgia. Robusta de músculo no se enterará de que se instalan sobre ella unos millares de seres humanos. El eco de los discursos y de las ovaciones la hará vibrar de contento. Ya en los altos hornos oía hablar ese lenguaje, que es el suyo. No sabe la viga de intereses generales ni de falsa democracia y todo su universo lo forman los comités de fábrica, los delegados de sección, las cotizaciones; sabe de escisionismo, y de expansión de la base, de huelgas de brazos caídos, de sabotaje y de boicot. La ayudan en el centro de la sala dos columnas ágiles y redondas que también hablan ese lenguaje. Y las altas vigas de la bóveda, las lámparas ocultas bajo la moldura, en cada repalmar, las puertas y el telón de acero, las butacas de madera, el foso hueco, la pauta de viguerío del segundo piso y los ventanales apaisados, más de barco que de catedral.

Todos hablan lo mismo: el tornillo, la tuerca, la luz en el vidrio: máquina, taller, jornal, huelga, motín. ¿Qué importa que vaya el juez de instrucción a admirar las piernas de las muchachas del coro en aquel hermoso local? Para el buen burgués aquello será siempre el teatro en todos sus diversos y amenos géneros: revista —rodillas y muslos—, drama —tragedia hogareña a base del código civil y del divorcio—, comedia —amable adulterio entre holandas y palabras de hojaldre—. Las vigas y las maderas, las columnas y fustes forman una bonita combinación parecida a la popa de un barco de recreo. ¿Qué sería de esos pobres escenarios condenados a la estupidez teatral de los autores al uso si de vez en cuando las lindas muchachas no se quitaran la falda para bailar? Madera, hierro y cristal hallan hoy, en la mañana soleada, su espíritu de protesta. El teatro es feliz y ríe desde el balconaje combado en vidrios azules.

Entre los grupos que pueblan la acera junto a las puertas abiertas, Progreso González dice que hoy va a ver a su gusto el teatro, cosa que no le había sido posible todavía. Lo dice recostado contra el quicio, rascando con la uña del pulgar una gota de cal seca que lleva en el pantalón. Luego se mete dos dedos en la boca y silba para decir adiós a un amigo que pasa en la plataforma de un trolebús. Los vendedores de prensa obrera lanzan sus pregones como banderas desplegadas.

Progreso trabajaba en las obras de ese teatro y la policía fue un día a buscarlo cuando estaba en lo alto de la estructura de acero, haciendo remaches. Solía comer su almuerzo y beber su vino cabalgando las altas vigas y el olor del hierro y del aire comprimido de las máquinas se le había hecho sabor. Todas las cosas de aquel edificio en construcción lo tenían.

A veces hasta los colores parecían tener sabor, unos ácido, otros dulce. Alguno, amargo.

Aquella vez estuvo en la cárcel tres meses.

—¡Ah, sí! —interrumpe uno—. ¿Cuándo se fugó el Cojo?

—No, después. Fue la última vez.

Al recobrar la libertad se dijo Progreso: «Voy a ver cómo quedó aquello y a recoger la herramienta.» Muchos ladrillos y alguna armazón de cemento habían puesto. Conocía el frío de los altos remates. «Vamos a ver aquella primera planta de la viga 32 y la rotonda, tan fantástica, del tercer piso.» Era un buen oficial y no poca parte de la obra había pasado por sus manos.

Al ver el teatro acabado recordó los sabores de los antiguos almuerzos cabalgando el alto viguerío. ¡Cómo cantaba la luz en el ojo redondo de un costado! ¡Con qué gracia caía la flecha de cristal encendido desde la retejera!

Miraba y a su lado dos viejos parados ante las vitrinas comentaban con ojillos salaces la alineación de grupas y piernas. *Royal Paraninph*. No sabía que el empresario conociera tantos idiomas. Aquella tarde del día en que salió de la cárcel no había mitin obrero alguno. Tanto mejor. Entraría a dar un vistazo y a ver si por casualidad hallaba las herramientas. El empresario merendaba en la cantina. Progreso no se quitaba la gorra y el otro no le quitaba de ella los ojos. La situación no era muy cómoda. ¿Cómo se le habla a un empresario en la cubierta de un barco anclado en plena calle de una ciudad castellana? Le expuso su deseo. El otro negaba con la cabeza, entre trago y trago.

—¡Aquí no hay herramientas de nadie ni tiene usted nada que hacer!

Señalaba el empresario la puerta, pero Progreso indicaba a su vez la escalera interior:

—Me voy por ahí. Cuando lo haya visto todo, olido todo, palpado todo, vendré a despedirme de usted. O me quedaré, si quiero. Esto —y señalaba las paredes, el techo, la tapicería— es más mío que suyo. ¿No comprende usted que lo he hecho yo? ¿No se da cuenta de lo que le estoy diciendo?

El empresario quiso hablar, tragó cerveza por mal camino y se puso a toser. Luego corrió al teléfono. ¿Cómo no habían puesto el de la Comisaría del distrito en la lista de los urgentes? Entretanto, Progreso desaparecía en el recodo de la segunda planta buscando sus herramientas sin esperanza alguna de encontrarlas. ¿Qué herramientas?

Visitó despacio todo aquello. Comprobaba la calidad de lujo de la madera, le gustó la tapicería de un gris claro y aunque no pudo advertir la distribución de la luz eléctrica lo que se veía no estaba mal y revelaba aquel sistema que estaba de moda del *encendido auroral*. Es decir, gradualmente intensivo, como en el amanecer, de modo que no chocara a la vista. Palpó la viga transversal, otra de 6.5, y acarició una columna y otra. Subió repartiendo vivaces ojeadas hasta la última fila de asientos del tercer piso. Después había una galería de cristales de más de treinta metros en curva. La luz de la flecha, luz malva, medular, tiznaba los vidrios. Miraba y sonreía. «Guapo remate el de la bóveda.» Sentóse en un peldaño y acabó de fumar. Con la colilla sobre la escalera, al lado de la alfombra —no en ella— quedó rubricada su obra. *Royal Paraninph*. ¿Qué significarían aquellas palabras?

Cuando se disponía a bajar aparecieron por el comienzo de la gradería dos agentes de la brigada social. Al verlo se detuvieron con la mano en el bolsillo del gabán. También Progreso se detuvo. Conocía aquella actitud de los policías.

—Baje usted —ordenaron.

Progreso se hizo el tonto:

—¿Para qué? ¿Es que quieren ustedes hacer una película? —se llevó la mano al bolsillo, aunque no tenía arma alguna e insistió—: Si quieren ustedes película la haremos. Por mí no hay inconveniente.

Por fin lograron hacerlo bajar. El comisario le recriminó. Acababa de salir de la cárcel y en lugar de ir a ver a su mujer, a sus hijos, como todo ciudadano honrado, volvía a ponerse en trance de perder la libertad. Progreso le argumentaba: «Mujer e hijos los tiene cualquiera. O los hace usted o se los regala el vecino». La obra, es lo importante. Esas cosas se las había oído decir a Samar en las reuniones del grupo Espartaco y estaba de acuerdo.

Ahora reía entre los compañeros recordando el incidente. El sol daba a la mañana su paz ritual. Los grupos se hacían mayores y más de la mitad del teatro estaba ya ocupado, porque hay personas impacientes y deseosas de elegir un buen puesto.

Llegaba Samar con prisa, a grandes zancadas. Era de regular estatura, fuerte, macizo. Aunque no destacaba por encima de las otras cabezas en una multitud. Era un hombre ordinario. Salieron voces de un corro, llamándolo. Los saludó de lejos y se puso a mirar los balcones de enfrente donde el sol blanco de mayo prendía sus encajes. Faltaba más de media hora para el comienzo del mitin, que no era sino una pequeña diligencia —casi una cuestión de trámite— en la lucha contra lo humano y lo divino. Contra sí mismos, también, de vez en cuando. Miraba todo aquello Samar un poco deslumbrado. ¿Qué buscaban aquellos hombres? ¿Qué querían? Se lo preguntaba todos los días y, sin embargo, estaba a su lado e iba con ellos lleno de fe. ¿Dónde? El caos (un caos que cada cual puede organizar a su medida) le gustaba.

Además el camino mejor y único nunca existe. Es el que se hace al andar. Todos lo han dicho, eso, desde los tiempos de Roma y Grecia.

Llegaba la Chika (con k) vendiendo rosetas de trapo rojo para los presos. La piedad se hacía en ella estatua conmemorativa, de mármol rosa como en los ángeles del Corpus. Se acercó a Samar y le puso en la solapa un clavel natural, muy serio y grave. Cuidaba mucho su seriedad porque si una vez sonreía ya lo había dicho todo. Samar le dio dos pesetas. Una fortuna en aquellos días. Antes le preguntó a la Chika, un poco reticente, por Villacampa. Ella encogió los hombros redondos, levantó las cejas y advirtió:

—No sé por qué me preguntas siempre por Villacampa.

Luego se fue hacia adentro. Sus piernas desnudas sobre el tosco calcetín de su padre eran las piernas bucólicas que aparecen en las tapas de laca de las tabaqueras. Entraba ella en el teatro y quedaba su ausencia hecha lujo bajo la marquesina. También el grupo fue deshaciéndose en murmullos hacia el interior. En las calles

próximas se alineaban los guardias a la expectativa. Dos compañeros trepaban por la fachada instalando altavoces. Ya estaba la sala llena como una colmena zumbadora y los alrededores seguían poblándose de obreros. Un viejo casi ciego, con bigotes blancos de foca, paseaba cantando a media voz *La Internacional* y llevando el ritmo con el bastón sobre las losas. Su fe le sostenía la espina dorsal sobre los setenta años.

Estaba la fachada cubierta en su tercio inferior de proclamas, carteles y siglas de organizaciones. Las iniciales abanderaban el barco *Paraninph* que había perdido el *Royal* al proclamarse la república. Un poco más lejos un templo sonaba sus campanas sobre la indiferencia del barrio. Pequeños industriales y comerciantes asomaban sobre las tiendas con el chaleco del domingo desabrochado. Aunque había paz y sosiego el sol tenía, según creía Leoncio, destellos azulencos y violáceos un poco sospechosos sobre las capotas de los autos, la muestra del dentista, la placa dorada del doctor. En todos los labios la revolución se alzaba sobre negaciones. ¡Apoliticismo! ¡No colaborar! No votar. No transigir. Acción directa. Después de veinte minutos de cambiar apreciaciones, juicios, voces, periódicos, folletos, de exhibir insignias, saludos y carcajadas, siempre acompañados de siglas, a las diez menos cinco el salón estaba atestado. En los vestíbulos y en la calle habría tres o cuatro mil hombres sin poder entrar. Miraban esperanzados a los altavoces mientras cuadriculaban mentalmente el domingo en monedas de cobre. Las bocinas asomaban por la fachada y carraspeaban preparándose para los discursos. Se ensanchaba la calle a medida que subía el sol. ¿Y la justicia? La justicia no es un fin. Sólo una bandera abstracta que parece conducir a todas partes, lo mismo a la cárcel que a la libertad y de igual modo a la vida que a la muerte.

Star, que había vuelto a salir, lanzó sus pregones desde la puerta y era sobre el fondo en sombras tan vivo el rojo de su jersey y tan frutal su garganta que sintió de rechazo la fuerza de su presencia y casi corriendo se metió dentro otra vez. Buscaba a los del grupo Espartaco al que pertenecía su padre Germinal.

Llevaba su mercancía sobre el pecho izquierdo apenas acusado, aquel pecho que Samar presentía con alguna codicia de viejo prematuro. Era la Chika (con k) esa fruta sagaz que estimula tanto a los que se avergüenzan de sentirse caducos en sus sesenta años. O en los setenta, o en los ochenta.

A veces Star García descansaba sobre un pie u otro, como si meciera a una muñeca. Al volver a entrar en la sala descubrió a Villacampa bien acomodado en una butaca. Con la mano unió al casco de su pelo un mechón suelto, se mordió ligeramente el labio y miró a otra parte. La sala estaba ocupada y ofrecía una marea de rostros y voces reposadas después de los días de labor. Ni impaciencia ni tedio. La Chica veía miradas amigas y rostros familiares.

Inesperadamente se oyeron voces airadas junto a una puerta. Un joven encañonaba a alguien con una pistola y con la otra mano le señalaba la salida. El otro retrocedió espantado. Llegó Progreso a grandes zancadas y obligó a su compañero a

guardar la pistola. Era Pascual, del grupo Espartaco. «Es un policía», repetían aquí y allá. Progreso rogó afablemente al agente que se marchara, pero él protestaba:

—Me ha amenazado de muerte.

—¡Qué cosas tiene usted! No es posible, hombre —decía Progreso.

—Todos estos lo pueden atestiguar.

Progreso preguntaba a su alrededor y todos negaban. Nadie había visto pistola alguna, ni siquiera el visualísimo Villacampa. Y Pascual, que se había guardado el arma, empujaba al policía fuera del local.

El incidente quedaba resuelto. La gente reía y se ponía a hablar de otra cosa. La Chika (con k) volvió a mirar a Villacampa que estaba cerca de su padre, Germinal. Tenía manierismos impertinentes, Villacampa, como ahora sacando un cuproniquel y llamándola con gesto autoritario. Ella se le acercó. Ante su traje nuevo los ojos de la Chika se animaron un instante y los de Villacampa respondieron diciendo: «No creas que me visto de domingo para enamorar a las chicas bobas». Ella le vendió un folleto anónimo (escrito por Samar) y después le puso en la solapa un clavel natural. «Tenía dos —le advirtió— y el otro se lo he puesto a Samar.» Villacampa lo sabía ya porque lo había visto. Por cierto que Samar compró también el folleto que él mismo había escrito, lo que le parecía de una gran generosidad.

Se sentó otra vez Villacampa y volvió a mirar a Star que se alejaba por el pasillo central. Sus pregones se sucedían y la revolución se hacía tan infantil en ellos que a Leoncio le daba vergüenza llamarse anarquista. En cambio, a Samar le encantaba verla —la anarquía— hecha carne en aquella figura con su perfil de mármol de Donatello. Caían de lo alto algunas voces llamando a tal o cual compañero y se oían aquí y allá trozos de discusión.

Un tipo escuálido, muy amanerado, iba y venía con un fajo de revistas financieras bajo el brazo. Informaba a tres judíos de Amsterdam que jugaban contra los valores básicos (cobre, hierro, mercurio, potasas) y andaba siempre por los medios políticos o proletarios husmeando el porvenir. Otro extranjero en la tercera fila de butacas, americano dudoso que se decía escritor y que tenía una linda traza de capataz de indios, lleno de dijes y sortijas, se acercaba a Samar con un terrible proyecto de doscientas cuartillas para destruir científicamente en una sola noche —o cosa parecida— a la guardia civil. Lo llamaban Al Capone y le iba muy bien. Iba buscando algo así como un consejo de administración capaz de poner en marcha su proyecto. Algunos encontraban aquello tan absurdo que sin darse cuenta se ponían del lado de los guardias civiles, según decía Samar. El americano le compraba a la Chika un ejemplar de cada impreso, la roseta de trapo y la insignia del diario. De los pisos superiores arrojaban octavillas impresas y Star cogió un fajo y las iba distribuyendo. El aire se caldeaba y la prosa del manifiesto lo saturaba de polen fecundo. Esta vez era el polen del grupo Espartaco que es con pequeñas diferencias de olor y sabor el mismo de los demás grupos y que produce la misma clase de alergias en la misma clase de gentes.

El escenario en penumbra se va iluminando y poblando. Ya está el presidente en su puesto. Y los periodistas se sientan a su mesa simulando en sus miradas una curiosidad de parque zoológico. Alguien avanza y recomienda desde el proscenio que avisen a los camaradas que están en la calle para que ocupen los vestíbulos y pasillos de los tres pisos donde están instalándose altavoces porque los de la calle los prohíbe la autoridad. Eso de *la autoridad* lo dice con un subrayado irónico. Se congestiona el público en el local, arracimado en pasillos y puertas. Un compañero conecta los hilos y el mitin comienza con unas frases del presidente que cede en seguida la palabra al primer orador.

A pesar de las advertencias los altavoces de la calle han vuelto a carraspear y dejan pasar frases sueltas: «El ministro de Gobernación, abusando de la autoridad que hemos puesto en sus manos...». Alguien protesta al lado de Samar: «No se puede afirmar eso. Damos armas a la oposición. La organización no pactó con los partidos políticos». Una ola de protestas en los alrededores de Samar hace callar al de los comentarios. Sigue el altavoz en la calle: «Las vilezas de la reacción siguen llenando las cárceles a pesar de las supuestas libertades democráticas, convirtiendo los barcos en presidios flotantes, ametrallando a nuestros hermanos...».

Los altavoces de fuera siguen soltando frases encendidas para tres mil obreros que no han podido entrar y se apiñan en la calle. Los oficiales que mandan la tropa urbana echan miradas fulminantes sobre las ventanas.

El comandante envía órdenes: «He dicho que quiten los altavoces». Confusión. El electricista jura que los ha desconectado. Pero los discursos se proyectan en la calle: «Toda esa podredumbre que representáis caerá por su propio peso como cayó la de la aristocracia feudal». (Ésta era una frase que en la gama de vibraciones luminosas de Villacampa debía dar un color cárdeno.) «¡A ver, que arranquen esos hilos!» Alguien los arranca. El altavoz de encima de la marquesina y los de la segunda planta siguen impávidos. Es la voz del segundo orador que habla de la ley de fugas. Fue el primero que la sufrió en el año 1919. No pudieron rematarlo y ahí está, erguido para acusar. Salen las palabras y algunas fulgen y se disparan al azul como cohetes. El grupo de la calle se hace más denso y corta la circulación. Los tranvías suenan sus campanas impacientes y los autobuses se alinean en largas colas. Toques de corneta. La masa humana sigue quieta y en silencio afronta a los guardias de asalto.

Un cabo llega con órdenes. Acaba de hablar por teléfono con la Dirección y han dispuesto que sea suspendido el acto por desobedecer la orden que prohibía los altavoces en la calle. Siguen inmóviles los guardias. Otro toque agudo del cornetín y el ataque comienza acompañado de gritos, cierres que caen, puertas que se cierran. Una señora tropieza y cae, chillando. Un obrero la levanta y advierte con humor:

—No se preocupe, señora. Hasta las doce no comienzan las violaciones.

Los altavoces sabotean el mitin. Al parecer no hay instalación, no hay contacto eléctrico. Han sido arrancados los hilos en un trecho de más de dos metros y en buena ley no deberían hablar, pero sabotean el mitin hablando por su cuenta. Recogen las

palabras de los oradores y el fragor de la muchedumbre que sale por las tres puertas. El primer avance de los guardias ha hecho retroceder a los grupos, pero ahora, al salir la multitud se rehacen y avanzan. Con la sala casi vacía hay disparos, desde las ventanas, contra las ventanas. Salta hecho añicos el altavoz de la marquesina. Pero todos gritan y la alarma de los disparos agrava las cosas. Es la guerra. Una pequeña guerra civil. ¿Pero hay guerras pequeñas?

Los grupos se parapetan detrás de los tranvías. Uno de éstos ha sido volcado con estrépito de cristales. La mitad de la multitud se ha replegado dentro del teatro. Desde una de sus ventanas se lanza una granada que por fortuna no estalla. La mañana madrileña se descompone en livideces. Un altavoz solitario grita desde lo alto:

—¡Bárbaros! ¿Qué hacéis?

Más guardias que se resguardan en las esquinas y la escaramuza dura sus buenos diez minutos. En la plaza próxima las bocas del metro son reductos para algunos obreros que se asoman y disparan. El altavoz carraspea todavía un poco y grita:

—La república vino sin violencia. ¿Por qué ahora, todo esto?

Parece que alguien habla cerca del micrófono, es decir, que esas palabras no eran para ser proyectadas sobre la calle, sino parte de una conversación entre dos obreros. Otro altavoz grita:

—Los intereses del país radican en el sentido creador de la convivencia social sobre la base de...

También ese altavoz salta hecho astillas. Ya no queda ninguno en acción. Parece que la orden ha quedado cumplida. Corretean los caballos, uno resbala y casi cae, arrancando chispas del suelo. Y vuelven los tiros, algunos aislados, aquí y allá, dos o tres bloques más lejos del teatro. Llega otro camión de fuerzas armadas y en pocos minutos las calles quedan despejadas y en silencio. Hay heridos, que huyen o que se dejan meter en ambulancias. Pero han quedado sobre el pavimento tres muertos. Uno de ellos dicen que es Germinal.

El cervecero de la esquina levanta a medias el cierre metálico y sigue taladrando un barril y moviendo la cabeza:

—Esto es el caos. ¿De qué me sirve votar a los socialistas?

Va y viene Samar, indagando. Teme que haya habido bajas en su grupo, pero no sabe nada porque se ha llevado en brazos y casi a volandas a la Chika (con k) del lugar de la refriega. Para decir la verdad entera, Samar encontró propicia la oportunidad para salvar a la niña y salir del campo de batalla. No por cobardía, sino porque no llevaba armas. No llevaba un triste revólver.

Después de dejar a Star a salvo regresa al palenque. Así decían los caballeros en los castillos pirenaicos: el palenque. La orgía ha terminado en los dos lados. La orgía del sentir, el hacer, el agredir y el contemplar la propia sangre o la ajena. La fiesta de la acción violenta entre la doctrina y el sueño, cualesquiera que sean sus resultados.

Sólo que estas orgías, al revés que las de las bernardas, son colectivas y públicas. Como fueron las de Espartaco y sus seis mil adictos crucificados cada uno con tres

clavos, lo que representaba dieciocho mil clavos, con los cuales más tarde se edificó la orgía espiritual cristiana y siglos después los grandes dogmas (incluido el de Torquemada). Al fin y al cabo el universo entero, según parece, se manifiesta por la expansión y la reducción y nuestro corazón, particular, individual y privado, con la sístole y la diástole.

Los seis mil crucificados de Espartaco sugerían a un solo crucificado sublime que había de venir poco después.

Pero Samar había salvado a Stella. Es decir, a la Chika (con k) y se sentía casi feliz, porque en algunas losas de las aceras, cerca y alrededor de él, había sangre, como es natural.

La sangre que no hubo cuando se proclamó la república.

Eso y cosas parecidas decían los cerveceros de la esquina, con sus mandiles puestos.

Lástima.

III

Dos bajas en el grupo Espartaco

Los obreros que quedaron muertos en la calle eran Makno Álvarez, Germinal García y Progreso González. Tres nombres en fila son bien poca cosa, pero Germinal y Progreso eran del grupo de Samar. Tres obreros jóvenes y fuertes, muertos sobre el adoquín municipal en la mañana del domingo son algo. Esos mismos hombres, media hora antes del mitin, eran nada menos que signos de una nueva ley en marcha. Makno pertenecía al Sindicato de Trabajadores de la Tierra. Germinal al de Gas y Electricidad y Progreso al de la Construcción. Cuando los recogieron estaban en posiciones muy distintas. Makno había caído de bruces y se rompió los dientes contra el empedrado. Allí quedó besando su propia sangre. Germinal boca arriba, junto a un árbol, colgada la cabeza sobre la poceta del riego. Progreso no murió instantáneamente. Se fue arrastrando, con el pecho en tierra, firmando con el corazón sobre el asfalto de la acera. Murió camino del equipo quirúrgico. Luego fue llevado al depósito, junto a sus compañeros y el forense emitió dictamen: «Makno Álvarez, de treinta y ocho años, presenta dos heridas de arma de fuego en la región temporal derecha, con salida de masa encefálica; Germinal García, de cuarenta y nueve años, herida de bala en el vientre sin orificio de salida, otra mortal en la ingle con sección de la femoral y contusiones en diferentes partes del cuerpo; Progreso González, de treinta y cinco años, tres heridas de arma de fuego que le interesan el cuarto espacio intercostal izquierdo, el hígado y el parietal derecho respectivamente. Todas con orificio de salida. La de la cabeza mortal de necesidad».

Los dos últimos eran, como digo, del grupo Espartaco y Germinal padre de Star García, porque Samar aquel día la llamaba así por respeto a su padre mártir, a quien aquella clase de pistolas star no le había servido gran cosa, por cierto.

Dos espartacos que, como el de Tracia, fueron más o menos mártires, gladiadores (soldados en África) y un poco capitanes de bandidos o al menos así los consideraba la burguesía. Con otros setenta y siete Espartaco se escapó de la prisión donde los entrenaban para el coliseo y fueron todos, setenta y ocho, a esconderse nada menos que en el cráter del Vesubio. El grupo Espartaco, de Samar, se escondía para sus reuniones en algunos cafés poco conocidos, frecuentemente en La Mezquita, y eran siete nada más —ahora sólo cinco—, pero también vivían en el cráter de un volcán, por decirlo así.

Entre los años 73-71 antes de Cristo derrotó Espartaco a todos los generales romanos y, dueño ya de Italia, sus soldados se abandonaron a la orgía del triunfo y perdieron sus fuerzas. Espartaco fue vencido y muerto en las orillas del río Silarus.

Luego, Pompeyo y Craso dejaron paso a Julio César, cuya dictadura fue la consecuencia de la embriaguez heroica de los espartaquistas.

También Germinal, Progreso y sus compañeros de grupo vencieron a la monarquía, trajeron la república y estaban tratando inútilmente de gozar su orgía. Pero no los dejaban.

De momento era difícil.

Ciertamente no se veía ningún Julio César en perspectiva, ni el río era el Silarus, sino el Manzanares que un burro se bebió en Ávila y más tarde lo orinó en El Escorial, como decía más o menos Góngora.

También es verdad que el grupo Espartaco de Samar no había sido destruido y que cien grupos más seguían viviendo y actuando, pero Samar no podía menos de pensar en aquellas cosas y en un futuro en el cual los versos yámbicos de Sófocles se hacían presentes:

*El que pasa una vez la puerta del tirano
esclavo vuelve a ser aunque antes fuera libre.*

Y lo es para siempre, a no ser que se libere escapando por la última puerta que da a un valle iluminado de un modo cegador, todo lleno de soles y de estrellas, no de Stars, aunque también de Chikas (con k).

Habían muerto Makno, Progreso y Germinal. Era necesario que el médico forense dijera que habían muerto y allí estaba su informe. La diligencia de autopsia no decía el calibre de las balas ni si los disparos habían sido hechos con arma corta o larga. Quedaba en el aire ese dato por aclarar, para que los periódicos pudieran sentar la duda de que las víctimas cayeron bajo las balas de sus partidarios en la confusión del momento. Incluso en los casos de evidencia los enemigos de Samar enturbiaban el aire y creaban la duda. Por si acaso.

Pero es poco una autopsia. Nada dice de la verdadera personalidad de los caídos. Los hombres que mueren por una idea —aunque fuera Espartaco de Tracia— suelen tener poco que contar. Si fueran esos que de vez en cuando gritan en la tertulia «se me ocurre una idea» para proponer luego ir al cine o a merendar, y se subordinan a esa idea y llegan a morir de reuma por ella si es preciso, si se tratara de esta clase de personas, entonces se podrían contar muchas cosas divertidas.

De Progreso y Germinal sabemos ya algo. Eran compañeros del grupo de Samar y, además, Germinal era padre de Star, a quien Samar llamaba un poco tontamente recordando el nombre del autor japonés. En cuanto a Makno era campesino y vivía en Tetuán de las Victorias, hacia los desmontes de Fuencarral. ¿Campesino? «Es decir, más bien —como él decía— cazador furtivo.» Vivía de la caza en las posesiones del rey que seguían siendo coto cerrado con la república. Entre los vagabundos y los basureros, sus convecinos, la casa de Makno era casi un palacio y constituía desde luego, para los demás, una aspiración de bienestar. A la una de la madrugada se levantaba todos los días del año, daba un beso a su compañera y a su hijo, cogía el

«bicho» —el hurón— y unas cuerdas y se iba al Pardo. Cazaba tres o cuatro conejos y dos faisanes, los vendía a las seis de la mañana en un mercado y a las ocho ya estaba de regreso en su casa con veinte o treinta pesetas. Cubría el presupuesto familiar con holgura y aún le quedaba algo para sus gastos de militante. Sellos propios, cotización en el sindicato, solidaridad con los perseguidos, cuota de la Federación de Grupos. A veces cazó también un jabalí o un venado y hubo días de opulencia. Aquellas piezas se las robaba al rey. Como los soldados de Espartaco a Pompeyo.

Su compañera lo admiraba. Nunca se oían en el hogar voces destempladas ni disputas. El secreto de Makno para mantener la paz familiar era lo que él llamaba —lo había leído en un folleto— la ejemplaridad moral. Marco Aurelio no lo habría hecho mejor. Es decir, lo hizo tan bien como él, pero emperador y todo, le salió mal. Se portaba bien, Makno, y al lado de su conducta una discrepancia resultaba monstruosa y criminal. Eran felices. Ella le preguntaba a veces si la quería y Makno la dejaba helada con la mirada mientras exclamaba muy lentamente:

—¿No me ves que vivo contigo y que me levanto a la una de la madrugada para traer el pan?

Durante los primeros meses de vida en común Makno no era «campesino», sino jugador de naipes. Salía todas las noches a jugar. No tenía seguras «las ideas». En cuanto advertía malicia en algún jugador se daba a hacer trampas. Ya en ese camino era sabido que el dinero iría a parar a su bolsillo. Pero aquello era peligroso y su compañera sufría y se desvelaba en casa. «Un día estaba jugando como siempre —explicaba Makno a sus amigos— y me representé a mi compañera sentada en la cama y llorando. Lo dejé todo y me fui a casa.» Ya no volvió a jugar más. Dejó aquel lucrativo oficio por el de «campesino». ¡Lo que tuvo que argumentar para relacionar sus tareas de cazador furtivo con las de labriego y tener cabida en el sindicato! Pero era un buen militante y nadie dudó de su aptitud para el trabajo del campo, ya que socavaba el yermo para dar con las madrigueras.

Había aprendido a leer a los treinta años, por su cuenta. No había llegado a comprender los problemas de la producción capitalista, la racionalización del superindustrialismo ni las leyes del paro forzoso. No quería complicar la sencillez y la limpieza de sus conceptos sobre la revolución con una doctrina que se le hacía sospechosa de academicismos burgueses. Tenía un odio en su vida: los comunistas del partido. Su seudocientificismo (que generalmente cubría una ignorancia pedante y fatua) le resultaba inaguantable y solía decir de ellos que entre todos no eran capaces de resistir media hora de controversia con él y que esclavitud por esclavitud prefería morir peleando en la calle. Lo que más le soliviantaba era ver sus mismos argumentos explotados con mala fe o egoísmo o vanidad personal de «líder» por los comunistas. Cuando las cosas llegaban a aquella situación, Makno callaba, cerraba el ojo izquierdo y advertía lentamente:

—El camarada Makno dice que le está bailando el cacharro en el bolsillo.

El «cacharro» era de calibre 6.35. No era, sin embargo, un energúmeno. Jamás habría llegado al homicidio por arrebató o ceguera. Odiaba a los comunistas «del partido» hacía tiempo, pero su odio se afianzó un día que vio a un señorito con la hoz y el martillo bordados en seda sobre la camisa. Con la burguesía disfrazada de radicalismos habría sido implacable. En la lucha, durante las huelgas políticas o de carácter económico de difícil solución, actuaba con seguridad y valentía. Allí donde hacía falta una mano audaz aparecía él. Realizaba lo que se le pedía sin vana jactancia y sin preguntas inútiles. Del tiempo que le quedaba libre sabía disponer leyendo y completando la educación del hijo que volvía de la escuela con demasiadas tonterías en la cabeza. El muchacho ejercitaba su sentido crítico repitiendo lo que le oía a su padre.

Ahora Makno no reía tan fuerte. Sonreía apenas sobre la losa del depósito judicial y era sólo un poco de calcio, de fósforo, de humores en libertad. Pero se había salido con la suya a su manera, que era una manera objetivamente admirable.

Progreso González era otro carácter. Ya lo hemos entrevistado con motivo de su incidente en el vestíbulo del «Paraninfo». Tan seguro de sí mismo y de poseer una lógica infalible que su odio contra el capitalismo se convertía a veces en desdén altivo y hasta en compasión. Miraba y andaba y reía en «comunista libertario». Estaba saturado de ideología hasta convertirlo no sólo en conducta personal, sino en física y en la química orgánica por la que se regían sus metabolismos. Era natural que en las reuniones del grupo Espartaco no chocara con nadie. Siempre se les dejaba paso a sus argumentos.

En las asambleas de la Federación Local pasaba lo mismo. Se daba en su caso el hecho de la revolución ya triunfante, después del proceso que comenzó con los odios de la adolescencia y siguió con la educación sindical. A través de la fe, confirmada y acrisolada en la doctrina y en la práctica, se convertía en hombre del mañana, de un tiempo sin injusticia y así resultaba que no podía odiar al burgués con aquel odio reconcentrado y agresivo de Makno, por ejemplo. Cuando se encontraba en la lucha con que la sociedad seguía mal organizada y quería defenderse se quedaba muy sorprendido: «¿Pero es posible que no comprendan que es por su bien? ¡Ah, si yo pudiera un día hablarles a los ministros!».

Las pocas veces que fue a la Dirección de Seguridad a pedir en comisión la reapertura de los sindicatos o la revocación de la orden de suspensión contra un periódico, intentó convencer al jefe de policía. Ya no lo incluían en tales comisiones por esa razón. «¡Vamos hombre, si las ideas son tan hermosas y tan fáciles!», solía decir. Pero las autoridades que decidían matarlo en la calle ignoraban el espíritu protector con que Progreso se refería a ellas. Progreso, el de las fijaciones y las obsesiones táctiles. El que tenía que palpar las vigas del Paraninfo y el mármol de la mesa del bar La Mezquita. Y a falta de otra cosa las rejas de la cárcel en las horas de locutorio. Solía decir: «Al mismo Gobierno le conviene, así los ministros vivirán tranquilos y se evitarán eso de que un día tengamos que matarlos». Porque actos

aislados de terror no los realizaría, pero en un plan revolucionario a fondo se hubiera reservado —y se reservaba— la parte más difícil y cruenta. Cavilaba sobre esos impulsos, y hablando con Leoncio Villacampa un día resolvió la incógnita y se quedó tranquilo: «Yo sería sanguinario hasta que se viera que la burguesía iba de vencida. Entonces toda mi furia se convertiría en entusiasmo constructivo y en positiva acción». No había saña en él, aunque había pasado dos años en una celda con una cadena al pie que le impedía andar más de dos pasos y había visto a compañeros sentenciados sin pruebas y encerrados en calabozos oscuros con una cadena también al tobillo y empotrada al muro. No era peor la crucifixión de los seis mil espartacos vencidos, a los dos lados de los caminos. Al menos veían gente que los compadecía o a quienes podían insultar o perdonar. Y Progreso no sentía la necesidad de vengarse, porque lo mismo que había venido la república vendría «lo otro» y al día siguiente de la revolución la crueldad sería innecesaria. A veces parecía que ese día había llegado ya, porque, como dije, la revolución estaba hecha en su conciencia.

Sin embargo, Progreso en la vía de lo inerte había tropezado también con Craso sin tiempo para hablarle las palabras suadoras. El monstruo, al que no odiaba porque lo veía lejos y fuera del campo de sus afanes, lo destruyó. Allí estaba, en la morgue, junto a Makno campesino (es decir, más bien cazador furtivo).

En cuanto a Germinal, era un buen operario de la construcción, pero trabajaba como fumista y plomero. Arreglaba tuberías y drenajes. Cobraba un jornal regular y vivía con su madre y su hija. La compañera se le murió hacía años y no la había sustituido porque para lo sexual nunca le faltaba el calor de unas faldas y en lo sentimental y afectivo tenía a su madre y a su hija Star. Su casa era una de las últimas de una barriada obrera situada al norte, por donde la brigada de la policía social tenía siempre quehacer atrasado. Era una casa de ladrillo de un solo piso, con las ventanas verdes. La puerta estaba abierta día y noche. Germinal no creía en los ladrones ni en los duendes. Tenía un oído finísimo —de gato, solía decir él— y oía lo mismo dormido que despierto. Como digo, la puerta de la calle estaba siempre abierta. Si llegaba a las tres de la mañana un compañero buscaba donde acostarse, se tumbaba y al día siguiente se iba después de compartir el desayuno de Germinal. Era lo mismo que se conocieran o que no se hubieran visto nunca. Germinal nada preguntaba. Su madre servía, recelosa, al recién llegado hasta que veía en la mirada de Germinal alguna simpatía por él. Cuando esto sucedía iba y venía más desenvuelta y al hablarle le llamaba también «hijo». Después, si iba la policía a preguntar, ya se las arreglaba la abuela para contarle un cuento rociado de juicios propios sobre la vileza de las funciones de los agentes de la brigada social. Había algunos que temían más a sus iras que a las de sus superiores, porque de aquella cabeza pacífica y encanecida salían los insultos más soeces, las palabras más duras. Aun después de acabada la gresca, cuando los agentes se batían en retirada, salía a la puerta y chascaba la lengua haciendo ademán de coger una piedra. En la barriada nunca se decía «un agente»,

sino «un perro». Ellos lo sabían bien, y cuando se batían en retirada ante los insultos de las mujeres, la tía Isabela se envalentonaba y gritaba poniéndose en jarras:

—¡A hacer puñetas! ¡Que os den morcilla a todos!

En aquella casa de ladrillo rosáceo vivía Germinal con su madre agresiva y su hija Star. La abuela la llamaba Eva (de Evangelina o de Evarista, como dije). Así la hija de Germinal tenía tres nombres, pero era una sola Chika verdadera. Con k. Había alguien más. Un gallo y un gato. El gato se llamaba «Malatesta» y era de la abuela. El gallo no tenía nombre y era de Star. El gallo y el gato reñían a menudo porque el primero se aburría y buscaba con quien jugar. El gato, que era voluptuoso y regalón, creía que iba en serio y sacaba las uñas. Luego tenía que intervenir la familia. La tía Isabela se llevaba en los brazos al felino y la pequeña al gallo.

Era un gallo provocador al que temían los niños y los perros en la calle. También le temían el cartero y, sobre todo, el empleado de la electricidad cuando iba a anotar la cifra del contador. Los chicos del barrio lo advertían a los empleados nuevos que iban por primera vez, y ellos se reían de buena gana, pero poco después salían corriendo, y cuando lo decían en la oficina había choteo, como se puede suponer. Pero lo mismo se lanzaba el gallo contra las piernas desnudas de los chicos que contra los hocicos de los perros o a la cara de las personas. El agente de la electricidad tenía que acercarse al contador con la tapa de zinc de una lata de basura como escudo protector. El gallo dormía en un pequeño cobertizo detrás de la casa. No había gallinas. En realidad eran suyas todas las del barrio.

Star o Eva o la Chika o Evarista, Germinal, la tía Isabela, el gato y el gallo constituían la población de la casa rojiza y de ese núcleo se desprendía ahora Germinal con el cuerpo roto a balazos. ¿Dónde estaría con su fina calidad auditiva? ¿Seguiría oyendo los rumores más delicados, las voces más lejanas, los movimientos de las larvas dentro de la vieja madera? Los vecinos invadirían la casa y la tía Isabela se aguantaría las palabras malsonantes porque estando muerto su hijo la ira se resolvería en desesperación. Leoncio Villacampa iría a verla, pero ¿para qué? Después de cada batalla no era cuestión de ir dando el pésame a las familias de las víctimas. En tiempos de Espartaco, el de Tracia, tampoco se hacían esas cosas. A Leoncio le preocupaba más que la muerte de Germinal su mirada y sus últimas palabras. Salían atropelladamente del teatro. Fuera disparaban los guardias. Casi tropezaron con el cuerpo sangrante de Germinal. La Chika quería acercársele y las masas la empujaban y se la llevaban en vilo. Germinal gritaba a los que querían auxiliarle: «Dejadme a mí, que esto es cosa perdida. Buscad a la pequeña». Cuando vio que Lucas Samar se acercaba y llamaba a otros para llevárselo, los rechazó, se incorporó a medias y gritó de nuevo: «¡La pequeña!». Lucas creyó que la habían herido también, pero la vio llegar en auxilio de su padre y Lucas la cogió en volandas y se la llevó. Suspiró Germinal al verlos (con el suspiro salió sangre) y descansó la cabeza sobre el brazo doblado. Cuatro minutos después había muerto.

Leoncio Villacampa se acordaba más de ese detalle (Star en brazos de Lucas) que de la misma muerte de Germinal. Pero de todas formas quería ir al depósito de cadáveres y averiguar si eran más las víctimas, porque los rumores señalaban la desaparición de dos compañeros heridos del Gas y Electricidad. El ir y venir de los obreros por las secretarías de los sindicatos en la calle de la Flor y las palabras sueltas que se oían presagiaban una huelga general de protesta. Leoncio se levantó, después de una breve conferencia con tres delegados más de la Local, y comenzó a andar hacia la calle. Saludó a los compañeros, leyó algunas convocatorias de las que cubrían las paredes del vestíbulo y fue bajando. La luz comenzaba a ser esa luz gris rosácea de las ciudades cuando declina el sol. Cogió un tranvía en marcha. Progreso, Makno, Germinal. ¿Habría otros? Un viejo de barba blanca agitaba en la plataforma el bastón y en vano quería discutir con el conductor. Éste compartía su misma opinión y el viejo se irritaba. El tranvía subió forcejeando en las esquinas, asomó a una amplia avenida, y se perdió sonando la campana. Huía por detrás de las casas un nimbo dorado de estío. Iba Leoncio al depósito judicial, a ese lugar que en todos los demás países llaman *la morgue* desde que difundieron esa palabreja las traducciones de los novelones franceses del siglo pasado.

Cuando Leoncio llegó a las tapias del hospital civil ya lucían las primeras lámparas sobre el cristal opaco del cielo del anochecer. El barrio, solitario y triste, comenzaba a animarse en las cercanías de aquel caserón y se veían cerca el bar *Puerto Príncipe*, la taberna del *Mico*, dos pastelerías y una parada de taxis. Dentro de una hora saldría la gente de los cines y se produciría el reflujo de la población hacia las afueras. Leoncio Villacampa veía todo aquello y sonreía: «Mañana os vais a divertir». No podía tolerar la indiferencia del mundo mientras Makno, Progreso y Germinal yacían asomados al vacío sin nombre. Al día siguiente la huelga general los sorprendería a todos: «¿Por qué nos dejan sin espectáculos, sin periódicos, sin pan, sin autobuses, sin metro?». Cada cual reaccionaría a su manera. ¿Es delito ver una sesión de cine? ¿Está mal emborracharse? ¿Llevarse la novia en un taxi tampoco está permitido? Nadie tenía la culpa. Leoncio sonreía subiendo las escaleras del pabellón. Ya arriba, se detuvo, respiró hondo y miró hacia atrás. En el patizuelo desierto había un árbol enano mal acomodado entre las losas de piedra. El muro quedaba a la altura de sus pies. Detrás, la ciudad señalaba con halos rojizos los lugares más iluminados. Leoncio Villacampa, con la corbata roja de los domingos, hinchó su pecho y gritó seguro de que nadie le oía: «¿No sabéis que esta mañana matasteis a tres compañeros nuestros? Has sido tú, el comerciante, y tú, el cura, y usted, señor juez, y usted, damisela de la faldita *tu-tú* —¿no se dice así?— de los *ballets* caros. Pero eso se paga».

Había que atravesar un vestíbulo, recorrer un pasillo haciendo caso omiso de las puertas y las escaleras de los dos lados. Después de discutir con dos guardias y convencerlos de que era familiar de una de las víctimas volvió a salir del pabellón por el lado opuesto y comenzó a bajar unas escaleras análogas a las anteriores. Otro

patizuelo. El depósito estaba en el pabellón de enfrente, en unos sótanos. El patio enlosado tenía color plomizo oscuro. Como siempre, los colores, aun los más neutros, le golpeaban los ojos. Por encima de la silueta negra de las tapias y la pizarra del tejado el cielo era azul claro y había dos estrellas sobre un grupo de chimeneas. Junto a una tapia, recostados contra el muro, estaban Samar y la Chika. No pudo evitar Leoncio la primera impresión de disgusto. Star se condolería como hija del mártir y él tendría que buscar palabras y decirle aquello de «te acompaño en el sentimiento». Pero se limitó a blasfemar poniéndole una mano en el hombro. Ella reclinó la cabeza contra el pecho de Samar y como éste preguntaba con la mirada, Villacampa respondió:

—Mañana hay huelga general. Algunos sindicatos ni siquiera han tomado el acuerdo formalmente. La cosa se hace ella sola.

Era necesario que todo el mundo se alzara protestando. Lucas frunció el ceño:

—¿Huelga general?

Una huelga general en aquellos momentos podía precipitar otros hechos, era quizá la sublevación armada y no había nada preparado. Podía representar un fracaso aplastante. Acudió a la ventana y se acodó en ella mirando al interior. Los otros dos hicieron lo mismo. Se veían abajo tres mesas alineadas con los cuerpos de los tres muertos cubiertos con sábanas. Dos empleados entraban y salían con cubos. Leoncio pensaba: «¿Es posible que todo acabe en esto, en nada?». Pero no habló porque suponía que a Lucas se le ocurrirían al mismo tiempo las mismas cosas y otras más complicadas. Efectivamente el estudiante no tardó en decir, sin duda para aliviar a la Chika:

—La muerte no existe. Esos muertos siguen vivos en la rebeldía de los demás, especialmente en nuestro grupo Espartaco.

—¿Que no existe la muerte? —dudaba Leoncio.

Samar encendió un cigarrillo para contrarrestar el fuerte olor a fenol que salía por la ventana. Y añadió:

—Si pudieran hablar esos camaradas verías cómo se pondrían a discutir sobre la conveniencia de la huelga general, sin acordarse del incidente de su muerte que tendría menos importancia que cualquiera otro en su vida, porque la muerte que viene de fuera —un tiro, dos voces, sangre perdida y la luz que se va de los ojos— no es más que un hecho sobrentendido desde el día que nos parió nuestra madre. Lo malo es la muerte elaborada dentro de nosotros: el fracaso. La muerte es necesaria tarde o temprano y lo necesario no está nunca mal. Pero la angustia y la impotencia en los que viven, ésa es la gran tragedia. Porque son circunstancias no necesarias sino obra de nuestra flojera y de nuestra idiotez.

A la niña se le iluminaron los ojos:

—Es verdad. Mi padre no ha muerto.

Se lo dijo a Samar, lo que no dejó de sorprender a Leoncio. Luego la Chika añadió, con expresión decidida e impertinente:

—Vámonos de aquí. Huele mal.

Se retiraron de la ventana y pasearon por el patizuelo.

Leoncio no quería hacer uso del nombre que Samar daba a Star García. Le parecía una *gilipollez*, según decía.

—¿La chica? Todas son chicas.

Al otro lado del muro y abajo quedaban los muertos. Los médicos les habían hecho la autopsia abriendo el cráneo, el pecho y el vientre. Encontraron sangre roja y venas azules. En el cerebro no había ninguna de las toxinas frecuentes en los suicidas, en los enfermos, en los perturbados. Eran cerebros limpios. Como única anormalidad una ligera embriaguez de porvenir. Un médico con alguna imaginación podría haber hecho observaciones curiosas, porque no era frecuente encontrar cabezas sin temor ni esperanza: *nec metu nec spee*. Vísceras y vísceras saturadas de fe que se basta a sí misma. La embriaguez del futuro era más bien la anticipación de un porvenir hecho ya realidad con todos sus peligros implícitos y sin mayores ilusiones, porque cada cual conoce a los demás y se conoce más o menos a sí mismo. La vida que ellos querían no era una vida mejor, sino simplemente más racional. No con riquezas ni privilegios para los triunfadores, sino con condiciones igualmente humanas para todos.

Ni miedo ni esperanza. Los adictos al viejo Espartaco fracasaron porque, aunque no tenían miedo, la esperanza los sacaba de quicio. La orgiástica esperanza.

Claro es que muchos millares de trabajadores padecían ahora del mismo error. Pero no el grupo de Samar, que la falta de miedo y de esperanza iba acompañada de una gran fe. Una fe parecida a la de la roca y del árbol.

Paseaban en silencio. Star García se detuvo de pronto y miró a Samar.

—A pesar de todo, mi padre ha muerto. Si voy a la ventana y lo llamo no responderá.

Lucas insistía:

—¿Y eso, qué? ¿Para qué quieres que responda?

Villacampa intervenía otra vez con tozudez:

—Di que sí, Star. Tu padre ha muerto.

—¿Qué sabes tú de la muerte? —preguntó Samar.

—¿Y tú? ¿Es que aprendes esas cosas con las monjas bernardas?

—No seas estúpido. Las monjas bernardas no aprendieron a vivir. Trataron de aprender y no supieron. No creas que es tan fácil. Sólo vivieron y sobrevivieron tres. Y seguirán viviendo tanto como viva el planeta. Vivirán más que tú y yo.

Volvía Star a poner su cabeza contra el pecho de Samar:

—Creo que Leoncio tiene razón. Mi padre ha muerto, Samar, y es inútil que digas que no. Está ahí debajo de una sábana blanca y mañana lo enterrarán. Está muerto mi padre.

Vio Samar que ella pugnaba por reprimir las lágrimas y dijo secamente:

—Bueno, vámonos.

La pequeña cogió a Villacampa del brazo:

—No. Yo me quedo aquí.

Lucas, de mal talante, le tomó la otra mano:

—Aquí no tienes nada que hacer. Vámonos. Ahí está tu padre. Ha muerto. Tienes razón. Lo han asesinado. Ya no lo oirás hablar nunca, ya no te besará al acostarse, ni te comprará dulces los domingos —Star se deshacía en llanto—. Tiene el cuerpo destrozado por las balas y el cráneo abierto. Te has quedado sola en el mundo. Bueno, con tu abuela que está chocha perdida y con el gallo furioso y fornicador. Eres la más desgraciada de las mujeres. Lloro, llora —Star amenazaba diluirse en lágrimas y Lucas seguía—: pero con esas lágrimas lo que haces es matarlo dos veces, porque al sentirte vencida y fracasada matas lo que en ti hay de él, de tu padre.

Star quería hablar y sus ojos brillantes miraban fijos y lejos. Aquella estatuilla fría e inexpresiva adquiriría, de pronto, una expresión de odio concentrado.

—Vamos adentro.

Samar alzó la voz, indignado:

—No. Tú no vuelves ahí.

—¿Por qué no, si ella quiere? —proponía Leoncio.

—He dicho que no. Ni ella ni tú. ¡Vámonos fuera!

Lucas había perdido la serenidad, pero repitió lo mismo más tranquilo y como disculpándose y salieron de allí los tres. Iban en silencio. Star no lloraba ya, pero de vez en cuando suspiraba muy hondo. Tomaron un taxi. Cerca ya de su casa la Chika se alarmó de pronto y pidió al conductor que se detuviera.

—Antes podríamos ir ahí al lado —señaló una callejuela— a comprar maíz para el gallo. Como va a haber huelga es bueno tener maíz de reserva.

El chófer se sorprendió a gusto o quizá contrariado:

—¿Huelga otra vez?

Dejaron a Leoncio en su casa y Samar siguió con la Chika hacia Tetuán de las Victorias. Ella parecía querer tranquilizarse con reflexiones de una simplicidad del todo infantil:

—Para ti —le dijo a Samar— soy la Chika, para Leoncio soy Star y para mi abuela Evangelina. O Eva.

—Tres personas distintas y una sola tonta verdadera —comentó Samar, en broma.

Rieron los dos (era la primera vez que ella reía desde la muerte de su padre, lo que sorprendió a Samar), mientras el chófer repetía:

—¡Otra huelga! ¡Estamos listos, como hay Dios!

Ella le dijo airadamente:

—¿Va a resultar que eres un amarillo?

Al llegar a casa de Star resultó que no había nadie. Como la puerta estaba abierta entraron sin llamar.

La Chika se sentía histéricamente parlanchina:

—Mi abuela se ha ido a velar a mi padre. Juraría que nos hemos cruzado por el camino. Tal vez no la dejen estar dentro, pero no importa, porque lo que ella quiere es, por lo menos, ver las paredes del hospital, porque si no las viera creería que sus rezos iban a beneficiar a un prestamista o a un guardia. Las vecinas vendrán a buscarme para que duerma en sus casas, como si yo no tuviera la mía. Yo me quedaré aquí porque me gusta comenzar a pensar que al desaparecer mi padre me he quedado sola en el mundo. Tú no tienes que quedarte, Samar, porque yo sola no tengo miedo. Lo tendría si no estuviera conmigo el gallo, que anda por ahí desvelado. Como es tan listo, sabe que pasa algo en la casa. ¿Lo ves? Ahí está. Ven aquí y escucha. ¿No sabes que han matado a mi padre? Tú creerás que eso es poca cosa mientras yo siga trayéndote el maíz. Aquí lo tienes. Samar piensa algo parecido. Pero lo cierto es que me he quedado sin padre ni madre y que mi abuela no representa nada, porque como es tan vieja y se va del mundo y yo estoy viniendo y es arrugada mientras yo soy joven no hace más que reñirme. Yo soy anarquista como tú y como mi padre. Debíais aceptarme en el grupo Espartaco. Trabajo en la fábrica y gano veintisiete pesetas semanales, un jornal casi de oficiala con el que tendremos que alimentarnos «Malatesta» —el gato—, el gallo, la abuela y yo. Mi padre ha muerto porque su misión era morir y la de la burguesía matarlo. Eso me has dicho tú. Yo no me tiro de los pelos desesperada, como tú ves. La muerte existe, pero no hay que creer en ella, ¿verdad? No soy tan tonta como crees. Hasta ahora yo era la hija de Germinal. Ahora soy la compañera Star García, del Sindicato de Oficios Varios. ¿Comprendes? Las gentes dicen que nací en 1919, pero yo no me acuerdo. Era muy pequeña. Me parece que he nacido hoy.

Lo que quería ella era llorar a sus anchas.

Samar la besó en el pelo y la dejó para que se diera la gran orgía de adolescente impúber y bonita que se ha quedado sola en el mundo. Desde la puerta se volvió a mirarla:

—¿No necesitas nada, de veras? —ella negó con la cabeza—. ¿Tienes mi teléfono?

IV

La niña no se ha quedado tan sola en el mundo

El gallo cacareaba y bajando el ala se alzaba sobre las patas amenazando las piernas de la niña. Nunca se había puesto tan furioso. Ella agarró un listón que había contra la pared y lo levantó amenazadora. Seguía diciéndose a sí misma: «Soy huérfana y mi pobre abuela se irá al diablo cualquier día. No es bueno que siga sola. Hay sólo dos hombres a quienes tal vez podría besar en los labios. No diré los nombres. Si los dijera tendría más importancia el haberlo pensado y lo cierto es que no tiene ninguna».

Entonces se dio cuenta de que hablaba en voz alta y se preguntó si estaría volviéndose loca, viendo las cosas que sucedían a su alrededor.

Ahora no hablaba, pero seguía pensando. Pensaba cosas inmediatas y sin relación con su catástrofe personal:

«¿Dónde estará el gato? Se oye ruido en el tejado y debe de ser él. Ni siquiera en una noche como esta se queda en casa. Hemos tenido siempre unos gatos bastante sinvergüenzas y también más anarquistas que nosotros. Samar no creo que lo sea y si viene por aquí y anda con nosotros es porque nos admira como personas. Él cree que valemos más que los burgueses. Pero a mí no me la da. Villacampa sí que es anarquista. Tiene la cara quieta y los ojos tranquilos y habla un poco por demás, pero tiene su intención secreta. Y es primo de Escartín. Ésos son anarquistas. Samar me ha dejado una nota en la que ha apuntado lo que tengo que hacer esta noche con los papeles y algunas otras cosas de mi padre. Me ha dado esa nota en un sobre y yo la he guardado dentro del suéter. Vamos a ver lo que dice para hacerlo en seguida, no venga la policía a registrar. ¡Qué nota más larga! ¿Pero qué es esto? “Hasta ahora — las siete— no he podido escribirte...” Una carta a la novia. Se ha confundido y yo voy a enterarme hasta el final para ver cómo son las cartas de amor. El papel es fino y la letra menuda. “Te escribiré poco, ahora, pero tú sabes que te quiero. Te quiero desesperadamente. Tengo un hambre feroz de tus labios y de tus brazos. Quiero darte algún día y en algún lugar del mundo una vida que ignoras y llenarla con luz, de paz y de exquisitas locuras. Pero en el torbellino de las cosas del mundo que nos rodean este cariño parece a veces imposible. Yo querría para ti toda la quietud y todo el reposo que mi alma tiene cuando se abandona y piensa en nuestro cariño. ¿Podré algún día dártelos? ¿Cómo? ¡Esa paz y ese reposo que me huyen! Estoy riéndome a pesar de todo, pensando que esas interrogaciones y exclamaciones sólo las puedo contestar yo mismo. Y me río con un poco de la felicidad que tú me guardas y que me darás. ¡Si supieras con qué impaciencia veo pasar los días que faltan! ¡Qué ganas de

llegar! Pero a veces la vida, las cosas pequeñas de la vida, parece que se han puesto de acuerdo para alejarnos. La vida es estúpida, digo la vida que hace la gente, pero nuestro cariño nos salvará, porque un beso tuyo es un bonito secreto fecundador de universos nuevos que ya conozco, mi pequeña, a través de tus ojos llenos de luz prometedora, pero que el día que seas mía del todo harán de mí algo como un dios (exactamente el dios que yo quería ser antes de que naciera). Esa aspiración a la divinidad que hay en todas las religiones (a llegar a ser una parte de Dios inmortal) yo la lograré en esta religión mía de tu cariño y de tu cuerpo que es la única religión que tengo. No sé decirte cómo te quiero. Sólo sé que he tenido tremendas alegrías y horribles miserias; he conocido la vida hasta en los rincones más sórdidos de dulzura y de amargor. Porque también hay dulzuras sórdidas; y creía saberlo todo, tenerlo todo, alcanzarlo todo (al menos en mi experiencia cancelada o cancelable). Sabía por qué se es feliz un día y se suicida uno el día siguiente. Por qué nace del estiércol una flor y de ella el mismo día otra flor más fragante y por qué el sol que las fecunda las mata. Sabía por qué las nubes se hacen agua y el agua roca y la roca montaña y la montaña volcán, y por qué del amor del color con la luz y del amor de las nubes con las rocas y los mares surgen hombres y mujeres independientes como las estrellas y que como ellas no saben lo que quieren ni adonde van. Unos se matan entre sí y otros se aman. Entre ellos hay algunos (muy pocos) a los que se les ha quedado un poco de sol en el corazón y éstos se llaman hombres libres, y ese sol se les convierte en un veneno que se llama sabiduría y a veces los mata lentamente o los enloquece. Yo sabía todas esas cosas y conocía las raíces de mi propio conocimiento y los caminos por donde me habría de llevar, y cerraba los ojos y cantaba canciones tristes, y a veces quería matar o quería matarme como cada cual o quizá me había suicidado ya y no lo sabía y tenía una vida de esas que los viejos abuelos llamaban una *vida astral*. De pronto, niña mía, te conozco a ti. Eso, nada más ni nada menos. Sigo viéndolo todo igual, pero la triste sabiduría se convierte en fe. Sé que el odio mata y que mata el amor (la muerte nos espera a todos), pero el amor nuestro nos matará dulcísicamente a lo largo de veinte o treinta años. Y aquí estoy, un poco borracho con la luz de mi propio corazón que a veces se funde con la del tuyo. Y esas dos luces juntas nos invaden del todo, en cuerpo y alma, a ti y a mí. Y nos funden y confunden y marean un poco. Y bajo ese dulcísimo mareo cantamos canciones nunca oídas. Tú no sabes de qué nos reímos cuando reímos con los ojos en los ojos. Nos reímos de la sabiduría envenenada de los hombres, de la conciencia triste de las rocas y del destino atropellado de los ríos. También ellos tienen sus amores con sus orgías (orgías y orgasmos, que es lo mismo). En las tormentas, en el temblor azul del rayo, en el de las montañas con los volcanes o en el simple amanecer dorado sobre el valle húmedo de rocío, que se va levantando en niebla. Pero las montañas son pequeñas como en los atlas y los volcanes frívolos con sus paroxismos y las orgías del rayo y el aguacero una broma de niños. Todo equivocado y torpe, caminando a su propia ruina. Todo menos tú y yo, que iremos a una ruina propia, incomparable y gloriosa, llena de

infinitos y de eternidades. Porque la eternidad existe en nuestro universo. Digo, en el tuyo y el mío. El secreto de ese universo lo tengo yo en tus ojos de corza y late y vibra en el fondo de mi esperanza. Porque cuando yo digo de mí mismo ‘ni miedo ni esperanza’, miento como mienten todos los hombres antes del combate, y después del combate. Yo tengo esperanza y tengo miedo (miedo a perderla, esa esperanza). Y esa esperanza eres tú. Te escribo todo esto y en el fondo hay un poco de tristeza y angustia simplemente porque no estamos desnudos el uno en brazos del otro. Todo es desdeñable y feo en el mundo menos nosotros, todos lloran y suspiran menos yo. Mi sabiduría, venenosa o no, se funde en la luz y en las sombras (en tu presencia y en tu ausencia) con tu sabiduría (la de tu amor, que trajiste de esos lugares donde estabas antes de nacer). Y ahora no sé nada ni quiero saber nada, sino que voy como un cometa por el espacio ignorando las leyes a las cuales obedece, pero sabiendo adonde va. Tú y yo, nena. Tú y yo, en algún rincón del universo. Los demás se ahogan en su pequeñez de bichos ciegos, como las hormigas, o gregarios y bobos como las abejas, pero todos ellos desolados porque estoy robando al mundo su alegría para ofrecértela a ti y robando su felicidad para dártela a ti y les estoy cubriendo de sombras el alma para proyectar toda la luz sobre ti. Tú y yo, niña mía. El universo, las estrellas, el mar y los bosques, la muerte y la inmortalidad fueron hechas para nosotros y las consumiremos enteras y verdaderas en cada uno de los milenios de vida que nuestro dios personal y privado nos reserva a nosotros dos, solamente nosotros dos, que somos sus elegidos...”»

La carta continuaba todavía, pero Star se escandalizaba. Nunca pudo imaginar que los hombres escribieran cartas como aquella, ni que Samar... Y se decía: «Ahora comprendo a este hombre. No veía claro. Siempre quedaba una zona oscura, pero yo lo echaba al comunismo. Es comunista autoritario, es decir, burgués, reaccionario a lo Stalin, y no encaja con nosotros. O también: es viejo (treinta años) y no encuadra conmigo, que sólo tengo la mitad: quince. Pero dejando todo esto a un lado es terrible para Samar haberse olvidado la carta. Si supiera dónde está ahora Samar, iría a devolvérsela. O por lo menos si tuviera la dirección en el sobre la llevaría a su destino mañana, y cuando viera a Samar se lo diría. ¿Qué pensará de mí, sabiendo que he leído la carta? ¿Podré yo disimular y aguantar la risa? Pero, hombre, yo sé quién es su novia. Ella es vecina mía. Es la hija del coronel García del Río, del regimiento de artillería ligera número 92, que tiene su pabellón al lado del cuartel, ahí mismo, al final de la calle. Enamorado... Yo no podría menos de reírme de un hombre que me dijera todas esas tonterías. Elvira García del Río. Tiene gracia. Ya no podré olvidar nunca ese nombre. En cuanto a la nota urgente con las advertencias es una lástima que no la tenga. Mi pobre padre tenía sus secretos y a todos nos convendría saber cuáles son. Aquí, en esta soledad y con esta luz tan mala, que oscila y hace sombras por todas partes, estoy un poco aturdida entre los amores de Samar y los secretos de mi padre».

En aquel momento la chica oyó llamar a la puerta, a pesar de que estaba abierta. Star se guardó la carta y pensó: «Será la policía». Aunque los agentes no solían avisar cuando querían meterse en una casa. Y al salir vio en la puerta a Samar, quien le dijo:

—Han cerrado los sindicatos, pero el pleno de comités se reúne esta noche en el campo.

Consultando un papel que llevaba en la mano, Samar se acercó a la mesilla de noche y recogió dos pistolas que aparecieron debajo.

—No era muy cuidadoso tu padre. Los agentes habrían encontrado esto en el primer registro.

La Chika le dice que lo primero que habría que hacer es asaltar el cuartel de artillería y matar al coronel.

Se incorpora Samar con los ojos desorbitados:

—¿Quién te ha dicho eso? —y luego añade—: Tú has leído mi carta.

—No he leído nada —miente ella, ruborizándose.

Samar señala el techo y dice:

—En un hueco junto a la chimenea debe haber dos docenas de granadas de mano. Sólo lo sabemos tú y yo. Mañana debes estar todo el día en casa y llorar cuando vengan los policías. Tu abuela los insultará según costumbre, pero tú debes limitarte a llorar. ¿Entiendes?

—Tal vez el gallo les saltará a la cara.

—Enciérralo. Cuanto menos incidentes mejor, hasta que saquemos todo el arsenal que tiene tu padre escondido. Piensa la niña que cuando se declare la huelga general no podrá aguantarse en casa y le gustará estar en medio del sarao. Dice que aunque no lo parezca sirve para muchas cosas, precisamente por su apariencia inocente. Samar lo cree, pero pide que le dé una llave de la casa, por si sale y la deja cerrada.

Luego Samar vacila un momento, habla de la carta y le pide que la lleve a primera hora de la mañana a su destino, ya que el cuartel está tan cerca y el pabellón del coronel en la parte trasera, con acceso desde la calle.

—¿La has leído? —pregunta.

Pone una cara tan rara que la niña no puede menos de echar a reír. Entonces Samar se va, dando un portazo.

Se ríe la Chika tan fuerte que deben oírla las vecinas y de repente se calla pensando: «¿Qué dirán si me oyen reír sabiendo que han matado a mi padre?». Vuelve a leer la carta y recordando los gestos y las palabras de Samar se convence de que eso que llaman el amor debe ser una enfermedad como el tifus o la gripe. Sin embargo, el presentimiento de esa enfermedad le calienta la sangre en la cabeza y en el corazón.

Y fuera es ya noche cerrada. La luna ha salido por oriente grande y roja. Luego se ha asomado por la Mancha ya pequeña y blanca. Tiene dos grandes espejos: el estanque de la Casa de Campo y el pantano de Lozoya. Antes tiene que pasar por delante de unas cúpulas por donde asoman grandes anteojos que la vigilan y no lejos

del observatorio hay otras terrazas donde los jóvenes bailan al son de una orquesta. Al salir la luna huyen las sombras y se refugian donde pueden, debajo de los puentes, al costado de las casas, con prisa, atropellándose. Esa luna influye en los átomos y los agrupa a su manera y así produce en las cosas y en los seres vivos alteraciones curiosas cuyos resultados son diversos y a veces sensacionales.

Samar piensa todas esas cosas y otras más frívolas (es su recurso de las horas críticas) caminando por los senderos extraviados hacia el lugar de la reunión.

Como decía, la luna influye en todo. Los poetas, es decir, mejor los *vates* —los que cantan a la luna son más bien *vates*—, tienen grupos que publican sus boletines, aunque todavía no se han atrevido a titularlos «Boletín de la Luna». Ejerce sobre ellos una influencia encantatoria, pero muy diferente a la que ejerce sobre los gatos. En todos despierta una especie de dulce masculinidad cantarina.

Entretanto la noche avanza. Brillan las estrellas con la claridad de la medianoche como monedas esparcidas sobre un tapiz de terciopelo. Los poetas duermen entre sábanas y hacia el oeste, cerca de unas columnas de hierro que envían sin cesar los pequeños calambres del Morse; se han oído disparos. Al otro lado de la ciudad unas agrupaciones de hombres van a reunirse para deliberar. Esos disparos son trucos de distracción para atraer a la policía, porque el lugar de la reunión es en el lado opuesto de la barriada. Las motos de la policía corren hacia el lugar de la alarma. Debajo de las motos se han refugiado jirones de sombra que corren por calles y carreteras. En eso se diferencian esta noche los policías y los obreros. Éstos van bajo las sombras y aquéllos, encima.

En las afueras de la ciudad hay hoteles, casas de vecindad, jardines y vertederos. Detrás de los hoteles hay dos campos sembrados de alfalfa, luego una colina en comba. Después un camino, una corta hilera de árboles que bordean una acequia, luego una explanada donde las piedras hacen pequeñas sombras aunque a veces más grandes que las motocicletas, todavía otra colina y allí una ermita en ruinas. Detrás de sus tapias, al otro lado, hay una regular extensión en sombras. A veces surge por encima de la tapia una gorra de visera o un sombrero de ala baja. Hay dos hombres vigilando. Los otros deben andar cerca. Como no hay ranas ni grillos, que son los que perturban, se percibe cualquier rumor.

En la reunión hay delegados sindicales y de la federación de grupos, y se trata de tácticas laborales más que de acción violenta, pero al principio están todavía los campos por definir. Hay hasta treinta delegados y ahora habla el secretario:

—Ha venido una comisión de *chinos* diciendo que se ponían a nuestras órdenes. Llevaban credenciales. Yo les he dicho que no hay que hacer más que seguirnos —los demás aprueban—; se les ha notificado la huelga para mañana, pero parece que querían entrar en detalles. Como no se había acordado todavía nada en firme, yo me he limitado a insistir en que si hay huelga que ayuden a que ésta sea completa. La organización está en Madrid en minoría porque dominan los reformistas, pero treinta mil de los nuestros pueden y deben arrastrar a los demás por la fuerza natural de la

atracción de la masa más densa y compacta. Los *chinos*, aunque son pocos, tienen bastante unidad y no es caso de desestimar ninguna colaboración.

El que habla es un obrero cetrino y enjuto que lleva sobre su conciencia inquietudes de otro orden. Su compañera está en el hospital y a él no le han dejado entrar a verla, desde hace tres días, porque las monjitas se han enterado de que no están casados. Sonríe Samar acordándose de las bernardas del monasterio del valle de Bielsa. Claro es que no todas las monjas son iguales. La luna, sí que parece una monja bernarda. Samar considera extravagante ese recuerdo en aquel momento, pero todo el mundo piensa a veces en su profesión y la suya es estudiante.

El obrero que habla ha dejado en el suelo, entre las piernas, la pistola y mira a Samar pensando en los dos compañeros de su grupo muertos. Luego suspira, se pasa la mano por la barba sin afeitar, se palpa los maxilares bajo la piel amarilla y se queda escuchando. Habla ahora otro al que no se le hace mucho caso, porque insiste demasiado en generalidades ya sabidas: «La necesidad de vengar a los compañeros muertos, el deseo de ir a una rebelión de duración y de alcance indefinidos...». Todo esto se ha dicho hasta la saciedad. Han quedado aprobados dos manifiestos —los ha escrito, como siempre, Samar— que serán impresos esta misma noche y repartidos con las primeras luces. Alguien discrepa diciendo que en esos manifiestos no se pide la dimisión del director general de Seguridad.

Un viejo anarquista interrumpe: «Ese es un punto de vista político», y se lanza a una larga perorata sobre el apoliticismo. Apoya al compañero Samar y tiene para el grupo Espartaco gentilezas y elogios rebuscados. Le gusta la oratoria al estilo castelarino del siglo pasado: «Seamos claros, como la luna que nos preside». Luego insiste sobre el apoliticismo y se decepciona cuando Samar, en lugar de agradecerle los elogios, le dice: «Todo es política, hasta tus melenas blancas, compañero». Ríen aquí y allá, y el estudiante que se ocupa de las bernardas añade: «En cuanto a la luna yo recuso su presidencia por cursi y por alcahueta». Vuelven a reír. Con eso se olvidan del segundo manifiesto contra los reformistas que forman parte del Gobierno. Samar insiste en que éstos, «obligados por nuestra protesta no tendrán más remedio que declarar la huelga general, al menos por veinticuatro horas, para no sentirse en ridículo y ese triunfo de nuestra minoría debemos apuntárnoslo y divulgarlo de manera que lo sepan todos los compañeros lo mismo en Madrid que en provincias». Ahora, el viejo de las melenas blancas comienza a repetir las frases de Samar en lo que se refiere al ridículo de los reformistas, y agarrándose a esa sugestión insiste y machaca sobre la posición desairada en que quedarán los ministros que representan esa tendencia. Samar sonríe y separa con la culata de la pistola unas cerillas apagadas en el suelo. Luego, dice: «Celebro que el compañero venga a coincidir conmigo». Pero entonces el viejo rectifica brevemente y para decir algo que no haya dicho Samar, algo más original, pronuncia una exaltación apasionada, a modo de discurso, del amor libre. Samar piensa con tristeza en Elvira.

El presidente se impacienta y reclama atención para el orden del día, que esta vez es más bien de la noche. Se aprueban las instrucciones para las comisiones, el contacto con los delegados de barriada para ir de acuerdo con la federación de grupos. A propósito de esto el viejo hace un canto a la fraternidad universal. Los jóvenes no lo escuchan y recuentan las cápsulas. El viejo recurre a textos autorizados y cita a unos diputados constituyentes con respeto. Siguen sonriendo los jóvenes, irónicos, y Samar ve que, a pesar de todo, tiene ese viejo de las melenas blancas una especie de influencia apostólica, porque es tío de Casanella. No es broma —piensa Samar— un parentesco como ese. También a él le gustaría ser pariente de Escartín.

Luego se enzarzan sobre el sentido de una palabra y tres jóvenes impacientes y airados —la discrepancia y pendencia inevitable— reclaman un programa de acción inmediata. Demasiado inmediata. Se ha oído un silbido largo en la dirección de la ermita.

Se ven las motos de la policía en la carretera, y los caballos de la guardia civil entre las colinas. Por fortuna una nube proyecta sobre los conspiradores una sombra propicia y amparados por ella callan confiados y esperan el segundo silbido, la señal para disolverse y salir cada cual por su lado. Cuando los vigilantes de la ermita quieren apercibirse están rodeados de agentes. Mala suerte. Después de una breve escaramuza son arrestados. Es decir, se supone que lo son, porque entre caballos y motocicletas la situación es confusa.

El mejor acuerdo, según Samar, ha sido el de la libertad de acción para la federación de grupos. Los más jóvenes se atrincheran en la comba de una loma. La cuestión es poder huir escalonadamente. El campo está demasiado descubierto para escapar a la desbandada. Es verdad que las motos no pueden perseguirlos fuera de la carretera.

Hay que huir, pero dando la cara y haciendo fuego aunque sea al aire, es decir, sin blanco posible.

Dos muchachos gritan algo que no se entiende y varios disparos salen de la guerrilla de los obreros en una sola descarga. Los agentes retroceden y los caballos de la guardia montada se separan en tres grupos. Una pareja ha retrocedido al galope, sin duda en busca de refuerzos. Los delegados otean el terreno a su espalda y tres o cuatro de ellos retroceden rápidamente y van señalando a los otros el camino. El secretario de actas recoge el cuaderno escolar donde había hecho sus notas. No ha habido bajas. Hasta los dos de la ermita han logrado huir en la confusión. Pero quedaba el rabo por desollar, como decía Villacampa después.

Al volver hacia los árboles que bordeaban una acequia apareció un agente a tres metros. Se oyeron varios disparos y el agente cayó. Uno de los obreros se agarraba el brazo donde llevaba una herida de bala. Samar, con el faldón desgarrado de la camisa le hizo un apretado vendaje.

El camino de la fuga estaba despejado y por añadidura la luna había sido cubierta otra vez por las nubes. Alguna bala pasaba alta, produciendo en el aire como un roce

de sedas.

Supone Samar que su carta llegará a las manos de Elvira en las primeras horas de la mañana. No ha llamado por teléfono a su novia y está seguro de que ella lo habrá llamado a él varias veces y no lo habrá encontrado en casa. Como Samar tiene una tendencia innata a pensar en el aspecto peor de las cosas ordinarias, se dice que podría, tal vez, haberse puesto al teléfono (intervenido con orden judicial o sin ella) un agente de policía y que en ese caso no sólo habría escuchado a Elvira, sino que le habría dicho tal vez alguna desvergüenza.

Esto último le parece más dramático que todo lo que está sucediéndole en aquel momento.

Los grupos se dispersan y se meten en la sombra, bajo los aleros. Por esta noche no habrá más, se dice Samar.

Al otro lado de la ciudad, junto al hospital de San Juan de Dios, en la calle, hay una vieja enlutada que gime pegada a la puerta de la salida de carruajes. Samar sabe que está allí y va a verla. Debe ser terrible la vejez que dobla el espinazo e impide a la gente gozar, por ejemplo, de la contemplación de la noche estrellada y de las golondrinas voladoras y en el último recoveco del corazón, incluso, de la muerte de los héroes. Aunque el héroe sea el propio hijo. Porque la muerte puede ser gloriosa. Samar se acerca a la anciana y ve a su lado a un joven. «Ah —se dice—. Villacampa ha tenido la misma idea.»

El joven, sin duda, quiere sacarla de allí.

—Soy Leoncio. ¿Dónde está su nieta?

—En casa.

Lleva ella el rosario en la mano izquierda y con la otra busca la faldriquera entre las sayas y saca de ella un objeto redondo musitando:

—A algún hijo de puta le va a volar la cabeza.

Es una pequeña granada de piña. Leoncio le ruega que se la dé llamándola tía Isabela y ella accede. Se ve que no tenía demasiado interés en conservarla y que la ha enseñado con el fin de que se la quite Leoncio. Éste interrumpe las oraciones de la vieja:

—La pobre Star tiene mala suerte. ¡Sola en el mundo!

—¿Y yo? —clama la tía Isabela indignada—. Ella siquiera va para arriba y cuando se tienen quince años nada hace falta más que un peine y un espejo. Pero, ¿y yo?

Piensa Villacampa: «Ni siquiera ha cumplido los quince, Star».

Samar, que se había acercado, retrocede antes de que lo reconozcan. Supone que Leoncio se llevará a la tía Isabela y sabiendo que la noche va a complicarse más se marcha para descansar en alguna parte y dormir algunas horas.

Por el cielo cree ver atravesar tres cometas nuevos y rojos y a juzgar por su velocidad permanecerán en nuestro sistema siete días con sus noches. Siete. El número del grupo Espartaco. Y el decimal del número de «bandidos» que inició la

sublevación de Spartaco y fue a refugiarse al cráter del Vesubio según la historia. En el cielo hay tres cometas nuevos:

Progreso, Germinal y Makno. Quizás haya cuatro, pero el nombre del cuarto no lo sabe aún.

Parece que esos cometas van a dar quehacer.

La noche acaba de pasar sin grandes novedades dignas de mención.

Samar ha dormido cinco horas en casa de un compañero. Lo han despertado las chinches y se ha levantado para ir a buscar a Star, que vive cerca. Cuando llega se entera de que la tía Isabela no ha vuelto a casa todavía y Star no cree que vuelva hasta después del entierro. Samar le propone que le acompañe.

—¿Vas a actuar?

Quería decir si iba en comisión a hacer algo. Samar le dijo que la federación de grupos tenía un plan de sabotaje y a él le correspondía una parte de la tarea. De momento no había riesgo.

Ella, sin decir nada, descolgó una boina gris y se la puso. Luego se la quitó, sacó de debajo del colchón una pistola pequeña y niquelada, la escondió dentro de la boina, se quedó con ella en la mano y se plantó delante de Samar:

—Cuando quieras.

Samar cogió del suelo un armazón de muñeca desnuda que enseñaba el serrín por los desgarrones y la levantó de una pierna:

—¿Y esto?

Dijo la Chika que ella se hacía muñecas con trapo y serrín, pero nunca consiguió acabar ninguna, porque cuando tenía hecho el esqueleto e iba a enseñárselo a la tía Isabela ésta soltaba a reír y le decía:

—Esto no es una muñeca. Esto es un sapo.

Salieron a la calle. No había duda de que Star, es decir la Chika, tiene una fina sensibilidad. Todos los niños la tienen. Basta que alguien relacione su obra con un sapo para que la considere fracasada y deleznable. El día que se olvide la tía Isabela de decirle su opinión, esa pequeña amará a su muñeca y creerá haberla logrado. Pero Samar prefería otra cosa: que no le repugnaran los sapos, que percibiera su torpeza y su fealdad graciosa.

De pronto Star regresó a su casa diciendo que olvidaba algo. Salió con un sobre alargado, de un tenue color violeta.

—Anoche llevé tu carta al pabellón del coronel y una sirvienta la recibió y me dio ésta por encargo de la señorita Elvira. Parece que la tenía escrita ya.

Eso de *la señorita Elvira* lo dijo Star con retintín de burla.

Samar se guarda la carta sin leerla e instantáneamente el aire del amanecer ha adquirido otro color. Van andando hacia la Moncloa. Se desvían un poco porque Samar quiere ver el balcón del cuarto de Elvira. El muro está cubierto de trepadoras hasta el balcón mismo. Suben las más audaces rozando las maderas de un costado. Algunas campanillas —o campánulas, así se dice— temblaban mojadas de rocío. La

mañana era femenina, rubia como ella, alta y de una delgadez sazónada. Azul de ojos —inmensa de luz— como ella, y tierna y dulce con sus brazos frescos.

*En el aire con olor de pinos
en el viento con olor de mayo
por el aire vino riendo
por el aire se fue cantando.
¿Cómo se llama, el dulce amor?*

Samar sacó la carta y, simulando despreocupación, miró el sobre con la sospecha de que había sido abierto y vuelto a cerrar. A Samar no le importaba. Había que educar a la *virgus anárquicas*.

Mientras Samar leía, hablaba la Chika:

—Yo entro a veces al cuartel a buscar sobras del rancho para los compañeros parados. También voy al pabellón del coronel por la escalera de servicio, a veces. Me ha dado tu novia más de una vez ropa vieja que yo doy a los más necesitados. ¿No has visto a Floreal? Esa chaqueta que lleva era del coronel García del Río. ¡Eso sí que está bueno!

Samar sigue leyendo. El amanecer se ha interrumpido bajo la diana de las trompetas de los artilleros y el azul mercurial del cielo se sostiene sobre las sombras sin clarear más. Ya en los altos de la Moncloa pregunta Samar guardándose la carta en el bolsillo:

—¿Qué te parece a ti la vida? ¿No se te ha ocurrido pensar que podría ser más razonable?

Ella se encoge de hombros. Luego contesta:

—No pienso nada. Yo vivo, como cada cual. Lo que pasa es que la vida es de los otros, según decía mi padre.

En sus pupilas, como en el cielo, hay una estrella. No la de su nombre (Star), que es idiota. Sus ojos son tranquilos y se posan sin penetrar. Sabe que Samar va a «actuar» y no ha preguntado qué clase de actuación. Bajan constantemente desde que dejaron los altos de la Moncloa. El paisaje se anima en la otra parte del río. Tardan aún media hora en llegar a un sitio bastante solitario, donde hay dos postes metálicos y un transformador. El silencio y la soledad son absolutos. El aire es suave, dulce y denso. El río hace un remanso y el fondo se ve limpio y pedregoso. Un tenue resplandor hace más cristalina la superficie.

—¿Quieres bañarte? —pregunta Samar en broma.

—Bueno —responde ella, en serio—. ¿Tú también?

Samar se ha quitado ya la chaqueta y la camisa. Al sacarse la niña el jersey se da cuenta Samar de que ha sido una proposición excesiva, porque la niña, con muñecas o sin ellas, es ya una mujer. Hay tal alegría, sin embargo, en sus gestos que se siente contagiado él también. El agua, el aire, la luz, producen una cierta embriaguez. Antes

de terminar de desnudarse se mojan la cabeza. Luego se quita Samar el pantalón y los calzoncillos y se lanza al agua. Está fría, pero no tanto como las duchas de enero a las que está acostumbrado. ¡Abrazarse al agua, revolcarse en ella, sentirse ligero y activo en su fría resistencia! No ha vuelto la cabeza cuando oye chapotear y reír a sus espaldas. Allí está la pequeña, quebrando cristales con brazos y piernas.

—Si no actúas mejor en la tierra que en el agua habrá que recusarte en los grupos. ¡Eh! —grita, dejando atrás a Samar.

Nadan un largo rato. El agua le llega a Samar al pecho. Asoma el torso, ella le arroja agua, pero pierde el equilibrio y vuelve a nadar. El sol llega ya a la superficie del agua y perciben su tibieza. Ella va hacia la orilla, sale y Samar le pregunta si tiene frío. Ella, resoplando —brrrrr—, dice que no. Ya fuera del agua es una graciosa figura de laca, con los pies, las puntas de los senos y la naricilla color rosa. Hay una energía y una fuerza increíbles en aquella fragilidad. «Comienza a ser púber», se dice Samar con una mirada indiscreta. En los alrededores no hay nadie. Ella está ocupada en quitarse el barro de la planta de un pie. Samar le dice que haga ejercicio o que se lance otra vez al agua. Ella opta por lo segundo. Samar nada hasta la orilla opuesta, que está a unos treinta metros. Luego vuelve presumiendo de atleta, cuidando los movimientos porque ella lo observa. Va pensando Samar que la niña se exhibe sin timidez ni falso pudor, con el sol dorado en sus pechos. Y sin curiosidad aparente por el sexo de Samar, quien sale a la orilla y se sienta al sol. Star sigue en el agua y bajo la superficie su cuerpo es suave y resbala como un pez en los reflejos clorados y azulinos.

Piensa Samar que el candor y la inocencia de Elvira son encantadores, y que la hija del coronel es abrumadoramente atractiva, entre otras razones por su inocencia, pero entonces al amor de Samar se une el deseo de la perversión, de la corrupción, que no deja de ser un placer. Ese placer en el que se basa el estupro. Un momento piensa Samar que debía estar permitido, el estupro.

Star se sostiene ahora flotando, sin nadar. Tiene ya moldeadas las piernas, los brazos, hinchadas suavemente las caderas y pesando poco desplaza, sin embargo, mucha agua y no menos sol. Es una figurilla de nácar y vidrio incapaz —digámoslo así— de despertar los sentidos. Su carne no ha debido presentir el amor. Por eso tal vez no despierta demasiado los sentidos de Samar. (También es un decir.) El agua se oscurece en la orilla, luego tiene una cenefa blanca y después en el último nivel sobre la tierra es incolora y transparente. Llega el silbido de una locomotora repetido tres veces. Los horizontes parecen de goma y ceden con la sirena del tren. La Chika repite el silbido, no con los labios sino con la garganta, y grita con su vocecilla atiplada:

—¡El expreso del norte!

Luego dice que en la línea del Mediodía los obreros sin trabajo de la barriada de Vallecas han resuelto a medias la cuestión desvalijando trenes de mercancías. Las compañías de seguros deben estar arruinándose.

Cuenta que desde pequeña había sido muy amiga del agua. Iba a pasar los veranos con unas tías, a un pueblo. Las tías de los pueblos son siempre beatas, aunque sean pobres. O precisamente por serlo. Ella tenía ocho años y se iba con los arrapiezos a las badinas del río. Un día la sorprendieron en cueros, con la ropa bajo el brazo, después de bañarse. Iba lanzando a toda voz una canción boba que les había oído a sus amigos:

*El nadazo de Cristo,
cojo la ropa y me visto.*

Las tías le profetizaron que acabaría mal y la tuvieron encerrada en casa una semana. Cuando Germinal se enteró fue a buscarla y riñó con sus parientes, a quienes ya no volvió a tratar. Samar la escuchaba un poco sorprendido, porque Star no da la impresión de una muchacha traviesa y también porque con «el nadazo de Cristo» y otros pequeños incidentes parece haberse olvidado de la muerte de su padre.

Eso último está bien. Tanto mejor.

El sol les da de lleno. Un último remojón y a secarse bajo su toalla amarillenta. La Chika tiene el pelo mojado y saca esa cara de fruta monda y lavada —en agraz— de las muchachas pelonas. Dice que lleva un peinecillo con el cual podrá peinarse Samar, también. Salen y se calzan secando sus pies con la camisa de él. Luego dejan que el sol evapore el agua de la piel y hablan de cosas muy importantes: «el nadazo de Cristo». La Chika quiere sentarse. Samar extiende su americana, su camisa. Le hace una bonita alfombra y ella no se sienta, sino que se tumba. De vez en cuando levanta la cabeza y la sacude como los perros mojados. Samar la hace levantar una pierna para coger del bolsillo de su chaqueta la carta de su novia. No por la carta, sino por el sobre. Ella tiene que ladearse todavía para que de otro bolsillo saque un lápiz.

La Chika protesta:

—¡Para leer eso molestas a una compañera!

Pero ya digo que no se trata de leer. Mira Samar alrededor y con el lápiz escribe unos números y traza unas curvas en el dorso del sobre. Luego una recta, numerada también. Más líneas panorámicas. Hace un pequeño gráfico con notas aclaratorias. Los postes, el transformador donde zumba la alta tensión. El río tiene treinta metros de ancho por uno y medio de profundidad y aunque haya corriente se puede vadear sin riesgo mayor. Los postes tienen veinte metros de altura y al principio del último tercio está el transformador. Un vigilante sentado sobre la curva de la izquierda puede ver lo que ocurre en tres kilómetros de radio.

La Chika se incorpora:

—¿Me estás dibujando? Ah, es un mapa.

Fricciona la espalda de Samar diciendo que ella está seca y que si quiere vestirse le devuelve la ropa. Pero la posición que tenía Samar al dibujar ha hecho que en la

doble entre el vientre y el estómago se haya depositado agua. Se tumba un instante ofreciéndolo al sol y ella grita regocijada:

—¡El timbre, el timbre!

Trae su mano sobre el vientre de su amigo y con el índice oprime su ombligo. Al mismo tiempo suena el silbido de una locomotora lejana. Aquel ombligo es el timbre de alarma del paisaje. Ha callado la locomotora cuando Star ha retirado su dedo. Se queda muy confusa mirando los horizontes donde, por lo visto, se encierra algún misterio. Repite la llamada y de nuevo la locomotora lanza su silbido de este a oeste en fina comba. Ríen los dos hasta más no poder.

Pero Samar se siente provocado por los contactos con ella y con su desnudez y cruzando los brazos sobre las piernas dobladas, para disimular, le dice indicándole la *alfombra*:

—¡Tu lugar es ése!

Al mismo tiempo se da cuenta de la ridiculez y desaire de aquella severidad.

Ella obedece con ganas de reír. Se tumba boca arriba. Luego, cuando ve que Samar la mira demasiado vorazmente, se siente pudorosa también y, para cubrirse los senos de algún modo, se acuesta boca abajo sobre las ropas de Samar. Así muestra sólo su trasero, que es todavía más incitante. Con el sol que llegaba oblicuamente, aquel trasero y su doble comba tenían el color japonés de la flor del cerezo, como en los decorados del japonés Chika. Ella apoyaba la mejilla sobre los brazos cruzados y sonreía apenas. A Samar le fue imposible seguir ocultando sus reacciones y se lanzó al agua. Con el frío y el ejercicio salvó una situación que le parecía vergonzosa.

Al mismo tiempo se decía: «El estupro no debía ser inmoral ni lo es en la naturaleza». Pero así y todo.

—Entraste en el agua —dijo ella— como un potro salvaje. Como un caballo desbocado. ¿Por qué?

Samar le respondió desde el agua con el mismo lenguaje de doble fondo:

—¿Y tú? ¿Por qué no te vuelves boca arriba?

—Porque te desbocas.

Samar dijo con el soniquete de una cancioncilla:

*Préstame tu boquita
y me desbocaré.*

Ella no se quedaba atrás, y con el mismo soniquete infantil respondió:

*Préstame tu revólver
y me revolveré.*

—Esa no es manera de hablar —dijo Samar desde el agua— para una niña, pero las vírgenes a pesar de lo que dicen los poetas, sois atrevidas y un poco cochinas.

—Y los enamorados de las hijas de los coroneles sois lunáticos y bastante cursis. Además, ¿quién te dice a ti que yo soy virgen?

Obviamente lo era, porque sólo una virgen se puede sentir avergonzada de serlo. Samar la miraba, asombrado. Ella soltó a reír y Samar salió a la orilla. El aire estaba menos frío que el agua, cosa rara. Por fortuna estaba quieto y sin brisas, que habrían hecho el frío intolerable.

El cielo despejado y rico de azules se combaba de este a oeste y por la comba pasaban tres aves de altura hacia el tibio sur.

Ya vestidos, Star mira el reloj y se alarma. Son las siete y a las ocho debe estar a la puerta de la fábrica de lámparas para evitar, con otras, el esquirolaje de las empaquetadoras.

—¿Les pegáis a las esquirolas?

—Yo, no. Pero otras compañeras más viejas y fuertes les sacuden el polvo si se descuidan.

Salen a buen paso, cruzan poco después el río por el puente de Segovia y entran en una tabernita a desayunarse. Es una taberna bienoliente, de gente trabajadora. Se sientan a una mesa.

Samar mira a la niña que picotea una tostada con buen apetito y de un modo naturalmente gracioso, como una gorrioncita de la calle. Por cierto que ese apodo le habría ido mejor que el de *chika*, que resultaba demasiado sofisticado.

Sorbió Samar su café y preguntó:

—¿Qué miras, boba?

—Te miro a ti y se me ocurren ideas. Si lo quieres saber todo te diré que siempre nos habíamos visto de día hasta ayer, que nos vimos de noche por primera vez.

—¿Y qué?

—Que de noche todos los gatos son pardos, mira éste.

—Yo no soy un gato.

—Tú eres otra cosa: tú eres una especie de viudo. De viudo adelantao. O soltero sempiterno. Viudo o soltero. Casado, no te veo. No te va a ti. Eres un vivalde de esos que no se casan nunca.

—¿Piensas que voy a vivir siempre solo? ¿Qué voy a hacer yo sin mujer?

—Lo que haces ahora. Vas y vienes y atrapas lo que puedes, pero siempre solo. Como un lobo solitario que por la noche mira a la luna y hace: «Uuuuuuh». A veces encuentras a otro lobo y os dais la gran paliza por la comida o por la hembra.

Vaya. El «nadazo de Cristo» había puesto a la niña desenvuelta y locuaz.

—¿Quién gana?

—Hasta ahora si te han mordido no llevas las señales, pero eso no quiere decir nada. Te pueden ganar sin morderte. Pascual, por ejemplo, te haría salirte de tu vereda con el rabo entre las piernas.

Piensa Samar que la gorrioncita sabe ver y entender. ¡Quién iba a pensarlo!

Callaban y comían. El «nadazo» les había dado hambre a los dos. Un hambre canina.

—Lo que tú no sabes —dijo Samar— es que el lobo es un marido perfecto. Y un padre ejemplar. Es monógamo, va de noche a cazar para alimentar a la familia...

—Pero tú estás solo.

Ella seguía mirándolo y pensaba cosas a su manera, siempre era «a su manera» lo que pensaba. Samar se sentía un poco incómodo:

—Bueno. Dime otras cosas, Star García.

—No me llames así, porque entonces me acuerdo de lo que le ha pasado a mi padre.

Le había sucedido dos días antes y ya no quería acordarse (y hacía bien, era una defensa inconsciente). También su dolor era diferente del dolor de las demás niñas huérfanas.

—En todo caso, Chika, háblame más. Dime algo. Hoy se te ocurren muchas tonterías.

Ella estaba masticando e hizo un gesto con la mano como diciéndole que esperara un poco. Siguió masticando, tragó y volvió a hablar:

—También te he visto de noche otra vez, pero bueno, soñando. Te he soñado. Pero esta clase de tonterías las pienso y no las digo.

—¿Cómo? ¿Cómo me viste? Dímelo sólo a mí.

—Muerto. Estabas muerto. Ya se sabe, cuando sueñas que alguien ha muerto eso quiere decir que va a vivir diez años más.

—No es mucho.

—Diez años más de los que iba a vivir en su vida ordinaria, digo en la que le dieron sus padres. Y te veía muy raro. Muerto y vestido de cascabeles.

—¿Para qué los cascabeles si una vez muerto no suenan, puesto que el muerto no se mueve?

—Eso, quién sabe.

Así era ella. Hablaba de un modo inteligente y de pronto caía en algo infantil.

Del todo infantil, como la muñeca que resultaba un sapo.

Aunque a los hombres nos pasa también eso cuando soñamos. No sólo a Samar, sino a ti y a mí, lector. ¡Bueno, vestido de cascabeles! Todavía vestido de fraile franciscano con cascabeles en los codos y en el cepillo... O vestido de bufón con cascabeles en el gorro o en esa especie de cetro que llevan y que tiene otro nombre... un nombre que Samar no recordaba. Ah, sí. El caduceo.

Acabado el desayuno, Star tiene prisa y se va a su fábrica mordiendo media manzana. Samar, cuando se ve solo, se sienta junto a una ventana y saca la carta de su novia. Quiere volver a leerla mientras algunos obreros entran y salen. Algunos llevan el manifiesto impreso en la mano y discuten con pasión. Un chófer dice que va a encerrar el auto y que en el centro los sindicalistas coaccionan. Pasa un grupo con un

pedazo de percalina roja en un palo. Se oyen gritos en la calle y algunas personas vuelven la cabeza en actitud de huir.

Han apedreado cerca los escaparates de una tienda que se ha atrevido a abrir y el dueño de la taberna manda que se echen los cierres y que quede sólo una puerta entreabierta. Samar no puede leer la carta, pero al fin se abstraer y saborea la letra picuda, las tiernas palabras, los puntos suspensivos, las exclamaciones. La cafetera exprés silba y le molesta a Samar. Instintivamente se levanta el cinturón por si el silbido dependía de su ombligo y la cafetera ha callado.

Lee hasta al final. La inquietud aumenta en la calle y cuando hay silencio es un silencio lleno de oquedades dominicales. Samar se guarda la carta, arruga el sobre y lo tira. Cuando Samar está ya en la calle un individuo que lo vigilaba en la taberna se ha inclinado, ha recogido la bola que Samar había hecho con el sobre y se la ha guardado en el bolsillo. Luego sale presuroso disimulando. Entonces Samar, que abstraído con la carta ha perdido la conciencia de lo que le rodea, vuelve a la lucidez y con verdadero espanto se da cuenta de que en aquel sobre estaba el dibujo del transformador, su localización en relación con el río y las colinas con nombres y señales. En pleno desconcierto, piensa: «Tendré que hacer la tarea esta noche yo solo y por mi cuenta, arriesgando lo que sea. Tal vez con Villacampa si quiere jugarse la piel. Ahora no debo exponer a los otros compañeros por culpa mía».

Está sencillamente aterrado.

Lo mejor sería encontrar al que recogió el sobre del suelo, pero era del todo inútil. Alucinado con la carta no puso en él la mirada una sola vez. No sabía si era alto o bajo, rubio o moreno. «El amor nos hace caer en estupideces —pensó estoicamente— y las estupideces se pagan.»

Volvió a pensar en Villacampa. Y en Pascual. Hacían falta tres para una tarea como aquélla. Pero no se atrevía a pedir ayuda a nadie en aquellas condiciones.

Los ángeles del exterminio y el estado de guerra

A última hora de la tarde fue Samar al lugar donde solía reunirse el comité clandestino y preguntó si había un plan concreto establecido para comenzar el sabotaje. Allí encontró a Pascual, que salía de la reunión con su gesto huraño, como siempre:

—¡Qué horario ni qué coño! ¡Eres un babieca! ¿Dónde está el mapa que te encargaron? Me han dicho que lo perdiste. Cuando nosotros perdemos algo, suele encontrarlo la policía.

Y se fue a grandes zancadas.

Comprendió Samar que algo grave sucedía y al mismo tiempo sentía una serenidad y una calma sobrehumana (o infrahumana), pero genuina.

Al separarse de Pascual con la intención de reunirse con los otros tres compañeros del grupo Espartaco se encontró —allí, en plena calle— con Star García y recordándola desnuda y nadando, le dijo:

—Hola, muñequita.

Ella le respondió imitando el acento masculino y grave de él de un modo que resultaba gracioso:

—Hola, muñecón.

Samar vio en sus ojos anchos y líquidos toda su tontería incitadora y sabia. Porque en las mujeres, aunque sean tan jóvenes hay a veces una tontería sabia.

—Es que pareces una muñeca, de veras. ¿Sabes decir *mamá*?

—Anda, y sé otras cosas.

Pensó Samar sin darse cuenta en esas muñecas bebés modernas que saben hacer pipí para que las niñas, diligentes y felices, les cambien los pañales. Pero tenía algo importante y urgente que hacer y mirando a la Chika con delectación, le dijo lentamente:

—Adiós, muñequita.

—Salud, muñecón.

Se dio cuenta Samar, por vez primera, de que aquella niña estaba más o menos interesada por él como mujer. La manera de llamarle *muñecón* le parecía profundamente expresiva y acariciadora. Muñecón. Nunca había oído aquello. Ni menos con aquel acento recargado al final, en el *ón* entre aumentativo, despectivo, bronco y estimulante. Todavía ella alzaba su boina en el aire como una bandera de neutralidad, pero no blanca del todo, sino gris perla. «Adiós, muñecón.» Y Samar se decía: «Ella se ha dado cuenta de que esa palabra me gusta».

Lo que no sabía la Chika era que los supervivientes del grupo iban a hacer una tarea peligrosa. Se iban a poner de acuerdo, pero no irían los cinco, sino cuatro nada más. No querían que fuera Pascual, que era hombre que disparaba fácilmente y en aquellas tareas cuanto menos ruido y menos sangre, mejor. Pascual se inclinaba demasiado a *darle gusto al dedo*, como decía Villacampa, es decir al dedo del gatillo. Pero además, Pascual no acudió a la reunión, aunque sabía dónde y cuándo se iba a celebrar.

Samar encontró a los compañeros al caer la tarde en el lugar designado y llevaban ya consigo (en el camión del tío de Villacampa) el material necesario para la tarea. No era mucho. Y la tarea era más bien la *faena*, porque a Leoncio le gustaba esa palabra. Todos tenemos nuestras preferencias. Y como faena, lo era.

Una vez en el camión se instalaron así: Villacampa y Samar en la banqueta delantera (Villacampa conducía) y dentro Lemus y Torres. De este último no se fiaban mucho, porque era indeciso a la hora de la acción, o como decía Lemus —que era un poco redicho— estaba mal dotado de valor físico.

Anohecía sobre la ciudad.

A Samar, cuando actuaba peligrosamente, le gustaba hablar de cosas ligeras:

—¿Tú te acuerdas, Leoncio, de Las Tres Sorores de nuestro valle montañés con sus capelinas de nieve?

—Claro que sí —dijo Villacampa.

Los pueblos aragoneses de Samar y de Villacampa estaban a una distancia no mayor de diez kilómetros y desde ellos se veían altas y nítidas sobre el azul o el gris del cielo —incluso sobre el negro de las noches de luna— las cimas de aquellos picos cuyos colores cambiantes conocieron de niños.

—¿Tú sabes que Las Tres Sorores tienen sus nombres? —¿Qué nombres?

—Nombres de mujer, como es natural.

—¿Pero qué nombres?

Leoncio preguntaba con cierta chufla, pero Samar respondía en serio:

—Ana, Clara y Pilar.

Soltó a reír Leoncio con las manos en el volante:

—¿Esas cosas os enseñan en los libros de Felipe II?

Creía Leoncio que los legajos de Simancas eran libros escritos por el rey de El Escorial. Por cierto, que Escorial quería decir textualmente «lugar donde se arroja la basura, es decir, las escorias». En eso Leoncio estaba de acuerdo, pero Samar, no. Samar estaba orgulloso de El Escorial como si lo hubiera construido él con sus manos. Pero volviendo a los valles pirenaicos, todos los que habían nacido en la zona de Bielsa habían pasado su infancia bajo la advocación de Las Tres Sorores, aunque a nadie se le había podido ocurrir que tuvieran nombres de mujeres. Hablar de Las Tres Sorores era como un cambio de foco en la atención del mundo exterior e interior. Las noches de cielo claro y luna Las Tres Sorores eran una invitación —incluso entre

aquellos dos espartaquistas— a alguna clase de pureza. Y los terroristas deben ser puros.

Una pureza como la de los mártires de las religiones antiguas, que había llevado a Germinal y a Progreso a dar la vida sobre el cemento de la acera, frente al teatro Paraninfo. Por cierto, que la palabra griega quiere decir «el que patrocina el coito sagrado» o en términos vulgares el padrino de la boda: Paraninfo.

No creía Samar que aquél fuera el momento adecuado para hacerle a su amigo revelaciones sobre el legajo de Simancas, amenazados los dos por el peligro de una aventura inmediata. Torres debía estar especialmente nervioso. En cuanto a Lemus sabía afrontar con calma las horas críticas.

—Las Tres Sorores —seguía diciendo Samar no eran hermanas de sangre, sino sólo de comunidad. Pero las tres eran nacidas en tu pueblo, Leoncio. Y eso te lo envidia, la verdad. Me gustaría que por lo menos una de ellas fuera del pueblo mío.

—¿En esas cosas te ocupas? ¿Por estudiar esas simplezas os dan títulos en las universidades? Así va el mundo —comentaba Villacampa acelerando.

—Lo que tú no sabes es que una de esas Sorores era parienta de antepasados tuyos.

—Cállate, rediós.

Lo que no quiso decir Samar era que uno de los hidalgos libertinos que con el cura habían intervenido en las orgías de las monjas bernardas estaban en su propio árbol genealógico. Con su mismo nombre: Samar.

Lo curioso es que recordándolo, a pesar de su anarquismo espartaquista, se sentía retrospectivamente culpable. No lo podía remediar. Por otra parte, las monjas bernardas, disidentes de la cruz verde de la Suprema, le parecían también anarquistas, a su manera.

Y el camión seguía adelante.

No iban a tardar mucho en llegar. El miedo de Torres se debía a una tendencia supersticiosa que no podía evitar. Cuando abría un diccionario y aparecía un esqueleto dibujado, o una calavera o simplemente la mano descarnada en el artículo «falange» o el pie en el artículo «talón» lo entendía como un mal presagio. Igual le sucedía con otras cosas. Cuando hallaba un entierro en la calle. O un hombre tuerto. O tres curas.

En cuanto a su sentido de la solidaridad de grupo no era tan firme como en los otros. Creía en su grupo Espartaco, pero su fe era solamente racional y hacía falta la otra, para que se le quitara el miedo. Una especie de fe ganglionar. La cosa venía de lejos. Cuando era niño tenían en su casa una cocina de gas y para encender el horno había que esperar con la cerilla en la mano hasta que se producía una pequeña explosión. A veces esa explosión había sido mayor y la madre y la abuela de Torres tenían miedo. El chico apenas había cumplido los cinco años y tenía más miedo que las dos mujeres. Se resistía y lo acusaban de cobarde.

Mientras el chico esperaba con la cerilla encendida la explosión, las mujeres se apartaban. Pensaba el chico: en esta casa no les importa que la explosión del gas me mate a mí. Mi madre y mi abuela están a salvo.

Confianza y desconfianza de grupo familiar que, como suele suceder, había de ir creciendo paulatinamente con los años.

Torres disimulaba su miedo, pero no tanto que los otros no se dieran cuenta y entonces solía alzar la cabeza, arrogante, y decir:

—Por eso tiene más mérito lo que hago. Tengo miedo, pero cumplo con mi deber. Menos importancia tendría si no tuviera miedo, como vosotros.

En el fondo —y en la forma— tenía razón.

Los faros del camión seguían apagados en las sombras. Y Villacampa hablaba, aunque sólo fuera para que se callara Samar:

—Llevo puestas las botas de actuar. Y la pistola metida en la caña de la derecha. Atada a la culata llevo una cuerda que por debajo del pantalón va a parar al cinto a través de un desgarrón del bolsillo. Si me cachea la policía no encuentra nada. Es un sistema que no falla. Por el bolsillo del pantalón, tirando de la cuerda, puedo sacar la pistola si llega el caso y hacer fuego. Ha hecho bien la Local en recomendar que no salgan a la calle los compañeros sin armas.

Antes de ponerse a trabajar con su tío, Villacampa había conocido malos tiempos. Había rodado por la ciudad como un perro sin amo. Y los domingos solían ser los días más negros, no por nada, sino porque los demás ciudadanos parecían felices y en el contraste... pues ya se sabe. Todos se dedicaban a sentarse a la mesa en las terrazas, a levantarse de las mesas, a pasear bien vestidos por los parques y él vagabundeaba sin mesa y sin silla.

Alguna vez, aburrido de su propio aburrimiento, se ponía a caminar de prisa, como las gentes que van a algún sitio para hacer algo necesario, pero todo el mundo sabía que no iba a ninguna parte. De ahí debía venir la expresión: «Es un individuo que no va a ninguna parte». Es decir, un cero a la izquierda.

Villacampa, en aquellos tiempos, planeaba atracos que no podía llevar a cabo, porque no tenía armas.

Ahora los de la Federación de grupos habían salido dispuestos a buscarle las entrañas al destino, a ver si el mundo era de ellos o solamente de los otros.

Indignado consigo mismo, gruñía Samar usando palabras que no iban con sus costumbres:

—Ayer hice una verdadera cabronada. Bueno, una imprudencia, pero todos hacen imprudencias, a veces. Ir a refugiarse al cráter de un volcán no era muy prudente, y era lo que hizo Espartaco con sus setenta hombres. Nuestro Espartaco.

El camión del tío de Samar —y hermano de Escartín— subía Moncloa arriba. Villacampa volvía a hablar:

—Si la huelga es completa mañana, habrá que pedir solidaridad a las demás regionales.

Y el camión seguía en las sombras, sin faros. Detrás de la banqueta del volante decía Lemus:

—En la calle de Toledo los de las juventudes han arrancado un poste de un andamio y usándolo como ariete contra los cierres metálicos de las armerías sacan armas y municiones.

—Un poco prematuro.

Era Torres, como se podía suponer, siempre echándole el agua al vino de los frenesíes.

—Más vale —le dice Leoncio— que tengas lista la genoveva. Porque aunque vamos sin faros el motor hace ruido.

—Estoy siempre alerta —responde Torres un poco herido, porque sospecha que Leoncio quiere meterle miedo.

Piensa Samar que como la naturaleza suele dar compensaciones el miedo de Torres va acompañado de una especie de sexto sentido. Y a veces su clarividencia es de una gran utilidad, como ahora cuando le dice a Samar:

—Tú no sabes que estuviste marcado ayer por un tipo que es confidente de la policía y te siguió y te vio nadar con Star en el río.

—¡No!

—¡A ver! Fue el que más tarde recogió el sobre que tiraste al suelo en la taberna. Pero ese confidente estaba marcado por Pascual.

—¡No! ¿Y qué ha pasado?

—Ah, eso yo no quiero saberlo.

Cuando Torres se desentendía de algo era que había habido sangre.

Lemus, detrás de Samar, preguntaba:

—¿Cómo has sabido todo eso? ¿Quién te lo ha dicho? Tardaba en responder Torres para decir, por fin, con voz insegura:

—Nadie.

Con eso fomentaba lo del sexto sentido, pero a Torres se lo había dicho un argentino que iba a veces por los sindicatos de la calle de la Flor. Hablaba el argentino con un deje triste, como los cantores de tangos, pero se enteraba de las cosas como un verdadero hijo de puta (así decía Lemus). Era rico y cuando hablaba accionaba como los atletas que salen en el cine con *ralenti*. Samar dijo que aquel tipo hablaba siempre con pedazos de títulos de prensa. Por ejemplo: «La situación se agrava». O bien: «La conciencia pública se rebela». O todavía: «Los indicios se confirman». Siempre con titulares de prensa.

—Éste tiene el sexto sentido —confirmó Lemus.

—El sexto, no fornicar —comentó, entre dientes, Villacampa tomando despacio una curva cerrada.

Torres confirmaba todo aquello: «El argentino me dijo: *Samar es vigilado de cerca*. Y luego añadió: *Se aproxima una situación peligrosa*. ¿Por qué? le pregunté yo. *El orden público se altera*. Luego me dijo que al confidente de la policía lo tenía

marcado Pascual». Se quedaron asombrados los cuatro. El argentino cerraba todas aquellas revelaciones con otro titular de prensa:

—Las próximas veinticuatro horas serán decisivas.

Eso contaba Torres. El argentino se enteraba, realmente.

Samar seguía callado e inquieto. Se acercaba al lugar de la acción. En las sombras creía ver el cuerpo desnudo de la Chika diciéndole: «Préstame tu revólver — para revolverme».

Decía Villacampa por tercera o cuarta vez que el *cable* tenía casi un centímetro de sección y que con él se podrían fundir hasta las dinamos. Lo llevaba arrollado a la cintura, para ganar tiempo. Era importante aquel cable.

En el camino no hallaron a nadie, pero al llegar al lugar de la acción lo encontraron ocupado. Al principio temieron que fueran fuerzas de la policía, pero hicieron señales con una lamparita de bolsillo y les respondieron según la consigna.

Bajaron y avanzaron a pie. La noche quieta y oscura parecía de acuerdo con la brigada de sabotaje. Antes de salir recogieron el material que habían preparado, pero no habría sido bastante si no hubieran llegado antes los otros, que eran más expertos. Llevaban dos pares de guantes, pero sólo una chaqueta de caucho. Con sólo un par de guantes de goma nadie se atrevería a manipular en unos cables que llevan ciento veinte mil voltios.

Al acercarse al lugar de la acción ven que el otro equipo está trabajando ya, y por cierto es Pascual el que trepa por el alto poste del transformador con guantes, chaqueta y otras cosas aisladoras. Lleva también botas de media caña con unas pinzas como las de los cangrejos, que se agarran al poste.

Al verlos Samar se replegó sobre sí mismo pensando: «Pascual mató al que recogió el sobre. Pascual, que lo tenía marcado. Lo mató y seguramente se guardó el sobre donde constaban las cotas desde donde se vigilaban los caminos; la altura de los postes, en fin, los datos concretos para asegurarse. ¿Pero cómo lo hizo? ¿Y cuándo? ¿Y dónde?».

Lo mismo Samar que los otros tres de su grupo estaban avergonzados. Había diez o doce más del sindicato de Electricidad y tenían centinelas y toda clase de precauciones. Es decir, que no necesitaban ayuda de ninguna clase.

Allí parecía estar el mismo Espartaco, que iba a enviar su fuego sobre la ciudad. No sobre Pompeya, sino sobre Madrid.

Así y todo, los recién llegados se unieron a las fuerzas de vigilancia y protección, pistola en mano. Samar dijo a Villacampa que sería mejor que se fuera con los otros dos al camión y esperara allí, en las sombras.

Todo iba a salir bien. Por un lado entraban grandes cables en el transformador y por otro salían. Más de cien mil voltios sufrían allí dentro la transformación para adaptarse a las necesidades de la ciudad industrial. Pascual, ya arriba, comprobaba el estado de los guantes, del traje, del casco. Un contacto de medio milímetro por una rotura del guante bastaría para quedar electrocutado. Pero Pascual hacía sus cosas con

prudencia. Incluso los asesinatos, es decir, las ejecuciones de los confidentes de la policía. Enganchó en un cable de baja tensión el extremo de uno de los que llevaba preparados. El otro extremo quedaba al aire. Al pie del lejano Rosales, la Estación del Norte ofrecía sus pabellones de ventanas iluminadas como colmenas. Lemus y Torres se alejaban despacio, volviendo la cabeza, porque no querían perderse el espectáculo. Pascual enlazó uno de los cables de alta con otro de baja tensión. Se vieron llamaradas azules y humo. La mitad de Rosales y Argüelles se apagó. Sobre medio Madrid caía una cortina negra. En otros lugares, a la misma hora, otros grupos hacían lo mismo, porque al parecer la operación estaba bien cronometrada.

Samar temblaba de frío y hablaba a los más próximos:

—Dentro de algunos años celebraremos esta fecha y en lugar de apagar las luces encenderemos muchas más y Madrid será un ascua de oro.

El de al lado le decía:

—Calla, que esos alardes suelen traer mala suerte.

Las luces de la Estación del Norte se habían apagado y toda la Moncloa estaba en sombras. También la parte norte de la ciudad.

Pascual bajaba apresuradamente y se dejaba caer de una altura de tres metros. Al ver a Samar le dijo:

—Hay que salir de aquí. No la vayamos a fregar otra vez. El que esté fichado que no vaya a dormir a su casa.

Samar no lo está, pero tampoco irá a su casa, por si acaso. Y agradece en silencio a Pascual que no le haya reprochado nada.

Va a incorporarse a Villacampa y a los suyos. Pascual va con otros y en otra dirección. Ha repetido Pascual que hay que diseminarse cuanto antes.

Cuando el camión de Villacampa llega al puente de Toledo bajan los tres. Se oye cerca una voz amiga. Una voz de mujer:

—¡Samar, Samar!

Es una muchacha del sindicato de Oficios Varios que iba con una brigada encargada de incomunicar los Ministerios. Tiene veinte años. Su sueldo de trescientas pesetas va a parar íntegro a su casa y con él viven su padre beato y vago y dos hermanas que le reprochan constantemente sus ideas. Emilia se alegra mucho de encontrarlos. Es una chica templada y valiente. Dice que a pesar de estar vigilados los registros de teléfonos de Gobernación y de Guerra ha conseguido aprovechar un instante de distracción de la pareja de guardias de servicio para colocar allí un explosivo.

—¿Tú sola?

—No, con un empleado de teléfonos que levantó la cubierta metálica. Nos hemos largado y cinco minutos después hemos oído la explosión. Ocho mil pares de hilos rotos.

Era peligroso detenerse más tiempo. Villacampa, emocionado, le dio un abrazo y le preguntó cuánto tiempo llevaba en la organización. Ella dijo que tres meses.

—¿Adónde vas ahora? —preguntó Samar.

—A casa. Vivo ahí cerca. Me voy a dormir porque mañana tengo que madrugar.

—¿Tenéis reunión?

—No, pero quiero confesarme y oír misa.

—¿Qué vas a confesar?

—Lo de la bomba. Aunque supongo que Dios no protege especialmente a la Compañía de Teléfonos. Villacampa se indigna con la misma facilidad que se entusiasma:

—Eres una fanática, y si has hecho eso ha sido por histerismo.

—¿Y vosotros? —les pregunta ella.

Se callan lo del sabotaje, no vaya a contárselo también al cura. Ella dice que van a declarar el estado de guerra de un momento a otro y que el sabotaje del sudeste ha dado resultados espléndidos. Ha habido alguna víctima y lo lamenta, pero en el *Paraninfo* también las hubo.

—Y mañana —concluye Emilia— será el entierro.

Lo dice como si ese entierro de Makno, Progreso y Germinal fuera una boda. Piensa Samar: «Y el padrino el *Paraninfo*. Tal vez Emilia tiene razón —añade para sí— y serán tres bodas como las de los místicos en cuyo entierro las campanas tocan a fiesta».

Se despiden. Villacampa está decepcionado ante esa compañera que pone una bomba por la noche y al día siguiente confiesa y comulga. «Una mujer así —dice— lo mismo pone la bomba mañana en nuestros centros.» Samar ríe a carcajadas:

—¡Qué cara pondrá el cura!

Viéndolo reír, Villacampa se dice: «Si lo viera reír Pascual lo insultaría». Se tenían tirria los dos y sin motivo, que son las peores antipatías y las más peligrosas. Aunque la «distracción» de Samar con el sobre de la carta de su novia era imperdonable.

En todo caso Samar sentía una alegría comunicativa y fresca desde que había hablado con Emilia. Eso de que hasta las personas esclavizadas por la beatería no tengan más remedio que coincidir con él lo pone de buen humor. Samar se ríe y no sólo por la excentricidad ni por sentirse halagado, sino porque ve en Emilia la misma tendencia al caos orgiástico de las monjitas bernardas. Después de meditar un poco sobre los pros y los contras, Samar decidió ir a su casa recordando las chinches de las camas ajenas. En definitiva tenía las ventajas de los que no habiendo pasado por la Dirección de Seguridad no habían dejado en ella su ficha, todavía. Estaba seguro de que un día pasaría por aquella funesta experiencia, pero entretanto creía poder dormir tranquilo.

Pascual fue a encontrarse con los otros tres del grupo y los cuatro se dirigieron a una casa (refugios de emergencia tampoco registrados por la policía) en la calle del General San Martín. Pascual, que no era muy leído, decía que no sabía que había santos generales. Jugando el vocablo se le podía contestar que San Ignacio había sido

general —de su orden— y que Fernando el Santo había sido guerrero. También, Santiago.

El barrio estaba a oscuras y en las cercanías se oían cascos de caballos. En las sombras les dieron el alto dos o tres veces. La policía debía tener órdenes severas, aunque con el régimen republicano todo se había hecho menos peligroso. En todo caso la situación no era para menos y un encuentro con fuerzas armadas era un caso de vida o muerte. La casa era el número nueve de aquella calle del *general santo* y como en la oscuridad no se veían los números y nadie había estado antes allí, todos se sentían desorientados.

Por aproximación Lemus los llevó a la puerta que creía que podía ser, pero había que leer el número. Pascual propuso:

—Yo me arrimaré al portal y Lemus se subirá a mis hombros y encenderá una cerilla. Por si él no ve el número, deslumbrado por la luz, que mire desde abajo Torres. No hay otro recurso. Si no es el nueve, por el número que sea podemos deducir dónde está el otro, contando los portales.

De acuerdo los tres, entre risas sofocadas y donaires se sube Lemus encima de Pascual. Con los pies en los hombros y arrimados a la puerta, Lemus enciende un fósforo y al mismo tiempo, en alguna parte, suena una descarga de rifles y cae sobre ellos cal y revoco de la pared. La cerilla se ha apagado y el batacazo de Lemus ha sido considerable. Pascual parecía quejarse, pero eran los estertores de la risa.

Repite Lemus con voz ahogada:

—Es el nueve.

Pero salen todos corriendo en las sombras para reunirse algunas cuabras más lejos.

Torres, que está siempre haciéndose preguntas inútiles, se dice: «¿Por qué lucho? ¿Cuál es la meta?». Luego repite la pregunta en voz alta y Lemus dice:

—La destrucción del régimen, mira éste.

—El comunismo libertario —añade Pascual, precisando. «Bueno —piensa Villacampa—, todo esto es lo que Samar llama la orgía de la libertad.»

Lo de siempre. Unos hacia un reóforo y otros hacia el contrario. Habría que repetir una vez más —hasta la saciedad— que Espartaco trajo a Julio César. Y Julio César trajo a los Calígulas que nombraban cónsul a su caballo. La ley universal del péndulo, que decía a veces Samar.

Por el momento esperaban el entierro de los héroes, como había dicho la beata terrorista, la guapa Emilia. «Las chicas dedicadas a esas cosas —pensaba Leoncio— son valientes, y la valentía siempre es hermosa.» Porque Leoncio era muy exigente en materia de belleza femenina.

El día siguiente Samar estaba citado con Star y con su abuela en un bar de mala muerte. Algunos creían que no habría entierro, que las autoridades querían evitarlo y que los tres muertos irían en un furgón automóvil por callejas extraviadas, a toda velocidad. Pero a media mañana llegaron noticias sensacionales. Los muertos no eran

tres, sino cuatro. Habían matado también a un trabajador de un sindicato reformista y con ese motivo el Gobierno (al menos los ministros reformistas), a pesar del estado de emergencia decretado, querían también entierro, es decir, manifestación pública. Los jefes tenían miedo a distanciarse demasiado de las masas. Aquello de llamarse proletarios está a veces tan bien como otras llamarse banqueros. Reclamaron entierro y manifestación para los cuatro y el resto del Gobierno accedió. La república era joven y atrevida y al parecer no se asustaba de las famosas *masas*.

El día del entierro amaneció luminoso y limpio.

Y allí estaban los compañeros Makno, Progreso y Germinal, con su vecino de desventura.

Cuatro ataúdes y cuatro carrozas. Con sus coronas de flores correspondientes y sus cintas con letreros de oralina. El entierro sería en la hora meridiana y habría precauciones, claro. Los guardias estaban ya formados en las calles adyacentes. Evitaban hacerse demasiado ostensibles y no por estrategia, sino por decoro. Y las cosas sucedieron, al principio, como se habían preparado.

Los agentes de vigilancia andaban entre la multitud, pero era inútil, porque si los registraban tendrían que arrestar a la mayor parte por tenencia ilícita de armas. El sol se nubló algunos instantes, y cuando sacaron los ataúdes resultaban negros como la tripa de un murciélago y más largos de lo que se creía.

Ahí están las carrozas, pero la gente impide que se instalen cerca de la puerta y algunos grupos avanzan dispuestos a llevar los ataúdes a hombros. Hay dudas. Por fin, los comités de orden eligen a seis compañeros de la misma estatura para cada uno. El de los reformistas va el último. Todos llevan detrás los coches vacíos, con coronas de flores.

Nadie sabe cómo ha ocurrido, pero de pronto los tres ataúdes primeros aparecen envueltos en la bandera negra y roja. Los representantes del Gobierno se ponen al frente de la manifestación. Basta su presencia para que todo parezca subordinado a su iniciativa, cosa que a Pascual le parece insufrible. No obstante, hay bastante tolerancia en los anarcos, aunque no lo parezca. Samar dice:

—Lo que nos pasa es que no tenemos aptitudes para aprovechar nuestro propio heroísmo. Sólo sabemos aprovechar nuestras derrotas. Después del sabotaje de anoche esto es una orgía del todo estúpida, que sólo puede favorecer al Gobierno.

No las tiene todas consigo, Samar. Así, van callados bajo un cielo primaveral subiéndolo con otros nueve o diez mil manifestantes por el paseo del Prado, cuando aparece dando codazos un individuo amarillo y seco, de una flacura atildada. Se saluda con Samar y le pregunta a qué obedece la presencia de los tres ministros frente a la manifestación.

—No sé. Allá ellos. Hasta el sabotaje de anoche querrán apropiárselo para hacer demagogia y luego exterminarnos. Puro maquiavelismo.

El río humano se pierde hacia adelante y hacia atrás. Viendo la muchedumbre, a contrapelo (es decir, volviéndose y mirando las caras de la gente), se penetra en

seguida en sus intenciones. Todos piensan lo mismo: ¿Qué hacen aquí los ministros? ¿Por qué los seguimos? No era que los siguieran, sino que ellos se habían puesto delante. Advierten algunos, con respeto, que hay un muerto reformista y que al fin y al cabo era también un trabajador. Delante, y a lo lejos, se ven navegar los ataúdes con lentos y torpes movimientos.

Algunos muchachos van y vienen dentro del río humano repartiendo pequeños impresos. Son toda una revelación para Samar. En ese manifiesto se acusa del tremendo sabotaje de anoche a los «reaccionarios monárquicos» y está tan bien escrito que resulta de veras convincente. El giro que el Gobierno da a las cosas es tan ingenioso —dice Samar en broma— que dan ganas de hacerse republicano y burgués. La inteligencia siempre es el primer factor a considerar, en lo bueno y en lo malo.

Pero la bandera de Espartaco era también roja y negra, como la lava desbordante del Vesubio. Y Pompeyo —se repetía Samar— tuvo una ciudad con su nombre, pero las cenizas enterraron esa ciudad un día.

Y luego otra vez —una vez más— el buen Jesús, las catacumbas, el amor humano y divino, un emperador que abrió la puerta a los fabricantes de dogmas y Jerónimo y Agustín —la sabiduría—. Y Tomás y Francisco (más sabiduría y más amor) y el renacimiento y la herejía (los dogmas sólo sirven para crear herejes) y Torquemada con sus hogueras y el Gran Inquisidor, de Dostoievski, y el nihilismo y todo el repertorio de los dos siglos últimos, decorados de banderas y de sangre.

Y luego Stalin, la bestia apocalíptica.

La realidad entera, en cualquiera de sus planos, empujando a los hombres hacia un lado y luego al contrario. El universo con su ley pendular. ¿Y el centro? No hay manera de determinarlo, pero aunque supiéramos dónde está, ¿quién lo quiere, el centro? ¿Para qué? Ese centro acaba de convertirse en un círculo con su diana interior sobre la cual todo el mundo tira al blanco. Es un deporte ya viejo, ese de tirar contra el centro. Sobre todo el centro del centro. La diana. No dejaba de tener gracia que se la llamara así, en español. Diana, la diosa romana de la luna, de los bosques, de los animales, de las mujeres parturientas. Diana Artemisa, virgen cazadora con ayudantes vírgenes también. Hija de Zeus y de Leto y hermana gemela de Apolo. Diosa de las intemperies violentas. Entre todo aquel río tumultuoso a veces, pero de momento tranquilo, Samar se distraía a gusto con sus divagaciones.

El centro del centro es la diana. La Diana que soltó un oso salvaje para que destruyera la población de Calydonia. Pero cazaron al oso. Entre los cazadores estaban Jason, Cástor y Pólux (los gemelos decididos y valientes), Theseo y Atalanta.

Ellos (los del grupo apadrinado por Espartaco) habían soltado el oso con el sabotaje. Un oso eléctrico que hizo lo suyo y seguiría haciéndolo y ahora al frente de la manifestación iban Jason, Cástor y Pólux y Theseo y Atalanta, tratando de cazar al oso. Es decir, lo habían cazado ya con la trampa monárquica.

Al final de aquel manifiesto (un buen truco contra el oso), que había sido impreso legalmente y no clandestinamente, se señala el itinerario del entierro. «Seguirá —

decía— el paseo del Prado, Recoletos y la Castellana, hasta la plaza de Castelar, y desde allí las carrozas partirán hacia el cementerio y se disolverá la manifestación.» Naturalmente, en la plaza de Castelar habría discursos, probablemente atribuyéndose la victoria de la caza del oso. Del que trepaba a los transformadores.

Parecía un decreto, aquello. A Pascual le producía una seca y silenciosa indignación. Serían las tres y las tardes eran ya largas —el sol de mayo cae a las siete— y los que conducían las carrozas y los ataúdes, al llegar a la plaza de Neptuno, se desviaron hacia la carrera de San Jerónimo en dirección a la Puerta del Sol. Era la consigna de la organización a la que Germinal, Progreso y Makno pertenecían. Diana —la centrista— no lograba atrapar al oso. Es decir, el oso no se dejaba atrapar y era más bien una osa joven que Samar identificaba sin querer con Star García.

Al salir del paseo del Prado la manifestación parecía mayor porque la carrera de San Jerónimo era más estrecha. Villacampa piensa en su calendario loco: tercer domingo rojo, con la ciudad escalofriada al sol y los tres ataúdes cabeceando como lanchas oscuras sobre una amplitud que se va encrespando. Samar piensa que no ha tenido tiempo de comer y que si le dan un balazo en el estómago podrá curar mejor. Algo es algo.

A Pascual se le ocurre pensar por qué razón es revolucionario Samar, aunque en realidad nunca las hay y se es sin enterarse, por una necesidad que han sentido desde niños y que ha adquirido forma por esa tendencia a salir del centro que tienen todas las cosas giratorias. ¿Una tendencia centrífuga? Al oso de Diana no se le haría regresar al cubil fácilmente. En la multitud algunos grupos cantaban y recordaban las procesiones del Corpus. Algunos sentían la misma emoción religiosa que tuvieron de chicos en la iglesia y que debió sentir el oso en Calydonia. Claro es, que sin santos ni curas. Samar está abstraído y parece que el cielo se espesa y baja y los oprime un poco. Tantas caras alrededor le recuerdan el tapiz colorista de las monjas bernardas porque en ese momento hay cerca de él mayoría de mujeres. Obreras tal vez de la fábrica a donde va la Chika.

La manifestación sigue y la cabeza ha sido persuadida por no se sabe quién y vuelve a la plaza de Neptuno. Probablemente hay más de setenta mil obreros y la burguesía debe temblar en sus cubiles, que son muy diferentes a los del oso de Artemisa.

—Si fuéramos hombres —dice Pascual, sombríamente— esta noche acabaríamos con todo. Pero la manifestación sigue por el Prado. ¿No lo estáis viendo?

—No importa. Torceremos por la Cibeles —advierte Samar.

Y el mismo Pascual envía emisarios por un lado y por otro, que se adelantan corriendo. «Suponiendo que esta noche acabáramos con todo —piensa Samar—, entonces ya no habría contra qué protestar. Ya no habría sociópatas ni minorías culpables. Y la gente nacería, comería, defecaría, haría el amor y moriría como si tal cosa. ¡Qué aburrimiento! Pero, no. Eso es absurdo. Problemas los habrá siempre, aunque en otros niveles».

Desde sus caballos los guardias miraban a la multitud como los pastores a su rebaño. Recordaba Samar que cuando era niño, su abuelo, el de Bielsa, le dijo un día que los caballos veían todas las cosas muy aumentadas —la verdad es que sus retinas son bastante convexas— y que por eso se dejaban dominar fácilmente por el hombre. Éste aparecía ante los caballos como un gigante. «Si no —decía su abuelo— no habría hombre que dominara al caballo.»

Pero la mente de Samar cambiaba de dirección:

—La libertad no es un fin. ¿Qué será la libertad? ¿Será Dios, como dicen los religiosos? Difícil de entender la libertad como es difícil entenderlo a Él. Tal vez las dos cosas son imposibles.

Esto no lo dijo en voz alta, porque Pascual se habría burlado de su dios. Se lo dijo a sí mismo. Le gustaba a Samar dialogar consigo mismo. Los compañeros que eran ateos le parecían faltos de imaginación. No percibían el creciente misterio de la realidad en el cual estaban insertos. Era Dios mismo quien quería la revolución. Quien la inspiraba.

Los ataúdes de Progreso, Germinal y Makno seguían el camino de la difícil ortodoxia. Todos somos ortodoxos del morir. Aunque son diversos los caminos del cementerio. Samar y Villacampa se proponen buscar la «temperatura media». Como van cerca de la cabecera les basta con ir acortando el paso, dejando que los adelanten y escuchando a su alrededor. «Tengo dos cargadores, pero los necesito para mí. ¿Qué menos va a llevar un hombre en estos días?» El otro murmura algo que no se oye. A su alrededor chaquetas oscuras, chaquetas claras, con brillo en los codos, con remiendos. «Sumando estos cuatro compañeros son ya doscientos quince los que han caído con la república. Si nos dejaran manifestarnos libremente así, como ahora, no haría falta la violencia.» Olvida que lo que están haciendo es con motivo de la violencia mortal contra cuatro trabajadores. Además, otro añade: «Espera, que aún no ha terminado la función». Más atrás se oye el nombre de Germinal. Los compañeros lo recuerdan en anécdotas y en episodios de lucha. Su vida fue eso, y desde el plano negativo de la muerte resalta más el primor esforzado. El nombre de Makno se oye menos, pero también circula, como el de Progreso. De Germinal se dice que «era un hombre», nada más. Ni menos, claro. De Progreso, que su sindicato lo organizó él. Samar y Villacampa siguen retrocediendo dentro de la masa movediza. Les gusta oír a la gente. Pero aquí y allá se van levantando voces disconformes: «¡Por la Puerta del Sol!». La multitud quiere exhibir a sus héroes por el centro de la ciudad, frente al edificio donde se albergan los responsables, a lo que sin duda tienen derecho. Alrededor, las miradas de algunos se extravían y se ve en ellas el verde de bazar que tienen los árboles. ¡Puerta del Sol! De la frase que repiten millares de voces se oye sólo la última palabra: ¡Sol! Bueno, antes era Diana Artemisa y ahora su hermano Apolo. Astronomía elemental.

Como los ataúdes y sus carrozas han ido retrasándose, la cabecera de la manifestación ha debido llegar ya a la plaza de Castelar, donde los espera. Tal vez

habría discursos. Pero la muchedumbre y las carrozas se han detenido en la plaza de la Cibeles. De la entrada de la carrera de San Jerónimo salen algunas parejas de guardias a caballo, pero sin aspecto agresivo. Más bien protector. Y van subiendo hacia la Cibeles por un costado de la avenida «¡Sol!» Los ataúdes se han detenido y el primero inicia el viraje por Alcalá. El sol, a quien parecen llamar los hombres, da raros relumbres en las asas metálicas de los féretros. «¡Sol!» Oyéndolo Samar sonríe porque es así como lo llama en sus arrebatos su novia Elvira. *Sol, sol mío, sol de mi vida*. Las eternas tonterías de los amantes. Quizás antes de Espartaco se decían ya, exactamente las mismas. ¿Por qué no habían de ser ellos, también, Apolo y Diana? Aunque Samar no se consideraba apto para un título como ése. «Nunca pensé tener cualidades apolíneas.» La felicidad de Samar es honda y un poco vergonzante sin saber por qué. El hecho de que el padre de Elvira sea un coronel amigo del último rey no altera las normas de la eterna naturaleza y ni siquiera de la naturaleza temporalmente humana. Además, el viejo coronel es un pobre hombre que no se mete en nada.

Sol, sol mío, sol de mi vida. Bien, ¿y qué? La manifestación se ha cortado. En torno de los ataúdes se aglomera al gente. Hay una especie de alarma expectante. Elvira —el nombre— quiere decir, en árabe, *desierto*. «Bueno —piensa Samar—, el desierto tiene oasis floridos con dulces sombras paradisíacas. Yo las conozco».

Los ataúdes han enfilado ya por Alcalá. Los guardias montados se acomodaban en sus sillas y más adelante se ven tanquetas con la cubierta levantada y en ella un soldado ametrallador. Vaya, la reacción se motoriza. Teme Samar que haya alguna provocación. Nada más fácil en una ocasión como esa. Y la provocación no tarda en llegar. Se oyen disparos y nadie sabe de dónde vienen. Los guardias no han disparado. Tampoco es fácil que los hayan hecho los manifestantes. En el aire se siente el miedo de los sucesos de anoche con el sabotaje y el de los asaltos de esta mañana en la calle de Toledo. Los guardias y las dos tanquetas cierran la calle de Alcalá. Más abajo quedan el hotel Palace y el Ritz, albergues de turistas ricos. Samar ve que al fondo de una de las calles que van al Retiro hay más fuerzas armadas.

El ataúd del obrero reformista lo han metido en una carroza automóvil y ha salido hacia el cementerio del Este. La cosa toma mal cariz, pero no es para asustarse. Ya sabemos que todo este juego macabro con los ataúdes es de mal gusto, pero el mal gusto no es en España ni en parte alguna una razón decisiva en materias de orden histórico. Progreso, Makno y Germinal. Los tres ataúdes forman un buen obelisco conmemorativo, tumbado, claro está. Piensa Samar que ese obelisco deben alzarlo como la amable burguesía ha levantado el del Dos de Mayo frente al Ritz. Algún día se hará.

Pero hay más disparos y parece que la policía montada responde. Es de suponer que son disparos al aire. Entre los disparos vuelven las voces: «¡Sol!» —es decir, ¡Puerta del Sol!—. Así dicen las mujeres, es decir, la muñequita no le diría *sol mío* a Samar. Le llama de otra manera: *muñecón*. Es mejor eso. Claro es que Star no es la

novia de Samar. Es sólo la pistola que le regaló su padre muerto. Una pistolita de nácar y de níquel.

Y el tiroteo se generaliza. Samar que, como he dicho otras veces, en los momentos más críticos se congela y se queda, o trata de quedarse al margen, con la reflexión encendida por encima de cualquier clase de emociones, recuerda una canción andaluza:

*Ya se acabó el alboroto
y comienza el tiroteo...*

Pero se alza sobre los pies para no perder detalle. Trata de orientarse. Villacampa ha sacado la pistola y Samar le dice: «¡Guárdate eso!». Pero la situación se agrava, como diría el argentino que habla por titulares de periódico. La multitud calla y los ataúdes se bambolean sobre las cabezas. El cornetín suena de nuevo. Es la ley. Primero es la ley. Luego, el hecho. Así, en las viejas civilizaciones nuevas. En las que nacen como la nuestra —piensa Samar— primero es el hecho y luego el hecho otra vez, y después la costumbre. No la ley, sino la costumbre.

Con la última nota del cornetín suena una descarga. Luego, otra. Van seguidas de un silencio mortal.

—¡Ojo! Tiran a dar —dice Villacampa, alarmado, aunque pensando al mismo tiempo que deben disparar al aire, todavía.

Los ataúdes seguían avanzando, impávidos, sobre las cabezas. La muchedumbre se había hecho atrás, pero los féretros estaban entre el Banco de España y el Ministerio de la Guerra, que por un azar humorístico y siniestro se alzaban frente a frente. De no se sabe dónde, partieron otros disparos cuyo eco se perdió en los aledaños de la plaza. Los guardias se agrupaban en dos alas a los costados. Ha caído uno. El caballo del otro se encabrita, herido. Ahora disparan los amigos de Samar huyendo, buscando un árbol, una entrada del metro desde donde hacer fuego.

Hacia el Retiro, hacia el Prado, huyen millares de manifestantes y las descargas siguen. En los claros que quedan en el pavimento hay manchas negras que se arrastran o gimen, inmóviles. Y a pesar de todo, los ataúdes siguen avanzando. Un oficial se acerca al primero y con la pistola en la mano ordena que retrocedan. Entre la urdimbre invisible de las balas, dos de los que llevan el tercer ataúd han caído. El ataúd rueda con sonoridades huecas y queda sobre los adoquines. Los heridos se arrastran y los otros retroceden disparando. Pascual se ha refugiado en cuclillas detrás de un banco y hace fuego. Samar blasfema con las manos en los bolsillos y mira arriba y abajo mientras la plaza sigue pautada de gentes que corren en líneas divergentes. Hay otro ataúd en tierra. Las balas, no todas, buscan cuerpos humanos. Algunas siegan las flores de la estatua de la Cibeles y otras se estrellan en el pavimento arrancando esquiras de piedra.

Ahora la gente regresa por la calle de Alcalá por donde llegan más fuerzas con camiones celulares. Hay que dejarse atrapar o morir, o salvarse. Huir más bien, porque a la noche hay pleno de comités y en esta guerra todo se concibe menos la rendición incondicional.

Los tres ataúdes están en tierra. El tercero ha caído de los hombros heridos y se ha desgajado como la vaina seca de un fruto. Se ha abierto en dos y la semilla, blanca y amarilla, ha quedado fuera. La plaza está ya desierta, aunque parten balazos de algunos sitios y hay heridos que se arrastran sin dejar de disparar. O tal vez no están heridos, sino que se han echado al suelo para ofrecer menos blanco. Los guardias tampoco se atreven a descubrirse demasiado. Un caballo con la columna vertebral rota, avanza y caracolea, el hocico en alto y los cuartos traseros encogidos, como una jirafa. Recorre la plaza y las riendas se enganchan en una astilla del féretro que redobla sobre los adoquines. Con el ritmo de los disparos el animal parece bailar. Durante media hora nadie se atreve a dar un paso. El caballo continúa en ese circo alfombrado con rosetones rojos. Sólo hay sobre el adoquinado cuatro hombres muertos. Bueno, sin contar a los camaradas Makno, Progreso y Germinal. Este último con los brazos abiertos a la luz, fuera del ataúd vacío. Los heridos que podían caminar han huido todos. Se curarán donde puedan o morirán en todo caso donde quieran. Como los inocentes animales en la selva.

Los ataúdes —los tres— presentan varios impactos de fusil y, al parecer, los guardias han vuelto a matar a los muertos.

El fuego ha cesado. Por la parte del edificio de Correos llegan la tía Isabela y Star. Dos guardias les echan los caballos encima y las obligan a huir. En la confusión el gallo rojo ha escapado de los brazos de Star y pasea entre los ataúdes. Samar y Villacampa siguen a Star y a la abuela y detrás de ellas alcanzan las verjas del Retiro y se sientan los cuatro en el encintado de la acera. Desde allí se ve todavía al pobre Germinal desnudo bajo la tarde. El caballo sigue danzando con el espinazo partido.

En cuanto al gallo, buen provecho le haga al que lo atrape. Si es que lo atrapan.

VI

Elvira, Star y el ataúd de agua

Había un barrio extremo donde el sabotaje de los cables de alta tensión pudo ser reparado en pocas horas y funcionaba el cine en aquel teatro de barrio donde Samar solía encontrar a Elvira los días difíciles.

Samar se alegró de que aquello fuera posible a pesar de todo y al entrar en el local —ya comenzada la sesión— suspiró pensando que el cine americano es el templo de la única religión antiespiritualista que arraiga en Europa. Y allí iba Samar a darle, sin embargo, al espíritu una fiesta con la dulcísima Elvira mientras el cuerpo pedía otra cosa. Pero el espíritu es así. Se alimenta de las cosas que el cuerpo pide y no le dan.

Se instaló en la oscuridad guiado por la linterna sorda de una acomodadora. Alguien decía en la pantalla con voz firme: «*We must act hard in the line*». Esos hombres saben saltar en el espacio con el impulso exacto para caer de pie habiendo avanzado el trecho previsto. Samar se sentó: «No veo una palabra». Una mano cogió su brazo, otra se apoyó en su solapa. Oye su nombre y la voz que lo pronuncia está llena de alegría secreta y codiciosa. Alguien lo besa en la mejilla y después en los labios. Es ella, con el perfume de su cabello y su aliento, inconfundibles. Samar recoge el beso, codicioso y voraz. Ya acostumbrado a las sombras, Samar ve sus mejillas frutales, la sonrisa lozana, los ojos rasgados y brillantes que relampaguean con las diferentes intensidades de la pantalla.

—¿Recibiste mi carta, ayer? —dice ella—. ¡Si vieras el trabajo que me ha costado convencer a papá! Llegaban noticias terribles de la calle. Sólo cuando tú has llamado diciendo que había tranquilidad se ha decidido a dejarme el coche. En el fondo papá está con vosotros. Repite día y noche que lo que está pasando es inevitable. Yo le digo que no es la revolución todavía, porque para la revolución tiene que venir antes otro Gobierno más conservador que obligue a los obreros a unirse en un solo partido, ¿verdad?

No recordaba Samar cuándo le había dicho eso a Elvira, pero no cabe duda de que se lo ha dicho porque asimila sus palabras y con ellas forma el fondo de sus juicios sin desviarse. Samar afirmaba y ella decía:

—Oyendo las noticias de la radio yo pensaba: que venga lo que venga, pero sin sangre, ¿verdad?

Samar la besaba en los labios, que sabían a pulpa de una fruta todavía sin nombre.

Pensando en la Chika y recordando lo que ella le había dicho dos días antes, miraba a Elvira allí, a su lado, y pensaba: la veo viuda. No casada ni soltera, sino viuda. En aquel momento, a pesar de la fragancia de sus labios y la alegría de sus

ojos, la veía viuda. No viuda de él, de Samar. Pero viuda y —cosa extraña— vestida con lutos blancos. Eso le daba miedo a Samar, el lobo solitario. Un lobo solitario con miedo resultaba ridículo. Había algunas cosas ridículas en Samar, como en cada cual. Los lutos de la viudez de Elvira serían blancos como en la antigüedad o como sucede todavía en algunos valles de los Pirineos aragoneses, donde las viudas se ponen capelinas blancas con un flequito, blanco también, que cuelga sobre la frente y que oscila al caminar. Como Las Tres Sorores. Aunque ellas no caminaban. Es decir, caminaban con la esfera terrestre y el sistema solar y la constelación y el universo. Pero inmóviles.

Viuda con lutos blancos, Elvira.

Una vez Samar soñó con ella, es decir, había soñado muchas veces, pero sólo recordaba aquella en que la vio muerta y enterrada. Enterrada en una tumba de agua (en un ataúd de cristal grande como una bañera y lleno de agua y a su vez rodeado de agua). Los freudianos dirían que aquello era el desnacer, no el morir de Elvira. Su desnacer en el útero de su madre.

Enterrada en el agua y sonriente.

A Elvira casi siempre (la mayor parte de las veces) la veía de noche. O en las sombras del cine, que era lo mismo y que igual que la noche de las sombras naturales les esperaba fuera, sobre la casa del coronel. Y dentro del dormitorio de ella donde Samar no había estado nunca, sino en la compañía neutral del Espíritu Santo.

Samar habría querido acabar con todos los coroneles, bueno, teóricamente. No se trataba de asesinar a nadie, sino de suprimirlos sin aniquilarlos físicamente. Y convertir los cuarteles en campos de deportes para producir juventudes hermosas y fuertes. Entonces los coroneles serían una especie de entrenadores o maestros de educación física. Y allí iría Samar a veces a dar conferencias, por ejemplo, sobre el sentido creador de la libertad.

Samar era anarquista y se decía que los anarquistas no mataban por matar. No son personas que disfruten viendo morir a nadie. Sólo sabía vivir afirmativamente, Samar, como Star García, la Chika. Y como Villacampa. De Pascual no diría lo mismo. Su sentido de la acción directa era otro. Y entretanto allí, a su lado, estaba Elvira, que era débil y pura y que, sin embargo, podía vivir no afirmativamente. Tampoco negativamente. En una hermosa pasividad.

Cosas como esas estaba pensando Samar mientras veía a Elvira que se parecía un poco a una princesa inglesa, a aquella María Estuardo en su fragancia de joven virginal, antes de tener una sotabarbilla y ser encarcelada y decapitada. Antes de perder su virginidad bajo el hacha.

Porque la Estuardo era una de esas princesas que tienen hijos y mueren vírgenes. El patíbulo les da una virginidad nueva más trascendente. Y Samar recordaba algunos versos que se habían escrito para María Estuardo. En francés. Porque los franceses escribieron versos sobre ella (todos estaban enamorados de ella, en Francia) y los ingleses la mataron. Por celos, quizá.

Los ingleses, tan inocentes en apariencia, pueden ser terribles sin dejar de sonreír y decir: *I apologize, my lady*. Eran versos raros, como suele pasar con los versos buenos, y decían de ella sus súbditos franceses antes de perderla:

*«Et Amour, sans fronteau,
Voletter autour d'elle,
Desguisant son bandeau
En un funebre voile,
Où sont ces mots écrits:
Mourir ou être pris.»*

Cuando Samar vio a Elvira enterrada en el agua estaba desnuda, ella, sin nada que cubriera sus senos ni su sexo. Era un desnudo más en sazón que el de Star, desde luego. Más clásico. Todo aquello venía, tal vez, de otros versos franceses en los que se decía de María Estuardo:

*«Ou bien je la vois en l'eau
comme dans un tombeau...»*

Porque todo tiene antecedentes en nuestros sueños.

—Te veo como un cometa —le dijo ella una vez a Samar.

—¿Qué dices? —preguntó él extrañado y halagado—. ¿En el cielo?

—No, en el fondo negro de mi espejo.

Y Samar recordaba también el verso *«être pris ou mourir»*. Bien, Elvira lo había atrapado en el fondo del espejo. Y tal vez él moriría y sería enterrado vestido de cascabeles o moriría ella antes enterrada en el agua. En el agua del fondo de su espejo nocturno, con el cometa sobre ella.

¿Samar un cometa?

Le gustaban a Samar, como a cada cual, las mujeres que lo adulaban y supongo que es natural. Pero prefería ser el lobo solitario al que se refería la hija de Germinal. Hombres-cometas no los hay y, por el contrario, los hombres todos —los verdaderos, y cada cual cree que lo es— son solitarios y caminan su vereda mirando de reojo a un lado y otro, y si llega el caso se unen a su hembra y si no llega aúllan a la luna en las noches largas de la primavera. Y de esos aullidos nace y vive eso que llaman el espíritu.

Hasta que otros lobos le brincan al cuello buscándole la yugular. Y gana el que puede ganar. El mejor. Porque todos los lobos se tiran al degüello, aunque no tanto como los hombres.

Estas cosas pensaba Samar al lado de la dulcísima Elvira, cuya lengüecita recorría la línea bilabial del amado, encontrando la de él. Luego, Elvira decía, codiciosa:

—Anda, no mires a la pantalla.

Samar ponía sus ojos en los de Elvira, encendido de deseo, y se decía en el rincón más confortable de su memoria sensual: «Star quiere que yo piense que no es virgen, para darse importancia». Pero ¿quién podría haberla violado? Era del todo sin sentido. En cambio, Elvira debía ser virgen, debía ser virgen y lo era o aparentaba serlo de un modo verdaderamente genial, o inocentemente diabólico, según suelen las dulces y amables hijas de familia.

Entretanto ella era agua transparente, serena, inalterable. Agua para reflejar el cielo. O para llenar el vaso decadente con la rosa blanca o para enterrarse a sí misma, desnuda. En un remanso entre mirtos, caminitos de arena, mientras el mundo entero es mar brava y roca viva y nadie encuentra su camino en el agua ni en la tierra. La vida estaba sin organizar, sin hacer, sin concluir. ¿Por qué no estará ya hecho todo? ¿Por qué no habremos alcanzado ese mínimo de nocturnidad perenne en el que reposar? —se decía él—. Y en aquellos labios más elocuentes que los de Star García había algo como una sugestión del fin. De la noche —una noche eterna—. Y con una mano en el pecho izquierdo de ella, Samar seguía: «Sólo conozco dos actitudes en Elvira: la sonrisa y o el llanto. Pasa de una a la otra con rapidez si no tengo cuidado, y su sonrisa no es bastante ni su llanto tampoco».

Sigue mirando en silencio aquellos ojos de Elvira llenos de luz propia y diciéndose: «¿Por qué estas ganas de acabarse uno (el que siempre ha sido) para comenzar en otro mundo, el del hogar? ¿O de ser enterrado con otros cascabeles o enterrarla a ella en un ataúd de agua?» Le besaba el brazo fresco, los labios tibios y en la pantalla danzaban los lindos fantasmas de un coro de *starlettes* y la voz del saludable Teodoro —saludable después de treinta años de haber muerto— repetía:

—*We must be hard in the line.*

Ella, locuaz y simple (con esa simplicidad agresiva de las vírgenes), explica a Samar lo que ha hecho en los últimos días. Hay detrás de sus palabras infantiles una gran solidez en la fuerza de sus principios. Habla —quién iba a pensarlo— de su equipo de boda. «Pienso que te gustará mucho con esas cosas tan lindas.»

Humorísticamente piensa Samar: «Mejor sin ellas».

La ve todavía en su ataúd de agua donde flotan los muslos indecisos, los muslos juntos y consolidados en el centro. Habla ella preguntando. Siempre preguntando:

—Dime. ¿Cómo será nuestra felicidad?

—Tu cuerpo y el mío se fundirán un día, juntos.

Ella afirma con los labios entreabiertos.

—Yo entraré dentro de ti y dejaré mi semilla. Y será todo como la gloria que Dios ha ofrecido a los creyentes, pero mejor todavía. Entonces tú serás ya una mujer. Y tendremos un niño.

Ella, con la cabeza sobre el pecho y los ojos bajos, no tiene aún la sotabarbeta de María Estuardo, pero había atrapado bien a Samar, cometa o lobo rampante, en el fondo de su espejo. Lobo rampante o payaso de feria. ¿Quién sabe? No hay manera de levantarle la cara a Elvira.

—¿No quieres que tengamos un niño?

Ella niega con la cabeza:

—No. Una niña.

Lo ha dicho con un rumor apenas perceptible, mientras Samar le acariciaba el otro seno y los dos parecían respirar mal. Poco después ella despierta para decirle:

—Dirás que soy tonta.

—No digo nada. Te adoro y eso es todo.

—Entonces, sol mío, no mires a la pantalla.

Samar la besa, atrapa jugando con los labios la punta de su lengüecita en un breve contacto de peces y al mismo tiempo no puede menos de pensar que esa misma noche tiene reunión clandestina y habrá que comunicarse con los comités regionales por teléfono y clave.

—¿Dices que a tu padre no le parece mal lo que sucede?

—No. Yo creo que es de los vuestros.

Samar resiste las ganas de reír, pero no puede evitar los espasmos de la risa en el diafragma. Ella, entretanto, explica las razones que ha tenido para encargarse el vestido de boda de tal o cual manera, de modo que el hecho tenga una utilidad social. Dará trabajo a docenas de operarias. Sólo en encajes y bordados gastará más de veinte mil pesetas. Samar le pregunta si el traje se usa también en la ceremonia civil y ella tarda un poco en contestar:

—En cuanto hay revolución —dice— ya no me quieres. ¿Verdad que a veces, cuando se oyen tiros por las calles, no querías quererme?

—Sí.

—¿Verdad que a veces me odias?

—No, no. Tal vez me odio a mí mismo.

—Pero por culpa mía.

—No sé. Eres demasiado hermosa y no puedo prescindir de ti. Estoy preso en el fondo de tu espejo. Y no soy cometa ninguno, sino un estudiante anarquista.

—No eres feliz. Te lo he notado hace tiempo.

—Ya lo sé.

—¿Y no me lo decías?

—¿Qué iba a decirte, mi vida? Quería estar alguna vez como ahora cerca de ti y tener tus brazos y tus besos.

Mira Samar sin ver el movimiento de los personajes en la pantalla. Dibujos animados. Un gato hace la corte a su Dulcinea y al levantar los ojos a la luna con ambas manos sobre el corazón se le caen los pantalones. Dulcinea se ruboriza y parpadea, como Elvira. Bajo la sugestión de los hechos que se avecinan Samar ha visto cómo se le caían los pantalones al gato y ha soltado a reír. Elvira llora en silencio. Oye también Samar cómo desgarrar con sus dientes blancos el pañuelo de bolsillo y cómo balbucea llamando a su madre (hace años muerta) como un animalito

descarriado. Y el viejo Roosevelt (también muerto) sigue gritando desde los dibujos de la pantalla:

—*We must be hard in the line.*

Piensa Samar que Elvira no iría de noche con él por los desmontes de la Moncloa ni se bañaría, totalmente en cueros, en el río, a su lado. Y Elvira llora, todavía:

—Si sigues así, me marchó —dice él.

Se incorpora, pero Elvira lo sujeta por el brazo y hace esfuerzos por serenarse. En vista de esto, Samar se queda. Por el momento los silencios y las manos hablan. Hablan con los labios juntos bebiéndose el aliento el uno al otro. Ella pide perdón por haber llorado —no sabe que eso le gusta, a veces, a él— y para dar la impresión de que está tranquila se pone a hablar de cosas ligeras. Ha leído un artículo sobre Pierre Louis y pregunta el significado de dos o tres palabras, entre ellas *hedonismo*. Samar dice que el hedonismo es la convicción de sentirse uno a gusto y que Pierre Louis era un deficiente mental. Podría convencerla también de que un artículo sobre Pierre Louis es innecesario, pero no vale la pena. Todo es innecesario en el mundo, menos el hombre y la mujer. Y Pierre Louis no era hombre ni mujer.

Durante el descanso encienden las luces. Samar resbala un poco en su butaca porque podría suceder que el agente de servicio que suele haber en los cines lo reconociera. Ella no tiene miedo y escruta con los ojos alrededor.

—Hay un hombre que te mira hace rato.

—No lo mires tú.

—¿Llevas pistola?

Samar se sobresalta un poco sin dejar de divertirse aquella pregunta en labios de Elvira —el matar y el morir se hace un juego de niños— y siente el miedo que debía sentir ella.

Eso, la verdad, avergüenza un poco a Samar. ¿Es posible que aquella criatura inefable sea más valiente que él? A la hora de la verdad las mujeres suelen ser valientes, es cierto, aunque se asusten cuando ven un ratón. Elvira habla de pistolas con una simple y natural determinación. Pero Samar sabe toda la armonía de su alma. «Me mira —piensa— con ansias de cerrar los ojos y seguirme. Pero ¿qué sabe ella? Malos caminos para tus pies. Demasiadas zarzas en el camino donde quedaría prendido tu vestido de boda con sus encajes. Por otra parte, dejarte... ¿Cómo? ¿Con quién? ¿Dónde?»

Han apagado otra vez las luces y ella habla:

—¿Por qué has dicho hace un momento que te arrepientes de quererme?

—Yo no he dicho eso. Me llenas de ilusiones que, en definitiva, no conducen a nada.

—¿Pues qué quieres?

—Lo mismo que tú. Esta noche déjame llevarte a tu casa, pero iremos por otro camino. Pasaremos por los altos del Hipódromo y allí, dentro del coche tú tendrás y

yo tendré lo que los dos estamos deseando. Sí, tú y yo. A mi casa no puedo llevarte porque seguramente está vigilada.

Hay un largo silencio y Samar añade:

—Esta noche podría ser la última de mi vida, tú comprendes.

Ella jura que puede morir y matar como una mujer revolucionaria. Pero lo malo es —sinceridad obliga— que si fuera revolucionaria Samar escaparía del cielo negro de su espejo. No le interesaría tanto. Ya no sería Elvira como la conoció. Ese es un término reflejo de la cuestión que tiene su importancia en la mente y en la carne. La vida es complicada.

—Si fueras como dices vendrías a vivir conmigo, con boda o sin ella. ¿Qué más da, eso? —dice Samar, impaciente.

—Yo, sí. Pero papá se moriría del disgusto.

Samar suelta a reír pensando: «Tanto mejor». Pero no lo dice, claro. Se trata de que ella se le entregue sin condiciones y no de la vida del coronel García del Río, que ve con buenos ojos las revueltas callejeras, aunque sean sangrientas.

—¿Estás dispuesta a todo?

—¿A todo, mi vida? ¿Qué es todo? ¿Lo de los altos del Hipódromo?

—Sería mejor entrar en tu cuarto y no salir hasta mañana al amanecer.

Ella calla. Añade Samar con un acento humorístico doble que ella no percibe:

—Para no salir, sino cuando se oiga con la primera luz el canto de la alondra.

Ella dice que sí con la cabeza, pero al mismo tiempo piensa que no.

Salen antes de que se acabe el programa y suben al coche. Samar toma el volante mientras piensa: «Voy a vivir una vez, una vida sola y no dos. Somos una consecuencia insignificante de una serie de leyes mecánicas que nos dominan. Ningún poder tenemos sobre ellas. Nacemos, vivimos, morimos sin poder ejercer nuestra voluntad hasta el fin, casi nunca. Y nos obstinamos en crear mundos y en infestar de ideas los que ya existen».

Van hacia los altos del Hipódromo y cuando Samar comienza a frenar bajo una tupida arboleda ella habla, con voz temblorosa:

—Lucas, tengo miedo. Vamos a casa.

Realmente está temblando y Samar tiene miedo también a una crisis de nervios de Elvira, que le crearía un serio problema.

Cambia de rumbo, la lleva en silencio a su casa y una manzana antes de llegar detiene el coche y baja. Ella toma el volante y continúa sola. Antes le ha dicho a Samar:

—Me odias, ¿verdad?

—Creo que no.

Se separan difícilmente.

Samar se mete en cualquier parte a comer algo. Está cerca de la casa de Star García y de otros compañeros. En realidad aquella taberna es un lugar frecuentado por los espartacos.

En la mesa hay una revista que alguien ha abandonado. Está abierta por el centro y, sin cogerla, Samar lee al desgaire una crónica de un novelista de mujeres, que cada vez que hace un viaje en coche-cama y se siente llamado por algún camarero impersonalmente («Si el señor desea...») se considera obligado a contarle hablando de paso de sus pijamas de seda. Como escribe para la clase media baja, que es la más numerosa, sus lectoras se conmueven con tanta exquisitez. Samar pasa algunas hojas. Lo hace para cambiar de ánimo, es decir, para compensar o por lo menos disimular la sensación de frustración. Hay un artículo sobre los alemanes nazis donde el autor se muestra entre discrepante y aprobador, luego otro sobre el peligro de guerra y una foto del paranoico Stalin con sus bigotes de tabernero de Vallecas.

Samar se dice que no será extraño que el mundo se enzarce en una nueva guerra y que millones de hombres honestos e inteligentes se saquen las tripas a bayonetazos por mandato de dos tipos subdotados, medio locos y francamente irresponsables: Stalin y Hitler. Millones de personas decentes.

Luego la revista trae una página de bromas, de palabras cruzadas y de recetas de cocina.

Y todavía la sociedad exige respetos y consideraciones en nombre del *sentido moral*. ¿Qué moral? ¿La del esquizofrénico Hitler? ¿La del paranoico Stalin?

Hay también un artículo del «sabio catedrático de Salamanca» que clama contra el resentimiento ajeno en política, en otros niveles sociales y artísticos y al mismo tiempo deja asomar sin querer, entre líneas, el mismo resentimiento propio no ya contra el profesor rival más brillante, sino contra Napoleón, cuyo relieve histórico no le deja punto de reposo. Otro paranoico, pero ése es vegetariano porque no mata como Stalin. Tal vez simplemente porque tiene los dientes adecuados para la carnicería.

La revista trae un editorial diciendo que nunca ha sido más sólida la situación del régimen. Por la manera de decirlo y de argumentar se ve que el que lo escribe está pensando todo lo contrario.

Como dije, cerca de esa taberna viven algunos amigos de Samar, incluido Lemus el retórico, quien no tarda en aparecer con dos amigos de Samar hablando de un manifiesto para que no vuelvan al trabajo los reformistas y afirmando el contacto con el resto de la organización en provincias, la fusión de la local, la regional y el comité de la federación de grupos en una sola entidad revolucionaria con plenos poderes y como puntos de acción inmediata la agitación en el barrio norte con vistas al asalto del cuartel de Artillería cercano y otros diseminados por el extrarradio. En la parte trasera de ese cuartel de Artillería tiene el coronel García del Río su pabellón y en él vive Elvira. Vaya, el destino tiene sus bromas. Son pesadas y no ligeras como las baterías del cuartel. Un instante queda sorprendido Samar bajo la hipótesis de que tratan de sondearlo para ver cómo reacciona, y cuando se convence de que no saben nada se tranquiliza y sigue comiendo y escuchando. Uno de ellos dice que el cuartel está «trabajado» y que hay partidarios bien dispuestos.

—¿Tú crees? ¿Oficiales?

—No. Sargentos. Y soldados. Al pasar hablo a veces con el centinela: «¿Qué, cuándo acabamos con los jefes?». Y el centinela sonríe y me pide un cigarrillo. También hay dos oficiales de la reserva medio convencidos.

Cuando se calló, pensó Samar: «¡Oh, el hijo de la gran puta! ¡A eso le llama estar trabajado el cuartel! ¿Qué te parece?».

Llegaron otros amigos con algún individuo desconocido para Samar, que se sentaron en otra mesa cercana. Eran Sallent y Escuder, que habían llegado de Barcelona. Lemus los presenta al dueño de la taberna, que fue hace años un buen militante, pero se casó con la hija de un capataz que tenía dinero y «dejó las ideas» sin olvidar a los compañeros. Tiene una idea especial de los anarcos. Dice que están ahora como los cristianos en tiempos de las catacumbas. En todas partes se encuentran, pero en todas partes les sacude la autoridad. Cree que es cuestión de dos o tres siglos y que empezarán muy mal, pero que cinco siglos después las cosas irán marchando. Así fue con el cristiano. Pasado mañana, como quien dice. El caso es que ayuda a los militantes y que no es mala persona. Un poco chiflado, piensa Samar. Ellos no necesitan un Constantino y además los tiempos y los medios de acción son otros.

Poco después llega Villacampa y se acerca a la mesa de Samar:

—Esos que no conoces son Sallent, de la comarcal de Lérida, y Escuder, de Barcelona.

Vienen de Barcelona a hacer un informe para la regional, y llevarán de paso los acuerdos de la región del Centro. Escuder es pequeño y lleva gafas. Sallent es más buen mozo. Los dos querían quedarse y actuar en Madrid, pero Samar dice que si tienen una misión determinada deben cumplirla y dejarse de distracciones peligrosas. Parece que viajan en un camión de una compañía de transportes, cuyo chófer es compañero.

Escuder está extrañado de que la organización de Madrid haya sido capaz de armar todo este tinglado en tan pocas horas y dice que en Cataluña no lo acaban de crear.

Ninguno toma bebidas alcohólicas más que Samar, que tiene una copa de coñac delante. Es como una opinión en contra. Otros compañeros llegan diciendo que están respondiendo algunas regiones sin haber sido requeridas. Esa noche van a establecer nuevos planes de actuación. Los compañeros de Barcelona no están en interioridades y Samar y Villacampa se reservan. Se trata de obligar al Gobierno a sacar a la calle todo lo que tiene y ver «qué pasa». Hay muchas unidades militares inseguras. Pregunta de pronto Samar:

—¿Quién mató al agente que recogió el sobre con el croquis de los transformadores? ¿Fue de veras Pascual?

—Si hubieras ido a la reunión de esta tarde —respondió Villacampa reticente— lo sabrías.

A la hora de aquella reunión Samar estaba con Elvira en el cine.

Pero hay que dormir algunas horas y poco después se separan y cada uno busca su albergue. Samar no tarda en llegar a su casa de la calle de León.

Aunque parece increíble, Samar no está (se dice una vez más) fichado por la policía. Se acuesta, duerme solo dos o tres horas y, al despertar, abre una botella de cerveza y viendo que no tiene sueño lee algo en el informe de Gómez Laín. El mamotreto de Simancas.

—Las monjas bernardas —se dice luego, cerrando el legajo sin ganas de trabajar — buscaban también el otro extremo: el lado contrario al dogma. Todo ha sido así en España desde los tiempos de los romanos. Las bernardas estaban, como Espartaco, escondidas y acechando desde el cráter. A su manera y en su tiempo. Sólo hay dos maneras, es decir, dos posiciones en la vida: el crimen o el sacrificio. ¿Será mi camino el del sacrificio? ¿Por qué? ¿Para qué?

Ninguno de los dos le gustaba, pero nadie hace la vida a su gusto, sino que es impelido a actuar en una forma u otra por las cosas, los hombres o los sueños. Aunque sean sueños de tumbas de agua y de cadáveres con cascabeles.

Como no es hora todavía de salir, Samar se pone a recordar a Elvira y luego, con cierta desgana, vuelve a los papeles de las bernardas divertido por el contraste.

Antes aún del amanecer llega la Chika. Allí, a su piso de la calle de León, con unas ganas tremendas de hablar y de contar cosas:

—Al amanecer ha venido otra vez la policía y ha ocupado la casa. Por lo que se ve han convertido mi casa en un cepo donde atrapar a los que vayan llegando. Pero como es natural, hemos tomado medidas. Quizá se han enterado de que en alguna parte hay armas y quieren dar con ellas. Y cortarle el pasapán a alguno de los que vayan a buscarlas. Mi abuela se ha marchado a la casa de enfrente, con la señora Cleta, y se asoma de vez en cuando al balcón, aunque ahora ya no habla tanto con los agentes. A sus preguntas contesta con una canción bastante puerca en la que los trata de maricas. Luego se pone a rezar el rosario, por el alma de mi padre. ¿Tú crees de veras que no hay cielo ni infierno? A veces yo, viendo rezar a mi abuela, dudo. Algo tiene que haber. Aunque sólo sea para premiar a mi padre. La pobre tiene la manía de que a mi padre muerto lo han secuestrado y quería husmear y rebuscar el cadáver por todo Madrid. No pudimos ver lo que hacían con él porque nos echó de la plaza de Neptuno la policía. Ahora mi madre, con el rosario al puño, se asoma al balcón y les hace cortes de mangas a los policías. Está comprometiendo a la señora Cleta, que es viuda de militar. Yo voy y vengo por la calle, ahora sin gallo alguno, porque se lo han debido comer los esbirros de la burguesía. Ellos me vigilan, pero yo me hago la tonta.

—Ten cuidado, no vayan a comerte, como el gallo.

—¿A mí? ¡Vaya indigestión! Ya te digo que me hago la tonta.

—No será difícil eso.

—No te las des de listo. Cartas de amor sí que sabes escribirlas, pero luego pierdes los sobres. Yo estoy en la calle porque a lo mejor llegan compañeros y puedo

hacerles una seña para que se larguen. Llevo en la mano la boina y en la boina una pistola. Paseando me acerco hasta la misma verja del pabellón del cuartel, donde vive tu novia. Las paredes son de ladrillo color rosa y están llenas de sol. Por el lado del cuarto de tu novia todo es enredaderas verdes y campanillas azules y son tan limpias que me dan ganas de vivir allí, pero acordándome de tu carta...

—Ah, la leíste.

—¡A ver!

Simulando indignación, Samar alza la voz:

—¡Eso se llama violación de correspondencia!

—Yo creía que sólo había una clase de violaciones.

Aguanta Samar las ganas de reír y ella sigue:

—Esos amores tuyos con Elvira me resultan como los de las palomitas blancas que juntan los picos. Yo me he llevado un chasco contigo. Creía que eras anarquista y que sabías nadar mejor.

—Sé nadar y sé guardar la ropa.

—Eso, sí. Y sabes dar la cara cuando vienen mal dadas. —Menos mal.

—Vino Ricart, el de Barcelona, con dos desconocidos y les dije lo que sucedía. Son catalanes, y antes de marcharme me encargaron que viera al secretario del comité de grupos y les diga de su parte que Nicanor tiene razón, que todo está comprobado y que darán el informe por escrito. Me lo repitieron dos o tres veces y tú ves que me acuerdo bien. ¿Quién es Nicanor?

—¿Y qué sacas tú con saberlo?

—También me dijeron que viniera a verte y que a la tarde, es decir, a la noche, vendrían a tu casa a dormir. Me gusta que me encarguen algo, porque entonces la pistola ya no es un juguete como dices tú. La llevo para algo. Bien es verdad que no tengo balas, pero es lo que pasa, cuando uno de nosotros tiene que disparar es que no le ha servido la pistola para nada. ¿Verdad? La burguesía lo que quiere es que nos veamos acorralados y disparemos y luego nos cae encima la apisonadora de los jueces y nos machaca. Esa es mi opinión. Yo no querría volver a casa, por ahora. La abuela ha dejado unos chorizos rociados con polvos contra las cucarachas, pero aunque entren los agentes y se los coman no creo que valgan esos polvos para matar policías. ¿Tú qué piensas?

Samar saca unos papeles y los ojea. Star los mira de reojo, pero no entiende una palabra. Son unas palabras absurdas: «Geyhever suhxmifoc, fimoxamik, digentyopay...» escritas a máquina y en papel cebolla.

—Habrá que llevar esto —dice— al avión de Barcelona. Dáselo a Pascual.

Ella le pide su impresión sobre la marcha del movimiento y Samar tarda en contestar para hacerlo, por fin, con desgana. Dice que la cosa va para abajo. Cuando llega una situación crítica se niega a hablar con Star u opina sólo a medias. Piensa que no es cosa de mujeres y sobre todo de niñas. Pero de pronto se anima y dice:

—¿Sabes lo que llevas en esas palabras que no entiendes?

—Supongo que es algo importante.

Samar la mira a los ojos:

—Llevas la muerte.

—Después de lo que le ha pasado a mi padre, no me importa.

—¿Ves el cielo, tan azul? Se prepara una buena tormenta. Detrás está negro y hay cuervos malolientes. También detrás de tus labios y de las palabras de Ricart está la muerte.

Ríe la Chika para que Samar vea sus dientes blancos y éste va a hablar de su novia, pero se calla. Piensa Star que debe tener la cabeza como los motores de aviación cuando arrancan de un modo raro porque algo funciona mal. Mueve los párpados, nervioso, y a veces dice palabras que luego recoge:

—¿No te preocupa, eso? Digo, eso de que lleves la muerte.

Ella se encoge de hombros y repite que el hecho de que otros vayan adonde ha ido su padre no le parece tan terrible. Ella misma iría a donde está él, ahora:

—Aunque no esté en ninguna parte. También me parecería bien ir a ninguna parte porque allí está él.

No puede resistir Samar el deseo de besarla y lo hace con sentimientos mixtos de padre y de amante. La tiene abrazada un largo rato y al oprimirla siente su aliento cerca de la oreja.

—Mañana por la mañana tendrás que entrar en el cuartel de artillería y dar unas hojas impresas a un sargento que está avisado. Las tropas están acuarteladas y no entra nadie sin permiso del coronel, pero tú tendrás ese permiso.

—Bien está, si todo sale bien. En todo caso me conocen allí como te dije. No será la primera vez que me vean entrar. Y haré tu encargo como es debido. ¿O crees que soy tonta?

—Sí, eres tan tonta como yo y Villacampa y el día y la noche y Elvira y el planeta y el universo.

—Sobre todo Elvira. ¿Dónde la conociste?

Contesta Samar como si estuviera solo y se hablara a sí mismo indolentemente:

—Fui un día al colegio donde estaba interna para cumplir el encargo de unos parientes míos que tenían también allí una niña. Coincidí en la sala de visitas con el coronel García del Río, que era amigo de mis padres allá arriba, en un valle de los Pirineos. Nos saludamos y las monjas nos llevaron a una ventana desde donde se veía a las pequeñas dedicadas a la gimnasia de la mañana, en el jardín. Formaban en largas hileras un cuadrado con dos diagonales y hacían movimientos rítmicos. El amplificador de una gramola dirigía los movimientos.

Oyéndolo pensaba Star que a su amigo le gustaban las muñecas mecánicas, como las del japonés Chika que hacía con ellas teatro. Un teatro con música de crótales, tamborcillos y voces que parecían gemidos de gatita recién nacida. Porque así cantaban las japonesas, que ella las había visto en el cine.

—Tú no sabes —seguía Samar—, pero la gramola tocaba la marcha de Schubert, creo que se llama el Momento Musical o cosa así y parecía que con aquella música se movilizaban todas las inocencias del mundo.

—¿De ese mundo que dices que es idiota?

—Elvira estaba —siguió Samar sin hacerle caso— en el punto de cruce de las dos diagonales, en el centro del jardín. Si hubiera estado en un costado quizá no la habría visto. Me hizo una impresión rara. Abría los brazos, inclinaba la cabeza, cerrando los ojos porque le molestaba el sol y el aire se caldeaba a mi alrededor. Yo sentía una ternura como con los niños pequeños. Luego ella vino corriendo y fue a los brazos de su padre. Tendría quizás trece años, más o menos. Dijo que se aburría mucho en aquella escuela. Cuando salí llevaba la música de Schubert en el oído y el sol me llenaba la cabeza de avispas doradas —Star rió un poco al oír esas palabras.

Samar se quedó callado un momento y luego pensó que también el amor era idiota. Los deliquios y las pependencias de amor eran tan estúpidos como todo lo demás. Como la noche de novios, que consistía en definitiva en un cambio de salivas y en una serie de amables sacudidas eléctricas que se podrían conseguir lo mismo o mejor con electrodos en el cerebro. Al mismo tiempo que pensaba esas cosas se daba cuenta de que eran del todo inadecuadas. Star volvió a preguntarle por la marcha de los acontecimientos y Samar dijo:

—La huelga hace su labor. Lo mejor es que les hemos quitado la iniciativa a los reformistas. La victoria podría venir de las regiones, especialmente de Asturias, de Cataluña y de Andalucía.

Pero no tenía Samar mucha fe en el futuro. El comité nacional había sido arrestado, pero funcionaba regularmente el segundo comité clandestino. Había algunos resortes importantes todavía intactos. Sin embargo, algo andaba mal.

—Aquí lo que pasa es que todos estamos de acuerdo en la parte de agitación con consignas negativas, pero el segundo comité nacional hace bien no queriendo saber nada por el lado constructivo. No quieren saber nada porque no existe un plan sobre el futuro inmediato. Y rechazan la responsabilidad de lo que puedan hacer los otros. Se comprende. Pero eso les pasó a los que seguían a Spartaco, en Italia, y fracasaron. Es una simple cuestión de fuerza. El camino hay que ir haciéndolo al andar, como pasó con la revolución cristiana y más tarde en Francia con la revolución del siglo dieciocho. Por el momento es cuestión de fuerza. En estos momentos andar con doctrinarismos y referéndums y votaciones es tocar el violón. O volvemos al trabajo inmediatamente o mañana mismo lanzamos las consignas netas y concluyentes para sustituir el poder burgués con lo que sea. La naturaleza odia el vacío. Nosotros produciremos ese vacío y algo sucederá.

Star, viendo que la trata como a una persona mayor, quiere ponerse en el mismo plano y lo hace instintivamente bien:

—Podría ser que ese vacío lo llenaran los carcas, con las del beri.

Vaya, *las del beri*. No dejaba de ser un programa, ese.

Salieron y encontraron en la calle de Medinaceli a un compañero un poco «tocado» de la mollera que llevaba tres días buscando alguien que le diera un arma, pero nadie se la quería dar porque no estaba del todo en sus cabales. Al ver a Samar se le iluminó la cara:

—¡Parece mentira el trabajo que le cuesta a un hombre conseguir un arma!

—¿No asaltaste la armería de la calle de Toledo?

—Sí, pero no conseguí más que una de esas pistolas que empleaban los marqueses cabrones hace un siglo para los desafíos. Se carga por la boca y hay que llevar un saco al hombro de pólvora y balas.

Samar fingía estar haciendo memoria.

—¿Sabes quién tiene tres pistolas? Serafín Urbez.

Y el otro, sin chistar, da media vuelta, se orienta un instante y echa a andar por una callejuela en dirección a la casa de Urbez. Antes de desaparecer se detiene, vuelve la cara y pregunta:

—¿Puedo darle tu nombre?

—Sí, desde luego.

Es un día tranquilo y diáfano, pero las apariencias son falsas. Hay rumores alarmantes. Los rumores —dice Star, que se ha detenido en seco y escucha— son también como muñequitos de teatro de tu amigo Chika, sólo que a veces se escapan y corren cada cual por su lado y asomándose a las esquinas cantan o gimen como gatitos y dejan rastro de sangre como los tigres grandes.

Samar se arrepiente de haber salido de casa, sobre todo con Star. No tiene nada que hacer hasta la noche y debía estar durmiendo o apaciguando su mente con tareas neutras.

Por ejemplo, una vez más su trabajo de estudiante: el legajo de las monjas bernardas, tan interesante por el lado humano y por el divino o por el satánico.

Pensando así mira a Star con codicia y se burla de sí mismo:

*Tener la niña en su casa
y catarle cortesía...*

decía más o menos el romance de la hija del rey de Francia. Pero pensaba que la Chika no era hija del rey de Francia, sino de Germinal y sólo tenía quince años. Es decir, ella lo decía pero no los había cumplido aún. En todo caso se oyeron disparos no demasiado lejos y se vio pasar a alguien huyendo. Podía suceder que en la calle desierta aparecieran balas silenciosas, de esas que dan la vuelta a las esquinas y suben al tejado para herir a una cocinera en el balcón de un patio interior. Pero se quedaban quietos.

Al doblar por Lope de Vega vieron dos niños de cuatro o cinco años junto a unas latas volcadas de basura rebuscando con la mano y llevándose algo a la boca. Lucas y Star bajan hacia el Prado y ven pasar un trolebús. Samar se queda estupefacto.

—¿Cómo es posible si no hay fluido?

Han reparado también las averías de esa línea con personal militar y funcionan los vehículos conducidos por soldados de Ingenieros. Pero al llegar el trolebús frente al Museo se produce una explosión y se ven saltar en surtidor adoquines y astillas de madera. Queda el autobús tumbado, con una rueda girando en el aire.

Por las calles afluentes aparecen grupos entre miedosos y amenazadores. Hay olor a gasolina y no debiera haberlo porque el trolebús funciona con electricidad. En las cercanías suena la ametralladora de una tanqueta y se oyen cascos de caballería más abajo.

Samar y su amiga huyen tratando de volver a casa cuando encuentran en un portal próximo a Villacampa acomodándose la pistola en la caña de la bota. Samar está excitado, pero feliz como siempre que hay fregado cerca.

No hay un alma en la calle. Parece que Villacampa trataba de ir en busca de Samar y que no lo encontró en su casa.

Star le pregunta a Leoncio si ha visto un gallo por la plaza de la Cibeles y Leoncio se la queda mirando y exclama:

—¡Ya es mucha joda esta del gallo!

Se quedan los tres callados.

VII

Fantasías de Villacampa y regreso a las arenas del jardín

Los papeles escritos en clave que Samar le había dado a Star se los volvió a pedir y se los entregó a Villacampa, quien ya sabía lo que había que hacer con ellos.

Le reprochaba Villacampa con la mirada a Samar que hubiera confiado aquella misión a Star, casi una niña, y Samar, que se sabía de memoria a su paisano, le respondió antes de ser preguntado:

—Precisamente, para algunas misiones no hay nadie mejor que un niño.

Se quedaba Villacampa como siempre dudando sobre la posible doble intención de las palabras de su compañero.

En fin, se separaron y cada cual fue a lo suyo. Al mediodía se reunieron otra vez en casa de Villacampa (no donde vivía habitualmente, sino en una pensión modesta donde lo conocían con otro nombre). Comieron juntos unas lonchas de jamón y un trozo de pan, y cuando más tarde se fueron Samar y la Chika, Villacampa se tumbó en la cama y se puso a recordar.

Le gustaba a Villacampa recapacitar despacio, a veces, sobre lo que había hecho. Era como un ajuste de cuentas consigo mismo, casi siempre inocente. Esta vez no lo era tanto. Tenía su dosis de crueldad.

Hemos almorzado Star, Samar y yo en mi cuarto y en la pensión adonde vengo, cuando hay peligro de ser arrestado en mi casa, es decir, en el desván de la casa de mi tío. Me traje una pequeña maleta y en ella he encontrado una bala del calibre de la pistolita de Star García y ella, recordando lo que había oído decir a algunos compañeros, intentaba hacer con una navajita dos hendiduras en cruz sobre la nariz del proyectil. Yo le he dicho que eso no se podía hacer más que con las balas sin blindar, es decir, de plomo negro. Le he enseñado ya varias. Pero además le he dicho también que era demasiada mala leche y que no queremos hacer daño a nuestros enemigos, sino sólo matarlos. Son cosas diferentes. Se sabe de balas de esas que han entrado por el vientre y han salido por un hombro después de destrozarse el estómago y los pulmones. Buenas y crueles operarias. Entonces Star ha cambiado de opinión y se ha limitado a firmar en la bala con sus iniciales. Luego le ha dado a Samar la bala y el cortaplumas y le ha dicho: “Anda, ahora pon las tuyas”. Samar escribió debajo L.S. y me decía que debía yo poner las mías cuando ella gritó protestando: “No, no. Samar y yo solos”. A mí, la verdad, no me gustó aquello. Esa chica es la rehostia. ¿Por qué esos distinguos? Yo me quedé mirándola con tirria y ella me hizo un guiño como si fuera muy lista y su bobería la llevara sólo como un disfraz para despistar. La conozco bien. Allá ella con su pistola. Tanto intrínquilis y a lo mejor

dispara esa bala sobre un puchero cerrando los ojos. Estas chicas son como las figuricas que se ponen encima del piano y si quieren conducirse como personas se rompen. O bien se dejan engatusar por cualquier señorito. Estas últimas son larvas de putifares. Entretanto, mientras desmonto la pistola y le paso una bayeta mojada en aceite voy pensando cosas raras. Hace tiempo que me he convencido de que para ser eso que se llama un intelectual basta con pensar cosas extravagantes. Yo, sobre la revolución ya las pienso. Querría que los burgueses vinieran ofreciéndose en filas cerradas como los corderos pascuales y no hubiera más que ir disparando. Al mismo tiempo cantarían los coros que oí una vez en Barcelona canciones alegres como para la primavera en los jardines. Y después, cuando no quedaran burgueses cantaríamos todos e inventaríamos una especie de religión del trabajo y todos los hombres se mirarían a la cara sin rencor y las mujeres no tendrían rubor ni nosotros las miraríamos con esa fiebre con que a veces las miramos en la calle. Ya estaría todo hecho y los chicos crecerían como las plantas a base de agua y sol. Todos seríamos dulces y bondadosos sin ir a parar a ese sentimentalismo que hace que los curas gordos y sin afeitar conmuevan a las viudas y digan a las mocitas que el pudor es su mejor atractivo. ¡Sinvergüenzas! El trapo sale del cañón de la pistola manchado de humo. ¿Cuál fue el último disparo? Esta mañana cuando lo del autobús. No le di a ningún guardia, ni siquiera al caballo del guardia. En el momento de apretar el gatillo se metió por medio un anciano de barba blanca, que llevaba dos muletas y una manteleta negra cubriéndole los hombros y botas de charol muy limpias. Tenía una pierna encogida y una cara lastimera. Se metió por medio, el pobre, y se quedó con la bala. Salieron trompicando las muletas y el sombrero y quedó aplastado en la acera como un pájaro con las alas rotas. Lástima, no era eso lo que yo quería. Bueno, yo no quería sino asustar a los que nos perseguían. De veras, yo lo lamento y no era esa mi intención. Pero, ¿qué pasa en la guerra? Cuando cae una granada dentro de una casa y mata a los niños, a los viejos y a las mujeres nadie protesta. Por eso no va a dimitir el Estado Mayor. Por desgracia aquí es igual, con la atenuante de que un pobre hombre tullido tiene pocas cosas que hacer en la vida, como no sea rezar y lamentarse. Bueno, ya está limpio el cañón de mi pistola. Mirándolo a la luz parece de cristal, por dentro. No puedo quitarme de la imaginación aquella manteleta negra flotando en el aire como un cuervo. Un compañero me dijo, después, que lo habían llevado al hospital de urgencia. Me guiñó un ojo: “Le dieron mulé”. Eso creo yo, por desgracia. Los que van allí no vuelven. Es el moridero. Le he dado otro repaso al cañón y ahora lo miro por dentro y más que de cristal parece como si tuviera tubos eléctricos encendidos. Limpio como una patena. Veo que cuando dejo la pistola en la mesa me olvido del viejo de la manteleta y cuando la cojo vuelvo a acordarme y a arrepentirme, aunque la verdad es que no disparé contra él. ¿Será que las armas estas tienen conciencia? Ya limpia y engrasada con aceite de máquina de escribir —venden unos tarros muy finos por dos pesetas— voy completando los tres cargadores. Se malgasta mucho plomo en estas escaramuzas. En el cajón tengo una

cartera y en ella tres billetes con la cabeza de Felipe II y El Escorial al fondo. Me guardo la cartera en el bolsillo interior de la chaqueta y nada. Soy el mismo de siempre. Me pongo la pistola en el bolsillo trasero del pantalón y me siento crecer. Ese bolsillo está reforzado con cuero y no se rompe con la pistola. Huelga general, dinero para resistir. El comité de la federación de grupos entero y en libertad. Eso es vivir bajo buena estrella. Vivir avanzando. Otro domingo rojo. ¿Tres, cuatro? No sé. He perdido la cuenta. La violencia —bien lo dice el folleto que está en la mesilla de noche, al lado de la jarra del agua— es el móvil natural de toda acción y reacción y sin violencia no hay vida ni podría haberla. Para que nazca el fruto tiene que morir la flor y para que nazca un ser humano tiene que haber sangre y dolor y lágrimas. (Y risas, claro.) Pero las cosas están de tal manera en este cochino mundo que no se puede ser natural, lo que se dice natural, porque resulta uno demasiado violento. Pero ahí está la patrona. Antes de que hable le pregunto: “¿Quiere usted dinero?” “No.” “¿Está harta de billetes monárquicos?” Se encoge de hombros sin contestar. Yo me acuerdo de la tía Isabela y señalo el pasillo: ¡A hacer puñetas! Se va chillando. Eso, que es tan natural, resulta violento. Luego viene el marido y antes de que hable le pregunto: “¿Viene usted a pegarme? ¿O a convidarme a café?” “Hombre...” Señalo el pasillo y le digo: “Si viene usted a hablar, yo nada tengo que decirle a un macarra. ¡Largo!” Porque vive de su mujer, el cerdo ese. Y se va también, sin chistar. ¡Si es natural! Con la pistola en el bolsillo, los compañeros en la calle y la revolución en el alma, somos como Dios. También Él es violento en los terremotos y los volcanes. Como el Vesubio que arrasó a Pompeya. Todo lo demás es flojo, blandujo, viejo y huele a sudor de enfermo. Ahora vuelve a dar alguien en la puerta con los nudillos. ¡Pase! Es la criada, una pobre muchacha jovenzuela y guapa. Ahí está. Por lo visto no se atreven a volver los dueños. Está espantada y me mira y me habla sin que le salga la voz de la garganta. “¿A qué vienes? Como estás embaucada por tus amos sólo sirves para barrer los cuartos y para que los huéspedes te manoseen las tetas”. La chica traga saliva con los ojos redondos. Otra vez lo natural resulta violento. “Vamos a ver: ¿vienes a barrer o a que te manosee? ¿O prefieres que te muerda el culo?” Más asustada aún, balbucea: “Se muere. Digo, don Fidel. Se muere”. Avanza poniéndose instintivamente una mano en el trasero y al ver que me río disimula y se estira la falda. “Sería bueno que entrara a verlo, porque el pobre ha preguntado por usted.” Después de decir eso se marcha con pasos menudos y rápidos. En la puerta se vuelve a mirar como si quisiera decir algo y no dice nada, no se atreve. Yo soy incapaz de conducirme así con los míos, pero con los otros algunos días no lo puedo remediar. Ese don Fidel es un viejo empleado de la Tabacalera que lleva cuellos y puños duros a la vieja moda y que habla de un tío suyo general carlista a quien fusilaron los liberales en el año de la Nanita y cuando yo lo ponía en duda me juraba que en su casa del pueblo tiene metida en una urna de cristal la camiseta todavía manchada de sangre. Tiene ese don Fidel el mejor cuarto de la casa y coge un berrinche cuando lee en el periódico que una comisión de

obreros ha ido a ver al presidente para protestar contra algo. “¿Por qué los recibe?”, dice echando chispas de saliva por la boca. “¡Leña es lo que necesitan esos vagos!” Así es don Fidel. Y ahora se muere. ¡Sí que debe ser divertido verlo morir! Creen que eso tiene mérito. También me moriré yo. Todo Cristo tiene que palmar un día. Al salir al pasillo oigo maullar un gato en la cocina desesperadamente. Parece que va en serio. Los gatos entienden eso del coma mejor que los médicos. Entro en el cuarto. Apenas hay luz. Las ventanas están entornadas y de un rincón, entre un burujo de sábanas y mantas, salen estertores malolientes como si hubieran puesto a hervir una olla de coles. Enciendo una cerilla porque el fósforo neutraliza, según Samar, esos olores hediondos. Respiro por la nariz y no hablo hasta que tengo los pulmones llenos de aire y me toca echarlo. La patrona y su marido me miran recelosos y ella me da disculpas como si al abrir minutos antes la puerta de mi cuarto me hubiera ofendido. Yo pienso que la violencia irá contra la cultura y el buen parecer, pero la verdad es que la gente se somete. Ahí están esos dos hombres. Es decir, esas dos personas: la patrona y su marido. A los dos les acabo de cantar las verdades y, sin embargo... Claro es que también entra en esto el respeto a don Fidel. La patrona, al retirarse para dejarme a mí el sitio de la cabecera, ha cerrado, sin querer, la hoja de la ventana y el patrón le pide que la abra más y me explica: “El aire libre es un gran aliciente para la agonía”. ¡Aliciente! Mal aliciente te den a ti, hijo de perra. Pero yo no sé qué hacer ni decir. Lo natural sería no haber entrado. Una vez dentro lo natural es taparse las narices y escupir. Es lo que harán, cuando me muera yo, con alicientes o sin ellos. Me cuentan en qué consiste la enfermedad y quieren convencerme de que pudo salvarse cuando a mí me parece tan lógico que se muera. Entretanto yo, que nada tengo que hacer hasta que me reúna en la noche con los espartacos, sigo aquí. Siempre parece inocente y virtuoso estar con un agonizante si por casualidad vienen los agentes de la poli. El patrón le da agua a don Fidel con una cucharilla. La patrona lo llama: “Don Fidel, don Fidelito”. Yo tengo ganas de reír, sobre todo cuando la veo a ella limpiarse una lágrima. El patrón llama también: “Don Fidel”. Y de vez en cuando mira el reloj de oro del muriente y la tabaquera de plata que están sobre una mesa. Don Fidel entreabre los ojillos y veo su mirada mortecina que se posa en mí. Él cierra los suyos otra vez. Le han puesto un pequeño cristo sobre el vientre y un escapulario junto a una oreja. De pronto se oyen voces en el pasillo y la patrona sale presurosa dejándome en las manos una toalla con la que le espantaba las moscas y le hacía aire. Luego, se vuelve a asomar a la puerta y llama a su marido disimulando una alegría de buen gusto. Debe ser la visita del cura. Yo me quedo de pie al lado de don Fidel, con la toalla en la mano. De vez en cuando la paso sobre su cabeza como la patrona, pero sin querer me acuerdo de los toreros después de la estocada y a cada nuevo pase digo en voz alta: “¡Dobla!” Luego, otra vez de izquierda a derecha: “¡Dobla, ya!” Y es que tengo prisa por marcharme y él no tiene ninguna al parecer. La muerte le está afilando el perfil, pero que si quieres arroz Catalina. Comprendo que hay alguna crueldad en mis palabras y

en mis pases toreros, ¿pero no la hay en todas las cosas? Yo no la he inventado, la muerte. Y un día se me afilará la nariz, también: “¡Dobla de una vez!” Salgo al pasillo y le doy la toalla a la patrona. “¿Qué sucede?”, me pregunta con la esperanza de que haya muerto. “Tan pelma como siempre, señora, ese don Fidel.” Y me voy. Un viejo carlista no me parece a mí una persona, ni un animal. No es nada. ¿Cómo voy a matarlos? Es verdad que ellos también me la tienen jurada a mí, y en el fondo es cuestión de madrugar. Así es la vida y nosotros no la hemos hecho, al menos yo.

Todas estas cosas de veras inverecundísimas pensaba Villacampa un poco desesperado tal vez, recordando las reacciones de Star con Lucas Samar. Porque hay que ver las cosas como son. Aunque Villacampa no lo confesaría nunca, porque para él —suele decir— Star es poca cosa. Ni siquiera delegada del taller en la Federación Local de sindicatos.

Lucas volvió a casa y se quedó en ella durante el día. Trató de dormir algunas horas, para estar fresco durante la noche, pero sólo durmió hora y media. «Bueno —se dijo— el sueño, como todo, no es cuestión de cantidad ni de extensión, sino de intensidad. A veces hora y media de sueño vale más que las ocho horas que Napoleón aconsejaba a los idiotas. Es verdad que Napoleón decía: “Un hombre sólo necesita dormir seis horas, una mujer siete y un idiota ocho”».

Parece que los idiotas gastan sus nervios de otra manera, de una manera barroca y despilfarradora y necesitan más descanso.

Al despertar sería algo más de media tarde y tenía encima de la mesa abiertos y tentadores los legajos de las monjas bernardinas, anarquistas del siglo XVI. Anarquistas sin saberlo y sin salir del convento. Pero como no sabían lo que era la libertad humana se conducían como animales en la selva virgen. Como tigresas enjauladas.

Había otros anarquistas en los conventos, que conocían la libertad a lo divino: los místicos. La Iglesia los perseguía igual que a Escartín y a Germinal. Pero a veces los místicos tenían genio literario como Teresa y Juan de Yepes y la Iglesia aceptaba la derrota y en lugar de quemarlos en la hoguera los canonizaba.

Un poco a regañadientes, a veces.

Con aire de fatiga y pensando vagamente en Star se puso Samar a añadir alguna página. Eran, como él decía, ejercicios de serenidad. Con el oído atento a los ruidos de fuera, Samar iba traduciendo de los folios procesales cosas cada vez más raras.

En todos los tiempos —se decía Samar— el problema ha sido el mismo. En todas las edades y las ciudades y las naciones. Una tendencia vitalísima hacia el dogma siempre controversial y otra tendencia no menos poderosa y simultánea y gemela hacia la libertad, siempre peligrosa.

Eso de los dogmas controvertibles era difícil de entender, aunque para Samar estaba muy claro. «El mismo dogma de la pureza —se decía— es impuro por ser dogma.» Cualquier actitud dogmática impedía el libre juego de inclinaciones,

tendencias y propensiones en el que la naturaleza nos ha puesto para que elijamos, y en esa elección está el secreto de la conservación de la misma naturaleza, es decir, de la obra de Dios, el secreto orden del universo entero. Un dogma le quita la naturaleza supuestamente divina a cualquier religión, es obra de una clase de hombres contra todos los demás.

Para que haya unidad en ese *universo*, cuyo nombre la señala, tiene que ser una unidad alcanzada en la plena libertad del caos de origen. Sólo una libertad total puede llevar a un orden total en el cual el tiempo y la eternidad se entiendan y se compensen.

Tiempo y eternidad.

En esa disyuntiva se creía encontrar Samar (aunque comprendía que exageraba un poco, porque tal vez le gustaba dramatizarse), y se encontraban también sus amigos aquellos días.

En su tiempo, siglos atrás (poca cosa, cuatro siglos para nuestro orden interior) las monjas bernardas hicieron muchas cosas. Se encontraban dentro de ese caos natural a través del cual se filtraba lo que podríamos llamar la presencia de lo absoluto y eterno. Al revés de lo que muchos creían entender por virtudes monacales, era más fuerte la naturaleza de Dios que el dogma y la regla de los hombres. Por eso Samar no juzgaba a las monjitas bernardas. Las veía a través de los papeles de Gómez Laín, el de las gafas azules, la pluma de ganso en la oreja y la gola rizada y almidonada, y se interesaba por ellas con una mezcla de comprensión, simpatía y repugnancia.

Detrás de todo aquello todavía quedaba una posibilidad de orden angélico por un lado y satánico por otro. Eso era lo que más le interesaba a Samar.

Como siempre, en la vida. Sobre todo cuando las dos posibilidades son inconscientes.

Decía Gómez Laín y copiaba Samar: «Y así, señor mío, fue caso realmente extravagante que una tal sor Circuncisión había deseado siempre desde niña ser hombre e ir a Indias a combatir por la fe, bajo las banderas de Vuestra Majestad y no pudiéndolo hacer estimuló a la superiora a que demandara permiso y bula especial para que su orden se estableciera en el virreinato de México o del Perú, pero no fueron atendidos sus ruegos.

»Parece que toda la vida de esa religiosa fue frustrada y desolada por el hecho de haber nacido mujer y sentía inclinaciones de hombre en muchas cosas, incluida la valentía y determinación y aun la voz se le ponía áspera y más de una vez rogó y suplicó a sor Flavia que la recibiera en su lecho con un pretexto u otro, aunque supongo que ella misma no comprendía sus secretas propensiones y les daba motivaciones inocentes, Dios la haya perdonado.

»El caso es que a la muerte de esa religiosa que sucedió antes de los hechos a los que me referiré por extenso cuando llegue el momento según el orden de mis investigaciones, la superiora madre sor Águeda de las Cinco Llagas hizo poner en la lápida sepulcral de la religiosa fallecida inocentemente una inscripción como si fuera

hombre, lo que fue causa de extrañeza y aun de asombro en la comunidad y en la aldea, entre las personas que tuvieron noticia. Y eso fue como un tributo que la superiora sor Águeda rindió a su hermana monacal sor Circuncisión y una manera de buena voluntad infantil y de amor.

»Y la lápida dice y se puede comprobar actualmente:

“Duerme en el Señor y en este bendito lugar el religioso

HERMANO CIRCUNCISO DEL NIÑO JESÚS

que rindió el alma el año de la era cristiana de 1632 después de recibir todos los auxilios religiosos incluida la bendición apostólica.

LAVS DEO.”

»Aunque el caso no tiene relación con los hechos de los que se ocupa este informe creo que debo insertarlo aquí como una curiosidad de cuyo conocimiento se holgará Vuestra Serena Majestad mi señor Don Felipe, lo mismo que me holgué yo cuando tuve conocimiento. Porque revela la inocencia que puede haber en algunas formas de satanismo».

Reía Samar delante de aquellos papeles y se decía:

«Parece tratarse de una lesbiana que no sabía que lo era. También ella buscaba su mundo sin acabar de hallarlo y sin saber qué mundo era el suyo ni el de los otros».

Se proponía buscar aquella sepultura y aquella lápida en la aldea de Villacampa, si algún verano iba por allí.

Para Samar todos los problemas de la sociedad del individuo se reducían a uno solo, siempre el mismo: el dogma o la libertad total. Lo curioso es que los dos llevaban al mismo fin y cuando pensaban en eso dudaba de que valiera la pena continuar en el juego del vivir. Un juego peligroso que era interesante sólo por el peligro. Ni Samar ni sus compañeros del grupo Espartaco podían concebir la vida como los borregos de Panurgo siguiendo siempre al que iba delante sin preguntar adonde.

La razón —se decía— es lo único que tenemos y a él esa razón le hablaba de rebeldía, inconformismo y subversión, con sus riesgos implícitos. En cuanto al miedo, ¿qué miedo puede tener el hombre que ha aceptado la posibilidad de morir, es decir, la fatalidad de la muerte? Esta reflexión le devolvía la paz, esa paz que le faltaba a veces sin saber por qué. Su estado natural de ánimo era una especie de callada y serena iracundia.

La noche se acercaba y pensaba Samar en los jardines recortados y en los limpios parterres de Elvira.

Aunque habían sido reparadas muchas de las averías del sabotaje, la mayor parte de la ciudad seguía todavía sin luz eléctrica. Sin embargo, muchos de los teléfonos funcionaban, entre ellos el de Elvira. Habló con ella y quedaron citados en el jardín

para la primera hora de la noche. Como estaba lejos, Samar salió y tuvo que tomar uno de los trolebuses esquirols, arriesgando no sólo su decoro de revolucionario, sino tal vez su piel.

Le dominaba en aquel instante una sensación ambigua de cínico —perruno— que ha perdido la moral, por esas dos razones. Era como si caminara a cuatro manos por las calles y alzara la pata al lado de los árboles. Pero iba en el trolebús esquirol e iba al norte. Se imaginaba en el norte pirenaico donde también nació Elvira. Lo sentía nevado en las cumbres —pureza—, con un arco iris, porque siendo niño —no tendría más de siete años— comulgaba cada día y pedía a Dios que hiciera arcos iris, por lo cual el cura le reprendió diciendo que no había que molestar a Dios con aquellas bagatelas. Pero de todas formas se sentía en medio del puerto nevado —nieve ardiente— y quería engañarse en vano con lo de la pureza y el arco iris.

Había ido a las altas cimas que rodeaban su valle presidido por Las Tres Sorores, y cuando veía el sol en los cristales del hielo encontraba en aquellos cristales muchos arcos iris pequeñísimos. Pero grandes o pequeños no todo era arco iris. A veces se oía el viento dando terribles mugidos, que eran como quejas de un dolor antiguo, cósmico e inevitable. El frío de Las Tres Sorores le quemaba el alma, algunas noches, en el recuerdo.

Había llegado. La ciudad quedaba detrás con las calles escalofriadas de la primavera tardía, y las aceras con arena. También con las boñigas de los caballos del orden público.

Las cosas no iban bien, pero el arco de Espartaco seguía tendido y la flecha pronta. En el teléfono le dijo Elvira.

—Si ahora triunfais, después estaríamos ya siempre en paz. Bueno, hay muchas clases de paz. Por ejemplo, la paz de las naciones, la de los hogares, la de las conciencias. En el hogar hay armisticios, a veces, pero el matrimonio es un campo de batalla. Como lo fue la plaza de la Cibeles días antes, con muertos y heridos.

Otra cosa es el amor, claro.

Samar le dijo, de pronto:

—Tienes una ocasión para ayudarnos.

Pero no quiso decir más por teléfono. Luego, habiendo saltado el muro del jardín y después de los primeros besos, añadió:

—Se trata de que me proporciones tres volantes impresos de los que hay para el caso, con el sello del regimiento. Son simples permisos para entrar en el cuartel. Los volantes estarán a mano sin duda y con ellos sobre la mesa estará también el sello. Es muy fácil. ¿Me has comprendido?

Ella dudaba y Samar seguía:

—Son tiempos difíciles. Elige. A la hora del combate la familia no representa nada. Hasta ese dulce Jesús a quien tanto amas en tus rezos os ha dicho: «Dejaréis al padre y a la madre para seguirme. No habrá paz en las familias». Él os ofrecía un ideal utópico. Nosotros te ofrecemos el nuestro, que es más accesible y tal vez

próximo. Elige entre tu dios y yo, entre tu padre y nosotros. ¿Dices que no te quiero? Si eso fuera verdad, si no te quisiera, mañana me casaría contigo. Sería una buena vida. Gran ceremonia, iglesia iluminada, orquesta, flores. Todo eso decora la posesión de una mujer como tú. Además eres una heredera rica. Sería fácil, brillante y provechoso. Pero te quiero de la única manera que puedo quererte, como nadie será capaz de quererte. Te quiero desesperadamente, ¿oyes bien? Porque siendo tú mi vida tengo que renunciar a ti. Si ganamos, porque os destruiremos a vosotros, y si perdemos, porque me destruiréis a mí.

Mientras lo decía Samar lo creía, realmente. Ella balbuceaba:

—Eso no es verdad. Además, yo iré contigo. Yo no quiero nada fuera de nuestro cariño. Yo...

—Ayúdanos facilitando esos volantes.

—Antes has dicho que tenías que renunciar a mí. Si te doy esos volantes, ¿seguirás pensando lo mismo?

—Es probable. Aunque en el fondo te llevaré siempre conmigo.

Y enciende un cigarrillo por ocupar sus manos. Ese cigarrillo que ella odia porque es un obstáculo para las caricias y los besos. Samar se dice, entretanto: «Si estoy enamorado, peor para mí. Yo no quiero ir. Ella no quiere venir. Me imagino a mí mismo con la frente abierta en la losa donde pusieron a Germinal. ¿Qué más da? Se trataría nada más que de anticipar un poco la fecha».

Esa fecha que a todos nos espera. Elvira parece pensar cosas igualmente románticas:

—Si yo muriera tú serías feliz —susurra.

Samar calla cruelmente y al darse cuenta de esa crueldad cree que debe decir algo:

—No, eso, no. Además un verdadero amor está por encima de todas estas cosas.

Los ojos de ella, sus labios, el gesto de sus manos, el ángulo de sus hombros con la cabecita rizada dependen de lo que Samar diga, de lo que ella pueda suponer que Samar piensa.

—Una vez más. Nosotros necesitamos, yo —añade subrayándolo— necesito esos volantes con el sello del regimiento.

Se levanta ella y entra en la casa. Queda Samar solo y ella no tarda en volver haciendo crujir la arena bajo sus pies. Llega decidida, despreocupada, se sienta al lado de Samar bajo la pérgola y saca del pecho un pequeño rollo de papeles.

—Aquí los tienes, Lucas.

Samar los recibe pensando al mismo tiempo que en realidad no los necesita. O lo que es peor, que los necesita y no los va a usar. Los quiere para que Pascual vea que los ha conseguido y haga con ellos lo que quiera. Ella insiste:

—¿Sigues pensando que no es posible?

Advierte Samar:

—Prométeme que no pondrás sobre aviso a tu padre.

—Ya sé que todo esto es contra él, pero te lo prometo. Besa Samar su brazo y después su boca. Ella le acaricia el pelo y lo enlaza por el cuello.

—Aunque matéis a papá no me importa. Pero no lo mataréis, ¿verdad?

Parece que sobre sus ojos han pasado diez años en un segundo y hay en ellos una madurez un poco monstruosa que sorprende terriblemente a Samar. Parece decirle ella, en silencio: «¿Piensas que es posible ahora nuestra felicidad?». Samar contesta con un silencio vergonzante. Podría decir que sí, pero no lo dice.

La abraza, la besa, la acaricia ferozmente y ella se abandona gustosa. A Samar le gustan las mujeres pasivas. Le gusta hacerlo todo él. Y sucede lo que había de suceder algún día, pero allí, sobre la mullida arena, con desgarré de cendales interiores y gemidos, y besos y luego un llanto suave ionizado tal vez, como el agua después del rayo devastador.

—No matarán a papá, ¿verdad?

—No sé —dice Samar mintiendo—. Tú sabes, en la guerra nunca se sabe.

Mientras lo dice sigue pensando que el regimiento no se sublevará, que los volantes con el sello oficial no son necesarios sino para que Pascual crea en él y que la gran batalla está perdida. Pero no para él, que besa a Elvira una y otra vez diciéndose que si los amores han de seguir ya no serán de tarjeta postal como decía la Chika.

Se encienden luces por aquel lado de la casa y se oyen voces llamando a Elvira. Escapa Samar como un criminal y la aurora está lejos todavía y en el jardín no hay alondra que cante.

VIII

La virgen de las tres patas y Emilia al borde de España

Desde allí se fue Samar al lugar donde lo esperaba Star García en casa del Zurdo. Desde que perdió el gallo la Chika andaba un poco desorientada, sobre todo habiendo perdido el mismo día también a su padre. La que comenzaba a caer en los peores fondos de la desesperación era la abuela. Lo mismo que las heridas no suelen doler hasta que se enfrían, las defensas naturales contra el trauma de la muerte del hijo habían mantenido a la vieja en una relativa calma.

Pero la herida se enfriaba y la abuela parecía querer marcharse detrás de Germinal. En cuanto a la Chika, el padre y el gallo se mezclaban todavía en sus sentimientos.

En casa del Zurdo siempre hallaba Samar gente nueva y a veces un poco rara. Por ejemplo, Liberto, del comité propresos, que es muy marchoso y a veces no escucha lo que le dicen porque parece —según Star— que lo tiene todo pensado y sabido. También está Elenio, del comité local, que le habla en voz baja a Liberto y que tamborilea con los dedos en la mesa mientras habla porque sin duda está nervioso. Deben hablar de algo importante. El Zurdo le dice a Samar:

—Es que hay que trasladarla.

Pregunta Samar qué es lo que hay que trasladar y el Zurdo le dice que se trata de una ametralladora con su trípode y sus cajas metálicas llenas de municiones. La sacaron de un cuartel de Infantería en los días confusos de la proclamación de la república y la tienen escondida «para una emergencia». En el sótano. Vaya, con las emergencias.

Se encuentran reunidos en un cuarto sin más muebles que una vieja mesa de pino y siete u ocho sillas. Los chicos del grupo Casanellas son formales, poco habladores y con fama de valientes. Siempre en lo suyo. Cuidan al Zurdo y a su compañera —a causa de la ametralladora— como si fueran seres superiores y el vigilante que hay fuera no dejará pasar a ningún sospechoso.

La abuela de Star entra y habla, aunque sin dirigirse a nadie:

—Mientras los veo a todos afanados en vengar a mi Germinal parece como si estuviera vivo. Pero estamos volviendo a la vida de siempre. Al cementerio lleno de flores podridas.

—Esa vida ya no será nunca la de siempre —dice Samar—. Yo he visto muchas cosas en este mundo y no tengo tanta confianza.

La vieja habla pensando en Germinal y Samar en Elvira. La tía Isabela cuenta que salió dispuesta a volar la ciudad y luego tuvo que ir dando las bombas de mano a los

compañeros de su hijo. El zurdo se ríe en las barbas de la abuela y ella por no contestarle se va a la cocina.

Entran dos más del grupo Casanellas y uno de ellos, que Samar no ha visto nunca, es muy viejo, arrastra los pies al caminar y tiene los ojos llorosos. Samar piensa un momento: «Nosotros, ese viejo y yo, no somos hombres, sino una especie de superperros, él viejo y yo joven».

La tía Isabela vuelve de la cocina donde no la dejan trabajar, se sienta y para no dormirse del todo saca el rosario y va pasando las cuentas: «Por el hijo que gloria tenga...».

—¿Usted cree en eso? —le pregunta Samar.

—Mi hijo cayó con la cabeza llena de ideas buenas y estoy segura de que no necesita que lo perdone nadie en esta vida ni en la otra. Tampoco yo tengo nada contra Dios. Yo rezo porque tenga paz y gloria en el otro mundo como las tenía en éste cuando había bonanza.

—¿Y los curas?

—Esos dicen una cosa y hacen otra. ¡Que les den morcilla a todos!

Entran otros dos, uno de ellos medio pariente de Star García y amigo de Samar.

—¿A qué venís aquí? —pregunta el estudiante de las bernardas.

—Si no lo sabes no te lo podemos decir —bromea el otro—. Es que vamos a trasladarla, la ametralladora.

—¿Pero dónde está?

—Aquí. Ven con nosotros.

Van los tres a un pasillo misterioso, levantan una trampa en el suelo después de apartar una estera de esparto y aparece debajo una escalera abierta a pico. Bajan los tres. Hay abajo hasta dos docenas más de personas. Como el techo es muy bajo hay que estar con la cabeza inclinada, o sentado o arrodillado, lo que no deja de tener gracia. No hay luz eléctrica y han encendido dos o tres velas. El aire es muy espeso y Samar baja las escaleras y deja la trampa abierta.

Al fondo está la máquina fina como un galgo. No le extraña a Samar que esté tan limpia conociendo a la mujer del Zurdo.

—Si tuviéramos un centenar como esas todo estaría arreglado —dice ingenuamente el Zurdo—. Creo que dispara quinientos tiros por minuto.

Samar piensa: «Matar, matar, matar. ¿Para qué, matar?». Siempre que hace el amor se siente tolerante y humanitario a la manera de la dulce burguesía, pero ahora, después de haberlo hecho con Elvira, se siente mucho más de acuerdo con la realidad y no precisamente la que lo rodea en aquel momento.

Villacampa llega de pronto, advierte que va a enfundar la ametralladora y que conviene que todos sigan guardando el secreto entre los dos grupos Espartaco y Casanellas.

—¿De quién es esta máquina? —pregunta Samar, extrañado.

Y contestan cuatro o cinco:

—Nuestra.

Villacampa desvía la mirada de Samar, quien pregunta:

—¿Es la única que tenemos?

El viejo que arrastraba los pies mete baza:

—Perdone el compañero Samar. Existe otra arma: la cultura.

—¡Bah!

—Ni ¡bah! ni nada. ¿Y Grecia? ¿Y Roma? Porque no sólo hubo un Espartaco.

Le hacen callar aquí y allá los jóvenes y Samar se confirma en su primera impresión. Aquel viejo por un motivo y él por otro no son hombres, sin una especie de superperros.

Salen alumbrándose con cerillas. La tía Isabela dice que en sueños se le representa a veces la ametralladora en lugar de San José.

Villacampa se levanta y le dice, riendo, a la tía Isabela como si rezara y burlándose cariñosamente de ella:

—Gracias a tu San José, abuela, las monjas sonreirán por primera vez sacando leche de sus pechos tiernos. Pero sólo adoramos ahora una virgen. Una virgen propicia y milagrosa: ésa.

Y señala la ametralladora.

Samar piensa que Elvira era virgen y era adorable. Cuando pregunta a Villacampa por qué no le habían hablado de la ametralladora dice Leoncio que él quiso hacerlo, pero se opuso Pascual. Saben que tiene amores con mujeres «del otro lado». Y que «el apego a la hembra puede mucho».

Piensa Samar viendo todavía rezar a la tía Isabela que todos los fanatismos están mal, los de la mente y los de nuestro organismo físico (el fanatismo del sexo) pero hasta en la materia inorgánica hay fanatismos: por ejemplo, la aguja magnética, que apunta siempre al norte. Y al norte nada más.

Ahora bien, algunos fanatismos se pueden aprovechar porque con el de la aguja magnética se guían los navegantes.

Se llevan la ametralladora y allí, en aquel sótano, se celebra la reunión del segundo comité clandestino.

Entre otras cosas, el secretario de actas escribe: «En una cuestión previa el compañero Samar pide que su proposición en cuanto al trabajo en los cuarteles sea tratada previamente de modo que el acuerdo salga en el avión de Barcelona, al amanecer.

»Se interponen otras proposiciones.

»El compañero Helios pide la palabra para una cuestión de orden.» Siempre parece chocante que un anarquista plantee en las reuniones cuestiones de orden.

«El compañero Samar insiste en su petición y en vista de que se accede expone un nuevo plan teniendo en cuenta que algunos jefes militares se muestran propicios a la sublevación o al menos pasivos para debilitar el régimen republicano en favor de la monarquía recientemente abolida. Cree que es mejor dejar de contar con la acción en

los cuarteles y llevar a fondo la acción en el nivel sindical y obrero, teniendo en cuenta que en algunas zonas como Linares los mineros se han hecho dueños de la situación, porque el Gobierno no se atreve a enviar tropas ya que no tiene confianza en los jefes.

»Añade que por esas razones el estado de guerra será levantado en cualquier momento.

»Habla luego Samar del cauce político que hay que dar a los acontecimientos creando una dualidad de poderes en toda la nación.

»Piden la palabra algunos y se manifiestan contrarios a la expresión *cauce político y dualidad de poderes*. Samar las retira y dice “cauces constructivos” y “dualidad de orientación”.

»El compañero Urbano se opone de todas formas a la idea de tomar el poder y lanzar decretos y lo considera vicio autoritario. Añade que si el triunfo de la revolución depende de ese plan a base de política y decretos ejecutivos no quiere la revolución.»

Oyendo todo eso Samar piensa: «Oh, vamos al caos por el caos, o sea, al arte por el arte». La orgía de las monjas bernardas, también. Puesto a elegir y puesto que él se considera un extremista del centro, preferiría la actitud de extrema pureza de Las Tres Sorores. Pero su teoría de Las Tres Sorores no la conoce nadie, ni siquiera Villacampa (que le ocultaba lo de la ametralladora) y en el fondo tampoco sería una solución. Samar cree que no pudiendo «ir por todo» al menos se pueden lograr buenas reivindicaciones sindicales, especialmente aumento de salarios y amnistía para los presos sociales.

Los otros quieren soluciones absolutas, como los frailes. Y ya sabemos adonde llevaron esas tendencias a las monjas bernardas. Y si no lo sabemos, lo diremos pronto.

Cree Samar que no hay soluciones absolutas. Entonces, ¿qué sentido dar a la vida?

Miraba alrededor con cierta angustia. Él no se consideraba superior a ninguno de aquellos hombres, sino todo lo contrario. Seguía pensando en sí mismo como en el superperro al que me he referido varias veces, pero comprendía que una línea de acción sólo podía imponerse con inteligencias firmes, capaces de crear formas nuevas de autoridad y de disciplina. Los veía a todos y a cada uno perdido gustosamente en el laberinto de la orgía. La orgía de la libertad. Como los curas, tenían siempre una palabra para interpretar las «miserias de este mundo», y una vez dicha se palpaban la pistola en el bolsillo y se sentían felices. Los que se acercaban de buena fe salían con la cabeza turbia e insegura aunque, eso sí, con una fuerte determinación para matar o morir. La mística tiene sus placeres.

Cuando Samar salía de la reunión iba pensando que la tolerancia del coronel dejando salir a su hija con él (sabiendo muy bien que Samar estaba en el centro de los acontecimientos), era una expresión pasiva de simpatía por los desórdenes callejeros.

Al salir de la casa se encontró con Star García, que llegaba. Desde que comenzaron los sucesos la Chika iba poniéndose un jersey de diferente color cada día. Entonces era blanco.

Recuerda Samar que la abuela de la Chika la trata con una especie de displicencia nueva y sin causa.

—Anda a casa y espérame allí.

—¿A casa? En la mía están los policías.

Hay una camioneta, la de Villacampa, quien sale de la reunión con los pies fríos y la cabeza caliente, como suele decir. Sin mirar a Samar le dice Villacampa ayudando a subir a Star:

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que discurras demasiado! O mata uno o lo matan. De todas formas llevamos la de ganar, porque si nos matan con nuestro cuerpo se levantan diez banderas más. Eso es lo que yo pienso. Ya no pueden crucificarnos a los lados de los caminos como a los compañeros de Espartaco. Algo se ha ganado desde entonces.

Villacampa no le ha dicho una sola palabra a Star, como si no existiera. Y tiene una misión grave precisamente en aquel momento. En la camioneta hay una olla de aluminio, con su tapadera y está llena de manifiestos llamando a la sublevación. Hay también órdenes concretas para dos sargentos, uno de los cuales está de guardia.

La Chika entrará con uno de los volantes sellados que le ha dado Samar y al llegar cerca del cuartel, Villacampa detiene la camioneta y ella desciende como si tal cosa.

Va a cumplir su misión como si fuera a nadar en el río. Villacampa y Samar siguen hacia la estación de las Delicias y viendo que amanece y que cerca hay un tejear donde suele reunirse en tiempos de clandestinidad la Local de Sindicatos, pide Samar que se detenga. Piensa Villacampa que Samar se inclina más a los sindicatos que a la federación de grupos y eso a él le parece reformismo, pero se calla.

La mañana es fresca y soleada y Samar debe dirigirse a pie hacia el tejear, para no llamar la atención con la camioneta.

Se separaron sin hablar más. Fue Samar por una estrecha vereda entre un montón de escombros y una raquítica plantación de maíz. Villacampa se alejó con su camioneta. Delante se extendía el campo llano de la Mancha. Aunque hacía sol, en la remota lejanía el cielo, inseguro, tenía nubes de lluvia y la cal del suelo la esperaba, la deseaba y a veces parecía alzarse en nubecillas y salir a su encuentro. Oyó Samar su nombre y se detuvo. Luego siguió adelante pensando que allí no podía llamarlo nadie y diciéndose que toda aquella protesta desarticulada, aunque careciera de conclusiones concretas, tenía un porvenir preñado de posibilidades. Los burgueses viven de la herencia y nosotros de la esperanza. Todas estas huelgas y desórdenes aceleran la descomposición, desmoralizan a los herederos y esclarecen los términos de esa psicología del mal de la que se alimentan.

Hablaba con las nubes, con el árbol y el viento, de espaldas a la ciudad. «El campo es anarquista —se decía— y la ciudad autoritaria. El campo es elemental, directo y profundo. Claro es que hay leyes físicas, pero el campo desconoce la agronomía, el árbol la botánica y el río la geografía. La máquina, en cambio, conoce la estadística. La máquina puede conducir, o al menos orientar, a la sociedad de un modo decisivo.»

A sus espaldas oyó un disparo y una voz que gritaba:

—¡Alto!

Aunque la voz era femenina y aquello parecía cosa de broma se detuvo volviéndose poco a poco. Era la «virtuosa» Emilia, del sindicato de Oficios Varios, que rompía millares de pares de hilos contra la Telefónica. Soltó a reír viéndolo tan sorprendido.

—Te esperaba detrás de esos arbustos —dijo riendo—. Tenía ganas de estrenar la pistola. Vengo del motín de los tejares.

—¿Adónde disparaste?

—Contra ti.

Tenía una expresión de cabra bonita, de cabritilla o corza lúbrica. El aire era denso y las nubes seguían extendiéndose. Había grandes calveros de sol. Echaron a andar. Así, sin mirarse, hablarían mejor. Iban entre arbustos silvestres, entre matorrales. Ella decía, centelleando:

—He dejado a mi familia. Son unos vagos y unos gorriones. Aquí las mujeres de clase media no trabajan, pero si alguna es tan tonta que se pone a trabajar todos quieren vivir de ella. Ahora soy independiente y libre y lo seré siempre. Quiero dar el gran escándalo y tener un hijo sin casarme.

—Pero —volvió a besarla Samar— tendrás que confesarte mañana.

—Ya lo sé. El cura me absuelve. Es más anarquista que tú y yo juntos. Si sigo confesándome con él me pedirá que ponga una bomba en casa del obispo. El mundo cambia, ¿no crees?

Había comenzado a llover un kilómetro más lejos y el arco iris medía los horizontes con su curvo compás. Se sentaron en un ribazo entre los arbustos. Llegaba del lado de la lluvia una brisa húmeda. Temblaban los pechos bajo el vestido y se querían escapar.

Llovió sobre Emilia y Samar. Se desintegraban bajo la lluvia de mayo (una llovizna ligera) como la tierra seca. Samar veía en los ojos de ella el arco iris y lo veía también en las gotas de agua que quedaban prendidas en sus cabellos negros. Ella bebía en las mejillas de Samar la lluvia que resbalaba. La tierra se esponjaba y se estremecían los arbustos de alrededor. De la tierra, del césped, de las hojas muertas, y de las raíces metidas en la entraña fértil subía un humor cálido.

Cuando el agua de mayo cae sobre la tierra ésta no piensa en la satisfacción de dar pan a los hombres. Canta su gozo y devuelve su calor al aire y a las nubes.

Sentía Samar esa secreta satisfacción del hombre que acaba de afirmar su calidad genérica sembrando en el surco de la tierra, aunque esta vez no fuera una tierra virgen.

Emilia le dijo después, abriendo los ojos dulcemente:

—¿Adónde ibas cuando te encontré?

—Al tejar.

—No hay nadie. Lo han descubierto y la *poli* se presentará dentro de unas horas.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy aquí para avisaros. Pero como tú eras el único que faltaba, ahora puedo marcharme.

Entonces fueron caminando hacia los altos del Hipódromo. Los dos eran grandes andarines, como suele ser la gente de mucha propensión sexual, según dicen.

Emilia preguntó:

—¿Tú te llamas de veras Lucas Samar? ¿O es un nombre de conspiración?

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Y tu nombre? ¿Es también falso?

—Sí.

Iban hacia la Moncloa y no tardaron en llegar. Se quedaron acodados en una baranda de hierro alrededor de un mapa de España en relieve. Un mapa muy bien hecho, con montañas y agua «verdadera» en los mares y litorales color gris-azul.

Una abeja volaba sobre España. Se detenía un instante sobre una cumbre y luego descendía al riachuelo. Bebía y subía otra vez para ir a posarse luego otra vez sobre los altos del Llobregat. Cataluña tiene dos colores: verde olivo, casi negro, y azul marino que es el mismo azul de la pita y el cacto. La abeja lleva esencias aromáticas en el vientre y está deseando volver al panal y dejar su dulce néctar. Produce miel y entretanto su aguijón envenenado se clava donde puede cuando la molestan. Es hermoso digerir flores y producir miel y clavar el aguijón. Samar ve a la abeja sobre Cataluña y en la planicie de Tortosa, junto al Ebro ancho que no se atreve a cruzar una diminuta araña, va reconstruyendo los rostros de Germinal, de Makno y de Progreso. Cataluña se ha cruzado también de brazos y empuña debajo del izquierdo la pistola. La abeja se ha levantado y vuela, rastreando.

Emilia pregunta a Samar:

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

—No recuerdo. Cuando me lo pusieron era yo muy pequeño. ¿Y el tuyo?

Ella tampoco responde. Qué extraños amantes, sin identidad civil. Pero ella sigue preguntando:

—¿Tú crees en las comunas libres?

—No. Ya las tuvieron en el neolítico y no dieron gran resultado.

—¿Y en las Federaciones de Industria?

—Sí. También en las cooperativas de distribución y consumo.

La mirada de Samar desciende por la costa, pero se arrepiente y bordeando los Pirineos vuelve al Cantábrico. Una hormiga con alas y ciega, pero con buenas

antenas, camina a través de Asturias, Santander, Vasconia. Baja hasta Aragón y allí pierde las alas y le brotan fuertes mandíbulas y patas firmes que le permiten agarrarse al suelo y no ser arrastrada por el viento. En lo alto de los Pirineos centrales aragoneses Las Tres Sorores, sin sus capelinas blancas. Lástima. ¿Por qué no les han pintado las capelinas? Más abajo el valle de Bielsa, su tierra. Las Tres Sorores nacieron en el convento de las bernardas y se llaman Ana, Clara y Pilar.

En el Cantábrico otra hormiga con su hojita verde. En el rincón del Bidasoa hay un alacrán negro, un buen metalúrgico con sus tenazas y el rabo inquieto y venenoso. La hormiga admira al alacrán, de movimientos concretos y seguros. Los dos se llevan bien. Samar cree ver allí a los hombres del chistu y de la Virgen de Begoña bailando alrededor de un palo de colores.

Un viejo deja el chistu y alza la jeta:

—¿Qué queréis, pues? El poder, ¿eh? No hay más que llegar y cogerlo. No sabéis lo que pedís, carajo. Eso ya pasó antes, con Espartaco y con otros muchos. ¡No es nada el poder!

El viejo está un poco «chirene» con sus ahorritos y su Sabino Arana. El comité revolucionario no tiene atribuciones sobre el alacrán vizcaíno. Samar mira con melancolía ese rincón y vuelve a mirar el Bajo Aragón. Hay un insecto que ha caído de la rama de un árbol y pasea sus anillos (es una larva) por la zona azucarera y sube después hacia Los Monegros, tierra de trigo y de vino. El Ebro se ve apenas como una hebra de polen y de barro.

La larva está firme en sus patas rudimentarias y desplegará sus alas y sus galas, un día.

Luego, las dos Castillas. Hay en ellas una salamandra blanca, plateresca, con el rabo en Segovia y el morro en Zamora, aletargada y soñolienta. Germinal, Makno y Progreso yacen ahí abajo, junto al Guadarrama. ¿Qué decir de Castilla? Samar se siente en el centro, en su entraña. Cualquiera que sea mi nombre —se dice mirando la sombra que Emilia proyecta sobre las islas Baleares—, soy yo. Piensa en un Madrid futuro sin funcionarios, descongestionado por la vuelta al campo, a las minas, a las provincias lejanas. (Él, por su parte al valle de Las Tres Sorores, de donde no debería haber salido.) Enamorado de Madrid, sin embargo, querría poner en la ciudad una relativa calma y lentitud de aldea; España sería una república federal con su capital en Lisboa, cara al Atlántico. Recuerda que al amanecer, en el instante de las medias luces con los faroles encendidos aún, ha hecho a veces juegos de sugestión y ha conseguido merced a ellos una evidencia extraña: la evidencia de que eran las siete de la tarde. No el amanecer sino el atardecer. Con las calles desiertas, los portales y los comercios cerrados, la población recluida en sus casas, alejadas por el pánico. Un Madrid abandonado o un Madrid derrotado definitivamente. El campesino de la Local se había llevado en rehenes al director general, al obispo y al honrado comerciante. Madrid quedaba sin ellos admirable en su holgada soledad silenciosa,

soleada, limpia. España continúa a sus pies. Emilia la contempla desde la otra parte. Cree llevar el hijo en las entrañas y es feliz:

—Mira, mi tierra.

Señala unas montañas hacia la raya azul de Málaga. Un poco más arriba dormita una lagartija menuda y vivaz, que abarca precisamente la región levantina. Samar mueve la cabeza: «Muchas naranjas, muchas flores, mucha sal marina». Piensa que el oriente se desasosiega lejos del mar, y es en las estériles llanuras cubiertas de langosta parda donde hace su justicia o inventa su religión. Por el lado del mar se le aquietan los nervios y se adormece en la esperanza, azul como los horizontes que cree tocar con la mano.

Sierra Nevada no es blanca, sino de un gris azulenco. Toda España despoblada, sin carreteras ni ferrocarriles, España volcánica en el Terciario, antes del hombre, era igualmente gris o azulenca. En lo alto de Sierra Nevada hay una mariposa negra. A la larva de Aragón le nacerán también alas, no se sabe de qué color. Las antenas son rojas al principio y negras en la punta. Buen augurio. Desde el otro lado del mapa en relieve, España, acodada en la baranda, dice:

—Tú, pillo, cualquiera que sea tu nombre, ¿adónde vas? Tu camino nadie lo sabe.

¿Quién podría afirmar nada? Otro domingo rojo para Villacampa, que tiene un calendario loco. Y para Star y para Samar. Ah, y también para Emilia, que quiere tener un hijo.

Como Samar no le responde, ella le pregunta cuál es su ideal privado en la vida. ¿Qué es lo que querría hacer?

—¿Yo? —responde él, sorprendido—. Yo creo que no querría hacer nada. Tumbarme bajo los árboles, ver pasar las nubes con un buen libro a la derecha y una buena mujer a la izquierda. Y oír música. Buena música. Si un día vamos a morir, ¿qué importa todo lo demás?

—Entonces, ¿por qué peleas y arriesgas la piel?

—Por defender a los otros, a los que sufren injustamente.

—¿Encuentras algún placer en eso?

—No sé. No puedo dejar de hacerlo. Con placer o sin él.

Ella no dice nada, pero se ve que está de acuerdo.

En Extremadura hay un saltamontes indeciso, que lo mismo vuela sacando del vientre ramilletes de colores que se queda quieto en la tierra, con los codos en alto, esperando que lo aplasten.

Cerca de Portugal hay un extraño insecto y tarda Samar en averiguar que es una pequeña luciérnaga.

—Ese bicho —le dice a Emilia— da por la noche una luz verdosa.

—¿De dónde la saca?

—No sé. De sus electrones, que funcionan quizás al revés que los nuestros.

Ella señala las islas Baleares:

—Mira, el Mediterráneo.

—Sí —dice él—. Un mar febril, azul y poético.

Tiene poca agua. Samar le dice a Emilia que vaya subiendo hacia Rosales. Luego se desabrocha y orina entre Formentera y Valencia. El Mediterráneo ha aumentado considerablemente.

Pero Emilia regresa, riendo:

—Ya sabía lo que ibas a hacer, cochino.

Tiene gracia Emilia, la beata, diciendo *cochino*, como lo dirá un día a su bebé, si lo tiene, cuando haga cosas parecidas.

—¿Por qué cochino? La naturaleza es obra de Dios y no es nunca cochina. Tú debías saberlo mejor que otros, porque eres muy religiosa.

El Mediterráneo olía a nitrógeno, como se puede suponer. Nitrógeno renal y samariego.

—¿Qué pasará si estoy preñada?

—Por el momento, nada. Pero un día parirás. Es lo más probable.

Ella se quedó meditando. Tenía un perfil no de mujer, sino de chico afeminado.

—Siendo hijo tuyo y mío será hermoso.

—¡Vaya! —respondió él mostrando con la mano el mapa—. La España castrense nació hace más de veintitrés siglos. La otra, la colonial, se pierde en las nebulosas de la historia.

—Hablas como un maestro de escuela —dijo ella.

—La península —añadió exagerando el tono doctoral— ha sido siempre palenque de guerra. Estacazos por un lado y por otro. Eso de la dulce e idílica España no sé quién lo ha inventado. Durante la invasión romana se fueron creando campamentos castrenses en todas partes, sobre todo en Castilla. Castrum, castro, castillo, Castilla. Dos siglos de peleas —antes de Cristo— fueron dando a esos castros un aire semicivil y un estado de permanencia contra todas las razones naturales. Aquellos castros tenían interés militar, pero no estaban asentados en lugares de riqueza natural. No se crearon pensando en crear riqueza española sino en sacudir estopa.

—Eso lo creo aunque no me lo jures —dijo ella apartando con la mano un mechón de pelo y poniéndolo detrás de la oreja—. La humanidad ha sido mala siempre, ¿verdad?

Seguía hablando Samar no se sabe si en serio o en broma y contemplando el mapa en relieve:

—Se atornillaban los soldados romanos en aquellos recintos cercados durante dos o tres generaciones y entretanto los pelaires, guarnicioneros, tundidores, panaderos, sastres, zapateros, fundidores, herreros de yunque acudían al reclamo del oro y de la plata romanos y se quedaban viviendo también al socaire de las murallas donde se sentían seguros. Más tarde algunos de esos castros desaparecieron, pero otros, no. Las guerras visigóticas de sucesión a hostia limpia y luego las de reconquista contra los árabes mantuvieron muchos castros en ejercicio y crearon otros nuevos. Durante

siglos, también. Cuando la guerra de reconquista terminó esos castros seguían viviendo por inercia.

—¿Qué es inercia?

—Huevonería.

—¿Y eso qué es?

—Tener la sangre gorda.

—Vaya.

—Es como esos andaluces que dicen que hay años que no tienen ganas de hacer nada.

—Ya veo.

—El castillo siempre en el centro y en lo alto. Los artesanos alrededor con algunos sequerales de sembradura de magro provecho a pesar de lo cual la gente seguía pegada a las murallas. Entre ellas se construyeron capillas, colegiatas, catedrales a veces empleando las piedras talladas de las fortalezas. Ya no había capitanes romanos que ordenaban y pagaban los servicios, sino un cura que hablaba de resignación y recogía los diezmos.

—Como en Ávila y Zamora y Ciudad Rodrigo y Madrigal de las Altas Torres —dijo ella, pensativa.

—No pocos castros de esos siguen hoy malviviendo. La gente pegada a las murallas toma el sol como los lagartos, se espulga y reza mecánicamente a un dios de cuya existencia duda. Reza *por si acaso*.

—Algunos creemos. Y ha habido santos y sabios.

—Sí, pero, la permanencia de esa España es tal vez hoy el mayor problema y el que los abarca a todos. Hay otra España colonial, la nuestra. Colonial viene del latín *colonia*, cultivo de la tierra y en general, trabajo. Un español colonial de Málaga o de Barcelona no se entiende fácilmente con un hidalgo de Castilla la Vieja. El «colonial» vive de su trabajo. El otro quiere vivir del cuento, del tipo o del aire. Y tal vez de la bragueta. Los castros de Castilla siguen hoy a la sombra de los castillos en los que ya no hay oro ni plata de Roma, sino curas que hacen rogativas para que llueva sobre las espigas sedientas o sobre las raquílicas encinas. Como los diezmos no bastan, los curitas reciben sueldo del Estado lo mismo que los policías y los verdugos. Nosotros decimos: la religión es el opio del pueblo. Bien, eso sería aquí. En Rusia la revolución es el opio del pueblo. En nombre sacrosanto de Lenin cada cabestro baja la cabeza y aguanta mucho más de lo que aguantamos aquí. Y al menos la religión levanta un misterio y una esperanza para las gentes sencillas, que son la mayoría. Además en España no hay ya Inquisición y en Rusia todo lo hacen a fuerza de *aparatnik*, o sea, de garrotazo y tente tieso. La España colonial, esa que se ve en los valles y en las riberas color ocre, hizo todo lo importante en la historia, incluido el descubrimiento y la colonización de América.

—A mí, eso...

—No seas borrica. Si planeas el futuro tienes que entender antes el pasado y el presente. Calla y escucha. Los grandes soldados de nuestra historia fueron gente del pueblo. Los escritores que han dado a España leyenda y realidad, también. Y han sido siempre malquistos por la sociedad castrense. Su tozudez en adaptarse a esa España de los castros anacrónicos resultó inútil y por una razón u otra casi todos conocieron la persecución y la cárcel. Desde los hermanos Valdés y Luis Vives y el granuja del Arcipreste de Hita y el santico iluminado San Juan de la Cruz, desde Fray Luis de León y hasta el cachondo Lope de Vega y el paticojo Quevedo, a pesar de sus pujos de caballero de Santiago, sin hablar de los favoritos de la Inquisición: Miguel Servet, Molinos, y tantos otros. Más tarde entre los románticos, si no se suicidaron como Larra o Ganivet tuvieron que pasar por la emigración o la cárcel como el Duque de Rivas y Martínez de la Rosa, tontos los dos, uno en prosa y otro en verso. La república representa por ahora, a pesar de todo, la victoria de la España colonial, aunque sea una victoria sin futuro.

—Tienes una verba de hombre de pro. ¿Qué quiere decir *hombre de pro*?

—Calla, coño. Cualquier español reconoce a su compatriota como colonial o castrense por la manera de andar, de decir buenos días o de mear contra el mar Mediterráneo. Mira el mapa y escucha. El mapa histórico, es decir, el panorama, no es sin embargo tan deslindado ni sus líneas tan definidas. ¿Me oyes? Comprendo que en Cataluña hay elementos castrenses y en Salamanca coloniales, aunque es verdad que a los profesores que se han atrevido a representar el pensamiento colonial en Salamanca (el Brocense, Fray Luis de León y otros), les han dado más que a una estera. Los filósofos de acento colonial, ya fueran castellanos (Juan de Valdés) o valencianos (Vives), tuvieron que largarse de España «por si las moscas». Como digo, no todo es colonial en Cataluña. Es verdad que los catalanes han tenido también caballeros andantes, aunque *Tirant lo Blanc* sea en muchos aspectos la antítesis del Caballero Cifar y otros fundadores del género. Esto no quiere decir que las cualidades castellanas no aparezcan a veces en las riberas del Llobregat y las catalanas en las tenerías de Segovia. En todo caso ese contraste —sol y sombra— de lo colonial y lo castrense sólo se da en España y se comprende si pensamos que de los veintidós siglos de historia nos hemos pasado diecinueve peleando a sangre y fuego dentro de nuestras fronteras. Los períodos de relativa paz hemos tenido guerras también fuera de España, en Europa, en América y en África. Eso sin contar la lucha de ideas, las persecuciones de la Inquisición ni las guerras civiles. Esos siglos de espada y lanza, de mangual y trabuco, hicieron de la geografía de España un mapa militar en donde las alturas tenían valor estratégico y los valles valor económico. Hay pocos valles en España que no estén dominados por un castillo al que han tenido que servir los labradores por deficiencia glandular.

—¿Cómo dices?

—Por falta de testículos. Ahora los republicanos quieren enmendar esa falta, pero no les valdrá. Demasiado tarde. En todo caso la tierra alta pelea y exige raciones al

valle que trabaja y produce y trata en vano de hacer leyes civiles. En Aragón, donde tenemos el *alto* y el *bajo*, y donde los ejemplos colonial y castrense son bien claros, la gente ha formado dichos y proverbios. El montañés típico es inseguro de carácter, aventurero, pendenciero, desconfiado y quimerista. Le gusta el contrabando, la caza, la guerra, la iglesia y el puterío. La aventura en el mar o en ultramar. El castrense era el que encontraba sólo tres salidas en la vida española: iglesia, mar o casa real. Los almogávares son un ejemplo. Los ribereños son hacendosos y de espíritu más ordenado, es decir, un poco huevón, pero está despertando con nosotros. El montañés tiene tendencias autocráticas y el ribereño democráticas. La mujer en cada caso suele inclinarse a lo contrario que el hombre, como es natural. Y los campesinos del Alto Aragón dicen:

*Muller d'abaixo
con home d'arriba
casa abaixo.*

Quieren decir que el montañés arbitrario y déspota y poco práctico y la mujer del valle acostumbrada a la fachenda, al vivir cómodo y a faenar sin resultados provechosos arruinan el hogar. En cambio, lo contrario:

*Muller d'arriba
con home de abaixo
casa arriba.*

La mujer montañesa tiranizada por el hombre a través de las generaciones, cuando marida con el hombre del llano, laborioso, ordenado, liberal, levanta la hacienda. La montaña y el valle están muy bien diferenciados. Y la montaña es castrense en España, tierra de los castillos.

—¡Ya te atrapé! —dijo Emilia, con picardía.

—¿A mí?

—Va a resultar que te gusta que el labrador de abajo se haga rico.

—Claro que sí. La propiedad de consumo me parece muy bien. No la de explotación o especulación. En eso yo disiento de Proudhon.

—¿Quién es ese tío?

—El obispo de Alcalá.

—Ah —dijo ella con un respeto reverencial.

Seguía hablando Samar casi mecánicamente:

—El único campo donde la síntesis de lo colonial y lo castrense se ha hecho es la literatura. En los buenos libros, que no son muchos. Por eso —por esa síntesis— nuestra literatura vale la pena y por no haber sabido hacerla nuestros políticos la política es una porquería. Desde el *Mío Cid*, que es una epopeya antibelicista llena de

espíritu civil, hasta la *Celestina* y Cervantes y Galdós. La novela picaresca es también una síntesis.

—¿Qué es una síntesis?

—El tercer término dialéctico: tesis, antítesis y síntesis.

—Vaya —dijo ella, impresionada, sin tratar de entender.

—Hay en la picaresca sátira contra la Iglesia y contra la justicia legal, pero los demás aspectos de la vida española están tratados con una tendencia al entendimiento. El hidalgo hambriento de *El Lazarillo de Tormes* no es un matamoros arrogante, sino un hombre que espera su oportunidad. Sonreímos leyendo esas páginas, pero sabemos que si a ese hidalgo que no tiene más que su espada lo ponen en condiciones adecuadas lo convertirán fácilmente en un Roger de Flor o García de Paredes o Gonzalo de Córdoba. Un hijo de puta con estrella. El lazarillo lo presiente por instinto y no se burla de él. La España colonial sabe también de heroísmos y de santidades. Sin ella no se habría llevado alrededor del globo nuestro idioma. Lástima que la síntesis que hemos sabido hacer en la literatura desde el Arcipreste hasta hoy no sepamos hacerla en la política. Aunque en eso estamos. Por un hecho curioso en las letras, hasta los autores de naturaleza más castrense como Calderón daban su obra definitiva en el plano populista: *El Alcalde de Zalamea*. En cambio en la política moderna hasta los jefes de partido más coloniales, Azaña, por ejemplo, a la hora de la verdad se inclinan a lo castrense (*Casas Viejas*, por ejemplo). Tal vez es el peso de una tradición de veintidós siglos. Entre los políticos españoles había muchos escritores frustrados: Cánovas del Castillo, Maura, el mismo Azaña. Todos tenían una novela inédita y un drama sin estrenar. Pero si hicieran ellos en el campo de la política las síntesis que hicieron los grandes escritores españoles otro gallo nos cantarían. Hasta los místicos castellanos y más tarde el jesuita Gracián lograron esa síntesis a su manera y por eso recibieron las coces de la parte más encastillada de sus órdenes religiosas. Los escritores han sabido comprender la cosa, sobre todo los escritores de *entendimiento* y no los de *intelecto*. Los políticos parece que se empeñan en todo lo contrario. Y así, mientras el escritor se explaya en la masa el político se deslinda, se cerca y se excluye. Cada político español que forma partido parece seguir una tradición castrense y construirse un fortín donde se encierra poniendo el rifle en la aspillera. Y creo que el día que bajen todos al valle, a la ribera, y sepan entender la España radical —de raíz— seremos felices o desgraciados, pero lo seremos todos juntos y trabajando en una misma dirección, si es posible *ad maiorem Dei gloriam*. Y tú que lo veas, *femina dilecta*. Amén.

Se puso Emilia a aplaudir y dijo con la mayor seriedad:

—¡Qué pico de oro! Júrame que no les has hablado así a tus otras novias: a Star García ni a la hija del coronel.

—Star no es mi novia.

—Pero la otra, sí.

—¿Cómo te has enterado?

—*Vox populi*. Como ves yo también sé latín.

Por allí se quedaron la mayor parte del día y por la noche se instalaron en un banco próximo, bajo los árboles. Samar se desató el cinturón y los zapatos, se acostó y puso la cabeza en la falda de Emilia.

No tardó en dormirse. Ella le acariciaba la cabeza suavemente con las puntas de los dedos.

Aquél había sido un verdadero domingo rojo, es decir, rojiblanco más bien. Pero muy dominical, es decir, soleado. Porque *dominus* quiere decir *el sol*. El domingo es el día del sol. Y también del Señor, que es lo mismo.

Hablando así se durmió y siguió dormido cuatro horas justas, durante las cuales Emilia se dedicó a mirar el cielo estrellado y a desentrañar los rumores sospechosos a su alrededor. Luego despertó Samar y se acostó ella poniendo su cabeza rizada en los muslos de él, quien además se quitó la chaqueta y con ella le cubrió las piernas.

También ella durmió tres o cuatro horas.

La Vía Láctea seguía desplegando sus galas encima de ellos.

Despertó Emilia al amanecer.

*L'aurora rompía albores
sobre la claror del río...*

A ella le dolía la espalda porque los relieves del cuerpo femenino son diferentes y no se adaptaban tan bien.

—¡Aaaahhhh!

—Anda, mi vida, que yo también estoy entumecido. Encima del Palacio de Oriente, sobre Getafe y Cuatro Vientos, lucía Venus o Lucifer o Astarté o Tistra, que de todas maneras se ha llamado al lucero de la mañana. Entre paréntesis, la palabra *tistra* es puntiaguda y cabrilleante como la misma estrella.

Se levantaron y Samar fue acercándose despacio al lugar donde estaba el mapa de España en relieve. Al pie de España —desde el lado sur de Yebel Tarik— volvía Samar a contemplar su patria bonita. «Yo la quiero, a mi patria, sobre todo en las mañanitas de los falsos domingos rojos o rojiblancos.»

En Madrid, en el centro geométrico de la península, había otra mariposa cuyos colores —amarillo y negro— produjeron a Samar un escalofrío porque eran fúnebres. A su alrededor (alrededor de la mariposa) el rocío del amanecer hacía brillar las cimas de las cordilleras.

Pero Emilia se acercaba reacomodándose la falda en la cintura:

—Tú tienes una novia *de la alta*. Yo también he tenido principios muy burgueses. Cantábamos unas canciones que las monjas componían y que eran de lo más moderno que se puede pedir.

—En el estilo de las sacristías, supongo.

—Te digo que no. Con letra y sin sentido, para ejercitarnos la laringe, las cuerdas bucales y no sé qué otras cosas vibratorias.

—¿Por ejemplo? —preguntó Samar, a quien las *cosas vibratorias* le intrigaban. Se puso a cantar Emilia una canción de veras extraña:

*Baladón, baladón gafá
chivirí, chivirí macá.
uté uté, pata ti, ti, ti
patí, patí, ute la-la-la
a rebatir con hue,
y a chivirí macáaaa...*

A Samar le gustó, aunque sólo entendía Baladón, que con V, es decir, Valadón, era el nombre de la madre del pintor Utrillo y aquel penúltimo verso que parecía querer decir: *a rebatir con huevos*. Es decir, batirlos bien en la cocina. O pelear en la calle con valentía. Emilia, cuando cantaba aquello resultaba tentadora de una manera labio lingual, como siempre que una mujer bonita hace algo de veras bobo.

Baladón, baladón gafá...

Por cierto que la madre de Utrillo, el pintor francés con nombre español, era preciosa. No sabía Samar que el que se casó con Susana y dio su nombre a Utrillo era el arquitecto que construyó el Pueblo Español en la Exposición de Barcelona.

Pensaba Emilia que Samar se conducía caóticamente. Es verdad. Había conquistado toda libertad posible y no sabía qué hacer con ella. Lo mismo les sucedía a los otros del grupo Espartaco.

Lejos se oían a veces tiros de fusil, aislados. Emilia se acercó y Samar sentía un hombro femenino y redondo contra su pecho masculino. Ella preguntaba:

—¿Qué pasará si ganamos?

Volvía Samar a las andadas:

—Lo de siempre. La España que hizo la Constitución de Cádiz en 1812 era la España colonial, digo la que vive del trabajo y tiene un sentido liberal de las cosas.

—Eso ya lo dijiste ayer.

Y cantaba entre dientes, distraída:

uté uté, pata ti, ti, ti

—Pero como eres tonta conviene repetirlo. Barcelona, Valencia, Málaga, Almería, Cádiz, Huelva son liberales. Vigo, La Coruña, Oviedo, Gijón, Santander, Bilbao, San Sebastián, Irún son liberales también. En la tierra alta hay una tendencia castrense: Burgos, Ávila, Segovia, Toledo, Cuenca, Castilla, en fin. Las dos Castillas, sobre todo la Vieja. Esa es la España castrense, amiga de la aventura beata en religión

y ocasionalmente sublime, reaccionaria en política, monárquica y absolutista. Para esta España el trabajo es una maldición bíblica de la que hay que huir y en eso yo también soy católico. Bueno, tú sabes que en 1931 votaron por la república las regiones coloniales. Se proclamó la república en Cataluña antes que en Castilla. Votaron por la continuación de la monarquía las Castillas castellanas y castrenses, muchas de cuyas poblaciones no tienen razón de ser. En el fondo de los valles y en las vegas floridas de Castilla era otra cosa. Pero los alcores eran putrefactos. Desde el tiempo de los romanos son aglomeraciones artificiales creadas no para cultivar la tierra, sino para defender el terreno a hostia limpia. Los que viven por sus manos y las putas profesionales o aficionadas que se acercaban al castro han seguido a la sombra del castillo o de la catedral hasta hoy...

—Eso también lo dijiste ya... —Y añadía entre dientes—: “*A chivirí macáaaaa*”.

La mariposa negra y amarilla seguía en Madrid con sus alas juntas y verticales. Los dos la miraban, alucinados. El Mediterráneo olía a ácido úrico. Sin hacer caso de Emilia siguió Samar con los ojos puestos en los relieves del mapa:

—Es linda España.

—¿A vista de pájaro?

—Ningún pájaro puede subir tan alto para ver a España como la estoy viendo yo. A vista más bien de uno de tus serafines.

Y añadió volviendo a lo suyo y contemplando el mapa:

—El montañés va a la iglesia, blasfema, juega a la lotería y al monte en el casino durante los largos inviernos. Confía en la suerte y en Dios o en el diablo y en tiempo de elecciones vota por el obispo. El campesino *d’abaixo* vive de su trabajo si tiene alguna tierra, come lo que produce y vende lo que le sobra. Si hay elecciones vota liberal.

Se detuvo y Emilia le dijo:

—Sigue.

Llevaba Emilia una varita, un junco verde que había sacado no se sabe de dónde y jugaba con él.

—Te digo que sigas.

—No puedo. Esa mariposa amarilla y negra me recuerda a alguien y me tiene hipnotizado.

Ella, de un golpe certero, partió la mariposa en dos. Una de las alas temblaba en la mitad superior del cuerpo, que parecía un doselete minúsculo de metal. Samar le cogió la mano a Emilia, pero era ya tarde:

—¿Qué has hecho? Esa mariposa era un ser humano, para mí.

—No seas supersticioso.

—O más que un ser humano. Pero tienes razón. No hay que ser supersticioso. Aunque cuando vivimos una vida tan irracional, tenemos derecho a las supersticiones.

Y se puso a cantar entre dientes aquello de:

*... a rebatir con hue
y a chivirí macáaaa.*

Sin darse cuenta seguía en su canción el compás que marcaba el ala temblorosa —pendular— de la mariposa agonizante.

Un poco más tranquilo, Samar volvía a su aire doctoral medio en broma:

—Don Quijote es la síntesis mejor de las dos Españas y gana la batalla final porque todo el mundo lo admira y venera alrededor del planeta.

Lo decía mirando la mariposa y pensando en Elvira.

El ala de la mariposa había dejado de temblar. Los restos de vida que le quedaban en la parte superior del cuerpo se le habían acabado. Un ser como aquél, cuya vida duraba no más de dos o tres días, había sido privado de más de la mitad de su existencia natural.

—Oh, la gran... —fue a decir mirando a Emilia, indignado.

Ella respondió tranquilamente:

—Ya querría serlo, pero sólo lo soy un poco.

—¿El qué?

—Eso que ibas tú a decir.

Al oír de nuevo los disparos lejanos ella reaccionó y quiso vengarse:

—¿Qué haces tú aquí, entretanto? Llorar por una mariposa mientras los otros se baten y arriesgan la vida.

En eso tenía Emilia razón, y tuvo que callarse Samar. La verdad es que no quería matar a nadie.

—Cada cosa quiere su momento.

Hay el momento cardíaco, el mental, el testicular, y si alguno los confunde, peor para él. Samar decía:

—Las mujeres sólo piensan en detener el tiempo y llevarse el machito a la orilla de la corriente y organizar allí su nido como las oropéndolas.

—Eso de las oropéndolas tiene gracia. Pero que la mujer piense en el amor no tiene nada de extraño.

Entonces Samar se puso a hablar de la magia del futuro. Y le decía a Emilia: «El amor no existe. Lo habéis inventado las mujeres».

—¿Y las madres? ¿No hay un amor de madre? —preguntaba Emilia.

—Las madres están demasiado ocupadas lavándoles el culo a sus críos para pensar en el amor.

—Odio sí que lo hay. ¿Lo vas a negar? Pues si hay odio hay amor por la ley que tú dices de compensación.

—En todo caso odio y amor van a ser controlados muy pronto por electrodos. Los problemas emocionales tienen equivalentes electrónicos o bioquímicos.

Seguían mirando España, una España que aquellos dos extraños amantes amaban. En cuanto a Samar estaba siempre enamorado como un colegial o como un

dinosaurio o como un ángel satánico y por eso hablaba de un modo tan desgarrado, como un enfermo que trata de librarse por autohipnosis de alguna pejiiguera especial. Electrodo. Y bioquímica. Era verdad, esto, pero ¡bah! Samar seguía:

—El sexo está muy bien, aunque lo mismo que se puede excitar se puede compensar y hasta suprimir.

—¿Cómo? —decía Emilia, asombrada.

Explicaba Samar gravemente:

—Confieso que el sexo nos da tanta felicidad, ocasionalmente, que hay personas que querrían dar de lado a todo lo demás en la vida. Yo también lo he pensado a veces. Pero con electrodos especiales se pueden conseguir placeres más refinados y duraderos. Orgasmos electromagnéticos que duren media hora o más, sin pérdida de fósforo ni de calcio. Antes del año dos mil habrá cinturones con pequeños resortes ligados a los centros cerebrales del placer que andan por el lado occipital y entonces eso que llamáis amor se habrá acabado.

—Y la humanidad un poco más tarde.

—En ese caso —replicaba Samar mordisqueando un pequeño tallo de trébol— no se habrá perdido gran cosa. Recuerda lo que ha hecho la humanidad. Toda su historia está sembrada de crímenes privados (asesinatos) o crímenes en masa (guerras). En cuanto al espíritu de cada cual, más importancia e influencia ha tenido la taza del retrete que la catedral, si se detiene uno a pensar en serio. Si la humanidad se acaba con los electrodos del placer siempre será mejor que con la bomba atómica. Entre el cinto y la sesera habrá alambritos casi invisibles y apretando un botón alfa y un número siete o cinco se tendrán placeres superiores a todos los que conocemos hoy.

—¿Qué placeres?

—Tendrán nombres nuevos. Por ejemplo: sofrosine cervical, o euforia edénica u omega trigeminal o deliquio glandulatorio. Nombres —concluyó humorísticamente— entre griegos y acantopterigios.

Emilia reía y pedía más nombres:

—Hedonismo ondulatorio. Uno de los mayores placeres se logrará combinando botoncitos, por ejemplo el número tres con la inicial *beta* y se llamará radiophotylene espasmódico.

—Eso será vicioso.

—¿No lo es también que tú vayas sin bragas cuando viajas por avión y que al descender y tomar tierra tengas el orgasmo, según me has dicho?

—No lo puedo evitar.

—¿No es también vicioso el coito sin sentimientos afectivos? Y todo el mundo lo practica. Igual que hay ahora cafeterías habrá pronto lugares donde se podrá pedir un menú con placeres moleculares nuevos.

—¿Moleculares también?

—¡A ver! Y habrá tabernas especiales: para caroxidales hipodérmicos y allí la gente pedirá un sulfatén deshidratado o una etericalciosa doble o simple. Habrá

también divanes heterorradiales o cosas parecidas.

—Eso, no lo creo.

—¿Y lo de tu orgasmo en el avión por la diferencia de presión atmosférica y el desplazamiento?

—Espero que no vas a ir contándolo por ahí.

—Lo mismo que el ambiente cambia al hombre —siguió Samar sin escucharla— el hombre puede cambiar el ambiente. Y estamos más cerca de lo que tú crees. En definitiva todo nace y muere aquí.

Samar señalaba su propio cráneo.

—No lo entiendo.

—Porque tienes la imaginación esclava y no liberada.

—¿La tuya no?

—No. La mía está liberada hace tiempo. Por eso arriesgo la piel sin exigir nada.

—¿Liberada de qué? ¿De todo? Eso es como decir de nada. ¿De qué? Tú no estás liberado del sexo.

Ahí Samar quería responder, pero se calló pensando en la dulce Elvira y diciéndose: «Ésta ha dado en el blanco, maldita sea su estampa». Añadió en voz alta:

—La mejor inyección que ofrecerán las tabernas será eterinábula 14. Si viviera yo entonces, digo en el año 2000, sería la que tomaría más a menudo.

—¿Los domingos?

—No habrá domingos, entonces. O todos serán domingos. El trabajo en las fábricas lo harán *robots*, autómatas.

—¿Cómo puedes hablar tan ligeramente en momentos como los que vivimos?

Samar respondió, ofendido:

—No es broma ninguna la magia del futuro, que está llegando ya según las experiencias positivas que se hacen con los animales. Todo eso está ya llegando y nosotros somos parte de esa magia. Los precursores. Habrá también gorros o cascos estimulantes. La agresividad o el odio se suprimirán en el enemigo o en uno mismo apretando un botón o levantando una palanquita de control remoto.

Emilia miraba el mapa en relieve y sospechando que Samar se burlaba de ella —aunque hablaba del todo en serio— quería cambiar de conversación:

—¿Y cómo supones que será, políticamente, la España del año 2000?

—Cada uno hace sus calendarios. El mío se resume en una federación peninsular ibérica incluido Portugal, cuyos trabajadores están de acuerdo con nosotros, aunque no lo esté su pequeña burguesía. Todo el mundo estará así: pequeñas regiones culturales en lugar de grandes naciones. En la península Galicia, País Vasco, Aragón, Cataluña, Castilla, Andalucía, las Baleares, las Canarias. Madrid sería la capital de la España castrense, no la colonial y la capital de toda la Federación Ibérica, cuyo nombre habría que inventar, sería Lisboa. Desde los tiempos de Felipe II el gran error de no llevar la capital frente al océano ha costado a España la pérdida de la supremacía en el Atlántico. Esa federación de territorios culturales formados a su vez

por municipios agrupados en diputaciones provinciales parece una utopía, pero llegará. El tiempo es muy elástico y ahora se contrae más que nunca, lo mismo que el espacio (gracias a los medios de comunicación y de difusión de la palabra); ese día podría estar no demasiado lejos. Hacia el año 2000, repito. Los hombres todos estamos trabajando para propiciarlo. Unos con la acción y otros con la reacción. Por encima de los dos bandos las nuevas ciencias destructoras.

—¿Cuál sería el nombre de España?

—No sé. Península Ibérica, tal vez.

—La sigla sería PI. ¿De Pi y Margall?

—¡Mira con lo que sale, esta beata!

—¡Ay, compañero Samar! Estás enseñando el plumero.

—¿Qué plumero?

—¿Qué necesidad tenemos de la supremacía en el Atlántico? —preguntó ella, doctrinaria.

El día pasó así, más o menos, y Samar miraba a Emilia y pensaba en Elvira. En los dulces senos de mayólica de Elvira cuyos electrodos sucedáneos —los que los sustituirán un día— se usaban ya con las ratas. La magia del futuro traerá cosas mejores, todavía, aunque de momento parecía imposible que pudiera haberlas.

—También lo nuestro se arreglará, digo, el problema social, antes del fin de siglo. Los vagabundos voluntarios, algunos poetas y los contestatarios de todo somos ya los precursores. Entretanto no hay más remedio que hacer cosas sublimes con el lado ridículo implícito, y correr el riesgo de confundirse a veces, no pudiendo decir cuándo es lo uno o lo otro.

IX

La batalla de los ángeles envenenados

Seguían los domingos rojos, pero esta vez en casa de Elvira, quien se levantó como siempre a las ocho y se metió en el baño. Puso el agua de manera que la impresión no fuera de calor, aunque con agua fría no había podido bañarse nunca. Había levantado la persiana del ventanal que daba al campo y entró la luz de una mañana color aluminio, como las pantallas de los cines. Desde la noche anterior tenía un secreto y ese secreto la rodeaba de altas murallas que sólo le permitían, como ahora, ver cielo y nubes.

Salió pronto del agua y contempló su cuerpo en el espejo con complacencia. Estaba orgullosa desde la noche anterior. ¿Seguía ella siendo la misma? Ni lo sabía ni valía la pena pararse a pensarlo. No podía comprender una situación en la que estaba implicado tal vez un riesgo mortal para alguien. Más que alguien: para su padre. Un padre impersonal, profesional, un padre-padre.

Envuelta en el albornoz blanco se asomó a la ventana. Abajo todavía se veían las huellas de la dulce refriega de la noche anterior en la arena y entre los rosales. Allí había estado Samar y allí volvería o quizá no volvería allí, sino a su alcoba.

Nunca había pensado con tanta rapidez tantas cosas amables e infaustas al mismo tiempo. Salió del cuarto de baño. Los pasillos tenían esa desnudez y frialdad de las primeras horas de la mañana. El comedor carecía de intimidad. Las sirvientas eran seres lejanos y ausentes y cuando una le habló no quiso escucharla. La doncella le anunciaba que una muchacha preguntaba por ella. Estaba en la cocina y había subido por la escalera de servicio.

Se encontró Elvira con una jovencita que conocía ya, sentada en el borde de una silla de enea, muy peinada y planchada. Llevaba un jersey azul en el que se acusaban dos pechos vírgenes. Elvira la invitó a ir a su cuarto y se sentaron frente a frente. Tenía Star una serenidad sobresaltada, con los ojos muy abiertos, quietos como siempre. Elvira esperaba que hablara, pero en vista de que no lo hacía preguntó:

—¿Usted es amiga de Lucas? ¿Verdaderamente amiga?

Ella afirmó con la cabeza y Elvira le cogió de las manos la boina para dejarla encima del tocador (creyó que dentro de ella llevaba impresos subversivos), pero lo que llevaba era la pequeña pistola niquelada que cayó al suelo. Entonces Star sonrió inocentemente y se inclinó a cogerla. Como tenerla en la mano era muy dramático la dejó sobre la boina. Elvira pensó que siendo compañera de Samar la muchacha debía tener, naturalmente, su pistola y dispararla cuando fuera preciso. Aquella niña llegaba de los bajos fondos donde Samar tenía sus amigos.

—Como sé que es usted su novia he venido a ver si sabe lo que sucede con Samar.

—¿Es que lo han detenido? —preguntó Elvira alarmada.

—No, está en libertad, pero la policía lo sigue de cerca. Star mentía. Inventaba todo aquello. Le dio un papel con la dirección clandestina de Samar, una dirección falsa e imaginaria. El color gris de la luz se hizo brillante, se apagó y volvió a brillar. Luego se oyó lejos un trueno sordo y continuado. Era una tormenta imprevista y artificial, como de teatro. Ninguna de las dos sabía qué decir. Star se puso por fin a hablar del tiempo y dijo que se iba antes de que comenzara a llover, pero Elvira la retuvo:

—¿Usted cree que Lucas está en peligro?

—Si lo atrapan está perdido y si no lo atrapan, también.

Eso no lo entendía Elvira, quien miraba a la chika y veía en ella un desasosiego interior bastante bien reprimido y unas hebras de oro en el cabello cada vez que palpitaba la media sombra en los relámpagos. El aire olía a jabón fresco.

—Sucedre algo más de lo que usted me ha dicho —adivinó Elvira—. ¿Por qué no me lo dice todo?

—Pues... es verdad que estoy mintiendo. Samar no la quiere a usted y si finge quererla es para facilitar a los compañeros el asesinato de su padre el coronel.

Los ojos de Elvira centelleaban. Un relámpago encendió un resplandor cristalino en la pistolita de Star, quien miraba serena y tranquila como si sus ojos fueran ojos de vidrio comprados en un bazar.

—Samar la odia a usted —añadió la Chika— y usted no se lo explica, porque el único daño que le ha hecho usted a Samar es quererlo. También yo, que no he recibido de ustedes más que ropa y comida para los compañeros, los odio a ustedes.

—¿A mí? —preguntó Elvira sin acabar de entender.

—Bueno, a ustedes.

Elvira no la escuchaba, pensando de pronto en Samar como en un enemigo lejano e incomprensible —de pronto y sin saber por qué— y Star, que se daba cuenta de lo tremendo y absurdo de la situación, añadió alzando la voz:

—Sin embargo, y a pesar de todo, vengo a avisarla a usted para que prevenga a su padre. Ya sé que no está en su casa. Pero por eso mismo sería bueno que le avisara para que no venga.

Hablando miraba la pistolita niquelada. A veces los niños pueden ser feroces e implacables como los dioses antiguos, tal vez porque inconscientemente se saben, como ellos, libres de responsabilidad. Y pueden mentir como bellacos. Sobre todo cuando «juegan» a ser mayores.

La armonía de la expresión de Star la encontraba Elvira odiosa. Y Star quería marcharse, pero de pronto se le ocurrió que debía recoger la pistola, aunque el gesto de tenerla en la mano podía parecer alarmante y no se atrevía. Elvira veía en los ojos de aquella niña la lejanía inaccesible y decisiva y eterna de Samar:

—¿Es verdad lo que usted me ha dicho sobre mi padre?

—Sí. Podría demostrárselo, aunque no lo haré porque eso sería traicionar a Pascual.

Elvira no sabía quién era Pascual ni podía creer nada de aquello y necesitaba ver a Lucas cuanto antes:

—¿Usted ha de verlo, a Samar? Vive usted por aquí cerca, ¿no es eso? ¿Con sus padres?

—Con mi abuela. A mi padre lo mataron en la calle el domingo pasado, a tiros, cuando salía del Paraninfo. Y los compañeros están haciendo algo para vengarlo. Los grupos que viven en este barrio quieren... bueno, es mejor que su padre el coronel no venga por aquí como digo. Los compañeros lo tienen todo dispuesto.

Elvira parecía entender, aunque no acababa de creerlo. Bueno, era la guerra. Viendo a Star tan tranquila a pesar de su padre asesinado no sabía qué pensar.

—¿Vive usted sola con su abuela?

—Sí. Bueno, y con el gato «Malatesta». Pero ahora no vamos a dormir a casa.

Esperaba Star la muerte de alguien en aquella casa. ¿La del coronel o la de ella? Preguntó Star mecánicamente:

—¿Tiene usted todavía ropa usada?

—No. ¿Cómo se atreve a pedirme nada a mí?

—Pues... estoy salvando la vida de su padre.

Abrió Elvira de par en par el balcón en el momento en que un relámpago rubricaba las nubes. Era aquella tormenta lo único dramático que había en todo aquello.

—¿Dónde está Lucas?

En sus presentimientos sobre el porvenir inmediato no había sino masas confusas de luz y de sonido.

—¿Dónde estará él, ahora? —repitió.

—Ahora no sé, pero su dirección la dejé ahí escrita.

—¿Hay un teléfono clandestino adonde llamarlo?

—No lo sé.

—¿Usted quiere a Samar?

La Chika no respondió. En vista de eso Elvira hizo otra pregunta:

—¿Qué le parece a usted mi relación con Samar?

—Pues, no sé. Mi abuela leyó una carta que Samar le escribió a usted y dijo que las mujeres como usted eran pura morfina. Y luego se rió.

—¿Y usted?

—Yo ahora no me río fácilmente. Y entonces menos, con mi padre de cuerpo presente. Usted comprende... Bueno, eso era todo lo que tenía que decirle.

Star se disculpó y se fue porque comenzaba a llover. Elvira salió de su cuarto sin querer ver la pistola de Star que había quedado olvidada sobre el tocador. Su padre tardaría aún en regresar del Ministerio de la Guerra. La cocinera se asomó a preguntar

algo y Elvira dijo a todo que sí. Después pensó que había dispuesto el almuerzo sin enterarse.

Iba y venía con paso seguro. Llenó el frasco de agua de colonia del baño sacándola de un botellón y usando un pequeño embudo de cristal que por cierto tenía polvo. Volvió a su cuarto. No sabía por qué ella preguntaba a todas las cosas (preguntas innecesarias) y todas las cosas decían que no.

A lo lejos el viento huracanado de las tormentas sacudía a derecha y a izquierda los árboles. Hacia la Moncloa se oyeron disparos todavía y cada uno iba seguido inmediatamente de un eco. Parecían decir: «Nun-ca... Nun-ca...». Si alguno carecía de eco era peor: era una negación seca y rotunda. El cielo negaba también. La penumbra mañanera de la casa negaba como un atardecer.

— ¡Qué raro, todo!

Sentía Elvira algo parecido a las ganas de reír, y al mismo tiempo pensaba para qué nacía y moría la gente.

Se entretuvo en quitar el polvo del tocador y tuvo que coger la pistola y dejarla en la cama. Luego se quedó mirando las paredes, el espejo, el campo que comenzaba a mojarse y a brillar bajo los relámpagos. Era todo hermoso y el aire olía a primavera. Se sentó en la cama y sintiendo el arma niquelada y dura contra la cadera la cogió y estuvo mirándola. Otro relámpago pareció arrancar de ella en la media sombra del cuarto una pequeña llamarada blanca. «Después —pensaba Elvira— ¿cómo será mi cuarto y quién se sentará en esta cama y quién se mirará en ese espejo? ¿Habrá tormentas y relámpagos para los enamorados, con música o sin ella?» En aquel momento las trompetas del cuartel tocaban diana.

Volvía a preguntarse: «¿Saldrá el sol esta tarde?». Miraba también los árboles sacudidos por el viento y pensaba: «Para octubre se les caerán las hojas y quedarán desnudos y fríos».

Vio un retrato colgado de la pared con un cordón azul. Los relámpagos encendían también el cristal y la superficie del agua del lavabo. Llovía fuera de un modo denso, espeso como los hilos de un telar y, sin embargo, tranquilo y como por costumbre. Era la tormenta algo como una orgía razonable. ¿Es que hay orgías razonables? El rumor de la lluvia la adormecía un poco y entonces mismo, sin saber exactamente por qué, disparó. Tal vez apretó el gatillo sin darse cuenta, excitada por un relámpago vivísimo. En todo caso el arma dio un saltito y se le fue de la mano y ella vio el impacto de la bala en el muro blanco. Una huella pequeñita también. «¿Por qué he disparado?», se preguntaba.

Afortunadamente el ruido no llegó a oídos de las sirvientas (estaban en el piso de abajo) porque al mismo tiempo que sonó el disparo estalló el trueno en los cielos.

Poco después llamó alguien por teléfono con la noticia de que su padre había sido arrestado e iba a ser sometido a juicio sumario. No comprendía Elvira por qué, ni tampoco se lo dijeron. Pero todo se hizo de pronto terriblemente difícil. Y no sabía si alegrarse o lamentarlo, es decir, si «aquello» protegía o amenazaba a su padre.

A la hora de comer fue la doncella a avisarla y la encontró dormida en la cama. Probó a despertarla en vano. Parecía respirar con dificultad. Vio que la botellita de las cápsulas para dormir estaba vacía, y como no lograba despertarla avisaron al médico que era un antiguo amigo de la familia. Llevaron a Elvira en una ambulancia a una clínica privada.

Samar se enteró de todo aquello el día siguiente, porque la noticia estaba en la sección de sucesos del único diario que salía —impreso por el Ministerio de Gobernación— y la destacaban con titulares a dos columnas: «La hija del coronel García del Río ha tratado de suicidarse». Se veía que el que escribió la noticia encontraba cierto placer en molestar a la familia de Elvira.

No hizo sino leer esos renglones Samar y echó a andar como si tuviera mucha prisa, pero vacilando al torcer cada esquina. Anduvo así desde las ocho de la noche hasta las doce, cuando se dio cuenta de que estaba muy cerca de la casa de Elvira.

Se detuvo rendido y se sentó en un portal oscuro. Encendió una cerilla y volvió a leer la noticia. Se trataba de un intento de suicidio, aunque esperaban salvarla. A las preguntas que le hicieron los médicos respondió Elvira que no se acordaba de nada. Samar se recostó en el umbral, apoyó la cabeza en la mano. Tenía que afeitarse. Debía parecer un vagabundo. Vagabundos eran los que andaban los caminos inciertos sin fe en nada y habría querido estar lejos, caminando bajo las estrellas y los murciélagos cantando una canción de la infancia o de los tiempos románticos cuando tenía dieciocho años y Elvira sólo diez u once. Sentarse al borde del estanque donde han bebido los graciosos asnos o las ovejas cándidas, tumbarse en las cunetas de las carreteras, desnudarse en la tormenta bajo el aguacero y huir de los campos donde hay pedazos de periódico que traen noticias. Rodar así sin hablar con nadie y en verano subir a lo alto de las montañas, bajo la nube negra y amenazadora. Subir a Las Tres Sorores, por ejemplo.

Estaba seguro de que Elvira no moriría. El médico había logrado hacerla hablar, pero insistía en que no recordaba nada. Su padre fue a verla custodiado por la policía y, al preguntarle por Samar, Elvira dijo que no sabía quién era.

Sólo repetía que quería dormir. Dormir eternamente, claro.

Con todo eso, la realidad de Samar se hacía más afirmativa que antes. Así eran siempre las cosas. Todas las cosas le decían a él que sí en las sombras, a pesar de todo. Que sí. Pero, ¿a qué? Él no preguntaba nada.

En la pared de enfrente había una ventana entornada y luz dentro. Se veía media lámpara de gas con su campana blanca.

Volvió a recostarse en el quicio del portal. Estaba sin sombrero y la arista de piedra recibía su cabeza con hostilidad. Sus pies juntos se abrían delante en ángulo. Cuando era niño creía en muchas cosas. Después la fe disminuyó en extensión, pero se hizo más fuerte. Luego quiso poner en el amor embriagueces y delirios. En el amor-amor. No en aventuras como la de Emilia.

«Tengo que salir de Madrid, irme a alguna parte. No tendré valor para presentarme nunca más delante de Elvira. Y sin embargo, lo único que he hecho es quererla.»

Miraba la pared de enfrente otra vez y no podía decir que estuviera triste sino sólo dolorosamente perplejo.

Perplejo hasta la estupidez, pero aquella estupidez le daba de pronto una lucidez sobrenatural.

Se golpeó suavemente la cabeza contra la arista del portal, luego más fuerte. Se hizo daño y sintió caer un hilillo de sangre por el pescuezo. No le importaba. «Puedo agarrar una infección de tétanos —pensó— y morir en algunos días.»

Oyó pasos inciertos y una voz femenina de mujer vieja que se lamentaba en monólogo y que decía a alguien —probablemente a un niño de pecho— alguna ternura. Se acercó al mismo portal y se acomodó al otro extremo saludando con un «buenas noches» que por el acento era una especie de santo y seña de la mendicidad. Samar no contestó. Tenía los ojos abiertos y miraba al vacío. Sentía en el dorso de la mano el frío de la acera. Pero no podía hablar.

La pobre mujer lo miró atentamente y se levantó sobresaltada:

—Está muerto.

Todavía es bueno pensar en poder morirse, ¿eh? Mientras se piensa en eso se vive todavía. El niño lloraba y la madre huía con él.

Samar se levantó y al ver la mancha de sangre que había dejado en el portal y las que llevaba en la espalda se explicaba su ánimo ligero: «Se me ha descongestionado un poco la cabeza». Y luego, la comprobación de la propia locura suele dar una tranquilidad extraña y nueva.

Salió a una avenida y fue bajando, decidido. La suerte de Elvira formaba parte del repertorio de la magia. No sabía por el momento qué clase de magia. Había tomado cincuenta cápsulas para dormir y le estaban lavando el estómago.

Todo el camino era hacia abajo. Llegó al centro de la ciudad algo después de la medianoche y antes de afrontar las luces de su barriada donde tenía conocidos se limpió como pudo, se alisó el cabello y enderezó la facha. Así y todo el sereno lo miró con curiosidad y Samar dedujo que había sido interrogado por la policía. No le importaba que lo detuvieran. Subió, y al entrar en su piso tuvo la sensación de que no había ocurrido nada. La cortina verde sobre el vidrio esmerilado de la puerta de su dormitorio era honesta y consuetudinaria. En los ceniceros ni una sola colilla. Miró alrededor las estanterías pequeñas repletas de libros de estudiante, la mesa de trabajo, la pequeña cama. Le gustaba trabajar en el cuarto donde dormía. La verdad es que no tenía otro.

Sentóse en la esquina de la mesa y encendió un cigarrillo mirando el retrato de ella en la pared. Y pensaba: «Ha estado a punto de matarse. Quería ir a otro mundo ella sola». Seguía mirando el retrato:

«Eres tú... —balbuceaba—. Si no hay nada después de la muerte, no importa. Yo también querría dormir. Dormir eternamente debe ser dulce y voluptuoso».

Tratándose de Elvira tenía que haber alguna forma de voluptuosidad hasta en aquel vacío absoluto de la nada que le había fallado. Hablaba, Samar, pero sus ideas iban por diferentes caminos. No sabía lo que decía y la luz se complacía en acusar la blancura de Elvira en el retrato, porque había cambiado algo en su expresión. Se parecía menos a María Estuardo y más a ese ángel de mármol que traspasa con un dardo el corazón de Santa Teresa, en una escultura famosa, que parecía de Donatello, pero que no lo era. No recordaba el nombre del autor. Samar decía, estúpidamente:

«¿Quería ir Elvira con ellos, con Germinal y con los otros?».

Y sentía algo parecido a los celos.

Sin saber exactamente lo que hacía descolgó el retrato y lo puso en un cajón de la mesa. El pretexto era que si llegaba la policía no lo relacionara a él —a Samar— con el «suicidio» de ella ni a ella con la vida, más o menos secreta, de él.

Luego se sentó, abrió el legajo de Simancas, pero volvió a cerrarlo y decidió abandonar el campo de batalla y salir de Madrid. La batalla parecía perdida y había que ir a alguna parte. Como es natural pensó, antes que nada, en volver a la matriz donde estuvo antes de nacer, es decir, a su país natal por algún tiempo. Tal vez para siempre.

Veía el lado ridículo de las cosas, siempre presente para los que saben mirar y en medio de ellas a sí mismo, ridículo también. Quería volver a la matriz y recomenzar o continuar sobre otras bases.

De momento no podía moverse nadie sin documentos de identidad y afortunadamente Samar los tenía falsos y genuinos.

En cuanto a Elvira seguiría viviendo y sería sólo un recuerdo, y no necesariamente triste. Samar creía que no conocía la tristeza (tampoco la alegría en sus niveles más hondos). Si Elvira moría sería no más que un recuerdo espantoso, pero no necesariamente triste. Son cosas distintas.

Muy distintas.

Recuerdos solamente horribles, pero no necesariamente tristes, se repetía una vez más. También se decía, como una justificación de no sabía qué: «El mal se hace increíble y el bien imposible». Así, ¿cómo vivir?

No estaba seguro de que el accidente de Elvira —el intento de suicidio— hubiera sido motivado por él. Así y todo, se sentía culpable. Y se quedaba pensando en aquello y mirando en el muro aquella estampa tan familiar y acostumbrada (de Ribera o Zurbarán) que representaba un enorme crucifijo cabeza abajo y un fraile contemplándolo. Uno de aquellos frailes de Zurbarán con los pliegues del hábito «táctiles».

No tardó en enterarse Samar de que había toda una realidad secreta y en la que no había penetrado. Levantado el estado de guerra y tomados acuerdos en las directivas

de los sindicatos acabó la huelga general. Volvió a restablecerse el orden, más o menos.

La «realidad secreta» era que el coronel había sido amenazado de muerte por otro grupo de activistas cuando ese grupo descubrió que García del Río y otros jefes militares fingían tolerancia y simpatía por el movimiento revolucionario para desarticular los cuadros de la república y restaurar nada menos que la monarquía. Estaban dispuestos a sublevarse y no precisamente en favor de las *masas oprimidas*.

X

La muerte de Pascual y el otrosí de las bernardas

El coronel García del Río estaba en prisiones militares bajo acusaciones concretas. Sonreía Samar con alguna simpatía, recordando que era un hombre saludable y sencillo, sin personalidad alguna y que vestido de paisano parecía un comerciante próspero, sin ideas propias y casi sin voluntad. Un pobre hombre de clase media-alta. Las ideas y la voluntad le venían con el uniforme.

Las pocas veces que el coronel hablaba de Samar se limitaba a decir: «Su bisabuela era contraparente de mi abuelo por línea materna». Cuando se sentía más elocuente solía añadir que los Samares tenían una línea catalana por la parte de los Samars de Lérida.

Estas cosas y el anuario militar que consultaba a menudo ocupaban la mayor parte de su tiempo.

El que apareciera aquel hombre complicado en una conjuración tan compleja, no acababa de creerlo Samar.

Pero no podía perdonarse su ignorancia de todas aquellas cosas y la atribuía a sus distracciones de pequeño intelectual que esperaba aprobar el cuarto curso de Filosofía y Letras en aquel mes de junio que se acercaba.

Su trabajo sobre las bernardas era una asignación académica y tenía miedo a que la policía lo arrestara, porque entonces perdería el curso, pero si el estado de guerra había sido levantado y no podían acusarlo de nada concreto no había grandes riesgos, porque de momento no existían las prisiones gubernativas. Al menos contra los republicanos. Y se suponía que él lo era.

Se acusaba Samar a sí mismo de muchas cosas y antes que nada, como es natural, del intento de suicidio de Elvira. Fue víctima, Elvira, de una serie de malentendidos, porque cuando supo que los amigos de Samar querían matar a su padre se sintió culpable pensando que los salvoconductos que había dado eran precisamente para facilitar el asesinato. Consideraba tal vez a Samar jefe, o por lo menos cómplice en el complot. Sus reacciones vacilantes y contradictorias las atribuía a aquella criminal circunstancia y, sin embargo, Elvira se había entregado a él. La visita de Star García la mañana del día del «suicidio» era, según sospechó Elvira, una visita por orden o por sugestión de Samar. Con la pistola y todo, que parecía un juguete o una joya. Y sobre todo, una sugestión.

Fue Pascual quien se enteró de la doble intención de algunos jefes militares que apoyándose en la confusión de aquellos días querían intentar un golpe. Como siempre era Pascual el que estaba en los pormenores difíciles y secretos. Y Pascual, desde

luego, era partidario de hacer justicia «en las alturas». Como él entendía la justicia. Y las alturas.

Pocos días después cayó el mismo Pascual tratando de libertar en la calle con otros dos a unos compañeros que iban en la furgoneta de la Dirección de Seguridad camino de la cárcel. Quiso con otros dos del grupo Espartaco apoderarse de los presos en plena calle y a tiro limpio. Fue una empresa quijotesca.

Claro es que Pascual fue el que se arriesgó más y el que cayó.

La muerte de Pascual hizo más impresión en Lucas Samar que el intento de suicidio de Elvira, y pensando en aquello Samar se decía que la humanidad estaba cambiando y que las fuerzas determinantes de la conducta de los hombres iban a ser otras en un futuro que tal vez había comenzado ya. Se consideraba a sí mismo un poco monstruo. Y no acababa de entender que le hubiera pasado inadvertido el doble fondo de la intriga cuando había sido él quien meses atrás descubrió que el incendio de las iglesias de Madrid no había sido obra de los anarquistas, sino una provocación surgida de no se sabía dónde.

Cuando la normalidad —al menos la tranquilidad en las calles— estuvo restablecida fue Samar a buscar a Star García y la llevó a su casa. La hizo sentarse al otro lado de la mesa, donde el estudiante solía trabajar, y le preguntó:

—¿Vas a decirme toda la verdad?

—¿Sobre qué?

—Sobre cada una de las cosas que te pregunte.

—Vaya, muñecón. Hablas como un juez.

—Ni muñecón ni muñequita. ¿Por qué fuiste a ver a Elvira aquella mañana de la tormenta? ¿Quién te dijo que fueras?

—Yo no necesito que me envíe nadie adonde yo quiero ir.

—¿Por qué fuiste?

—Quería avisar a tu novia del peligro que corría su padre.

—No lo creo. Después de la muerte de Germinal tú no tenías el menor interés en ayudar a los coroneles. Eso cae de su peso.

—Es posible que tengas razón.

—¿Por qué fuiste, entonces?

—Para ayudarte a ti.

— ¡A mí!

—Esa mujer, yo me la sabía de memoria. La noche anterior había estado yo hablando con mi abuela y le enseñé una copia de la carta tuya. Sí, aquella del sol en el corazón y otras cosas. Mi abuela, aunque parece tonta, sabe muchas cosas. Los años, supongo. ¿Sabes tú lo que me dijo?: «Esa mujer es de las que se meten debajo de la piel de los hombres honrados y se los van comiendo poco a poco, hasta hacer de ellos peleles vacíos como la moña que tú haces con serrín y que te resulta siempre un sapo». Eso me dijo.

—¿Qué sabía ella?

—A su edad se saben muchas cosas de hombres y mujeres. También me dijo que esa mujer quería entrarte en la sangre como la morfina, que vuelve locos de gusto a los hombres y que vosotros sois honrados y nobles y las mujeres son...

No se atrevía a decirlo. Pero a fuerza de insistir Lucas ella se decidió:

—Bueno, yo no soy eso. Yo no soy lo que decía mi abuela. Yo soy un caso aparte.

—¿Qué decía tu abuela?

—Que las mujeres de esa clase, es decir, de los guantes perfumados y los brillantes en la oreja nacen putas, viven putas y mueren putas. Eso dijo mi abuela. Y que es a ellas a quienes los hombres escribís esas cartas y que sois unos panolis que después de una borrachera de seis meses en la cama os dedicáis a limaros los cuernos y a darle al trago.

—Tu abuela está loca —le dijo Samar.

—No. Mi abuela será todo lo que quieras, pero es la persona más razonable del mundo. Con sus rosarios y su granada de mano en la escarcela. Ella dice que tuvo mala suerte naciendo cuando nació y que se ha pasado la vida con un pie en cada lado. Uno en el cielo y otro en el infierno, pero que por eso entiende mejor ciertas cosas, ya que las entiende al derecho y al revés.

—Sobre todo al revés.

—En el revés estamos todos de vez en cuando.

—Es verdad. Tantas veces por lo menos como estamos en el derecho.

—Más veces, diría yo. Sobre todo, tú.

Estas palabras de la Chika impresionaron a Samar, quien mirándola fija y seriamente preguntó:

—¿Qué entiendes tú por el revés?

—Mira, con qué sales. Pues al revés. Allí es donde estabas tú con Elvira. Ese revés en el que matan a los hombres honrados como mi padre. Y donde me habrían matado a mí el día del Paraninfo si no fuera porque tú viniste y me sacaste de la escabechina. Que tengo la falda de aquel día agujereada por las balas. Porque tiraban a dar. Mira, éste.

—En este momento no me pareces muñequita ninguna, Chika.

—Pues tú sí que me pareces un muñecón. Y Pascual quería castigar al coronel porque él y otros habían tramado un complot contra la república...

—¿Pero no íbamos todos contra la república? —preguntó él, por hacerla hablar.

—Según y conforme. Nosotros por la izquierda y ellos por la derecha.

Seguía Samar tirándole de la lengua:

—Podíamos haber ido juntos y apiolar después a los traidores.

— ¡Que te crees tú eso! Ellos tienen veinte mil ametralladoras y nosotros sólo tenemos la que tú has visto.

Veía Samar cosas nuevas en aquella chiquilla. Era natural que habiendo estado toda su vida oyendo hablar de provocaciones, traiciones, ejecuciones y venganzas supiera tanto a su edad como otras chicas saben de encajes, bordados o perfumes.

A Samar le impresionaba que aquella chiquilla hubiera estado mejor enterada que él. Y además no se lo hubiera dicho. Eso no se lo podía perdonar.

—¿Qué querías? —dijo ella—. ¿Qué podía yo hacer estando mi padre de cuerpo presente? Todo lo que oía se me quedaba dentro y se juntaba con la mala sangre que me habían hecho los que lo mataron.

—¿Por qué no me avisaste?

—Todo ha ido muy de prisa en estos días. Y cuando me habló Pascual, dijo: «No es necesario por ahora que se entere Samar. La hija del coronel le tiene sorbido el seso». Entonces otros hablaron de tus estudios, de no sé qué tiempos de Felipe II y de unas monjas. Pascual dijo que tú tenías la chalaura de los intelectuales, pero que aparte de eso se podía tener fe en ti y que eras incapaz de hacerle un mal truco a nadie y menos que a nadie a los compañeros de la organización. Entonces habló de una vez que actuó contigo en una cosa de jugarse la piel y dijo que los tenías como el caballo de Santiago.

No sabía Samar si reír o espantarse y decidió las dos cosas. Con cierto humor, preguntó:

—¿Qué era lo que tenía?

—Lo que te vi aquel día que nadamos desnudos en el río. Todavía quería llevar Samar la prueba más lejos:

—¿Qué viste?

—Los cojones.

Le dio pena a Samar ver que a su edad la pequeña hablara ya de aquella manera. El estilo angélico le iba mejor. Sin embargo, en esa inclinación de Samar por el estilo angélico había una pequeña dosis de morfina, según habría dicho la abuela. La tendencia a la idealización. La tía Isabela, que parecía estúpida, tenía la vida bien aprendida.

—¿Con que eso dijo Pascual?

Ahora, después de muerto Pascual, su opinión valía todavía más. Y Samar añadía:

—Pero sigo sin entender la razón por la que me ocultaron el plan de los monárquicos.

—En eso desconfiaban de ti, porque... bueno, Pascual había leído tu carta, esa del sol en el corazón. Yo había hecho una copia.

—Y tú, pequeña bruja, ¿por qué hiciste copias y las enseñaste a alguien?

—Ah, esa es cuestión mía. Y sólo hice una.

—Estás loca.

—También mi locura es cuestión mía.

—¿Por qué olvidaste tu pistola en casa de Elvira?

—¿No te has olvidado tú un paraguas o unos guantes en alguna parte?

—Hay una diferencia —dijo Samar—. ¿Qué querías tú? ¿Que se matara Elvira?

Ella se levantó airada y roja de indignación:

—Estás loco. ¿Qué me importaba a mí tu novia? ¿O es que crees que su vida y su muerte tenían nada que ver conmigo? Para eso sería preciso que yo estuviera enamorada de ti. ¿Tú crees que lo estoy? Eso es lo malo de ti, que crees que todas las mujeres te van detrás.

—No seas injusta. Sabes que soy el último en pensar de esa manera. Al contrario, cuando tengo una mujer en los brazos creo que me hace un gran favor y que no lo merezco. Siempre he pensado así.

—¿Tú? —y miraba, recelosa.

—Sí, yo. Siempre creo que me hacen bastante favor tolerándome.

—Tolerándote ¿qué?

—Pues que... las tenga en mis brazos.

Hubo un largo silencio en el cual los dos miraban el «Cristo» de Zurbarán. Samar suspiró y dijo:

—La verdad es que han caído los tres hombres mejores de mi grupo. Los que quedamos no valemos gran cosa a su lado.

Ella miró a Samar con lástima y con ternura. A su edad esa ternura por un hombre como Samar, hecho y derecho, era encantadora. Samar, después de otro largo silencio, preguntó:

—¿Sabía Villacampa lo del doble juego de los militares?

— ¡A ver!

—Ah, el hijo de perra. No me dijo nada, tampoco. ¿Quién se figura que es él?

—No está bien que hables así estando como está en la cárcel.

Miraba Star los legajos de Simancas como si en ellos estuviera la motivación de todas las desdichas de Samar. Creía que Samar, con sus monjas bernardas, estaba fuera de la realidad. Y no podía entender Star que la realidad es la misma siempre. Igual que el calendario de Villacampa había dado siete domingos rojos, el de Felipe II podía dar tres siglos negros. O el de Espartaco veinte siglos de esclavitud. El hecho es siempre el mismo: las polarizaciones extremas y el centro. Los españoles estamos por los extremos —dijo Samar— porque no habíamos hecho eso que hicieron Cromwell en Inglaterra y los enciclopedistas en Francia. Así y todo también en aquellos países tenían vivo el problema de las horas vestidas de números y las horas desnudas. El problema de la libertad y la responsabilidad, es decir, el problema de la eternidad y el reloj. Lo que pasaba era que en aquellos países mandaban los *extremistas del centro*. Es decir, personas en cierto modo como el mismo Samar.

Cuando se fue la chica del gallo, Samar le dio un recado para Villacampa, porque estaba seguro de que iría a verlo aquel mismo día. El recado no tenía importancia alguna, pero con él quería decirle Samar a ella: «Ya sé que irás a verlo todos los días».

Los anarquistas españoles tenían el reloj de horas desnudas también de números: el reloj de su corazón que marcaba no los segundos del minuterio, sino los eones de la eternidad reducidos a su expresión mínima, pero válida. Aquello no lo entendía Star,

pero como siempre que oía algo de Samar sin entenderlo entreabría los labios para que la voz le llegara más adentro, es decir, no sólo por los oídos sino por la boca.

Por la boca también.

Vale la pena referir más por lo menudo lo de Pascual.

Era Pascual un ser que vivía en lo absoluto de la acción, como los místicos en lo absoluto de la contemplación.

Ya dije que llevaba la policía, en una furgoneta, a seis compañeros a la cárcel y al llegar a la plaza de Santa Bárbara los otros tres miembros del grupo Espartaco que tenían un plan preparado de antemano e iban en el camión del tío de Villacampa, se cruzaron como por azar con la furgoneta que se detuvo haciendo chirriar los frenos. Saltó Pascual fuera del camión con la pistola en la mano y comenzó a hacer fuego contra los policías que iban en la banqueta delantera. Naturalmente ellos respondieron.

Viéndose solo Pascual, porque los otros no se decidían a salir del camión bajo el tiroteo de las metralletas de mano, se refugió detrás de un poste y siguió disparando mientras le duraron las municiones y después quiso volver al camión, pero aunque los otros le cubrían la retirada lo alcanzaron las balas de la policía y allí quedó aplastado contra el suelo.

Esa es la palabra: aplastado. Es la impresión que dan todos los que mueren violentamente en la guerra o en las calles de una ciudad: aplastados. Se pegan de tal forma al suelo, tan ajustada y perfectamente, que dan la impresión de haber sido aplastados. Sobre ellos pesa al menos toda la atmósfera, que no es poco, y todavía desde el centro del planeta tiran de ellos las fuerzas naturales (la gravedad) con todo su misterioso rigor.

Así murió Pascual. Tarde o temprano tenía que morir en la calle. Los otros se salvaron como en otras ocasiones, con su camión de matrícula falsa. La culpa la tuvo Pascual porque comenzó a disparar antes del momento convenido.

Luego, y por otros motivos, la policía atrapó a Villacampa.

No sabía Samar si avergonzarse o alegrarse de que no le hubieran dado a él conocimiento de aquella aventura, porque se habría creído obligado a compartirla. Medio resignado y medio humillado se dijo: «A Elvira le debo tal vez la vida», ya que de otro modo sus compañeros de grupo habrían confiado bastante en él, y si entraba en un plan de actuación con Pascual era seguro de que no se habría quedado atrás y que habría asaltado la furgoneta con él, por razones de hombría.

El caso es que quien murió no fue Samar, sino Pascual. «Estaba de Dios —se dijo con un humor negro— que tenía que ser yo quien desentrañara este mamotreto de las monjas bernardas.»

Porque Samar creía en Dios. Así, según algunos positivistas, Samar era un degenerado ya que *creía emocionalmente* en lo improbable. También creen los poetas líricos para suscitar emociones inefables. Nordau llama degenerados a los anarquistas y a los místicos. Una de las cosas buenas de los amigos de Samar era que

respetaban a veces a los escritores que los atacaban. En todo caso si el misticismo y el anarquismo eran formas de degeneración habían sido llevados a ellas por la sociedad bárbara e injusta en la que se veían obligados a vivir.

Una era de monstruos en la que todos degeneraban al mismo tiempo, de un modo u otro, y la sociedad y aun la humanidad se dedicaban afanosamente a su propia destrucción unos por la derecha y otros por la izquierda. Ciertamente es que en el plano de las catástrofes y amenazas Samar trabajaba mejor que en la paz virgiliana los académicos y los arciprestes, los profesores a lo Fray Luis o los frailes dominicos con ortografía panceta (así la llamaban) en la cual, realmente, cada letra, especialmente la n, la p, la b y la h parecían preñadas y con panza.

De vez en cuando se interrumpía para atender a los rumores de la calle y más frecuentemente a los de la escalera esperando y deseando sin darse cuenta que llegara otra vez la Chika.

Pero llegaba siempre de improviso. La última vez debió marcharse enfadada, aunque sus enfados como otras cosas en Star eran cosa de muñequería. La que llegó un día fue Emilia, pero Samar se hizo el desentendido. Pensaba en ella y la veía confesándose y hablándole al cura de las siniestras aventuras en las que se mezclaba. Aquello le daba a Emilia un aura de un carácter demasiado pintoresco por el lado deteriorante.

Era menos deseable, Emilia.

Además ella le había dicho, hablando de una pariente suya, que cuando se casó no era virgen, pero quiso parecerlo y esperó los días de la menstruación para la boda, y así pudo simular la virginidad con dos lamentos y una mancha roja. Emilia encontraba aquello natural e inteligente, pero el recuerdo le repugnaba a Samar no por el lado moral —la virginidad le tenía sin cuidado— sino por el lado físico. No tenía aquella mujer idea alguna de lo que podríamos llamar la estética de cuanto se relaciona con el mundo del sexo.

Y no sucedió nada aquel día con Emilia. Cuando ella se dio cuenta del desvío se deshizo en improperios contra Samar. Tenía su táctica, como cada cual, y en aquel caso atacó a Samar por su cobardía ya que dejó en la estacada de la plaza de Santa Bárbara a sus compañeros del grupo Espartaco. En vano trató de explicar Samar que no sabía una palabra de todo aquello, que nadie le dio noticia anticipada y que el ataque a la furgoneta no fue tratado por el grupo entero, sino solamente por los que intervinieron.

—Es que no se fían de ti —dijo ella, maligna.

—No tienen ningún motivo para desconfiar.

Ninguna argumentación convencía a aquella furia en celo y cuanto más le atacaba ella más pensaba él en aquello de la menstruación y la virginidad y más repugnante se le hacía. Pobre Emilia, que no podía imaginar esa repugnancia que el macho siente por la hembra cuando está «así» —como dicen las españolas de clase media— y que en algunas culturas, como entre los árabes y los judíos, hacen de la mujer un ser

impuro. De ahí viene también la *impureza* de la mujer en el catolicismo y por eso se le niega el acceso al altar y el derecho a poner sus manos inmerecedoras en el ara sagrada.

Cuando Emilia se fue, por fin, golpeando la puerta y repitiendo entre dientes, con una incongruencia ridícula: «Ah, si yo hubiera nacido hombre», Samar respiró hondamente, miró alrededor y volvió a sus papeles. Debía terminar cuanto antes y sabía que tendría que pasar alguna noche «de claro en claro», como dice Cervantes, dedicado a los «otrosíes» de las bernardas.

Eso de los *otrosíes* le pareció una buena ocurrencia.

Abundaban en las expresiones de la curia del pasado.

Otrosí... Y había muchos en cada informe.

Tantos como monjas, por lo menos. Cada monja tenía su *otrosí*, y siendo el mismo era diferente. El otrosí de las bernardas. Rió a solas pensando que las palabras acabadas en *í* aguda tenían gracia y había en ellas algo genéricamente femenino o masculino. Fue apuntando las que recordaba:

Alelí. — Femenina.

Ají. — Pimienta. Ambivalente, masculina o femenina.

Neblí. — Halcón. Francamente masculino.

Yarabí. — Canción suramericana. Femenino.

Xi. — Nombre griego de la equis. Femenino.

Colibrí. — Ambivalente con tendencia femenina.

Capulí. — Masculina.

Romí. — Azafrán. Femenino.

Y tantos otros menos frecuentes como *ajonjolí* (femenino), el *maní*, el *salsifí*, etcétera. Y el *pipí*, ambivalente, también.

En fin, cada monja tenía en los legajos de Simancas su *otrosí*.

Pero Samar volvía seriamente a los escritos en panceta. Escribía Gómez Laín con aquella tinta que los siglos habían ido haciendo pálida y ligeramente dorada:

«Poniéndome a considerar, señor, las razones y causas como el negocio de las bernardas comenzó se me ofrecen dudas y perplejidades que Vuestra Majestad comprenderá mejor si retrocedo en mi informe para hacer la relación completa de esos inicios. Así, pues, habiendo yo interrogado a la madre superiora los motivos de la libertad que el padre Raymundo osó la primera vez y de donde vino todo el desastre de este satánico negocio, la madre me dijo textualmente que siendo muy pequeña, y antes de que pensara entrar en religión, se había confesado cuando tenía más de doce y menos de trece años con el dicho clérigo licenciado mosén Raymundo en la iglesia de la aldea y que habiendo preguntado el confesor qué pecados había cometido en su vida, ya que la muchacha quería hacer confesión general, le dijo al dicho clérigo que siendo muy niña y teniendo sólo diez años de edad vio llegar a la aldea al clérigo por primera vez y se sintió enamorada con su sola presencia como hombre gallardo que era. Vea Vuestra Majestad con qué inocencia la niña confesaba

lo que creía era su obligación, ya que era necesario que lo dijera todo y creía que aquel amor infantil por un clérigo era pecado y necesitaba absolución.»

Leyendo estas cosas pensaba Samar, sin darse cuenta, en Star. Y seguía:

«El sacerdote le dijo: “¿Y qué fue lo que te impresionó cuando me viste, hija mía?” Ella le respondió: “No podría decirlo a vuestra reverencia porque no lo sé, pero sin duda fue la gallardía de vuesa figura que nunca había visto antes en hombre alguno.” Creía aquella niña, que más tarde había de ser superiora de las bernardas, que aquello, como dije antes, era pecado y que debía confesarlo. Y el clérigo, entonces, le preguntó con astucia pecaminosa: “¿Todavía estás enamorada de mí, hija mía?”

»Y con la misma inocencia, ella respondió: “No por cierto, señor, ahora ya no estoy enamorada. Por eso le pido que me absuelva.” “¿Y por qué no estás enamorada? ¿Puedes decirme por qué?” La niña vaciló un momento y dijo humildemente que ya no le parecía el sacerdote tan gallardo sino más bien feo. Sus gustos en esa materia habían cambiado. Suponía la niña que debía hablar así para mostrarse virtuosa, abriendo su alma de par en par, y obtener de ese modo la gracia de Dios, ya que la niña en su ingenuidad consideraba al sacerdote por encima de las mezquindades de este mundo. Y la niña repitió que entonces el padre confesor le parecía feo y ya no lo amaba. De eso podía el sacerdote estar seguro, repetía ella como si su desamor fuera un mérito agradable a los oídos del sacerdote y de Dios.»

Ahora reía Samar pensando en la beata Emilia. Y continuaba:

«Debió quedar el sacerdote desfavorablemente dispuesto al oír aquellas palabras, y le dijo: “Mal hiciste en enamorarte de mí y mucho peor haces ahora en mostrarte indiferente y desamorada, que el mismo hombre soy y si me amaste ayer debes amarme hoy y siempre. Y aún más cada día.” La niña confesó que no lo sentía así y que sin duda era muy grande pecadora. La confesión continuó con otras expresiones que no son pertinentes, pero que habían de quedar grabadas en la conciencia tierna de la criatura por muchos años, tal vez por toda su vida. Y es conveniente saber todo esto para proceder al buen orden y al entendimiento de lo que vendrá después.»

Samar pensaba que el sacerdote era fiel a sus instintos y abría la puerta a los de la monja buscando el caos orgiástico. Samar, en su caso, habría hecho lo mismo. Y seguía:

«Más tarde, cuando sor Agueda de las Cinco Llagas (que así se llamaba la superiora) ingresó en el convento como novicia e hizo votos perpetuos, el clérigo, que continuaba en la aldea como cura párroco, fue a visitarla y le dijo: “Hija mía, yo puedo entrar en vuestra clausura sin faltar a las reglas del convento ni de la orden y así deberán abrirme esta tarde después del toque de oración”. Y la superiora lo hizo porque creía que no se podía desobedecer a un ministro del Señor. De lo demás no quiso darme detalles sor Águeda por decoro y candor, al menos la primera vez que hablé con ella, porque más tarde se declaró con mayor franqueza y más cuando supo que era de interés para Vuestra Majestad conocer los hechos.»

Samar envidiaba a mosén Raymundo y no lo culpaba, en absoluto.

«Al principio —seguía escribiendo Gómez Laín— fue sor Águeda nada más, pero habiendo trascendido la noticia en la aldea, ya que en las poblaciones pequeñas — como ésta, de no más de doscientos y treinta fuegos— es difícil guardar los secretos, había dos hidalgos de costumbres reprobables y un morisco renegado de su fe islámica, pero no adicto a la nuestra sino por las apariencias, que quisieron obtener el favor de otras monjas bernardas y la corrupción fue considerable y abarcó pronto a toda la comunidad menos a tres novicias llamadas sor Ana, sor Clara y sor Pilar. Estas tres novicias al principio ignoraban el negocio de la viciosa libertad de sus compañeras y mucho tardaron en comprenderlo, como almas virtuosas que eran, y no podían abrir sus entendimientos a tamaña clase de relajamiento.»

Aquí aparecieron Las Tres Sorores con sus capelinas blancas, se dijo Samar recordando su infancia en la aldea. Pero el informe del visitador continuaba:

«Esas tres novicias no podían comprender y para mí mismo es difícil entenderlo, pero así lo ha querido Dios Nuestro Señor y de otro modo tendríamos que considerar de menos merecimientos la virtud y pureza monásticas, ya que si las mujeres o los hombres que tomaron los hábitos fueran ángeles poca sería la gracia que podían esperar, ya que la poseían toda antes de entrar en religión. Al menos este es mi modesto aviso, señor.»

Ya se ve que Gómez Laín no tenía prejuicios en contra de las monjas bernardas. Por el contrario trataba de comprender algunas de sus motivaciones, como hombre natural. El hombre está siempre dispuesto en favor de la mujer, cualesquiera que sean los hechos y aunque le han hablado desde niño de brujas que vuelan en escobas nunca ha visto ninguna ni se siente obligado a creer en ellas.

Sin embargo, los resultados de la encuesta de Gómez Laín habían sido de tal manera que todas sus buenas intenciones quedaron arruinadas como se verá más adelante. Samar sentía lo mismo que Gómez Laín el deseo de ayudar a aquellas pobres monjas que se habían conducido más tarde como niñas traviesas, víctimas de su naturaleza y criminalmente inocentes si se puede hablar así.

Niña criminalmente traviesa estuvo a punto de ser Star García con Elvira, también. Y Gómez Laín hacía reflexiones humorísticas y un poco grotescas sin darse cuenta:

«Lo mismo se puede decir de los hombres que entran en religión y aquellos pocos a quienes el amor de Dios y la Virgen María les ha bastado han subido a los estrados de la santidad y su memoria es debidamente venerada de ricos y pobres, sabios o ignorantes, poderosos o humildes. Lo que quiere decir hasta qué extremos llega la dificultad de mantenerse puro. No podemos esperar más de la virtud de las mujeres, que son nuestras parejas y nosotros sus parejos y ambos a un tiempo lo somos más en el pecado que en la virtud. Y Dios nos perdone a todos.»

Pero la naturaleza no perdona a nadie, se decía Samar, «y los anarquistas lo sabemos bien».

XI

El tapiz y algunos otros misterios

Tuvo noticia Samar por una llamada telefónica anónima, cuya voz no pudo reconocer, de que Villacampa, aunque seguía en la cárcel, no estaba acusado concretamente de nada. Samar, que sabía ya todo aquello por la Chika, no podía menos de alegrarse.

Trabajando todo el día en los legajos de Simancas, llegaba a la noche febril e inquieto y no dormía bien. Todavía aprovechaba el insomnio para ver la manera de terminar cuanto antes con las monjas bernardas, que le parecían tan pronto inocentes como degeneradas. «Tal vez —se decía— lo somos todos al mismo tiempo sin saberlo. Potencialmente inocentes y potencialmente degenerados. La orgía o el dogma.»

Trataba de comprender aquello, Samar, quien aunque era anticlerical no tenía nada de antirreligioso. El ateísmo, por ejemplo, le parecía ridículo. El racionalismo llevado a los últimos extremos, también. ¿Cómo tratar de explicar racionalmente una vida que desde el principio al fin es irracional y que tiene en los abismos de nuestro inconsciente su base y su riqueza e incluso su justificación si hay alguna? Es decir, su justificación en una clase de fe que, al parecer, no comprenderemos nunca. Y digo «al parecer» porque si lo afirmara terminantemente se me podría acusar de conocer los «límites del conocimiento», lo que sería del todo absurdo.

Prefería no pensar en aquellas cosas y dejarse llevar en la vida por sus instintos iluminados aquí y allá por el sentido de la justicia y por el amor. Las cosas que contaba el visitador real le interesaban como una novela. Sin embargo, todas aquellas cosas habían sucedido y una vez más se decía Samar que hacer verosímil la realidad era una de las tareas más difíciles. Hacer verosímil la realidad. Gómez Laín sólo lo conseguía a medias, pero ¿hay alguien con un poco de buen sentido que pueda considerar verosímil lo que pasa cada día, aun las cosas más habituales?

Había llegado Samar a las dos polarizaciones de las que hablé antes. Por un lado el dogma o la ley despótica. Por otro la libertad sin límites físicos ni metafísicos. Entre esos dos extremos se deslizaba la vida entera de España. Como no existía un terreno central y neutro y había que optar por uno de los extremos, él estaba con el de la libertad.

Las monjitas bernardas estaban con la libertad, también, a su modo. La libertad de su mundo inconsciente lleno de deseos larvados.

Las Tres Sorores, en cambio, habían hecho una síntesis: el amor de los sentidos transferido al plano de lo eterno y absoluto, allí donde el tiempo ya no rige. Y allí

encontraban al mismo tiempo una libertad sin límites. Tampoco en las capelinas blancas de los picos nevados de Las Tres Sorores germinaba la hierba ni crecía el árbol. Sólo había allí el silencio de Dios fundido con el silencio de los hombres. Y aquellas capelinas blancas eran siempre las mismas en invierno y verano.

Pero Samar no quería distraerse y volvía a sus papeles.

Decía Gómez Laín: «Además del cura párroco hubo tres personas más que entraban y pasaban a veces la noche dentro del convento. Desde que aquello sucedió, como no podía menos de suceder, porque la aventura de mosén Raymundo requería secreto y éste requiere cómplices y éstos exigen su parte, el monasterio se convirtió en un lugar de abominación a pesar del ejemplo de pureza de las tres Sorores.

»Las personas civiles y masculinas que entraban en el convento, además de mosén Raymundo, eran un tratante en lanas, catalán, de la parte de Gerona, llamado Teófilo de Ter, hombre secreto por naturaleza, poco hablador pero regalón como hombre de fácil relación por tener dinero y poco temor de Dios, otro criador de caballos conocido en el valle como Juan de Villacampa, muy alerta en cuestiones de justicia y tenía hombres a su servicio, armados para defender los caballos de los lobos y de otros animales depredadores, y el llamado Domingo de Santa Lucía, hijo de gente de pro, pero encogido por su falta de bienes de fortuna, el cual jura que es estéril por un accidente montando a caballo de lo cual se le hincharon las partes nobles y quedó inútil para la generación, aunque no para el deleite. Al declarar con énfasis su esterilidad quiere decir que no tiene arte ni parte en los sacrificios de algunos niños recién nacidos, de lo que se ha hablado y se habla más de la cuenta. Como ve Vuestra Majestad el tal Domingo de Santa Lucía se cura en salud por lo que pueda suceder.

»En cuanto a las monjas criaturas son del Señor y unas por ignorancia y otras por vicio todas son culpables menos las tres Sorores, de las cuales he hablado y volveré a hablar. Aunque las pobres no pueden ser ya testigos de su causa sino en el recuerdo de su pureza y en los ámbitos de la corte celestial.

»En cuanto al sacerdote cura párroco si hay o no culpa tarde llegarán los tribunales a establecerla porque el dicho licenciado Raymundo y cura párroco falleció en Barbastro, a donde fue trasladado años ha.

»Como Vuestra Majestad me encomendó que no dejara de anotar y referir nimiedades, debo decir que el tercer día de mi llegada a la aldea vi volando una milorcha sobre el convento y era de tamaño mayor que un hombre regular y el que la volaba era un poca sustancia ayudante de sastre llamado el Milorcho. La cometa estaba hecha con las caras de las figuras del tapiz que había en la sala capitular puestas en buen orden y eran bien ostensibles, especialmente la de Úrsula que estaba en el centro. De eso hablaré más adelante con vuestra licencia.»

Como se ve la del centro de la cometa era Santa Úrsula, que había presidido, según la lejana tradición, en Colonia (la de los germanos) a las once mil vírgenes.

Claro es que en el tapiz no aparecían todas y en la milorcha menos.

El trabajo de Samar se le hacía pesado. No se acostaba hasta muy avanzada la noche y se levantaba tarde. Un día que llegó Star García lo sorprendió en la cama, porque la Chika madrugaba mucho. Salió Samar a abrirle y estuvo explicándole en qué consistía su trabajo. Star abrió grandes ojos incrédulos y Samar le enseñaba los documentos sellados por los archiveros de Simancas.

Con aquellas cosas Star no sabía si reír o indignarse y esperaba la reacción del mismo Samar para coincidir con él, porque no se creía bastante mayor para tener ideas propias en materias tan escandalosas.

—¿Y por trabajar sobre esas antiguallas te alejas de los compañeros?

—Cada cual tiene su oficio y éste es el mío.

Samar habría preferido asaltar bancos como Escartín, aunque no se creía capaz de afrontar las incomodidades que aquello llevaba consigo. No se trataba de miedo al peligro físico, pero tenía su conciencia moral como cada cual y se sentía más a gusto con alguna clase de actividad creadora que con el robo a mano armada.

Escuchaba Star aquellas palabras de su amigo preguntándose si Samar estaría loco, ya que no podía imaginar a nadie interesado en lo que hacían las monjas bernardas a fines del siglo XVI. Le dijo que Villacampa se alegraba de que Samar siguiera en libertad y éste recordó que cuando los compañeros estaban en la cárcel se hacían generosos y comprensivos. Una vez más el dolor nos educa y humaniza, pensaba.

Star había llevado a Villacampa cigarrillos y estado todo el tiempo que permitían —media hora— hablando con él. Estaban también con ella Lemus y Torres, quienes se sentían culpables. Villacampa no, porque su misión el día de la escaramuza sangrienta consistía en seguir en el volante con el motor en marcha.

Pocas cosas más le dijo Star a su amigo. Es decir, le hizo saber que había recuperado su boina gris e incluso su pistola y añadió riendo: «No fueron tantas píldoras las que tomó Elvira. Siempre se exagera un poco en esos casos». Luego se fue dejándolo sumido en dudas y cabildeos. «Elvira ha debido salir de la clínica —pensó— y Star ha ido a verla.» Un poco le decepcionaba todo aquello y no comprendía por qué.

Otra vez solo, volvió a concentrar toda su atención en sus papeles.

Seguía diciendo el informe de Gómez Laín: «Había diversas naturalezas en el convento y no todas parejas en el coro ni en la oración, como es natural cuando el corazón no ha sido inflamado por la fe divina. La hermana sor Marta de las tres Cruces, y Vuestra Majestad disimule la prolixidad, era tan inclinada al deleite que los cuatro galanes la rehuían, incluyendo al cura párroco, aunque éste, en general, se dedicaba solamente a la madre superiora. Sor Marta parecía tener especial naturaleza también para la preñe y estuvo tres veces encinta, aunque no se sabe si llegó o no a parir porque en la comarca había por veces un campamento de gitanos errantes que sabía de ensalmos y de brebajes.

»Otras cosas debo decir de sor Cristobalina de la Vendôme, que como francesa quiso marcharse a su país y volver a ser mujer corriente y hasta buscó y compró vestidos al caso cuando se sintió preñada por vez segunda, pero quiso el Señor que no lo consiguiera y así quedó en el convento hasta el día que yo entré con provisiones de magistrado. Esta monja solía ponerse en la cara, cuando no quería ser conocida, la máscara del tapiz que había cortado con sus tixerías de bordar que pertenecía a Santa Úrsula.

»La coja del pie derecho, que era tornera, ayudaba a sus compañeras y les guardaba secretos y a mí me costó Dios y ayuda hacerla hablar, aunque al fin me reveló que sor Juana María del Apocalipsis llegó a agredir diversas veces a la francesa sor Cristobalina por celos del señor Teófilo de Ter, quien tenía tratos con una u otra amante y a veces con las dos juntas. Era Juana María también francesa natural y enviada por la orden del Cister para curarse una fluxión del pecho con la que anduvo dos veranos algo delicada.

»De sor Fernanda de la Santa Cruz poco o nada se puede decir que no sea materia de escándalo y aun de tal modo vergonzoso que no me atrevo a dejarlo escrito sobre el papel y lo mismo sucede con sor Melancia de la Santa María Magdalena.

»Sor Cecilia Ramona Nonata era de muy otra naturaleza y venía de casta de hidalgos nobles y se la recuerda entre los suyos (de la provincia de Segovia) como muy dada a la virtud y de buenas costumbres, aunque ya es sabido que el poder de Satanás es grande y se ejerce con más encono y saña en los lugares donde se establecen los siervos del Señor. De ella no se sabe que quedara encinta y según la hermana coja, que me dio puntual noticia de todas las cosas, tiempos hubo en que la tuvieron en sospechas y recelos porque quiso salirse del convento y aun la amenazaron con grandes males si osaba insistir en su idea. Acabó juntándose con las demás en sus desvaríos. Parece que últimamente era la preferida de Domingo de Santa Lucía, que no era muy limpio de sangre.

»Sor Úrsula de San Bernardo se había puesto este nombre al entrar en el convento y ver el tapiz al que tantas veces me he referido y al principio se ponía la mascarilla de esa santa mártir para el objeto que luego se dirá. Pero luego se lo prohibió la madre superiora, que quería esa mascarilla para sí.

»Lo mismo sor Úrsula que sor Jacoba del Monte Olivet y sor Nicolasa del Ecce Homo (qué vergüenza me da ponerles enteros los santos nombres, después de conocer los hechos en los que incurrieron) formaban como una junta aparte porque codiciaban al cura párroco.

»Esa embriaguez y ese desorden satánico duraron más de cinco años, al cabo de los cuales la población de la aldea tuvo más que sospechas y aun noticias ciertas.

»Desde que tenían amores las monjas habían ido cambiando de naturaleza y no sólo moral sino física. Contaba sor Flavia, de origen campesino, que en su casa tuvieron gallinas sin gallo que las cubriera y que desmejoraron y algunas andaban con el ala caída y otras tan flacas y flojas que perdían las plumas. Luego que compraron

un gallo y éste comenzó a tener trato con ellas todo cambió y en dos o tres semanas aquellas gallinas eran tan lúcidas y lozanas que nadie las habría conocido porque eran de buena casta.

»Luego añadió sor Flavia que desde que ella tenía martelo, el olor del incienso, cuando llegaba al coro, la encendía en deseos de amor lo mismo divino que humano. “Y aun diría —añadía medio pudorosa— más humano que divino.”

»Otras dos dijeron lo mismo, que el olor del incienso las enardecía y estimulaba el amor.

»La francesa, que era la más cursada en letras humanas, dijo que aquello era *olor afrodisíaco*. Entonces una de ellas dijo que tenía un primo que se llamaba Afrodiseo y que era buen galán. Pero viejo y gastado.

»Advirtió la francesa que había una llamada *mosca española* que encendía en amor a los galanes jóvenes o viejos y se refería a la sabida cantárida conocida en todo el mundo. Y que era un mosquito pequeño que seco y reducido a polvo tomaban los hombres impotentes para rejuvenecerse. Eso las impresionó mucho a todas. La famosa cantárida conocida ya por los romanos en los tiempos de la paganía.

»El cura, que era hombre, como se puede suponer más culto que las monjas, cuando se refería a las tres sorores las llamaba no sin algún respeto *las marginales*, es decir, las del margen.

»A la superiora aquello no le gustaba. Quería para ellas algún nombre denigratorio y prefería llamarlas *las descomulgadas*.

»Y decía que todos los murciélagos de la noche habían ido a instalarse en sus tres celdas, lo que no era verdad. Otras cosas imaginaban, y divulgaban entre sí, que el gato iba a hacer sus necesidades frente a las puertas de sus celdas.

»Algunas creían todas esas cosas y añadían detalles para reforzar la creencia de las demás, como por ejemplo que los murciélagos que vivían en sus celdas decían palabras obscenas, cuando ya es sabido que ese animal no puede hablar.

»En cuanto al gato, la hermana Ramona Nonata juraba haberlo visto brincar contra las puertas de las tres sorores y tratar de arrancar con las uñas la pequeña cruz que con dos hojitas de palma bendecida ponían todas sobre la aldaba para la pascua.»

Leía algunas veces Samar estas cosas para la niña Star pensando que serían una experiencia educadora, es decir, que le convenía conocer el lado siniestro y brutal de la pasión de la carne antes de conocer sus atractivos y gozos. Y ponía en esa tarea Samar un interés de educador más paternal que vicioso, aunque se confesaba a sí mismo que disfrutaba abriéndole los ojos a una realidad peligrosa. Naturalmente de la física del amor la niña lo sabía todo, pero no —por decirlo así— de su metafísica.

Volvió Star a verlo varias veces y escuchaba lo de las bernardas con una notable indiferencia. El único comentario que hizo fue:

—¿Y por leer esas antiguallas dejas de ir a la cárcel a ver a los compañeros?

Star y su abuela habían dejado la casa donde vivían y la abuela quería venderla por lo que les dieran para irse a vivir con una hija casada y ayudarles, porque eran

trabajadores modestos como Germinal.

Ya creo haber dicho que a veces la niña llamaba a su padre Germinal, como los otros, lo que le hacía gracia a Samar.

Ciertamente, todas las cosas de la Chika del gallo le hacían gracia al estudiante. Decía ella que estaban ya viviendo con su tía y que no se encontraban mal, aunque su tío era reformista y la tía bastante beata, pero razonable. «Así como mi abuela», concluyó con aire de tolerancia.

Se veía que la Chika estaba a disgusto en su nueva vivienda.

Y Gómez Laín decía: «Muchas cosas sucedían en aquella casa que eran contra la santidad, pero sor Ana, sor Clara y sor Pilar brillaban como estrellas fijas y con luz propia en aquel conventículo donde el diablo había querido hacer su morada. Y gracias a ellas, por más de cinco años, Satanás tuvo que retroceder sin lograr ganar la batalla.

»¡Qué grande ejemplo para todas las mujeres de nuestro siglo y de los siglos venideros!

»Pero volviendo a mis prolixidades, aquéllas almas descarriadas, digo las monjas bernardas, tenían un perro guardián, que era cuidado por la hermana portera y que cuando veía sobre la mesa del refectorio la clepsidra de arena con la que contaban el tiempo de cada oficio o tarea se ponía a ladrar furiosamente con los ojos fijos en aquella clepsidra, unas veces saltando hacia adelante como si fuera a morderla y otras hacia atrás como si tuviera miedo de ser mordido o agredido por ella.

»Nadie podía imaginar lo que el perro veía en la clepsidra, pero sin duda veía algo amenazador que le contrariaba. O algo misterioso que no podía entender según sus instintos.

»Es decir, algo que no veía nadie más que el susodicho animal.

»La superiora veía en aquello una especie de barrunto que la intimidaba y asustaba.

»Al principio ocultaban la clepsidra, pero más tarde decidieron echar al perro del convento y el animal estuvo algunas noches ululando en la calle hasta que Teófilo de Ter se lo llevó y según tengo entendido lo hizo matar.

»Con eso el problema de la clepsidra y el perro se acabó, pero algunas monjas decían que oían al animal aullar a la hora de maitines.

»Acostumbraba decir la madre superiora que las palabras del párroco eran “hacia adentro” y no hacia afuera, como las de las demás personas y que cuando decía que un amor sin mujer (aunque sea un amor místico) era como golpear con una espada desnuda el aire ella comprendía muy bien el sentido. Yo creo también, señor, que con esas palabras el sacerdote se daba cuenta exacta de la pecaminosidad de sus actos, ya que la espada era para herir y matar y no gustándole golpear con ella al viento sino a otra persona declaraba por parábola la maldad de su intento.

»Domingo de Santa Lucía, el hidalgo pobre, hablaba muy poco, y cuando le preguntaban la razón de su silencio, como yo tuve ocasión de hacer, respondía que

por la palabra erraban y mentían los hombres y que sin ella nadie mentiría. Por lo tanto, la palabra es propicia al pecado.

»Vea Vuestra Majestad cómo aquí se declaraba herético, puesto que en el principio es el Verbo y ésta es verdad sagrada y universalmente proclamada.

»La superiora tenía un hermano en Barbastro al que llamaban “el artista” porque tenía, según decían, dotes de gran actor de teatro y añadía que Su Majestad lo había hecho representar en palacio una obra de Tirso de Molina.

»La verdad es que se trata de un hombre medio inválido que va a los mercadillos y romerías y revestido de animal salvaje gruñe y ruge y se pone a cuatro manos o trepa torpemente por un poste, siendo de esa manera exhibido por un tal maese Lupercio (que es un gran bergante) como animal salvaje traído de las Indias Occidentales.

»Sor Úrsula, que no quiere ser menos, habla de un primo válido del duque de Villahermosa, visorrey de Flandes, que forma parte de su consejo privado. Por cierto, que a su excelencia el duque aquí se le llama por otro de sus títulos: el duque de Luna.

»No queriendo ser menos, sor Jacoba afirmaba muy segura que su hermano mayor era familiar al Santo Oficio. Con esto creía poder tranquilizar a algunas de ellas que andaban con la conciencia escrupulosa y tenían temor de la Suprema.

»Lo que sucedía era que el escándalo era de proporciones tan magnas y desacostumbradas que nadie quería hacerse cargo de que existía y comprendían todavía algunas personas que la naturaleza es poderosa y la moral flaca y que por ser monjas no estaban menos sujetas a la esclavitud de la carne, que fuerte es y todos lo sabemos por propia experiencia. (Al leer esto, Samar pensó en el mismo Felipe II con la princesa de Éboli y sonrió pensando que el pobre Gómez Laín, que decía aquello tan inocentemente, podía estar jugándose la piel por el malentendido.)»

Al mismo tiempo que leía, Samar completaba las relaciones de Gómez Laín con su imaginación y recordaba al Milorcho (el tonto del pueblo, quizá) que se dedicaba a volar la cometa con más frecuencia después de descubiertos los hechos y disponiendo ya de las caras de las vírgenes recortadas del tapiz.

A juzgar por algunos detalles de la relación, a veces un poco inconexa del visitador, los hechos tenían naturaleza vagamente mágica, por ejemplo, al hablar de «morisquetas» cuando se refería Gómez Laín al gesto de una de las caras cortadas del tapiz.

Reuniendo detalles de esos, anteriores y posteriores a la disolución de la comunidad que fue enviada al monasterio de Las Huelgas de Burgos, donde estaban las sepulturas de algunas de aquellas monjas todavía con sus nombres, Samar lograba reconstruir fácilmente los hechos. Antes ya de que la comunidad se disolviera el tapiz había sido retirado de la sala capitular por el regidor y el Milorcho volaba su cometa que la gente llamaba la milorcha de las bernardas. Era grande y tenía su cola ondulante, hecha de nudos de alfombra y de torzal.

Las caras de la cometa todavía conservaban la expresión primera, es decir, la que tenían en el tapiz. Una de ellas, la que solía ponerse la hermana De la Vendôme parecía estar diciendo: «Yo no soy de aquí, yo he venido de un monasterio francés de Provenza donde estábamos mejor porque nos permitían beber vino en el refectorio».

Las otras caras mostraban un poco la putrefacción natural de los viejos tapices, aunque ahora era una putrefacción volante y ondulante (con la cola al aire). Las monjas parecían estar allí decapitadas, más por las larvas de las polillas que por las tijeras de las bordadoras. Pero volaban bien.

El Milorcho, ayudante del sastre, volaba la milorcha en todo tiempo, pero especialmente en los meses de marzo y abril, que era cuando el viento soplaba reciamente. Tenía sus ideas personales y solía decir: «Así como los hombres quieren ser ángeles, la cometa quiere ser águila y el águila quiere hincharse y hacerse nube para volar mundo y llover donde le parezca.

»Al Milorcho lo llevaron más tarde en Zaragoza al tribunal de la Suprema y allí declaró que entró algunas veces en el monasterio sin tener conocimiento verdadero de lo que sucedía y que ya para entonces las tres sorores no estaban en este mundo sino en la Santa Gloria, así sea, amén. Que lo llamaron para que dijera lo que pasó con el tapiz y él dijo que las polillas habían descabezado a las vírgenes porque sin duda eran polillas de Satanás y que él aunque quiso recomponer el tapiz no pudo porque para eso había que llevarlo a los talleres de Aix en la Francia donde había sido fabricado. Eso lo dijo su maestro el sastre.

»Añadió el llamado Milorcha que en vista de las polillas del diablo y de sus pecadoras intenciones él hizo la cometa con las cabezas de las santas vírgenes para acercarlas al cielo.»

Después de otras consideraciones que no son del caso por referirse a períodos diferentes y a otras materias añadía Gómez Laín: «He puesto aquí lo del Milorcho sin necesidad, pero para que vea Vuestra Majestad la clase de relaciones que las monjas tenían antes y después de caer en pecado. Eran pobres de carácter y aun de espíritu. Por ejemplo, la hermana Flavia tenía por costumbre imitar los gestos, la voz, y aun la mirada de los otros, hombres o mujeres, de tal modo que al primer atisbo en seguida se sabía de quién se trataba.

»Entre los tres hombres que entraban en el convento, el llamado Teófilo de Ter era versado en ciencias humanas y discutía a veces con el cura cuando coincidían en el convento, sobre todo en las largas noches de invierno. El cura decía que el hombre no conocerá nunca el misterio del ser y el no ser, lo que al visitador del rey le parece una opinión sospechosa.

»Otro de los tres hidalgos, el más pobre —añadía Gómez Laín— tenía inclinaciones al satanismo y le habían hallado escrita con tinta indeleble la palabra *abracadabra* en el forro de los calzones, superstición islámica o judía.»

El antepasado de Villacampa era hombre medio leído también y tenía ideas maniqueas porque creía, según Gómez Laín, «que todo tenía su doble naturaleza y

que la vida estaba hecha de oposiciones como luz-sombra, noche-día, salud-enfermedad, belleza-fealdad, naturaleza-religión, vida-muerte y que por eso en todas las culturas humanas hay símbolos de seres híbridos como hermafroditas, mitad hembras mitad machos, centauros, sirenas, dioses hechos carne mortal, faunos. Y que estos símbolos y alegorías son “mediadores” dispuestos a resolver las contradicciones en las cuales nos agitamos los seres humanos.»

Al leer estas cosas Samar se decía que, en parte, estaba de acuerdo con Villacampa, el viejo. El universo está estructurado sobre una base que es la misma dentro y fuera del individuo: libertad caótica o dogma estricto. Y el uno lleva a la otra o viceversa.

Era lo que estaba sucediendo aquellos días en su misma patria y en su mismo grupo social, entre los espartacos.

Pero Star andaba por la casa. Había días que volvía tres o cuatro veces. Samar le había dado una llave. A veces se acordaba Samar al oír un ruido en la cocina y la llamaba. Star se sentaba, resignada, frente a la mesa pensando que iba a hablarla otra vez de las monjas bernardas cuando tantas cosas más interesantes sucedían a su alrededor:

—Dime la verdad, niña. Tú te olvidaste a propósito la pistola y la boina en casa de mi novia, ¿no es eso?

—¿Por qué iba a hacer yo una cosa como esa?... Además Elvira no se mató. Vive tranquila en su casa.

—¿Y su padre?

—Ya te dije que está en prisiones militares. Quería que nosotros, los anarquistas, les sacáramos las castañas del fuego y tenían su plan. Los periódicos no lo dicen todo, porque no le conviene al Gobierno, por ahora. Por eso no nos importa demasiado el fracaso de nuestro movimiento. Hemos detenido el péndulo.

—¿Qué péndulo?

—Ese del que hablas tú.

—Vivimos ahora en un mundo de «casis». Casi anarquía o casi despotismo.

—Yo prefiero la anarquía entera.

—Yo no. Soy anarquista aquí —se tocaba la frente—, aquí —en el corazón— y aquí —en el sexo—. Pero falta el estómago, la médula espinal, los ganglios linfáticos y nerviosos. Todo eso requiere una estructura y la sociedad también. Sin esa estructura es todo imposible: producción, alimentación. Soy extremista como tú, pero más bien extremista del centro.

—Del estómago.

—No va a suicidarse uno. O bien, si va uno a suicidarse, cuanto antes mejor. El caso es que por el momento la vida me gusta. Y no sé cuál es mi puesto en la vida. Tengo que creármelo, ese puesto. Aunque sea con estas cosas siniestras y ridículas, siniestras y ridículas al mismo tiempo, ¿oyes bien?, de las monjas bernardas.

Parecía Star comenzar a comprender y se puso de pronto a hablar con una gran locuacidad:

—Eso lo entiendo. Mi caso es el mismo. Por ejemplo, yo he venido aquí esta mañana dispuesta a no marcharme ya nunca.

—¿Cómo? —preguntó Samar entre asombrado y feliz.

—Es que no puedo más con mi tía beata, que es la misma que estaba en la aldea cuando aquello del nadazo de Cristo. ¿Te acuerdas? Pero no te lo conté todo. Ahora te lo diré. Por el momento está aquí con su marido porque le ha salido una chamba. El nadazo de Cristo no era todo. No te dije que cuando estaba en la aldea le robé una peseta a mi tía para comprarme una muñeca.

—¿Cómo fue eso?

—La robé de un aparador de la cocina donde estaba con otras monedas pequeñas. Y me fui a la tienda y compré la muñeca. Luego volví a casa con ella, sin disimular. Dije que me la había regalado la hija del boticario, pero fueron mis tíos a ver al boticario y vieron que era mentira. Entonces dije que me la había encontrado en la calle. Pero mi tía, la que ha venido a vivir aquí y con la que vivimos ahora...

—¿Y por qué no vivís en vuestra casa?

—Está llena de policías. Y yo no olvido nunca lo que pasó en la aldea. Mis tíos fueron y vinieron por el pueblo y averiguaron que había comprado la muñeca en la única tienda que había. Y luego echaron en falta la peseta. ¡La que se armó! ¿Y sabes lo que hizo esa vieja bruja para darme una lección? Me quitó la muñeca, le ató las manos a la espalda, como si estuviera viva, y la colgó del techo por el cuello dejándola a una altura a donde yo no podía llegar ni subiéndome en una silla. Mi tía me decía: «Cada vez que veas a esa moña ahorcada te acordarás de que fuiste una ladrona y de que robar es un pecado ante los hombres y ante Dios». Puedes figurarte la inquina que le cogí a mi tía, la vieja puta. ¿Qué culpa tenía la muñeca? Yo sufría mirándola como si me ahorcaran a mí.

Samar aguantaba la risa:

—Ya veo.

—Bueno, pues lo que te decía. No quiero volver a casa de mi tía.

—La gente que yo trato es gente aburrida, gente burguesa, gente de libros, tú sabes. De papeles como esos.

—¿Y quién te ha dicho a ti que los libros me aburren? Yo he leído casi todos los libros o folletos de mi padre. Unos sobre la utopía, otros sobre las cooperativas, otro sobre la educación sexual, otro sobre los átomos. Ya ves. Antes me hablabas de esas condenadas monjas bernardas.

—Pero no te lo he dicho todo aún.

—Tampoco yo te lo he dicho a ti. ¿Sabes que encontré el gallo? Lo encontré y lo llevé a casa. Pues resulta que mi tía, la puta verduga de muñecas, dice que en la ciudad no permiten tener animales de esos y lo ha matado y se lo han comido ella y

su marido. Mi abuela no quiso probarlo y yo tampoco, según comprenderás. ¡Pobre «Malatesta»! ¡Lástima de cólico!

—Y... ¿desde cuándo has pensado quedarte aquí?

—Desde ahora, si tú no me echas.

Trataba Samar de disimular su alegría:

—Por mí... ¿Y tu abuela? ¿Qué dirá?

—Ella dice que eres hombre honrado y que a Germinal le habría parecido bien y que sabrás mirar por mí si llega el caso y que a ella se la llevará Dios el día menos pensado porque tiene un vacío en los adentros que le aumenta cada día. Un vacío en los adentros... ¿qué será eso?

—No sé... Tal vez cáncer. ¿No va al médico?

—No. Dice que Dios sabe más que todos los médicos juntos.

Y por el momento así quedó la cosa. Dijo Star que iba a buscar sus cosas y que las llevaría en varias veces y Samar le dijo que no. Irían los dos más tarde en un taxi y traerían todo lo que ella quisiera, de una vez.

Pensó Samar para sí: «Heme aquí casado. Casado por un gallo asado al horno que se llamaba “Malatesta” y por una muñeca ahorcada». Pero además Star García no estaba en sazón para... Bueno, en todo caso pronto cumpliría quince años y los reyes de la Edad Media y aun los plebeyos se casaban con doncellas de catorce.

Honestamente hablando, Samar no pensaba en *aquello* con impaciencia alguna, aunque la presencia de la niña en la casa cambiaba el sentido de todas las cosas. Y la vida era un poco mejor.

Lo bueno es que pasaron la mayor parte del día hablando de las monjas bernardas. Star leyó lo que había copiado Samar y se asombraba con cada página. Como se puede suponer a los pocos meses de estar las bernardas dedicadas a sus divertimientos surgieron problemas y llegaron a ser tales que la madre superiora sor Águeda llamó a capítulo y se reunieron bajo su presidencia.

He aquí, según el testimonio escrito de Gómez Laín, lo que había sucedido en aquella reunión: «Sentadas todas en sus sitiales, menos Clara, Ana y Pilar, cada una expuso sus querellas y hubo voces destempladas y explosiones de ira y despecho. Comenzó la reunión con un pequeño exordio de la superiora:

SOR ÁGUEDA: —Hora es de que hablemos todas juntas y sin disimulo de los sucesos que pueden llegar a ser motivo de escándalo, aunque no haya en esto delincuencia ni crimen ya que nosotras no queremos cambiar el mundo sino limitarnos a seguir la naturaleza que creó el Señor y de la cual nacen los apetitos de la carne. Estos apetitos tampoco pueden considerarse viciosos, ya que son legítimos placeres que el Señor nos ofrece.

SOR MARTA: (*Interrumpiéndola*) —Eso es, porque humana es nuestra vida y no divina como creen sor Ana, sor Clara y sor Pilar.

SOR MILANCIA: —Habría que tapiar las ventanas de sus celdas porque por ellas pueden mandar a la calle un papel escrito. Es lo que dice el capellán.

SOR ÁGUEDA: —¿Desde cuándo habla aparte, vuesa merced, con el capellán?

SOR MILANCIA: —Yo no he dicho que hablo aparte. Otras hay que podrían decirlo, pero no yo.

SOR ÁGUEDA: —¿Quiénes son?

SOR MILANCIA: —Que hablen ellas, si quieren. Yo no he nacido para alcahueta y Dios me perdone.

SOR ÁGUEDA: —Ya sabemos que no habiendo galanes para todas, algunas se ven obligadas a promiscuar (risas) y eso lo aceptamos, pero el reverendo capellán por tratar con sabiduría nuestro problema conmigo confía en que yo lo entienda y así lo manifieste a vuestras mercedes. Por eso quiero deciros una vez más que nuestro amor no solamente no es un pecado como tampoco lo fueron los de Santa María Magdalena, sino que es bueno y aun necesario porque tiene una validez y sentido especial no en sí mismo, sino como peldaño hacia grados más altos de virtud y que exige conocimientos y sabiduría que yo expondré a vuestras mercedes. Dice que tenemos todas sentimientos de culpa con martelos o sin ellos, y que él nos absuelve y que con esa absolución nos quita la ansiedad y la desesperación que podría conducirnos a desarreglos y pecados mayores. Esa es una de las grandes finalidades del cristianismo sabiendo como sabemos que el pecado de una manera u otra es inevitable. ¿Qué habría sido de María Magdalena si el Señor no la hubiera perdonado? ¿Qué de la mujer adúltera si el Señor no la hubiera perdonado también?

SOR ARTEMIA: —La habrían matado, a la pobre. Además antes nos lo dijo el señor Teófilo de Ter, que es hombre letrado.

SOR ÁGUEDA: —¿A quiénes lo dijo?

SOR ARTEMIA: —Yo lo sé, pero ya digo que no soy alcahueta.

SOR JACOBA: (*Con una voz demasiado infantil*) —A propósito de eso yo sé una historieta que me contó el señor Domingo de Santa Lucía y que, aunque no viene al caso, es bastante divertida y pido permiso para contarla.

SOR ÁGUEDA: —¡Silencio! No es momento para historietas sino para consideraciones prudentes.

SOR JACOBA: (*Afectadamente infantil*) —No lo dije por tanto.

SOR ÁGUEDA: —Así y todo excesos hay de amor que crean condiciones y realizan actos que serían dignos de castigo y pena, pero no lo son por haber nacido de ese exceso de propensión natural.

SOR ARTEMIA: —Habría que tapiar las ventanas de las celdas de las tres excomulgadas del amor: la Ana, la Clara y la Pilar.

Aquello pareció muy bien a todas, pero la madre superior reclamó silencio:

SOR ÁGUEDA: —A nosotras nos enclaustraron antes de que despertaran nuestros sentimientos de mujer. Y así nos trajeron a este lugar de apartamiento antes de que nuestro libre albedrío pudiera ejercitarse. Y por otra parte, Jesús hace del amor no sólo una inclinación natural, sino un mandamiento y una orden.

SOR CRISTOBALINA DE LA VENDÔME: —Una orden, pero al mismo tiempo nos eximía de su cumplimiento, porque Jesús nunca hizo una verdad dogmática de nada, sino de su propio deseo de salvarnos por su sacrificio.

SOR RAMONA NONATA: —Eso pienso yo, y si hemos escogido el amor es porque Dios nos lo permite y al mismo tiempo nos absuelve para que la desesperación no nos lleve al camino y a la rampa de pecados mayores.

SOR CRISTOBALINA DE LA VENDÔME: —¿Cuáles, por ejemplo?

SOR ÁGUEDA: —Eso digo yo: ¿cuáles?

VARIAS VOCES JUNTAS: —Todos.

SOR ÁGUEDA: —Pero la ley divina es más compleja que todo eso. Muchas son las cosas de esta vida que no podemos explicarnos nosotras mismas. Por ejemplo, cuando yo era pequeña solía imitar a mi padre y a mi tío Isaías diciendo palabras feas y así...

SOR ARTEMIA: (*Con voz infantil*) —¿Qué palabras?

SOR ÁGUEDA: —Palabras cuyo sentido yo ignoraba y que vuestras mercedes pueden imaginar. Por ejemplo: ¡coño! O bien: ¡carajo!

Risas deleitantes a coro y voces aquí y allá pidiendo más palabras prohibidas, como en un juego de niños. La madre superiora las dice cada vez más desvergonzadas.

SOR ÁGUEDA: —Así decía y cuando me oía mi madre me pegaba. Y me decía: ¿Volverás a decirlas mañana? ¿O alguna otra vez en tu vida? Y yo le respondía: Pues mañana no ha llegado aún, ¿cómo quieres que lo sepa? Y alguna otra vez tampoco ha llegado, porque ahora es sólo ahora. No puedo prometer nada y bien que lo siento. Recuerdo que estuve enferma y que con la calentura decía palabras peores y a mi padre le preguntaba dónde había puesto mi cabeza y por qué me la habían quitado. Luego veía en los demás que tampoco tenían cabeza o que tenían cabeza de caballo. ¿Y saben lo que les digo? Que yo crecía, pero seguía siendo una niña igual que cuando tenía tres años. Mis padres no me ayudaban, porque sólo sabían decir que no. Amigos no me dejaban tenerlos y amigas sí que las tenía, pero nos queríamos mucho y nos tocábamos en lugares que decían prohibidos y así seguíamos cada día menos capaces de pensar y de vivir por nuestra cuenta.

SOR FERNANDA: —Nuestros padres eran destructivos.

SOR ÁGUEDA: —¿Destructivos de qué?

SOR FERNANDA: —Yo diría de mi alma.

SOR ÁGUEDA: —Como decía a vuestras mercedes por el amor del que habla Jesús todo se perdona y a todo se puede ir y no hablaba del amor matrimonial ni del amor del espíritu, sino del amor, así es: del amor. Hay formas de amor como decía al principio que parecen culpables, pero el sentimiento de estar en la rampa de la desesperación es el peor de todos y por él caen los hombres en las mayores miserias y acaban con las sociedades y los pueblos y así el cristianismo vino para redimirnos a

todos de los peligros de esa rampa resbaladiza por medio de la absolución y así evitar el último y peor mal.

SOR CRISTOBALINA DE LA VENDÔME: —Ahora comprendo yo algunas cosas, aunque no todas. Si por el amor se puede hacer todo ¿por qué permitimos seguir viviendo a las personas que reniegan del amor? Y lo digo con todos los nombres: a Ana, a Clara y a Pilar. Son monstruos.

SOR ÁGUEDA: (Entre tolerante y complacida, pero prudentísima) —Hermana Cristobalina, la Santa Iglesia nos ha dicho también que el escándalo es el peor de los males.

SOR CRISTOBALINA: —El escándalo se puede evitar. Como dice nuestro consejero, el sabio capellán, Dios permite a veces el mal para evitar un mal mayor y creo que es el momento de considerar esas sabias palabras.

SOR JUANA: (*Indignada*) —Yo lo que digo es que esas tres monjas no debieran serlo y que si no tienen comercio con galanes es porque la una tiene sarna, la otra lepra y la otra esa enfermedad que ha venido de las Indias y que llaman morbo gálico.

SOR CRISTOBALINA DE LA VENDÔME: (*Patrióticamente*) —En Francia la llaman morbo español.

SOR JUANA: —Mentira.

SOR ÁGUEDA: —Orden, orden. Yo creo que la hermana exagera y que las tres sorores son limpias y que lo que pasa es que por ser de esta tierra y de este mismo valle y conocer a todo el mundo temen al escándalo. Sólo por eso.

SOR ÚRSULA: —No es verdad. Es que se creen divinas. ¡Divinas!

SOR ÁGUEDA: —No lo creo, pero bien podría ser y en ese caso están cometiendo el peor de los pecados: el de la soberbia, ya que nadie hay perfecto en el universo sino Dios.»

Hasta aquí había leído Star García entendiendo que la comunidad entera estaba entregada a las orgías de la carne menos Clara, Ana y Pilar.

Mirando a Samar le dijo, extrañada:

—¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros?

Se desperezó Samar placenteramente mirando al techo y luego respondió:

—Todas las cosas de la realidad, todas las cosas del universo, están relacionadas. Tú eres una parte de esa realidad y de ese universo. Y esas monjitas que se entregaban al gozo de la carne con sus amantes eran seres que no se habían desarrollado armoniosamente por falta de oportunidad. Hay dos partes en nosotros mismos. La parte animal y la otra: la inteligencia.

Ella arrugaba el entrecejo pensando tal vez en su gato y en su gallo:

—Los animales también tienen inteligencia.

—No. Los hombres de ciencia saben que eso no es verdad y dirían que tienen formas de actividad que parecen inteligentes, pero sólo tienen sus instintos con los que rigen su vida. Tú también tienes instintos. Y yo. Pero además tenemos una inteligencia que se ha organizado sobre la experiencia y la memoria de esos instintos.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que la inteligencia tiene ideales absolutos, a veces. Como esas tres monjitas: Ana, Clara y Pilar.

—¿Y las otras?

—Las otras no desarrollaron su mundo instintivo y están en la libertad orgiástica que lleva al caos. Y para salvarse del caos la humanidad organiza dogmas absolutos. Y los dos extremos nos llevan a la catástrofe aunque uno de ellos, el de las tres Sorores, sea una manera extremadamente interesante por su sentido poético de la belleza, la libertad y la verdad absolutas y su manera sobrenatural de entender el misterio del ser.

Sonreía Star sin llegar a burlarse de Samar, pero recordando la carta que le escribió a Elvira, dijo:

—¡Bueno estás tú!

—Había monjas que querían salvarse del caos y no podían usar su inteligencia. Caían en formas de degeneración.

Rebuscó entre sus papeles y sacó una hoja, mientras decía:

—Esa monja francesa, esa señora no sé cuántos de la Vendôme, presumía de aristocracia y no podía tolerarle a la superiora que monopolizara al cura. Como pruebas de aristocracia leía estos versos de un poeta antiguo francés llamado Villón, que vivía como un miserable, entre la cárcel y la horca, pero que tenía algún prestigio como poeta y por eso se salvó de que lo ahorcaran. Ella leía en una de aquellas reuniones capitulares aquel poema como si fuera un timbre heráldico.

Es verdad que ya entonces en Francia la poesía y en general las letras eran un blasón del que la familia del poeta gozaba en sociedad. Pero la pobre Mme. de la Vendôme no debía obtener grandes satisfacciones de vanidad con aquel poema de Villón en el convento.

—¿Está en francés?

—Sí, pero tú entenderás algo y yo te lo traduciré, si quieres.

—Pero, ¿por qué quieres leérmelo?

—Como otro ejemplo de degeneración. Era un poeta filosófico-cínico-lírico-místico-criminal-sensual, todo a un tiempo. Y en cierto modo era el mismo caso de esas bernardas porque de chico estuvo en un convento como fámulo, tuvo una aproximación alucinatoria a la vida, luego lo echaron a la calle y conoció la miseria y el crimen antes que su razón comenzara a formarse. Así sus versos son muy desiguales, pero buenos o malos tienen siempre un toquecito de locura que halaga a los sentidos.

—Eso sí que lo entiendo, porque en mi barrio había un viejo loco que daba gusto oírlo.

Samar decía:

—Mira, el poema de Villón, tal como lo leía sor Cristobalina de la Vendôme, está en francés antiguo.

—¿Cómo de antiguo?
—Cuatro o cinco siglos.
—¡Atiza!
Y Samar leyó:

«BALLADE QUE VILLON FEIT À LA REQUESTE DE MA GRAND MERE POUR PRIER NOSTRE
DAME.

*Femme je suis povrette et ancienne.
Que riens ne scay, oncques lettres ne leuz,
Au Monstier voy (dont suis parroissienne)
Paradis painct, ou sont harpes et luz,
Et ung enfer, où damnez sont boulluz,
L'ung me faict paour, l'autre joye et liesse,
La joye avoir faictz moy (haulte deesse)
A qui pecheurs doivent tous recourir
Combley de foy, sans faincte ne paresse,
En ceste foy je vueil vivre et mourir.»*

Samar se lo traducía y luego, como la veía a ella perpleja, repetía: «Ese era un caso parecido al de las monjas.

Un acercamiento alucinatorio a la realidad y también —añadía— el de algunos anarquistas en plena orgía libertaria. Aunque la culpa no es de ellos, sino de la sociedad, que no los ha atendido desde que nacieron, que los ha abandonado como si fueran perros. O peor».

XII

Las peligrosas mascaretas del tapiz

—¿Qué pasó con Clara, Ana y Pilar, digo con las tres monjas buenas? —preguntó Star.

—Las mataron. Horrible, niña. Aquí está contado con todos los detalles. Es decir, una, Ana, se ahorcó, y estaba tan flaca y tan en los huesos que se podía decir que ahorcó su propio esqueleto. No dormía ni comía. No comía porque temía ser envenenada ni dormía porque le había dicho la misma madre superiora que si no aceptaba los amores del señor Domingo de Santa Lucía la matarían cuando estuviera dormida. Iban por la noche a su celda y con las mascarillas puestas cantaban y bailaban en torno a la yacija donde ella velaba día y noche con grandes ojos extraviados. —Contando eso pensaba Samar en otro de los llamados *poetas malditos* de fines de siglo pasado francés, Maurice Rollinat, que dejó poca huella en las letras y que entre otras cosas tenía un poema, si se puede llamar así, que aludía a un esqueleto o a una mujer extremadamente flaca que, sin embargo, era deseable y que acabó de mala manera y no por defender su virginidad. También Baudelaire —éste con talento natural— había cantado la belleza de los esqueletos.

Decía el poema al que se refería Samar cosas medio idiotas, medio inspiradas. Y estaba Samar tratando de mostrarle a Star García, que era extremadamente perspicaz y receptiva para las cosas del arte, que la tomaba a ella en serio, como a una persona mayor, es decir, que no era como Villacampa que la consideraba francamente inferior al menos en materia de conocimientos ácratas.

Leía Samar:

*«Mademoiselle Squelette!
Je la surnommais ainsi:
Elle était si maigrelette!
"Crachant une gouttelette
De sang très peu cramoisi
Elle était si maigrelette!
"Sa phthisie étant complète;
Sa figure verdelette...
Un soir, à l'espagnolette
Elle vint se pendre ici.
"Horreur! une cordelette
Décapitait sans merci
Mademoiselle Squelette:*

Elle était si maigrelette!»

Luego se lo traducía y Star se quedaba confusa pensando: «¿Ese es el mundo de Samar? ¿En esto consiste su diferencia?».

—Ana, Clara y Pilar eran de una pureza absoluta —decía Samar.

—¡Ah!

Era lo único que ella no comprendía.

—Aquellas tres hermanas eran seres angélicos.

—¿Tú crees en los ángeles?

—Bueno, es una manera de expresar por símbolos la extrema pureza. Las tres hermanas estaban más cerca de Dios que nadie.

—Ya sé que tú crees en Dios. Yo no sé, qué quieres que te diga. Me gustaría creer, pero la verdad es que viendo las cosas que hacen sus empleados... Mira que esas monjas bernardas son de aquí.

—Eso es otra cosa.

Y siguió explicándole lo de Las Tres Hermanas y que por su pureza y su grandeza les habían dado los campesinos ese nombre a tres picos montañosos que había encima de los Pirineos, y le enseñó fotografías con las cumbres nevadas.

—Éste es el valle de la Pineta, ¿lo ves? Al fondo el macizo montañoso de Las Tres Hermanas. Aunque las fotos están tomadas en verano, como ves, Las Tres Hermanas están cubiertas de nieve.

Callaba Star, feliz de que su amigo le hablara de aquella manera. Las beatitudes de su abuela le parecían sin importancia, pero lo que estaba contándole Samar era oscuro, negro y profundo como un abismo con sangre en el fondo. Le daba miedo creer en aquello.

Se decía Samar mirándola con atención: «Esta niña podría ser otra de esas Tres Hermanas por el lado de la libertad de Dios bien entendida, y haciendo el amor conmigo». Con Samar, claro, mejor que con nadie. Con otros sería tal vez el camino del crimen, como con las bernardas. Precisamente con él. Y con nadie más que con él, claro. ¡Pues no faltaría más!

Pero se avergonzó un momento de esa reflexión carpetovetónica. Se habían visto desnudos el uno al otro, desnudos como el día que nacieron. Y se querían. Bueno, el amor es el amor y cada uno lo entiende a su manera, lo mismo que a su manera entiende cada cual la libertad y entiende o trata de entender a Dios.

Y la vida era todo eso. Y allí estaba ella, la «muñequita» y allí estaba él, el «muñecón».

A pesar de la aparente apacibilidad del día se oía a veces algún disparo lejano. Star dijo: «Son éstos, los de la novia tuya, que todavía empujan a los nuestros a jugar al matarile, los de esa novia tuya que se ha querido matar con pildoritas».

Habían vuelto la mayor parte de los trabajadores a sus honestas faenas. Y la Chika debió pensar algo parecido porque se levantó y dijo:

—Anda, sigue ahí con esos papelotes. Que vives como un *lumpen*. Tu casa es una pocilga.

Le extrañó a Samar que la Chika empleara la palabra *lumpen*, de extracción marxista. Debía haberla atrapado en algún folleto de su padre y trataba de darse importancia. Samar contestó:

—Sí, yo siempre he vivido así. Tú sabes, en mi familia hay algún dinero, pero es de mi hermano mayor, que me envía un poco cada mes para que pueda aprender un oficio o hacer una carrera porque la ley lo obliga. Pero en Aragón todo es del hijo mayor. Se hizo así en el pasado porque es tierra pobre, para evitar que se dividieran las haciendas y fueran todos igualmente menesterosos. Así, las herencias no se parten y hay algunos ricos y muchos medio ricos. En aquellos tiempos el rey necesitaba ricos que sometieran a los pobres, para sus guerras, y también que estudiaran y dieran sabios a la nación. Con un pueblo de mendigos no se podría hacer nada.

—Entonces ¿tu hermano es rico? ¿Convida a comer al cura en su casa?

—Alguna vez —rió Samar.

—Ah, esas visitas de los curas a mí me escaman. Mi padre decía que los curas sólo entran en las casas a meter algo o a sacar algo.

Soltó Samar la carcajada y la niña se fue a sus faenas, mientras él volvía también al cartapacio de las bernardas. Decía aquel legajo que sor Ana se mató colgándose con su propio cordón monacal del quicio de la puerta de su celda.

En realidad la vida que le quedaba cuando se mató era ya muy poca. Y sin embargo, era toda la vida. La vida entera. La vida entera de cada ser humano, de cada pueblo. La vida misma del universo. Y se la quitó porque ya no podía más. Eso fue lo último que debió decirle a Dios en sus oraciones si le dijo algo, porque el suicidio en su caso era tal vez la única y la mejor oración posible. La madre superiora llamó a capítulo, como solía cuando pasaba algo inusual, y según Gómez Laín volvió a sus argumentos. «El suicidio de Ana demostraba que estaba en manos de Satanás.» Las otras dos, es decir, Clara y Pilar, aunque no se habían suicidado, estaban en el mismo caso.

De acuerdo fueron todas en fila (según costumbre en las comunidades) pasillo adelante hasta llegar al umbral de la celda de Ana, donde seguía colgada. Dijo la superiora con voz inapelable:

—Suicidarse es un pecado capital. Esa desgraciada está en el infierno.

Ignoraba sor Agueda que la misma Iglesia acepta el suicidio en algunos casos, si con él se libraba el suicida de una abominación mayor. Santas había que se habían suicidado.

La fila de las bernardas fue dando vueltas alrededor del cadáver colgado y la madre superiora «in extremis», y para que vieran que no le guardaba rencor, leyó el oficio de difuntos. Pero entre oración y oración algunas, como la monja francesa para cuya abuela escribió Villón, y sor Artemia, hacían morisquetas y aguantaban la risa.

La francesa, cuando terminaron los rezos, dijo que la madre superiora había hecho mal en rezar las oraciones.

La madre explicó que tal vez en el último instante; antes de morir, la hermana Ana se arrepintió.

Pero nadie la oía porque sor Cristobalina levantó los brazos como si fuera a bailar la jota, y como por ser forastera e ignorar las danzas del país no sabía cómo hacerlo, dio lugar a risas de burla mientras movía las caderas exageradamente. Creía que en la jota se movían las caderas.

La superiora le advirtió:

—Eso es más bien la zarabanda, que algunas monjas bailan en la catedral los días de repique gordo, aunque hay padres de la Iglesia que lo reprueban.

—No en esta diócesis —gritó histéricamente sor Flavia, quien se puso a bailar allí mismo la zarabanda para que viera la diferencia la hermana francesa.

Las otras cantaban y aquí el visitador de Su Majestad, que debía ser hombre de creencias acendradas, se deshacía en consideraciones que revelaban sobresalto y dolor: «... no podría, señor, expresar la grima de mi alma recordando las palabras que escuché de labios de algunas monjas, unas como lamentándose y otras con visible satisfacción de sí y como mujeres del mundo y aun del mundo más bajo. Porqué la misma madre superiora inventó una especie de letanía pecadora y obscena para escarnecer a la pobre sor Ana. El caso es que las monjas bernardas, enardecidas por la presencia de la muerte, hicieron una verdadera saturnalia y algunas tirando de las vestiduras de la santa (porque así considero yo a sor Ana) fueron dejando su cuerpo descubierto y burlándose de su extremada flaqueza y fealdad, aunque una de las monjas que parecía tener más sentido y que se llama sor María Juana, me dijo a espaldas de las otras que no era cierta la fealdad porque en su extrema delgadez parecía iluminada por una luz que no era de este mundo». Los informes del visitador no habían terminado ahí, como se puede suponer.

Y Samar seguía copiando y anotando las márgenes. La presencia de Star en la casa le ayudaba porque estaban los días contados para los exámenes y así el tiempo que tendría que dedicar a prepararse alguna comida y a los cuidados más indispensables los dedicaba al trabajo.

Alguna noche la pasó entera trabajando y luego andaba por la casa como un fantasma.

Entretanto le iban llegando noticias a través de Star, que iba y venía por la ciudad, de los supervivientes del grupo Espartaco. Lemus y Torres seguían en libertad y Villacampa en la Cárcel Modelo. Esto último lo decía Star lamentándose y no precisamente de la mala suerte de Villacampa, sino del prestigio revolucionario que aquella preferencia de las autoridades le daba. «Oh, cómo va a presumir conmigo cuando salga», pensaba.

Seguía Samar copiando a Gómez Laín: «Entonces fue cuando las monjas bernardas sin saber por qué (tal vez por ocultarse de sí mismas, cosa imposible)

dieron en llevar sobre sí las máscaras del gran tapiz de la sala capitular, que recortaron con tijeras.

»Se reconocían unas a otras más por los meneos y por las voces que por las caras que llevaban tapadas. Y era de tal forma que toda la vida conventual parecía un juego de niños y siendo éstos ya crecidos y más que maduros, un juego de locos. Después de descolgar y enterrar el cuerpo de Ana, una de las otras dos monjas que conservaban la castidad, la llamada sor Clara, salió al corralillo que hacía de cementerio y puso al pie de la rústica cruz un pequeño manojito de pobres flores silvestres que por allí crecían y dos ramitas de ciprés en cruz, y acababa de hacerlo cuando salieron en tumulto todas las otras, menos Pilar, con sus máscaras puestas y cogiéndose de la mano comenzaron a girar alrededor de Clara, cantando:

*A la jota, jota
de los caballeros
que estamos absueltas
por el reverendo...*

»Veía Clara aquellas mascarillas a su alrededor y creía estar soñando. Pero pronto se dio cuenta de que no estaban todas, sino que faltaban dos, y al oír gritos en el interior del convento y reconocer por ellos a Pilar entró corriendo y la encontró en su celda con dos monjas enmascaradas, que fingiendo la voz le decían, en un latín macarrónico:

»—*Comunitatis oder sepulcrum!*

»Una de ellas llevaba una cuerda en las manos del grosor de las que se usan para tender ropa y la hacía voltear en el aire para hacerla más ostensible. Entretanto, decía:

»—¿Pensáis que sois mejores que nosotras? ¿Por qué? ¿Porque no dejáis entrar en vuestra cama a un hombre? Ya sabemos que tenéis misivas escritas para la Inquisición y antes iréis al fosar que lograréis que esas misivas salgan de esta casa.

»A los gritos de estas dos monjas enmascaradas acudieron las otras y alrededor de Pilar y de Clara giraban cogidas de las manos:

»—El amor mandaba: *tú serás mi esclava o tú morirás, monja remisa.*

»—En camisa.

»—Antes de la misa.

»La primera frase era de la *soeur* de la Vendôme y era el primer verso de un poema dedicado a María Estuardo en el cual se basaba sor Cristobalina para convencerse a sí misma de que el amor no tenía remedio ni se le podía ignorar cualquiera que fuera la clase de vida que se siguiera. No se podía ignorar so pena de muerte.

»Sor Cristobalina decía a las monjas castas:

»—Caeremos sobre vosotras cuando estéis dormidas y os estrangularemos no con una cuerda, que deja tiempo para revolve y arañarnos, sino con esto —y mostraba

el gancho más largo del fogaril del refectorio— que apretando por la garganta contra la cama no podréis alcanzarnos ni podréis alentar. Y cuando durmáis dormiréis para siempre. Eso es, y nosotras sabemos cuándo. Nosotras lo sabemos y vosotras no.

»Fingiendo otras voces de las suyas naturales y propias todas decían cosas parecidas. En todo caso Clara y Pilar no se atrevieron a separarse ya nunca, y mientras una dormía, la otra velaba.

»Comer sí que comían porque les llevaba algo la hermana tornera, la coja. Pero sólo comían aquellas cosas naturales en las que no podía haber mezcla de ponzoña.

»Así y todo fueron desmejorando rápidamente. La doncella mártir —así me atrevo a llamarla, señor mío— ya enterrada en el cementerio, era hija de una casa de labradores del lugar, y siendo niña y habiendo una vez oído decir a un sacerdote que cuanto más a menudo comulgara más cerca estaría de nuestro Señor Jesucristo, la niña, en su inocencia, iba a la parroquia y después al convento y luego caminaba hasta Bielsa y en todas partes comulgaba, a veces hasta seis o siete veces en un día hasta que advertidos sus padres le dijeron que aquello no era razonable ni necesario ni siquiera permisible.

»La que más torturaba a las dos supervivientes era la monja francesa que decía, como algunas monjas dicen mintiendo, por vanagloria, ser pariente de la casa de Francia por Mme. Claude, esposa del rey Francisco I y que dicha Mme. Claude tuvo amores con otros varones y después de morir de una enfermedad que le contagió su esposo en la cama, su cuerpo, ya muerto, hizo milagros. Ella lo había leído en la *Chronique d'Anjou* y podía mostrarlo, con lo cual, una vez más, se veía que el amor de hombre no era pecado y que Clara y Pilar debían seguir el camino de Ana si continuaban de aquella manera.

»En cuanto a esas dos virtuosas doncellas, la llamada Pilar era de apellido Abarca, y tengo motivos para suponer que ella sí que venía de línea de príncipes, es decir, de Sancho II de Navarra llamado Abarca, porque la dicha Pilar Abarca viene de casa principal de Aínsa, que fue capital del reino de Sobrarbe, más antiguo que el de los Asturias, con fueros y privilegios de cuya antigüedad no se alcanza memoria. Y la tal Pilar Abarca pudo vivir hasta veintisiete días aguantando espantos nocturnos cuando se quedaba dormida por fatiga insuperable y veía entrar al tropel de las enmascaradas con hierros de chimenea y otras armas y con una algarabía más de guerreros almogávares en tiempos de correrías y pillajes que de religiosas bernardas y cistercianas.

»Clara, por su parte, era la más tímida de las tres, según he tenido noticias ciertas por documentos anexos que podrá ver Vuestra Majestad y se trata en su caso de una doncella de origen modesto. Era la más odiada de la comunidad, y cuando en estas casas y hermandades de monjas hay división de opiniones las que salen adelante con la suya no perdonan a nada ni a nadie y Clara fue la segunda víctima de las mascaradas, que con el hierro de la chimenea le apretaron la garganta muy fuertemente contra la cama y así no pudo gritar ni decir palabra, pero en los

movimientos y espasmos del ahogo despertó a Pilar Abarca, quien salió corriendo y pudo llegar a la capilla y arrodillarse frente al sagrario.

»Mientras moría Clara, las otras monjas cantaban el Miserere Mei Domine, no se sabe si por burla o para prevenirse de las voces que pudiera dar Pilar desde la capilla. Además de todo esto, dos de las monjas se estaban en la planta baja de la pequeña torre del monasterio para que Pilar Abarca no pudiera avisar al vecindario tirando de la cuerda y tocando a rebato.

»Extrañadas de que no lo hubieran intentado antes, las otras religiosas cortaron la cuerda del badajo y luego, pensándolo mejor, desengancharon éste para mayor seguridad.

»Nada se habría descubierto de estos hechos si no fuera porque trasladado mosén Raymundo enviaron al convento al licenciado Melchor de Villanueva como capellán y Domingo de Santa Lucía asustado de los hechos sabidos ya (que según me dijo no tenía más ánimo que una mosca), reveló lo que sucedía al dicho licenciado. Ya por entonces y al tener conocimiento de la muerte de Ana y de su enterramiento, el señor Teófilo de Ter se marchó del lugar y en Gerona vendió sus bienes para pasar a tierras de Francia, pero quedaban el dicho Domingo de Santa Lucía y el señor de Villacampa, que no creían que hubiera peligro mayor, dado el secreto de la vida de los conventos y la seguridad de que el nuevo licenciado haría como el anterior.

»Fue entonces cuando las monjas, temerosas de que Pilar las acusara de lo sucedido, comenzaron encerrándola y vigilándola día y noche por una lucerna sobre la puerta para que no pidiera confesión al licenciado y esperando a ver cuándo quedaba dormida, pero ella aguantó así y en oración constante ocho días con sus noches, al cabo de los cuales cayó desvanecida y en un sueño tan profundo que la muerte debió pasar tal vez inadvertida, según dijo más tarde la madre superiora, y no lo confesó por aliviarse, ya que parece no tener miedo de los jueces de la tierra ni de los del cielo, sino solamente como novedad digna de ser notada.

»El licenciado se enteró, como dije, por Domingo de Santa Lucía e hizo la denuncia y fue, gracias a ella, cómo los tres crímenes y las costumbres sacrílegas del monasterio fueron descubiertos y puestos en conocimiento de las autoridades, que de otra manera y tal vez por la pusilanimidad de los campesinos y la falta de testimonios concretos habría pasado todo inadvertido.

»En cuanto a la comunidad pecadora, las monjas cantaban en el coro un Ave María Láctea (así la llamaban) en la que aludían a la hermosura de la leche de sus pechos y había en aquella oración expresiones bastantes para llevar a la hoguera a una gavilla de herejes.

»Misterios sucedieron en el convento de las bernardas durante aquellos tristes tiempos que tal vez no merecen ser relatados y uno de ellos es que habiendo en la comunidad un gato al que llamaban el “Mallorete”, que era como decir el pequeño judío, así como en Mallorca dicen también del natural el *chueta*, que es lo mismo, y que si unos creen que quiere decir el cerdo no es verdad, porque eso ha venido

después y *chueta* quiere decir en lengua hebrea *pequeño judío* y es apelativo cariñoso, pues como digo ese gato pasaba un día la iglesia, durante la celebración de la misa, persiguiendo un ratón y al mirar al altar mayor y ver que el sacerdote estaba en el momento de la consagración se detuvo y con los pelos erizados y el lomo levantado dio un bufido que muy bien oyó todo el mundo y salió por una puerta lateral arañando el suelo con las uñas y aun rasgándole la punta del velo a la hermana sor Flavia, según ella mostraba con espanto.

»Sin embargo, nada se hizo contra el gato, sino que éste decidió no entrar nunca más en la iglesia durante las horas en las que había oficios y esto sucedía cuando era capellán el referido mosén Raymundo, ya fallecido.

»Sor Flavia solía decir, refiriéndose a las tres sorores con notoria arbitrariedad y mala intención, un refrán que no pensaba poner aquí por parecerme de mal gusto, pero no quiero ocultar nada a las autoridades que hayan de tratar este asunto. El refrán era:

*¿Putas sin ganar nada?
Para eso mejor honrada.*

»Con eso querían decir que las tres sorores carecían de atractivos, lo que está muy lejos de ser verdad, según testimonio de todos los que conocieron a las virtuosas hermanas.»

El informe de Gómez Laín terminaba sugiriendo a Su Majestad el Rey no las medidas de justicia que parecían naturales (lo que habría sido improcedente por razones de respeto jerárquico), sino que los cuerpos de las vírgenes que resistieron toda clase de asechanzas y peligros, incluso la amenaza de muerte, fueran sacados de aquel lugar miserable y llevados a otro de mayor dignidad. Tal vez al monasterio de Las Huelgas de Burgos.

En el legajo había una nota de otra mano con tinta violeta que decía: «Así se hizo como se puede comprobar en el dicho monasterio de Las Huelgas».

Y así terminaba el legajo. Los comentarios que añadió Samar eran de carácter más o menos académico, pero un poco pintorescos a la manera española. Decía: «En el terreno de la justicia humana las bernardas son culpables sin duda y supongo que como tales fueron consideradas, aunque no he logrado encontrar la sentencia si la hubo ni los procedimientos legales que a ella debieron conducir.

»En otros terrenos las monjas podían ser consideradas inocentes.»

Sin darse cuenta, Samar se había contagiado un poco del estilo de los legajos con los períodos largos y ergotizantes del siglo XVII. Todo en el universo va hacia dos extremos, decía: el caos (en el ser humano, los sentidos y el libre instinto) y la mente (tendencia a los extremos dogmáticos del orden). Del orden humano o de la orgía «a lo divino».

Cuando Samar creyó haber terminado la parte más incómoda de su trabajo llamó a Star, que andaba trajinando por la casa y volvió a hablarle de las monjas sacrílegas y de las tres monjas virtuosas.

Star García dijo tranquilamente:

—Esas tres monjas vírgenes y mártires eran tontas a lo divino y las otras a lo miserable y animal.

No dejó de extrañarle a Samar aquello:

—¿Y tú y yo? ¿Somos tontos también?

Tardaba ella un poco en responder y por fin dijo:

—Nosotros somos tontos ordinarios, porque ya ves como vivimos. Comenzamos revoluciones que no acabamos. Luchamos por la libertad y vamos a la cárcel. Al menos las tontas a lo divino, éstas sacan algún provecho: o dan su nombre a los picos nevados o se enamoran de ellas tontos ordinarios como tú y les escriben cartas que parecen... que parecen...

No sabía la palabra, es decir, la sabía y no la encontraba. En cuanto a Samar, pensando en Elvira, no sentía el menor remordimiento sino una especie de decepción y se acordaba de aquello que dice Nietzsche sobre los dioses: «No existen porque si existieran nosotros querríamos ser como ellos, y algunos lo serían». Bien. Elvira había tratado de ser una diosa, tal vez como lo eran sin habérselo propuesto las tres sorores.

Samar pensaba todo esto en broma y con una cierta satisfacción secreta que le hacía preguntarse: «¿Seré tal vez una mala persona?». Era más probable que fuera un tonto ordinario, como decía Star.

XIII

La muñequita y el muñecón

En aquel momento Star miraba fijamente a Samar como si tratara de hipnotizarlo:

—Tú también crees que soy tonta, ¿verdad? ¿No? Entonces me gustaría hacerte algunas preguntas. ¿Me juras que me contestarás sinceramente?

—Bien —y añadió, impaciente—, pero no olvides que tengo que trabajar.

—Sí me das prisas, entonces no te pregunto nada.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—¿Tú te has acostado con Elvira?

—Sí.

—¿Y con Emilia?

—También. ¿Pero de dónde sacas esas sospechas? Yo no lo he dicho a nadie. Ni ellas tampoco, supongo.

—De Emilia lo sé por ella misma. Me lo dijo a mí. Callaba y miraba con una completa tranquilidad y después de un largo silencio preguntó:

—¿Y por qué no nos hemos acostado tú y yo?

—¿No quieres ser la cuarta sor de los Pirineos?

—Soy friolenta. Y te hablo en serio.

—Eres muy niña.

—Soy tan mujer como Emilia y Elvira.

—Eres la Chika del gallo, todavía. Eres muy menor, como dicen las leyes.

—Ahora resulta que te importan las leyes.

—Las leyes naturales.

—¿Es que no te gusto?

—Mucho.

—Entonces, ¿es que no me quieres?

La miró Samar primero con sorpresa, luego con un asomo de timidez (las niñas pueden ser a veces tremendas). Por fin con entusiasmo:

—Te quiero más que a nada en este mundo.

Y al mismo tiempo se decía: «¿Qué va a pasar? Ahora todo va a cambiar alrededor de ella y de mí. Todo ha cambiado, ya. ¿Por qué se lo habré dicho?»

No podía por menos de habérselo dicho. Ella se levantó y fue a sentarse en las rodillas de Samar, puso la cara contra su pecho y cerró los ojos:

—Dilo otra vez, mi vida.

Apoyó Samar su mejilla contra la cabeza de la niña:

—Villacampa está enamorado de ti —le advirtió.

—No. Villacampa me desprecia.

—Finge que te desprecia porque está enamorado de ti. —Tú sabes mucho del amor, muñecón. ¿Por qué no te casas con Elvira?

—Es una cuarta soror fracasada.

—¿Y con Emilia?

—Es una bernarda viciosa.

—¿Y conmigo?

—No. Te quiero demasiado.

—¡Mira, con lo que sales!

—Prefiero quererte así, siempre.

—¿Demasiado? Todas las cosas que son demasiado están mal. ¿No es eso? Las tres sorores eran *demasiado*.

—Quizá tienes razón.

—¿Entonces? Además, entre nosotros, no hay que casarse, sino vivir juntos y ya está.

Vacilaba Samar como un idiota o como un sabio:

—¿Para qué? Iremos a la cama, nos daremos la gran fiesta. Luego volveremos a lo mismo y será todo como una borrachera.

—¿Verdad? —decía ella con entusiasmo.

—Sí, una borrachera de aúpa, como dices tú. Un día y otro día.

—Un año y otro año.

—No creas. No tantos años. En que pasen cinco o seis yo buscaré otra mujer.

—Yo tendré sólo veintiuno. Y seré todavía bonita.

—Eso no importa.

—Te mataré.

—No. Tú buscarás otro hombre y te querré matar, pero no te mataré porque soy razonable y porque soy anarquista. Así, te dejaré que vayas con otro hombre y me dejarás que vaya con otra mujer. Pero ya, para entonces, todo se habrá acabado.

—¿Todo? ¿El qué?

—El amor. En ti y en mí. Quedará algo muy aburrido: la costumbre. Y haremos el amor alguna vez en lugar de tomar una tableta de aspirina, para sentirnos mejor. Sin amor, claro.

—¿Es posible, eso?

—Es más que posible. Es natural. ¿Tú has conocido algún matrimonio feliz, digo de esos que llevan más de cinco o seis años juntos?

Estuvo ella meditando un rato y por fin negó con la cabeza sin dejar de tener la mejilla pegada al pecho de Samar. Luego añadió con la voz abierta del que sonríe:

—Oye, nuestros corazones funcionan al mismo tiempo. No se oye más que uno. Aunque seamos desgraciados, lo seremos juntos y eso será mejor que separados.

Le cogió la mano a Samar y la llevó contra su corazón:

—Di «tan, tan, tan», según lo oigas.

—Tan, tan, tan.

Ella lo decía también al sentir batir el de Samar y las voces coincidían.

—Eso sí que es bueno. Andan juntos, nuestros corazones.

Se aceleraban un poco con el deseo sexual y se aceleraban al mismo tiempo.

—Ahora van más de prisa.

—Es verdad.

—¿Y la naturaleza es tan mala que no permite a nadie quererse más de cinco o seis años?

—Poco más o menos.

—Entonces, ¿sabes que te digo? Que Elvira tenía razón queriendo matarse.

—No. Matarse es como querer acabar con todo lo creado, con los que te quieren, con los que te odian, con la familia, con la sociedad, con la humanidad, con el mundo entero y con el universo. Eso está mal. Es de un gran egoísmo. Hay que pasar el trago como se pueda.

—Un trago bien rico debe ser —y se acurrucaba contra Samar—. Pero entonces ¿no hay verdadero amor en el mundo?

—Sí que lo hay.

—¿Cómo es?

—Como el de las tres hermanas.

—No. No quiero ser una montaña nevada. Anda, hazme el amor, bien mío.

—Prefiero quererte toda mi vida como te quiero ahora. Vete con Villacampa.

—Está en la cárcel.

—Vete cuando salga.

—Iré si tú quieres, pero entretanto hazme el amor. Si es verdad que te gusto y que me quieres, hazme el amor. Yo no quiero morir virgen como esas tres hermanas. Si ellas te hubieran conocido tampoco habrían querido morir vírgenes.

Eso halagó mucho a Samar y se dijo, pensando en Nietzsche, que debe haber dioses cuando nosotros queremos serlo, a veces. La niña seguía hablando:

—¡Anda que si hubieras sido tú el capellán de ese convento!

—Yo no podría ser capellán de convento ninguno, y aunque lo hubiera sido las tres monjas, Ana, Clara y Pilar, no se habrían enamorado de mí. No todas son como tú. Ella apartó la cabeza y lo miró, sorprendida:

—¿Cómo soy yo? ¿Está mal quererte? Puedes hacerme el amor ahora y después iré con Villacampa. Al fin una mujer no es una esclava. ¿Verdad? Nosotros hacemos lo que queremos hacer, cuándo y cómo queremos hacerlo. Además, es posible que yo te guste bastante para quedarme siempre contigo. ¿No eres anarquista tú?

—Sí, pero un poco demasiado.

—¿También en eso hay *demasiado*?

—También. Soy un anarquista totalitario. Ya sé que eso no lo entiendes.

—¿Cómo que no?

—Las mujeres no entendéis de eso. La naturaleza hace que las mujeres no entendáis sino la afición al hombre para producir nuevos seres humanos. Así, estáis siempre esperando que alguien os penetre y os deje la semilla dentro.

—¿Adónde vas a parar?

—Pues a que amáis a todos los hombres, más o menos. Y no os sujetáis a ninguno porque a la naturaleza le conviene la variedad, y el producto del amor, el recién nacido, cuando cambia el macho, es mejor. Con un mismo macho siempre, la hembra se deteriora y el producto humano es inferior. Hay que cambiar de pareja.

—Bueno, ¿no es igual con los hombres?

—No tanto. Los hombres muy masculinos tienen o tenemos una noción viva de lo absoluto y lo eterno y queríamos ponerla en el amor. Si buscamos a veces otra hembra es porque no encontramos ese absoluto en la anterior. Y si llegamos a desesperarnos del todo somos como don Juan. Unos degenerados.

—¡Vaya! ¿Dices lo absoluto?

—Eso es. Lo absoluto.

—¿Quién ha visto tal cosa?

—Los sabios de la antigüedad y los de ahora saben que sin ese absoluto no podría existir lo relativo. Y yo no quiero quererte a ti como comenzaba a querer a Elvira. Digo, con un amor proyectado hacia la eternidad.

—¿Y la eternidad, qué es?

—Lo contrario del tiempo. Si no existiera la eternidad no podría existir el tiempo.

—¿Y así querías tú a Elvira? ¿Y ahora no? ¿Por qué?

—Porque quiso matarse por mí y eso me hace sentirme culpable. No hay que matarse por nadie, sino vivir eternamente para alguien.

—Eso es imposible.

—Por eso es más hermoso. Por ser imposible.

—Explícamelo.

—No lo entenderás porque eres mujer. Y la naturaleza no quiere poner la misión y la responsabilidad de fabricar a los hombres en personas con una cabecita llena de infinitos y eternidades. La naturaleza quiere estar segura de que no se va a acabar la especie humana y para eso necesita matrices seguras, voluntades realistas y no mujeres intelectuales ni filosóficas ni metafísicas. Quiere buenas caderas y buenos pechos. La filosofía nos la deja a nosotros.

—¿No ha habido mujeres filósofas?

—No. Alguna ha querido hacer filosofía con el amor, pero ésas no han tenido hijos casi nunca. Y acaban mal.

—¿Y por qué la naturaleza no nos quiere listas?

—No es eso. Listas lo sois y más que nosotros, pero en otro sentido y para las cosas de la realidad práctica. Y sin daros cuenta necesitáis cambiar de hombre después de cinco o seis años. Buscáis hombres con mejores músculos, más valentía y decisión, más habilidad de conquista, más belleza.

—Eso, no. A mí no me gustan los hombres bonitos.

—Bueno, más belleza a vuestra manera.

—¿Qué manera?

—Ah, eso yo no lo puedo imaginar. Nunca he entendido lo que las mujeres llamáis hermosura en el hombre. Parece que la naturaleza ha hecho que las cosas sean así.

—¡Siempre con la naturaleza!

—¡A ver! Es todo lo que tenemos.

—Pero el amor es el amor. En prosa, en verso, con música y hasta con filosofía. ¿No crees?

—El amor es una invención de la mujer para atraparnos en el nombre de Dios y justificar la entrega. Por eso el hombre dice: ¡Oh, el amor! ¡El divino amor humano! Hay dioses y yo voy a ser como ellos por el amor, penetrando en la hembra y dejándole dentro la imagen mía proyectada hacia el infinito. Eso pensamos sin darnos cuenta. Y no somos sino unos pobres diablos. Claro es que Dios nos paga generosamente con el deleite, eso sí.

—¿Cómo es Dios? ¿Quién es Dios? ¿Dónde está Dios?

—Si pudiera explicártelo, Dios ya no sería Él. Si pudiera explicar quién es y cómo es y dónde está, Dios sería yo. Yo, con mayúscula. ¿Entiendes?

—Tú eres Dios, para mí.

—Hasta que te lleve a la cama.

—¿No quieres, mi diosito?

Samar la apretó en sus brazos, la besó largamente en los labios y luego la apartó un poco diciéndole una vez más:

—Villacampa te quiere tanto como yo. Aunque no tan bien como yo, porque no sería capaz de renunciar a ti para dejarte venir a vivir conmigo. Eso es amor, niña. ¿O no lo entiendes tampoco? Con Villacampa serías tú más feliz.

Ella volvió a echarle los brazos al cuello:

—Ese no es el amor que yo quiero. No el de renunciar. Bueno, yo los quiero todos los amores, digo, todos los que tú puedes dar con tus infinitos y eternidades y estrellas y cometas y dioses y demonios y monjas bernardas y sorores. ¿No se dice así?

Se pegaba a su cuerpo y claro es que Samar, como cualquier otro hombre, olvidó todos los prejuicios sobre la edad y sobre la pasión de Villacampa, y como hombre ya maduro trató de evitarle a ella esa decepción que tienen casi siempre las vírgenes en la noche de bodas (confusas entre la novedad y el hímen roto) y lo evitó acariciando a Star hasta hacerle gritar y no con el orgasmo sino con el deseo llevado a los últimos extremos posibles.

Así las cosas sucedieron plausiblemente, orgiásticamente, según las leyes humanas y tal vez divinas.

Después de un largo espacio de silencio Samar dijo, soñoliento:

—¿Qué piensas, muñequita?

—Que no podría llegar a entender a las tres hermanas.

Yo soy sólo natural. Y ellas eran sobrenaturales. Eso, creo que puedo verlo claro, pero te digo que no es para mí.

Star García era lógica como deben serlo los arbustos, las aves, los rayos solares. Samar no decía nada y Star añadió:

—A pesar de todo, ya me gustaría a mí ir a tu tierra y subir a pie contigo a esos tres picos nevados y comer un poco de la nieve más alta. Eso sería como comulgar. ¿No crees?

La mujer es siempre habladora e inteligente después del amor, contra la costumbre que establece que *post coitum* todos los animales están silenciosos y tristes. El hombre, también. Pero la mujer no. Samar sentía la mente más activa y clara. Y recordaba un libro de un escritor del siglo pasado que decía: «Es un hecho comprobado que el proceso de desintegración de los tejidos de las células del cerebro está en relación con la formación de las ideas, es decir, con el proceso de elaboración del idear consciente». Así pensaba. Porque Samar creía que no había renuncia en eso del «idear consciente», ya que había también un «idear inconsciente», también. El de los instintos. El de las monjas bernardas, aunque extraviadas por falta de desarrollo natural o sobrenatural.

Y pensando en las bernardas recordaba que a veces los centros nerviosos relacionados con el sexo están deformados en la espina dorsal y en la llamada médula oblonga y se irritan con alguna morbidez por cualquier motivo: el olor del incienso, tal vez el sonido de la campana en la torre, el del órgano, las voces de los coros de maitines, la luz que entra por la celosía. Esas personas encuentran relaciones inexplicables entre las cosas de las cuales se desprende un misterio que relacionan con la divinidad. De ahí que a veces el misticismo religioso tome calidades eróticas y con palabras eróticas se exprese. Una hipersensualidad concordante con amorosos raptos y trances y delirios suele ser común en los místicos.

Y en ellos se desarrolla sobrenaturalmente bien.

Una de las cosas más frecuentes después de la cópula era la llamada sinestesia, es decir, la transferencia e intercambio de sensaciones: oler un sonido, tocar un color, ver un perfume, gustar una palabra o un sonido. A veces, después de alguna clase de exceso, Samar se quedaba pensando qué había en las cuerdas de algunos instrumentos de música, por ejemplo el violoncelo, un sonido (no sabía cuál) que podía matarlo rompiéndole algo en el corazón. Y Samar se consideraba un hombre del todo normal. La «comprensión de lo misterioso» era una de las consecuencias del abuso orgiástico (en los alcohólicos o en los hipersensuales eróticos) y lo sabía por experiencia. Gerardo de Nerval, el poeta suicida, dice en algún lugar: «Cosas sin forma y cosas inanimadas rigen las tareas de mi mente». Los médicos psiquiatras consideran eso formas degenerativas y quizá son consecuencia de la destrucción de las células

cerebrales por exceso de tendencia a la «elaboración consciente». Eso se ve en «El Horla» de Maupassant...

—¿En qué piensas? —preguntaba ella.

Pensaba —sin decírselo a ella— que casi todo el arte medieval estaba basado en pinturas y versos líricos fuera del tiempo y del espacio, es decir, no históricos sino míticos. Quizá lo que estaban haciendo los anarquistas era eso: gran arte, sin saberlo. Preparando los mitos de un mañana lejano, aunque pareciera utópico. También el mundo de ahora le habría parecido utópico al hombre del neolítico.

—¿Por qué a los anarquistas todo nos sale mal? —preguntaba ella.

—Pues... —trataba de explicar Samar sin esperanza de ser entendido— la fuerza que realmente empuja nuestro pensamiento y nuestra acción vienen del mundo de nuestro inconsciente y es como una horda de salvajes que irrumpe en nuestra conciencia atropellándolo todo, exigiendo alojamiento y comida y no atendiendo leyes ni reglamentos y ni siquiera necesidades en los otros. Si podemos acomodarlos a todos y darles lo que piden y alojarlos en nuestra consciencia todo va bien. De otra forma llega alguna clase de cataclismo.

—¿Como las mascaritas y los bailes y los asesinatos de las bernardas?

—En cierto modo.

—¿Estaban locas?

—No necesariamente. El misterio, base de la locura, es natural, incluso en las ciencias. Por ejemplo, la dimensión que marcan los matemáticos con una *n* —una ene— existe como algo concreto y razonable. Entonces no se puede considerar loco a un anarquista, sino más bien una especie de místico de la libertad.

Iba más lejos Samar y con las manos cruzadas detrás de la nuca, se decía: «Muchas cosas que en el pasado se consideraban supersticiones vulgares han resultado verdad: doble visión, incluso curación por imposición de manos, comunicación mental a distancia sin palabras, hasta maldiciones y conjuros. Son cuestión de fe. Eso se veía cada día en el curso de la revolución que trataba de crear mitos y cuyos mitos creaban canales para formas nuevas de fe, es decir, de creer en lo que no se ve». Dijo esto último en voz alta y Star comentó:

—Pero eso es ridículo. ¿No crees?

—No. Tú querías hacerte una muñeca. No podías. Robaste dinero para comprarla y cuando la tuviste la acariciabas, le hablabas, la castigabas, la amenazabas como si ella te oyera. Si todo eso te daba placer, ¿cuánto mayor sería el de las monjas bernardas con sus amantes e incluso con sus víctimas? Tú sabes, cuando se le impide al individuo el desarrollo normal de su mundo inconsciente todas las deformaciones son posibles y la más frecuente es una que llaman *panafobia*, es decir, que se odia a todo el mundo, incluso a los animales y a los árboles, a los peces y a las estatuas.

—Cuando ahorcaron a mi muñeca yo habría pegado fuego a la casa y hasta acuchillado a mis tías beatas. En serio.

—Muchos chicos que apedrean perros, matan pájaros y rompen cristales a pedradas y algunos campesinos que apalean a sus animales de trabajo sin motivo sufren una *panafobia*. Lo primero, perros, pájaros y cristales, también lo hacía yo, de chico. Los chicos más pequeños van tanteando a ver cómo acomodan su inconsciente al medio en el que viven y van a eso que llaman *ecolalia* y que no tiene nada de particular. Consiste en imitar sonidos que oyen o en decir palabras sin sentido, casi siempre repitiendo alguna sílaba: la pata, el pato, la patata, el patato, la patarata, el patarato, la paparapisa y el paparapiso, etc. Tú sabes, es que ensayan maneras de formar su expresión, alguna clase de acción acomodaticia al medio. Un medio que ignoran. Algunos poetas, ya grandes, lo hacen también como esos que llaman dadá.

—¿Y qué es dadá?

—Tú.

Ella rió y comenzaron otra vez con sus transportes amorosos. Después Samar volvió a lo mismo:

—¿Tú sabes? Los niños lo primero que aprenden es a ser egoístas. Más tarde comienzan a pensar en los otros y se hacen un poco altruistas para conseguir alguna armonía con lo que les rodea. Ahí comienzan a ser conscientes. Si no lo logran caen en formas de degeneración.

—Entonces yo soy ya mayor porque quiero tu felicidad más que la mía. Te daré la sangre de mis venas, si la quieres.

—¿Qué haré con ella? Es verdad que hay *bancos de sangre* en los hospitales. Podría venderla.

—¿Cuánto te darían?

—No sé. Tal vez hasta tres duros.

—Mira, pues podrías comprarte una buena caja de cigarros puros. No creía que valiera yo tanto. En serio.

Rieron otra vez y Samar se quedó de nuevo callado y pensativo, mientras ella lo dejaba recogido en sus pensamientos, oyendo su respiración tranquila y lenta. Pensaba Samar otra vez en las monjas bernardas y en que la conciencia moral es la vida instintiva organizada. Pobres monjitas. Un doctor francés especializado en aberraciones, el francés Paul Moreau, dice que la perversión constituye, simplemente, una desviación de la *memoria física* de las células nerviosas. La aberración de las monjas no consistía en su deseo de relación sexual, que era normal, sino en la naturaleza metafísica de sus represiones.

Pero cuando Samar estaba entregado a estas ideaciones se oyó llamar a la puerta y se levantó, alarmado.

—No te muevas, no hables —dijo a Star García.

—¿Me visto?

—Sí, pero sin hacer ruido, por si acaso.

Y salió a abrir.

XIV

Aventura final

Eran Lemus y Torres, con la apariencia noblemente lamentable de los vencidos. Lemus era, como dije, un poco tímido, pero muy disciplinado (cosa rara en un anarquista) y tenía sentido olfativo del riesgo y de las circunstancias que lo acompañan. Torres, a veces, era un poco cobarde, pero si se lo hubiera dicho alguien lo habría abofeteado, de tal modo era sensitivo para las cuestiones de honor viril. De manera que sus compañeros le guardaban el secreto.

En todo caso allí estaban los restos del grupo Espartaco que en la batalla había tenido más bajas que ninguno otro: tres muertos y un prisionero. Quedaban otros tres en libertad y el problema que traían era de veras insospechable.

En aquellos días de la república las nociones de legalidad y de responsabilidad eran un poco fluidas. Se consideraban posibles algunas cosas que en otros tiempos habrían parecido del todo insensatas. Los dos miembros del grupo querían tratar con Samar de la venganza de Pascual, muerto a balazos por la policía en plena calle dos días antes.

El nombre del grupo —Espartaco— les obligaba a eso y a más. Al decir «el nombre» pensaban en el «honor revolucionario».

Oír hablar así a aquellos dos hombres le parecía a Samar cosa nueva y aun inaudita. Ninguno de ellos sabía exactamente de Espartaco sino que fue un rebelde que dio su vida por la libertad en una sublevación memorable llegando a poner en verdadero peligro el Estado romano poco antes de comenzar la era cristiana.

Samar les dijo que tenía un libro donde estaba escrito lo único que se sabía de cierto sobre Espartaco y de paso añadió que la asociación de las dos letras *sp* (Espartaco, España, espada) sugieren en todos los idiomas ideas de violencia y fuerza.

—No en la palabra *espelunca* —dijo Torres, pensando en la cárcel.

No, pero la *espelunca* sugiere el heroísmo, la *esperanza*, lo *espantoso*, es decir, alguna forma de esfuerzo. La misma palabra *esfuerzo* tiene esa asociación, aunque de un modo indirecto. Hay idiomas donde no se puede pronunciar la *e* y la sustituyen con la *P*. Uno de ellos, el vasco. Otro el germano del nordeste. En cuanto al inglés *spear* —jabalina— es otro ejemplo. Pero no todo es violencia. La palabra *espíritu* (que representa el poder creador más eficaz y seguro), las tiene también. Y la palabra *esperanza*.

Dijo Lemus que aquellas observaciones no venían a cuento aunque les gustaría saber qué es lo que hizo Espartaco y sobre todo lo que sucedió después de su

vencimiento, ya que ellos se encontraban en la misma situación.

—Hay alguna diferencia —dijo Samar alargando la mano y tomando un libro de la estantería.

Lo abrió y buscó las pocas palabras que dice Plutarco en la «Vida de Craso y de Pompeyo», este último el asesino (por delegación) del liberal rebelde (casi anarquista) Sertorio en la *Urbs Victrix Osca*.

Cuando vio que los dos amigos se disponían a escucharlo se puso a leer Samar esperando que entretanto se vistiera Star García en el dormitorio: «Un tal Lentulus Batiates entrenaba a muchos gladiadores en Capua, la mayor parte procedentes de las Galias y de la Tracia helénica y los tenía aislados y encerrados no por castigo, ni porque hubieran cometido ninguna clase de contravención, sino por crueldad y capricho. Doscientos de ellos preparaban la fuga, pero antes de que los planes estuvieran completados se enteró el entrenador y los conspiradores tuvieron que adelantar la fecha y salir como fuera. Sólo setenta y ocho lograron escapar agujereando las paredes y saliendo a un mercado de gallinas y otros animales donde se apoderaron de cuchillos, hachas y otras armas y con ellas pudieron abrirse camino por las calles y salir de la ciudad. Fuera de ella hallaron varias carretas llenas de armas destinadas al ejército y con ellas lograron fortificarse en un lugar bien elegido y seguro (nada menos que el cráter del Vesubio). Formaron allí tres capitanías, la más fuerte de todas acaudillada por Espartaco. Era Espartaco natural de Tracia y hombre no sólo de grandes fuerzas y de valor físico, sino también de agudo entendimiento y superior en cultura a los de su condición y más helénico que la mayor parte de los naturales de Tracia suelen ser. Cuando fue llevado años atrás a Roma para ser vendido como esclavo, dicen que una culebra se le enroscó en la cara mientras dormía y su mujer, que se le reunió cuando logró escapar y que al parecer tenía dotes báquicas de profecía, dijo que aquella señal anunciaba a Espartaco que llegaría a adquirir un poder inmenso, aunque sin resultados felices...».

Veía Samar que sus amigos le escuchaban y siguió después de una pequeña pausa en la que sirvió vino tinto en dos vasos y sacó un paquete de cigarrillos: «Entonces, poco a poco y a través de mil incidentes, y siempre dando ejemplo de bravura y de heroísmo, el grupo fue creciendo, aunque no tanto como hacía falta para afrontar una situación y tuvieron que mantenerse durante algunas semanas en el Vesubio arriesgando la vida por un lado para evitar perderla por otro». En fin —y aquí ya no leía Samar para no hacerse prolijo como Gómez Laín, sino que resumía y reducía la historia a sus líneas generales— que Espartaco llegó a tener un ejército de algunas docenas de miles de soldados, la mayor parte salvados de la esclavitud y ejercitados como gladiadores. Venció a generales famosos como Claudio, Varino, Furio, Cosinio a quien capturó y mató, Léntulo, Casio, Mumio y otros. En una famosa batalla contra Craso, que tenía fuerzas mayores, fue derrotado Espartaco, pero no vencido. De los doce mil trescientos espartacos que murieron en acción sólo dos tenían las heridas en

la espalda, habiendo muerto los demás dando frente al enemigo imperial y en plena lucha.

Después de aquella derrota Espartaco se retiró a las montañas con los restos de su maltrecho ejército y allí fueron a buscarlos las legiones frescas de Quintus y Scrofa, pero fueron destrozados y puestos en fuga con el mismo Scrofa malamente herido. Y éste fue, sin embargo, el comienzo del fin para Espartaco, porque considerándose sus soldados invencibles, asolaron Italia en pequeñas unidades, desoyeron las órdenes del caudillo y acabaron por ser vencidos. Espartaco murió en acción y de entre sus soldados más de cinco mil murieron crucificados, como ya sabéis, en los caminos para escarmiento y sus cuerpos muertos o agonizantes fueron quemados para alumbrar como teas en la noche.

Hablaba Samar y escuchaban sus amigos atentamente. Al final Torres dijo, con voz tranquila y firme:

—Tenemos que vengar a Pascual.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Samar.

—Lo que hagamos hay que hacerlo cuanto antes —insistió Torres.

Añadió Lemus que los grupos se habían reunido clandestinamente y alguien había propuesto asaltar la Cárcel Modelo y liberar a los presos. A todos, los políticos y los presos comunes. No iban a ir examinando los expedientes de cada cual.

Esto último impresionó a Samar, quien se alzó de hombros y dijo:

—Bien. Si está acordado yo iré como uno más y haré lo que pueda. Lástima. Si viviera Pascual él sería un buen discípulo del esclavo de Tracia. Un buen jefe.

Se hizo un silencio y Torres dijo:

—No necesitamos jefes.

Samar arguyó:

—La unidad de mando es una ventaja. Si hubiera habido un jefe y una disciplina en la acción del asalto de la furgoneta todos se habrían batido como era su obligación y tal vez Pascual no habría muerto.

Con estas palabras el silencio se hizo más nervioso y arriesgado para todos. Samar creyó oír rumores en su dormitorio porque al parecer Star había derribado una silla o tropezado con alguna cosa y dándose cuenta de que también habían oído los otros, se adelantó a satisfacer su curiosidad y de paso a quitar veneno a sus propias palabras anteriores:

—Es una compañera, Star García.

La llamó a grandes voces y ella apareció con movimientos negligentes, y dijo:

—Hola. ¿Estáis reunidos?

Quería decir si estaban *trabajando*. Lemus dijo que no. Samar añadió, medio enfadado:

—Con la hija de Germinal no hay que tener secretos. Estamos reunidos y tratando de ver si se puede asaltar la cárcel y liberar a nuestros presos incluido Villacampa.

—¡Vaya! —dijo ella sin que se pudiera dar un sentido concreto a su exclamación.

Entonces dijo Lemus que algunos soldados de la guardia estaban en el «ajo».

—Pero los relevan cada día —arguyó Samar.

—Por eso mismo el asalto estaba calculado para esta tarde —dijo Torres como si tal cosa.

«Éste se siente culpable de la muerte de Pascual —pensó Samar— y quiere rehabilitarse.»

Volvieron a llamar a la puerta y apareció un viejo anarquista de largas melenas blancas, con algo de tribuno decadente de la antigua Roma (decadente por la edad). En silencio parecía también un viejo dios helénico, pero cuando hablaba se perdía la magia.

—Si hay un jefe —dijo Lemus en broma—, es éste.

—Yo no quiero jefaturas ni para la victoria ni para la derrota. Anarcos quiere decir sin jefe. Y yo soy eso: un *anarcos*.

Se quedaron allí todo el día, hasta que a la hora convenida salieron y fueron tomando posiciones con otros ciento cincuenta o doscientos más. Había que vengar a Pascual.

Pero aquí conviene dejar hablar al viejo de las melenas blancas antes de la «batalla», en ella y después.

Escuchaba Samar —todavía en su casa— y añadía en su imaginación algún detalle para completar la perspectiva de aquel informe de veras pintoresco, como había hecho cuando leía el de Gómez Laín.

Decía el viejo de la melena blanca:

«Deshechos los comités, clausurados nuestros locales y nuestros periódicos quedamos entregados a la libre iniciativa. La libre iniciativa representa una aspiración con la cual el hombre llega a alcanzar toda su dignidad soberana. Respetemos la libre iniciativa.

»—¿Cuál? ¿La de los esclavos? ¿La de los obispos? ¿O la de las Sorores?

»La libre iniciativa permite al hombre redimirse de la esclavitud de los convencionalismos. No sé si seré comprendido al decir que aun lamentando mucho la clausura de los centros, contra la cual protesto aquí con todas mis fuerzas, esos organismos no son indispensables para llevar a cabo la revolución y ésta no será completa y verdadera hasta que la libre iniciativa individual nos lleve a cada uno a coincidir en el mismo plano de la acción revolucionaria. Ha pasado el periodo de los cuadros sindicales y tras su fracaso por la superioridad de las fuerzas enemigas venimos nosotros con nuestra libre iniciativa y decimos: “¿Qué estímulos nos mueven en estos instantes? Uno sólo, único y sacrosanto: la libertad”. Queremos nuestra libertad y la de nuestros hermanos. Si es necesario para ello acabar violentamente con los esbirros armados que nos bloquean vayamos a ello sin pensar en el sacrificio. Derribemos las puertas de las cárceles, vergüenza y oprobio de la humanidad. Veo al compañero Samar impaciente y le ruego que tenga calma. Mi proposición concreta es la siguiente:

»—Vamos a llevar la luz de la esperanza a los pechos de los camaradas encarcelados. Todo el que tenga un arma, a la plaza de la Moncloa, por distintos caminos y sin formar grupos.

»No ha sido necesario convencer a los compañeros. ¡Si es lo que yo he dicho! El sentimiento de la libertad se alberga en todos los pechos. “¡Camaradas! Vamos a llevar la luz de...” Samar interrumpe diciendo que todo lo que digamos ahora será ocioso. Nos diseminamos.^[1] Varios compañeros van en direcciones contrarias a avisar a otros. Por diferentes caminos, bajo la sombra, las calles que conducen a la plaza de la Moncloa donde está enclavada la ergástula van poblándose de individuos aislados que coincidirán luego en torno de los jardines. Yo tengo un escrúpulo y le digo a Samar:

»—¿Y si no conseguimos nada?

»—Algo se consigue siempre —me responde.

»Aunque me opongo a Samar muy a menudo porque la toma conmigo, reconozco que a veces tiene razón. Acaba de decir una expresión que habla de la elevación de su espíritu.

»—Yo lo que quiero —le digo— es conquistar la luz de la esperanza y si es posible la de la libertad para los pobres vencidos.

»—Así hablan los curas.

»Eso es una impertinencia, pero Samar es así. Además, el mejor procedimiento para conquistar a los semejantes es la tolerancia. Yo no me ofendo nunca, y comprendo que si todos hicieran lo mismo...

»—Así piensan los jesuitas.

»Samar y su grupo me han tratado siempre mal. ¡Qué le vamos a hacer! Al ver que no contesto, que no le digo nada, Samar forma mejor concepto de mí. He aquí que si yo hubiera contestado a sus impertinencias ahora estaríamos discutiendo o hubiéramos reñido. En cambio, me gasta bromas. No hay como mi sistema. En buena paz seguimos avanzando. Las sombras son más densas en el centro de la plaza, entre los árboles del jardín. A la derecha se alzan unas barracas de feria con los toldos y las frágiles puertas cerradas. ¿Qué es eso?

»—La verbena.

»Se advierte que algunos compañeros toman posiciones entre los tiovivos y las tómbolas. Hay también un molino con aspas en estrella, a cuyo remate van colgados barquichuelos con cortinillas. Uno de esos molinos es más alto que los árboles y que la misma cárcel.

»Ha pasado ya más de medianoche. ¡Parece mentira lo rápido que pasa el tiempo cuando se actúa! Samar quiere que recorramos el barrio, la zona de las barracas, a ver dónde y cómo están nuestros compañeros. Aunque es peligroso y no comprendo su utilidad, vamos allá... Salen rumores entre las lonas.

»—Camaradas —susurro en voz baja.

»En la sombra les oigo responder. Debe haber un par de centenares escondidos por aquí, como las chinches en la madera. Fuera no se ve ninguno. En una barraca que lleva el título: “Al monstruo marino” se oyen grandes resoplidos, como cuando los trenes del metro sueltan el aire de los frenos. En la de al lado hay una sombra acurrucada en la lona.

»—Compañeros...

»Una voz desdentada contesta:

»—¡Mierda!

»Samar se detiene, extrañado:

»—¿Quién eres?

»Es un viejo malhumorado:

»—Ya podíais meteros en lo vuestro y no venir aquí a molestar. Me vais a espantar al mono. Todos vais con pistolas. La verbena, una ruina. Como no hay luz, hay que gastarse diez reales en un candil de gas y ahora venís a espantarme el mono.

»—Delicado es el mono.

»—Eso sí. Como una señorita.

»Luego, Samar levanta la pistola hacia el cielo y dispara. Es la señal para comenzar. El viejo se santigua y de su regazo brinca un animalejo peludo que va atado al cinturón del amo por una cadena. El viejo anda tras el mono siguiéndolo en sus brincos, casi arrastrado por él. A veces da vueltas a su alrededor, como si bailara bajo la voluntad del animalejo. Samar y yo nos vamos hacia los jardines corriendo. Me pregunta:

»—Pero ¿crees que se podrá asaltar la cárcel?

»Le digo que sí. Llega Torres:

»—Hay que hacer salir a la guardia. Dentro hay un plante. No son más que treinta soldados.

»Saca su pistola y vacía el cargador —nueve disparos— contra las sombras de la puerta de la prisión. Luego vuelve a cargar el arma. Samar piensa que no hay nada que hacer y querría salvar la piel haciendo uso de su libre iniciativa. Quizás anda Star por medio. Se oyen cascos de caballo y yo me oculto por el mismo camino de Samar. Encuentro dentro al monstruo marino metido en un cajón forrado de zinc para que no salga al agua. El monstruo es una especie de foca o de morsa de piel aceitosa y brillante que no puede darse la vuelta en dos palmos de agua sucia. Sale un mozo de aspecto mohíno, en calzoncillos. Nos quedamos callados Samar y yo. El mozo cuando nos ve a la luz de una cerilla con las pistolas en la mano calla, y dice señalando al cajón:

»—No le hagan nada a “Felipe”.

»Yo veo al animal resoplar y ahogarse. No es ese cajón su casa sino el mar Báltico o el Polo Norte. También habría que liberar a este animal. Samar me dice señalando al mozo:

»—¿Y a este otro animal? Este vive del preso de la tina.

»El mozo mohíno, a quien señala Samar con la pistola, dice:

»—Diga usted lo que quiera, pero eche el humo hacia otra parte.

»Quiere decir que no le apunte con el arma. Añade que el animal lo pasa bien y para demostrarlo saca un pez podrido de debajo de un canasto y se le acerca:

»—“Felipe”, baila el bula-bula.

»Se incorpora el animal con movimientos espasmódicos y se engulle el pez. Samar ve la grupa negra y brillante del animal y dice:

»—Parece un cura.

»Fuera suenan los tiros como si la plaza se llenara de domadores de caballos que chascaran sus látigos en un extraño pugilato o concurso. Samar piensa otra vez en Star García y luego dice señalando el cajón con la pistola: “Estamos en la vida como ese animal. Para agarrar el pez tenemos que bailar y llenar los bolsillos de otra persona.”

»Se oyen entre los disparos mecánicos de las pistolas los trabucazos de los mosquetones de la guardia. No se ve a nadie. Ni guardias ni compañeros. Nadie sale de su escondrijo. Las sombras son muy densas y uno cree que va a durar esto toda la vida o que la vida va a durar diez minutos, que es igual. A veces pasa el mono dando brincos y arrastrando al viejo, que se santigua y gime entre las balas. El fuego aumenta. Debe haber heridos. Una barraca próxima descorre su lona apresuradamente y un hombre grita señalando a otros dos:

»—¡Aquí están! ¡Aquí están!

»Cree que todo se debe a que en su barraca se han escondido dos de los nuestros. La barraca se llama “El desenfreno de la morisma”. Dentro hay un grupo de muñecos que representan en tamaño natural varios moros bien barbados. De pronto se ha puesto a funcionar el mecanismo, y los moros resbalan sobre unas correderas circulares y dan vueltas uno tras otro, muy serios. Samar dice que el dueño es visigodo y que la barraca es un atavismo. Pero se ve que no es posible el asalto. No hay quien salga de su refugio porque han llegado más fuerzas y la guardia del cuartel ha cerrado todas las puertas y dispara por las aspilleras. Hay que pensar en la retirada; si no, nos matarán aquí como a ratas. La iniciativa individual ha debido llevar a la gente hacia el camino de Puerta de Hierro y por allá vamos bajando con cautela. El dueño de la “morisma” se ha tumbado en tierra y sobre los moros llegan hasta ellos descargas cerradas.

»Dejamos atrás el edificio de la cárcel punteado de ventanas y bajamos con mucho cuidado porque hay destacamentos que toman posiciones para cortarnos la retirada. Tenemos que estar más de una hora escondidos detrás de un arbusto. Arriba sigue el fuego. Deben andar a tiros entre sí, los guardias. El mono, el viejo y “Felipe” han debido perecer. Los puestos de botijos y alfarería habrán sufrido bajas. Se oye corretear a los caballos. Hemos visto algunos grupos de fugitivos y cuando, al amanecer, vamos a encontrarnos a la otra parte de la Moncloa, veo que estamos por

lo menos quince. Samar está desencajado bajo las primeras luces y se marcha de mal humor diciendo:

»—¿No querías llevar la luz a los compañeros presos? Ahí la tenéis.

»Es verdad, pero ¿qué quería Samar? Se ve que el descontento lo lleva siempre dentro y le sale con motivo o sin él, espontáneamente. La verdad es que a la luz del día también nos damos cuenta de que el triunfo no era tan fácil. En las sombras todo parece diferente, pero se ve que de día los árboles, las casas, el campo y el aire no están de nuestra parte, aunque lo parezca. Son neutrales y para vencer la neutralidad del verde de la arboleda y del azul del cielo hace falta más fuerza. Haría falta toda la fuerza de Espartaco.

»Samar añade al oírme decir esto, desde lejos: “Y la de Las Tres Sorores”.

»No sé cómo ha ocurrido; uno ha dado una voz y un brinco y ha salido corriendo. Con él se han marchado casi todos los compañeros que andaban conmigo. Cuando puedo darme cuenta tenemos enfrente tres carabinas apuntándonos. Uno de los policías me mira recelando por mi apariencia física y mis melenas y barbas y quizás pensando que podría yo ser pariente de Jesucristo o algo así. De Jesucristo, el Supremo Ácrata.

Vienen las preguntas y los cacheos. Un policía dice:

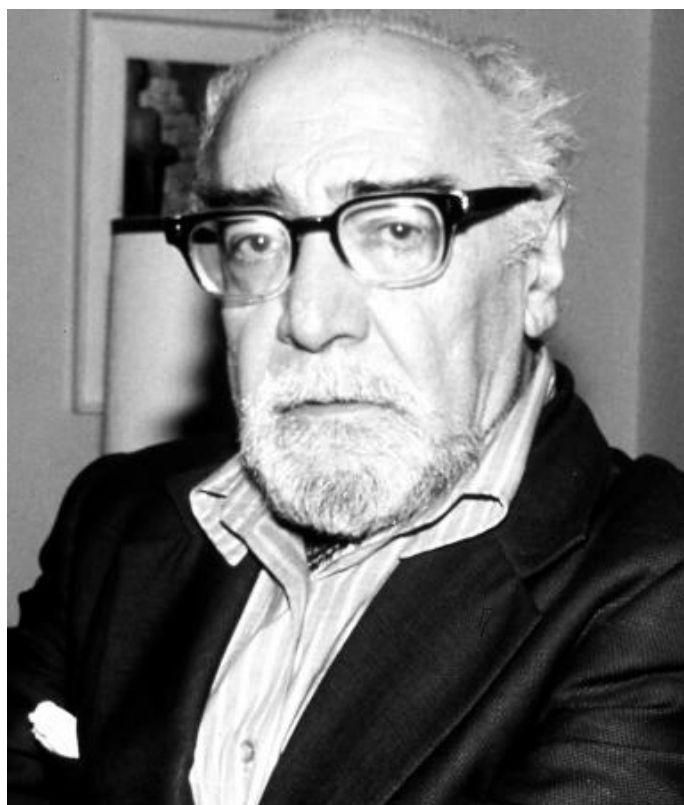
»—¿No queríais asaltar la cárcel? Habéis salido con la vuestra, porque vais a asaltarla de uno en uno.

»Pero llegan otros amigos, entre ellos Torres, Lemus y Samar y acojonan a los policías republicanos poniéndoles la pistola en la espalda. Así nos hemos salvado y éste es mi informe.»

El viejo de las melenas blancas con su gran perfil merovingio podría ser, si quisiera, un escritor interesante. La reunión en la Moncloa, cerca del mapa de España en relieve, se disolvió y Samar y la Chika del gallo se fueron a su casa, los dos con la misma obvia intención y propensión naturales.

Era la primavera y las acacias de las calles mostraban sus racimos color violeta. Olía bien.

Niza, 1974



RAMÓN J. SENDER, Nació el 3 de febrero de 1901 en Chalamera (Huesca). Comenzó a incursionar por el camino literario durante su adolescencia, elaborando artículos y cuentos para reconocidos medios como *El imparcial*, *El país*, *España nueva* y *La tribuna*.

Sin terminar sus estudios de Filosofía y Letras, optó por instruirse de forma independiente en distintas bibliotecas de Madrid. Por esa época, también se interesó por las cuestiones políticas y comenzó a desarrollar actividades revolucionarias con grupos de obreros anarquistas. De regreso en Huesca, quiso probar suerte como directivo del diario *La Tierra*.

En 1922, cuando ya había cumplido los 21 años, Ramón J. Sender ingresó al ejército, donde comenzó como soldado y terminó como alférez de complemento en la Guerra de Marruecos. Al regresar de ese compromiso, retomó sus actividades como redactor y corrector del diario *El sol*. Por ese entonces escribió la novela *Imán* cuyo texto fue traducido a varios idiomas. Además, en el marco de su militancia social y política, prestó colaboraciones a *Solidaridad obrera* y *La libertad*. Precisamente, ese activismo fue el que lo llevó, en 1927, a la Cárcel Modelo de Madrid por manifestarse en contra del General Miguel Primo de Rivera.

A lo largo de su carrera literaria, el autor fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura y el Premio Planeta, entre otros. Respecto a su obra, caben destacar varios títulos como *El lugar de un hombre* (1939); el ciclo narrativo de *Crónica del alba* (1942-1966); *Réquiem por un campesino español* (1953); la serie de Nancy, con el

título *La tesis de Nancy* (1962), al que siguieron *Nancy, doctora en gitanería* (1974), *Nancy y el Bato loco* (1974), *Gloria y vejamen de Nancy* (1977) y *Epílogo a Nancy: bajo el signo de Taurus*, (1979); *La aventura equinoccial de Lope de Aguirre* (1964); *En la vida de Ignacio Morell* (1969); *Tanit* (1972); *La mesa de las tres moiras* (1974); *El superviviente* (1978); *La mirada inmóvil* (1979); *Monte Odina* (1980), etc. También cultivó el género del ensayo, siendo algunos de sus trabajos *América antes de Colón* (1930); *Carta de Moscú sobre el amor* (1934); *Madrid-Moscú, narraciones de viaje* (1934); *Proclamación de la sonrisa* (1934) y *Tres ejemplos de amor y una teoría* (1969), entre muchos otros.

Pese a que, durante los últimos años de su vida, el escritor manifestó su deseo de recuperar su perdida nacionalidad española renunciando a la estadounidense que había adquirido, Ramón J. Sender falleció el 16 de enero de 1982 en Estados Unidos, lejos de su tierra natal.

Notas

[1] El resto del informe lo reconstruyó Samar en su cuarto, acabada la aventura, al dictado del viejo de las melenas blancas. (*N. del A.*). <<